

℞

EL DISCÍPULO

DE GUTENBERG



ALIX CHRISTIE



Lectulandia

Una poderosa novela histórica sobre un joven aprendiz de escribano y uno de los personajes más extraordinarios de la historia, Johann Gutenberg. Una novela que da vida a un período sin precedentes que cambió el mundo.

El joven y ambicioso Peter Schöeffer goza de un gran éxito profesional como escriba en París cuando su padre adoptivo, Johann Fust, un rico comerciante y librero, le pide que regrese a Maguncia, su tierra natal.

Allí, un atrevido y mordaz Johann Gutenberg ha ideado un revolucionario sistema de copia: una máquina que él denomina imprenta. Johann Fust ordena a su hijo adoptivo que vaya a trabajar con Gutenberg para convertirse en su aprendiz. Resentido por tener que abandonar una carrera prestigiosa como escriba, Peter finalmente acepta y comienza a formarse con su nuevo maestro en esa oscura manera de entender el arte de la copia.

Atrapado entre el genio y el comerciante, entre las viejas formas y un mundo nuevo, Peter y los hombres a los que admira deberán trabajar juntos para prevalecer contra una abrumadora sucesión de obstáculos, en una batalla cultural que irrevocablemente cambiará la historia para siempre.

Lectulandia

Alix Christie

El discípulo de Gutenberg

ePub r1.0

NoTanMalo 1.9.16

Título original: *Gutenberg's Apprentice*

Alix Christie, 2014

Traducción: Julia Osuna Aguilar

Editor digital: NoTanMalo

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

In memoriam

Lester Lloyd
James Robertson
Maestros impresores

*«Porque no hay nada oculto que no llegue a manifestarse,
ni hay nada escondido que no salga a la luz».*

Evangelio de San Marcos, 4, 21

* * *

*«En los anales de la innovación las ideas nuevas son solo
parte de la ecuación: la ejecución es igual de importante».*

WALTER ISAACSON, *Steve Jobs. La biografía.*

Abadía de Sponheim, Alemania.
Septiembre de 1485.

Muchos años después, la primera vez que el abad Tritemio le pidió que rememorara los verdaderos inicios del noble arte de la impresión, Peter Schöeffer se negó. Era una historia demasiado íntima, le explicó al abad, y no era del todo suya.

—Desde luego. ¡Ningún hombre inventa por sí mismo! La creación es competencia del Señor —le respondió el monje con una amplia sonrisa, inclinado hacia su invitado—. De ahí que el hombre que obró este milagro tuviese que estar ungido por Dios...

Es joven, demasiado para ser el abad de ese monasterio de montaña, dueño y maestro de un estudio abovedado y lleno de libros cuyos cierres de bronce brillan con la luz dorada del otoño. A Peter Schöeffer tampoco le gusta el destello de satisfacción que tiene en la mirada, por mucho que sepa a qué se debe. Tritemio ha conseguido atraparlo por fin en sus redes, arrastrar al famoso impresor hasta su abadía después de muchos intentos.

—Mi idea es escribirlo todo —le cuenta el abad, que levanta un brazo para señalar a su alrededor la biblioteca, el torreón de recia piedra y la Renania a sus pies—. Una crónica de todo lo acontecido en esta época bienaventurada. Y entiendo que no ha habido nada de mayor trascendencia que ese invento con el que tanto tuvisteis vos que ver, señor mío.

«Me utiliza para labrarse una reputación», piensa Peter. ¿Así se hacen las crónicas, la historia que se cuenta a aquellos que se harán un nombre gracias a quienes el tiempo y el destino han dejado plantados sin explicación alguna?

Al entrar en la abadía, después de pasar la capilla, han atravesado un patio tras otro hasta la galería del claustro abierto donde los monjes escriben aún, enfrascados sobre pupitres orientados para recibir de soslayo el sol del otoño. A Peter le ha sorprendido darse cuenta de que hace mucho tiempo que no ve a un grupo de hermanos benedictinos tan entregado en sus filas, escribe que te escribe. En otra época en todos los monasterios de las grandes órdenes monásticas había *scriptoria* donde la palabra de Dios fluía de la mano al pergamino, pero ya apenas quedan.

El abad ni siquiera ha detenido el paso.

—Me maldicen por hacerles escribir —le ha dicho con una sonrisa forzada—. Protestan y dicen que la imprenta les ahorraría esta tarea monótona.

Peter ha traído consigo libros de su propia imprenta para regalarlos a la abadía, sobre todo obras de referencia de liturgia y derecho. Ha empezado a elucubrar sobre

las oraciones que dirán los monjes en reconocimiento cuando se acerque su hora. Tritemio recibe estos volúmenes impresos con codicia, a pesar de tener los anaqueles llenos de manuscritos de sus escribas. Acaricia las tapas de cuero y vuelve a clavar sus ojos claros e intensos en Peter.

—Vos sois el único que sabe la verdad, ahora que Dios ha llamado a su reino a los dos Johann.

Se refiere a Johann Gutenberg y Johann Fust.

Peter Schöeffer conserva la mente lúcida y la misma fuerza en los dedos de siempre. Ha superado los sesenta años, es padre de cuatro hijos y el adinerado fundador de la mayor imprenta de toda Alemania. De constitución espigada y magra, una barba plateada bien apurada perfila su rostro alargado y sobrio.

—Cierto es. —Sonríe.

En las décadas que han mediado se ha dicho de todo pero casi nada cierto. Prácticamente han canonizado al inventor de ese arte prodigioso. Si Gutenberg está viéndolos, seguro que está riendo con ganas allí arriba..., o abajo. El destino final del alma del maestro es de todo menos cierto.

—Cuentan que murió en la pobreza, abandonado y traicionado. —El abad endurece el tono.

Peter conoce de sobra la imputación: que fueron Fust, su padre adoptivo, y él quienes le arrebataron el taller de la Biblia al maestro y le robaron el trabajo de una vida. Lleva años soportando la calumnia de esa acusación atroz.

—Eso es mentira. —Se le entrecorta la voz—. Murió siendo miembro de la corte del arzobispo Adolfo, entre atenciones y reconocimientos.

—Mientras vuestra empresa crecía y prosperaba...

—Que yo sepa, querido hermano, tener fortuna no es ningún crimen. —Perfora al monje con la mirada—. Es cierto que hubo traiciones..., pero no las que cree la gente.

—Entonces me dais la razón: hay una historia que contar.

El abad se acerca a la ventana, donde por un momento se queda absorto —o finge estarlo— en sus pensamientos. El liso hábito negro le cuelga del alargado armazón como una tela sobre una jaula de pájaros.

—¿No os parece que tenemos un deber? —Tritemio mira hacia atrás—. ¿Un deber con el pasado y el futuro?

Aunque han transcurrido treinta años, Peter sigue negándose a arrastrar por el barro el nombre del maestro. Es posible que muy en el fondo siga queriendo a ese loco de Gutenberg, a ese genio incendiario y salvaje que destruyó casi tanto como creó: que siempre se atribuía el mérito, le correspondiera o no. Fue el primero en inventar el artefacto y en vaciar tipos metálicos, solo alguien fuera de sus cabales podría negarlo. Pero sin Peter y su padre, la gran Biblia jamás habría visto la luz.

—Pensad en el arca de la historia. —El abad prueba con una táctica distinta—. ¿Acaso la gran bóveda de la Historia Sagrada no contiene todo el pasado y el presente

y todo el mundo creado? ¿No forma, pues, toda palabra, toda acción que emprendemos, parte, por pequeña que sea, de la vasta arquitectura del plan de Dios?

Tritemio tiene la frente abombada y unos ojos que no parpadean. Es confiado, de familia noble sin duda, y tiene la misma edad que tenía él cuando empezó todo y el mismo empuje apasionado. Peter rebusca por los rincones de su palacio de la memoria. La bóveda de Dios es más grande, mucho más: siempre se la ha imaginado como una gran nave que ocupa todo el cielo.

En otros tiempos creyó que lo que hacían los elevaría muy alto, cada vez más: sintió que los rozaba la divinidad que fluye por la Creación. Hasta que todo se derrumbó, y el taller se llenó de rabia y recriminaciones. A cada año que pasa Peter ve cómo el mundo se desboca en una cacofonía, la propia tierra mancillada por el batir de las máquinas. Y ha empezado a preguntarse si en realidad Dios no desató una fuerza más que oscura con esa brillante red de palabras.

Nunca ha querido poner en entredicho al maestro, y menos a los cuatro vientos. Lleva años rezando para encontrar el perdón en su corazón. Pero en su fuero interno sigue culpando a Gutenberg por cómo todo se fue al traste. Se mesa la barba. Tritemio tiene razón: la posteridad debería saber la verdad; el mundo debería conocer el papel que desempeñaron Fust y él.

El abad se sienta y alarga la mano para coger un cálamo.

Una herramienta: eso era lo que al final veía en él su maestro. Aunque, ¿quién no es una herramienta del Maestro Artesano? Siente de pronto una ligereza, como una burbuja que surge de una masa fundida. Lo contará como buenamente pueda. Con modestia, espera: Dios sabe que lleva toda la vida luchando contra el pecado del orgullo.


—Podría llevarnos bastantes visitas —dice levantándose a su vez y contemplando el huerto decaído y las lomas moteadas de color cobrizo que bajan hasta el valle inferior.

¿Quién podría decir si lo que hicieron terminará siendo una fuerza del Bien o una del Mal? Solo Dios lo sabe. Pensar otra cosa sería creer conocer Su mente. Aunque, ¿no es eso lo que hicieron en aquellos años embriagadores, inflamados por el ardor, la *hibris* y la juventud?, ¿imaginar que los tres subirían a lo más alto con ese arte que acababan de alumbrar?

—Historia Sagrada. —Asiente—. De acuerdo, tal vez encontréis un camino, donde yo no he sido capaz, para escrutar el sentido que el Señor grabó.

GÉNESIS

Maguncia, Alemania.
Septiembre de 1450.

«o había cumplido los veinticinco el año que mi padre me ordenó volver a casa». Así empezó. Entregaron la carta en el taller de la Rue des Écrivains donde estaba copiando unas pruebas de Aristóteles. No le dijo la razón. Su padre se limitó a alargar su mano de mercader y sustraer a Peter, como si fuera una cifra que pudiera pasar de una columna a otra de su grueso libro de contabilidad marrón. Desde París de vuelta a Maguncia: a Peter se le fue abriendo una herida durante los tres días que le llevó atravesar la llanura francesa y llegar por el Rin al hogar.

Cuando subió al barco mercante en Estrasburgo, intentó calmar los ánimos, despejar la mente, igual que si frotara un pergamino con tiza para suavizarlo. Había aprendido esa disciplina monacal hacía unos años: primero estabilizar la respiración y el pulso y, luego, pasar a los dedos y los ojos para fundir en una única línea tensa el plumín y el texto que tenía que copiar. Por lo menos era un alivio dejar atrás esa carreta apestosa y traqueteante. Se agarró a la barandilla, llenó de aire los pulmones y se quedó mirando el río que tenía por delante.

El barco iba muy hundido por la carga; los pasajeros que no alcanzaban la barandilla se agarraban a los travesaños claveteados al palo mayor. Eran meros puntitos en medio del río, que corría hacia el mar. La embarcación cabeceaba y se mecía, y Peter sentía el temblor de esa fuerza poderosa que tenía bajo los pies. El río parecía lanzarlo adelante y atrás, con cada curva y cada sacudida que lo acercaban cada vez más a casa.

De joven siempre había pensado que los barcos del Rin parecían chapines de dama: planos y bajos por la proa y arqueados por la popa, donde se curvaban como un pétalo insólito a la altura del camarote del capitán. La última vez que vio esas orillas era un crío. Regresaba, sin embargo, como adulto: un hombre de letras, un *clericus*, un escriba. Tenía guardadas las herramientas de su oficio en una escarcela que llevaba en bandolera como un carcaj: el cuerno sellado con la tinta, las plumas y cálamos, el hueso, la tiza y la gamuza.

El valle del Rin se desplegaba por ambas orillas en bajíos verdes y dorados; tierra adentro surgían los sembrados, encaramados por encima del río como otros tantos gnomos. Un olor añejo, como a turba, producía una mezcla enfermiza al unirse con los ungüentos y el sudor de finales de septiembre que repegaba los cuerpos apretujados a la barandilla. Lo único que sabía era que se trataba de un asunto urgente. Su padre no lo habría hecho volver para celebrar el nacimiento de su recién nacido, por mucho que a su edad tener otro vástago fuera una noticia sorprendente.

Tampoco le parecía probable que le hubiera buscado esposa. «Lo primero es que te establezcas —le había dicho siempre Johann Fust—, y luego ya tendrás mujeres para elegir». La única pista estaba en una posdata escrita con su caligrafía rizada: «He conocido a un hombre extraordinario».

El Sena olía a caliza y piedra, el olor del esfuerzo de una ciudad viva y emocionante. El Rin, en cambio, era más ancho y oscuro, encajonado entre bosques y sembrados. Peter aspiró ese aroma, que conocía de toda la vida. Ya no quedaba mucho para pasar por Gernsheim: el pueblo que le había visto nacer, crecer y pastorear; donde había sido huérfano pero luego lo habían rescatado. Vio una imagen fugaz de la granja y del padre Paul. Nunca olvidaría la garra paralizada del viejo cura ni su propio puño infantil al calcar las letras para cumplir la última voluntad de su madre. Miró esa mano, la que en esos momentos asía la barandilla: la misma que había creado una docena de alfabetos. Era una herramienta perfecta: gracias a ella estaba en la Sorbona, justo en el centro del mundo.

¡Y qué mundo! Incluso décadas después saborearía la sensación de ese año de jubileo. El Sacro Imperio Romano temblaba, igual que un ricachón afiebrado, temeroso pero al mismo tiempo exaltado ante la perspectiva de la luz. Toda la Cristiandad pendía en la balanza, a la espera. Había un nuevo papa sentado en el trono de san Pedro, y empezaba a surgir un extraño espíritu de renovación. Habían dejado atrás el Gran Cisma de los tres papas y todos los cardenales se habían plegado por fin a la autoridad de Roma. El nuevo pontífice italiano, Nicolás V, había jurado limpiar de maldad el mundo y había convocado su jubileo para acabar con los años de pillaje bajo el gobierno de la avaricia y que los fieles volvieran a la penitencia.

Ese viento nuevo soplaba por los mercados y los salones de lectura, por las calles y cátedras de enseñanza, desde Bolonia hasta París. Se arremolinaba por los taburetes donde los jóvenes trabajaban con sus plumas, copiando los textos que nutrían las mentes más brillantes del mundo occidental. Ese mismo viento había atraído a multitudes de estudiantes nuevos, auspiciados por la prosperidad y el comercio, todos ávidos por tener una oportunidad en la vida; confinó a los escribas en largas filas, en las que escribían como locos para hacer frente a la demanda. Él había sentido la fuerza de ese espíritu en su propio brazo y había elevado sus ojos a alturas con las que nunca había soñado: pues era uno de esos hombres nuevos, de esos escribas instruidos.

Pero entonces el viento amainó: lo detuvo en seco la espesa cinta marrón del Rin. Peter miró los demás barcos mercantes, tan numerosos en esas aguas como los *krills*. Mercaderes, usureros, burócratas y curas que servían tanto a Mammón como a Dios. Tuvo la certeza de que los vientos de cambio estaban muertos en esas orillas cuando el barco arribó a Espira esa misma tarde. Esperó mientras el resto del pasaje bajaba; había visto a algunos mercaderes conocidos de su padre y, si lo reconocían, tendría que saludarlos. Prefirió quedarse sobre los pilotes, viendo cómo el estibador columpiaba la grúa hasta hundirla de vuelta en la orilla.

Había llevado consigo lo poco que podía acarrear, incluido un nuevo manuscrito de Cicerón que justo acababa de empezar cuando había recibido la misiva. El resto lo había dejado en París a modo de talismán. Era imposible que su padre quisiera que se quedase en Maguncia; no después de todo lo que había conseguido: su raudo ascenso en la jerarquía y la suerte de haber sido nombrado no hacía ni un mes como encargado del taller del rector de la universidad. Por la noche copiaba otros libros, con la idea de ganarse unas monedas para todo lo que no cubría el estipendio de su padre y que prefería no revelar. Había empaquetado el manuscrito y diez juegos de hojas en blanco en un barril de la empresa familiar. Cicerón, *Sobre los deberes*. Sí, el paralelismo tenía su miga: las enseñanzas del gran hombre para su hijo. Navegaba con él, afianzado al resto de toneles en la bodega, junto a las vitelas, arrebujadas en su nido de serrín.

O al menos allí lo había visto por última vez. Hasta que, con gran conmoción, vio entonces su pequeño tonel marrón colgado de un gran gancho que trasladaba las mercancías a tierra. Saltó y gritó haciendo aspavientos con los brazos. El estibador recobró la cuerda. En el barril ponía «Maguncia», protestó. Y desde hacía tres semanas, cuando el arzobispo había abofeteado a la ciudad con un veto infame, no había entrado ni salido de Maguncia mercancía alguna.

—¿Qué veto?

Tenía a los amigos de su padre detrás, con su aliento amargo.

—Déjalo o no volverás a verlo. —El barril con el sello de Hermanos Fust surcó lentamente el cielo—. Se ve que no llegan muchas noticias a París...

Alguien le dio un codazo en el costado. La excomunión era la manera favorita del arzobispo Dietrich de blandir el puño: era capaz de sitiar cualquier ciudad de su diócesis varias semanas e incluso meses si los consistorios locales intentaban recortarle poder o ingresos. El capitán sopló el silbato y los pasajeros volvieron a apretujarse en el interior, empujando a Peter en la marea pestilente. Lo apretujaron y le hicieron retroceder hasta el fondo como si fuera un tonel. Había estado fuera tres años y, ¡por Dios!, nada había cambiado en lo más mínimo.

Cuando ganaron velocidad, rezó para poder escapar pronto de esa región contenciosa y agotada. Inclino el cuerpo hacia la corriente mientras el río serpenteaba más allá de Gernsheim, daba tres vueltas como un resorte gigante e impulsaba el barco, que lo transportaría por los kilómetros restantes.



La ciudad parecía la misma. No estaba en absoluto tan maltrecha como la había imaginado; por lo que había oído en el camino había creído que Maguncia estaba en las últimas. Seguía erigiéndose orgullosa sobre la orilla, una isla festoneada por una alta muralla blanca rematada de rojo y azul, como pintada por el pincel de un iluminador. El barco dejó atrás con paso moroso los viñedos de las abadías que invadían su puerta sur como obispos engordados. Al otro lado del río, a la derecha,

una desembocadura más pequeña y embarrada desaguaba desde la llanura de Hesse. La ciudad catedralicia del arzobispado de Maguncia estaba a horcajadas sobre la confluencia del Rin y del Meno.

Ese atardecer la ribera parecía vaciada de vida. Como por instinto Peter alzó la mirada para ver el color del cielo. La Puerta de Hierro pronto estaría cerrada. La última corriente de hombres y carretas del día avanzaba a duras penas por las rocas y se apresuró a unírseles, hundiendo los pies en la arena salobre. La imponente muralla estaba desmoronándose por arriba, arrugada por las inmensas bisagras como una bruja desdentada. Cuando pasó por debajo del arco se besó la palma y la apoyó en el escudo de la ciudad. Un recodo a izquierda y otro a derecha y estuvo en la plaza del Brand, y luego en casa.

Le extrañó la quietud del lugar, mientras flexionaba y estiraba sus largas manos. Había carretas esperando a ser descargadas delante de la *Kaufhaus*, la enorme aduana. Aunque los caballos piafaban y los estorninos giraban, parecía haber un sudario por encima de todo. Se le fueron los ojos a las manecillas en movimiento del reloj del campanario más alto, el de la catedral roja de San Martín. Esperó hasta que estuvieron en línea recta. Chasquearon cuando el mecanismo crujió sonoramente en el silencio. No hubo campanadas. De las cuarenta iglesias que había, no llegó ninguna. El veto del arzobispo era otro recordatorio hiriente más de quién llevaba realmente las riendas, le habían dicho los amigos de su padre. Los trabajadores se habían hecho con el control del consejo municipal y habían intentado poner fin a los años de decadencia bajo el gobierno de los clanes de los próceres. Pero cuando el consejo se negó a prestar los intereses que exigían dichos clanes por los tratos de favor que habían maquinado, la vieja guardia se limitó a invocar el puño del arzobispo Dietrich. Era la misma letanía de avaricia de siempre, la lucha por el poder en aquel páramo cultural que la historia había abandonado a su suerte. Peter se volvió y atravesó la plaza rumbo a la *Haus zur Rosau*.

La casa de su padre no era la más majestuosa de todas las mansiones de madera de los mercaderes que rodeaban la plaza del Brand. Pero era un hogar imponente, como el propio dueño: ancho, recio y con una gracia inesperada en el interior. Tenía los suelos de pizarra azulada y unos nuevos tapices franceses y flamencos hacían más cálidas las paredes amarillas, aunque a causa del calor de ese verano tardío estaban enrollados y habían colgado gasas para cubrir los huecos de las ventanas.

Como el grandullón que era, su padre adoptivo tenía la costumbre de aplastar a quienes quería contra el amplio anaquel que tenía por barriga. Después apartó a Peter y se quedó contemplándolo con las manos puestas en sus hombros.

—Por fin —dijo con una sonrisa.

—Sabíais de sobra en qué barco vendría.

—Pero aun así he estado pendiente de todos. —Johann Fust tenía unos ojos tan azules como las vestiduras de la Virgen, en una cara que con los años y la fortuna se había enrojecido y rellenado. Le guiñó un ojo.

—Entonces habréis visto que vengo con las manos vacías. —Peter puso cara de indignación.

—¿Os pararon? ¿En Espira?

—Podríais haberme avisado.

El padre le apretó un hombro.

—Nada que un chelín en la debida mano no pueda arreglar. Lo importante es que estés en casa. —Fust se volvió cuando Grede entró en el vestíbulo. La mujer de su padre parecía apagada aunque en sus labios seguía jugueteando la misma sonrisa irónica de siempre.

—Pero qué ven mis ojos. —Pegó la mejilla a la de Peter—. Había abandonado toda esperanza de que vieras a tu hermano antes de que sepa coger un estilete.

—Dejé el Palacio del Louvre compungido —sonrió e hizo una reverencia, rozando el suelo con una mano inerte—, para honraros con mi presencia en vuestro humilde hogar.

La mujer rio con ganas. Con todo, la vivaz joven esposa de su padre —la segunda, que para Peter era más una hermana que otra cosa— parecía agotada: como si, tras sobrevivir de nuevo al terror del alumbramiento, hubiera dejado atrás la juventud definitivamente. Cuando hacía cinco años había dado a luz a Christina, su aspecto no se había resentido tanto.

Entraron en la sala principal y se pararon delante de una cuna. Fust cogió el hatillo entre los brazos.

—Lo llamamos Hennchin: pequeño Hans —dijo con un orgullo nada disimulado.

La criatura bostezó y arrugó la cara como una manzana marchita. Se le abrieron los ojos, tan azules como los que lo miraban maravillados desde arriba. Peter le puso un dedo en el puño diminuto y le dio un beso en la cabecita. Nunca había tenido hermanos de su propia sangre; su madre murió al darle a luz. Una prima hermana, la primera mujer de Fust, lo sacó del orfanato y así fue como lo adoptaron en aquella casa buena. Se zafó con cuidado de la manita que le agarraba el dedo. Se había hecho un hombre entre esas paredes. Eso no quería decir, sin embargo, que tuviese nada en contra de ese pequeñajo de cara colorada: si hubiera nacido unos años antes, a él no lo habrían acogido en aquel hogar.

Durante la comida que siguió, Peter observó a su padre en un intento por vislumbrar alguna señal. Grede había sacado los cirios de cera y su preciado cristal veneciano. La cocinera había preparado cordero asado, patatas, acelgas y empanada de ave. Lo habían regado todo con un Rheingau de las viñas de la iglesia de Santiago. Peter les había llevado regalos: un cuaderno de piel de carnero para Tina —que había cumplido los cinco años y estaba tan primorosa y rubia como un querubín— y un atrapabola de madera de abeto para el crío. Los criados entraron en silencio mientras Fust se levantaba y hojeaba con el ceño fruncido una ajada Biblia de bolsillo.

—Un pasaje de san Mateo —dijo por fin, y carraspeó—, cuyo nacimiento celebramos estos días.

Peter cruzó una mirada con Grede. ¿Desde cuándo Fust rezaba a la mesa?

—El veto —le respondió esta entre dientes, con las aletas de la nariz hinchadas.

Dietrich, por supuesto, apoyaba a los de su propia clase; los estamentos inferiores podían fingir gobernar pero acabarían pasando por el aro. No habría sacramentos hasta que el consejo advenedizo se retirara. La palabra del arzobispo era ley: ningún cura habría de decir misa ni oír confesiones; los recién nacidos estaban sin bautizar y a los moribundos se les negaba la extremaunción, confinados para siempre a la agonía del limbo. Grede tenía la cara encendida por la rabia.

—«Han oído que fue dicho: “Ojo por ojo, y diente por diente”. Pero yo les digo: No resistan al que es malo, sino que a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, preséntale también la otra; al que quiera provocarte a pleito para quitarte la túnica, déjale también la capa». —Fust alzó la vista y la clavó en su hijo mayor con ojos brillantes—. «Han oído que fue dicho: “Amarás a tu prójimo, y odiarás a tu enemigo”. Pero yo les digo: Amen a sus enemigos, bendigan a los que los maldicen, hagan bien a los que los odian y oren por quienes los persiguen, para que sean hijos de su Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos».

Las frentes de los presentes parpadearon a la luz de las velas. Fust inclinó su gran cabeza veteada de blanco. ¿Había escogido el pasaje pensando en él?, se preguntó Peter. No habría sido la primera vez. Intentó sin éxito cruzar la vista con su padre. ¿Qué mensaje quería enviarle? ¿Que había que aceptar las injusticias y acallar los deseos propios? La impaciencia lo invadió, deseoso de que Fust le explicara la razón de su viaje.

—Aunque nos indignemos, no debemos olvidar la sabiduría de las Escrituras. —Fust señaló el vino para que se lo acercaran—. Ni tampoco debemos pensar más en la persecución en un día tan feliz como este, con Peter de vuelta. Los padres de la Iglesia vivieron mayores persecuciones en su tiempo.

Sonrió y levantó la copa para brindar por su hijo, quien, emocionado, alzó a su vez la suya. ¿Qué otra cosa podía hacer? Se lo debía todo. A pesar de no ser capaz de leer en el corazón del mercader, sabía qué era lo que veía su padre cada vez que lo miraba: al muchacho que había criado, la vida que había forjado, las destrezas y viajes que le había prodigado sin desfallecer; la vida de lodo y estiércol de la que había sacado al vástago mugriento de la prima de su primera mujer. A Peter le vino una frase a la cabeza, tan fresca como si el viejo Cicerón la hubiera grabado en ese justo instante: «No hay deber más perentorio que el de corresponder a los beneficios recibidos».

Palabras consejeras grabadas en lo más profundo de la Antigüedad y trasladadas al futuro, a través de largos siglos de oscuridad, por escribas cristianos.

* * *

—La festividad de San Mateo es de buen augurio para todas las aventuras empresariales. —A Fust le brillaban los dientes con la luz de la llama.

Peter esperó con las largas piernas extendidas delante del sillón de mimbre. La calima del día había calentado el aire del patio y lo había cargado con el olor de las rosas; de la calle llegaba el aroma penetrante de las frutas y de la mundanidad acalorada y espesa del ganado. Oyó el ulular de los búhos y el rugido que salía a intervalos de la casa de apuestas, todos ellos sonidos familiares.

—¿Qué queréis decir? —preguntó al ver que Fust callaba.

—Pues que tengo una propuesta para ti —contestó el padre, que se levantó entonces.

«Que no podré rechazar».

—Y por eso me habéis hecho venir.

—Tenemos la oportunidad de moldear el futuro. —Fust se adelantó y se inclinó para escrutarlo en el anochecer—. Los dos juntos, me refiero.

—Yo ya lo estoy moldeando —repuso el hijo incorporándose.

—No tanto como esto.

Peter hizo como si no lo hubiera escuchado.

—No he tenido oportunidad de escribiros para contaros que me han propuesto trabajar en la oficina del rector de la universidad.

—Vaya —musitó Fust.

—Imaginaos lo mucho que podría beneficiarse el negocio —prosiguió el hijo—. Sería el primero en conocer los títulos que selecciona. Sabremos con precisión qué demandará el mercado.

La última vez que Fust había pasado por París le había pedido a su hijo que hiciera de rastreador: que batiera los puestos donde se vendían libros frente a Nôtre Dame y abriera bien los oídos para enterarse de qué títulos les convenía vender a los compradores al este del Rin. Peter, entre tanto, le fue guiando por el taller de escribas, uno de las docenas que prestaban servicio a la gran facultad. Le mostró las montañas de pliegos —escritos a mano y prestados después a estudiantes, que hacían a su vez sus propias copias—, cientos, y no solo de la Antigüedad grecorromana, sino de los grandes eruditos de la época: Juan Duns Escoto, Bernardo de Claraval, Tomás de Aquino. Aquellos amanuenses manchados de tinta semejabán un prodigioso ejército, había pensado Fust, filas y filas de ángeles en movimiento.

—La última vez que estuvisteis en París me dijisteis que me envidiabais.

—Es cierto. —Su padre se tiró de la papada—. Pero eso fue antes de que conociera a este hombre.

—Ese hombre «extraordinario». —Peter no hizo ningún esfuerzo por disimular su desdén.

—Mira esto antes de nada. —El padre se llevó la mano al regazo, sacó varias hojas plegadas y las dejó sobre la mesa—. Tú míralo y ya verás como me entiendes.

La mano —cinco hojas plegadas y anidadas— era de un pergamino de calidad

media. Parte de un libro escolar, a juzgar por la forma cuadriculada. Peter reconoció al instante la gramática latina de Donato: había copiado miles de veces esas declinaciones. Un trabajo ordinario y mal hecho; alzó la vista horrorizado.

—Tócalo —le urgió el padre, que pasó hasta la última página en blanco. Le cogió el dedo a Peter y le hizo repasar el espacio vacío.

Notó un relieve, una especie de rugosidad sobre el pellejo, como si el pergamino no hubiera frotado bien la piel. Pasó otro dedo, y luego otro, y de pronto sintió una extraña y notoria simetría. Volvió la página para ver la parte escrita. La sangre le bulló por dentro y se le humedecieron las palmas de las manos. Los caracteres repujados eran achaparrados y feos, pero el flujo de letras tenía una regularidad increíble, a lo largo de toda la línea; a su vez cada línea acababa con una armonía absoluta y escalofriante, a justo la misma distancia del margen. ¿Qué mano podía escribir una línea tan recta y que acabara justamente debajo de la de arriba? ¿Qué mano humana podía lograr semejante rareza? Sintió que se le atenazaba el corazón y que un pavor abrumador le invadía el alma.

—¿Ves ahora por qué he tenido que llamarte? —Fust hablaba en un tono alto.

—¿Quién ha hecho esto? ¿Qué mano lo ha escrito?

—Ninguna. —El padre volvió a cogerle la yema del dedo—. ¿Notas cómo se hunde?, ¿que la tinta no está por encima sino en un hueco de la piel?

Peter cerró los ojos para sentirlo con más claridad. Era tal y como decía Fust: el pergamino parecía ceder, no estaba suave bajo la tinta, como al escribir con su pluma.

—¿Quién ha hecho esto? —repitió.

La gruesa cara de Fust estaba radiante.

—Ese hombre, al que llaman Gutenberg, ha encontrado una manera de hacer letras de metal. Les pone tinta encima y luego las stampa en la página.

Peter se acercó la hoja a los ojos, tanto que logró ver la fina depresión, una inclinación tan ligera que era casi imperceptible: desde la superficie hasta el surco de cada trazo. El espacio en que los ángeles —o seguramente el Diablo— bailaban sobre la cabeza de un alfiler. Se quedó sin palabras, tal era su conmoción.

—Me abordó un hombre que sabía que comerciaba con libros. —El padre se enjugó la frente, como si lo aliviara compartir por fin la experiencia—. Me dijo que Gutenberg estaba buscando un inversor, así que fui a verlo y me enseñó esto.

El hombre en cuestión, no obstante, le dijo que no le enseñaría más ni pensaba divulgar cómo lo hacía. Fust, por su parte, quedó intrigado: nunca había oído hablar de una familia de próceres que tuviera nada que ver con libros; creía que todo su clan se contentaba con gestionar la mitad de las abadías y la casa de la moneda, así como con el oro que sacaban de la venta de telas al por mayor bajo los aleros de la iglesia de San Martín.

—Pensé, al igual que tú —dijo apretando la mano de Peter— que no era más que una de tantas gramáticas cutres. Pero el tal Gutenberg me dijo entonces que lo había hecho con una técnica nueva. «*Ars impressoria*», la llama. Y pensar que ha estado

trabajando en esto, en secreto, a un par de calles de aquí... Tú conoces la casa. — Peter apenas oía las palabras en el rumor de su cerebro convulsionado—. El *Hof zum Gutenberg*, en la calle de los remendones.

—Yo tengo un oficio —dijo pesaroso, y dejó los pliegos en la mesa.

Para entonces Fust, sin embargo, estaba de pie, yendo de un lado a otro, sin dar la menor señal de haberlo escuchado.

—No es solo la uniformidad, ¡eso no es nada! —Hablaban en voz alta y se le habían encendido las mejillas. Tenía la mirada ladina inherente a su cara de comerciante, aunque se le unía una expresión extraña que Peter no creía haberle visto nunca, una especie de embeleso, de exaltación. Fust se volvió y le lanzó una pregunta —: ¿Cuánto tiempo te llevaría: una semana, dos..., copiarlo?

—Cuatro días como mucho. —Peter era rápido, joven y orgulloso.

—En cuatro días el amigo Gutenberg puede, «imprimiendo», como él lo llama, hacer media docena de ejemplares, todos idénticos entre sí. —El mercader rodeó la mesa y le cogió la muñeca a Peter—. Sin necesidad de desollarse los dedos.

El hijo estaba paralizado, inmóvil. Fust parecía cernirse sobre él, tapando las estrellas brillantes del cielo.

—¡Figúrate! Dios mío, tienes que entender lo que esto significa. Podemos multiplicar por diez, por veinte, el número de copias de un libro: en el mismo tiempo y por el mismo coste. —El padre estaba haciendo aspavientos con las manos—. Un libro así..., o uno más grande. No tiene límites. —La mirada alucinada pasó a ser de triunfo. Dejó caer una mano sobre el hombro de Peter y se lo sacudió con fuerza—. En cuanto lo vi, lo tuve claro: es el milagro para el que el Señor lleva preparándonos todo este tiempo.

—Una blasfemia, más bien, o un truco de mal gusto. —Peter se zafó de la mano de su padre y volvió a coger las hojas impresas.

El libretto era realmente rudimentario, sin alma. Las letras eran tan bastas como las de las tallas de madera baratas que pregonaban los holandeses; las líneas estaban emborronadas y los márgenes manchados de tinta.

A Fust se le ensombreció el rostro. Después se enderezó y se pasó una mano por la cara para enjugársela.

—Pero tienes que comprenderlo. No estás aquí por una casualidad. Cada paso que te ha traído a esta casa, cada libro que hemos visto y vendido, o que tú mismo has escrito... ¿qué podían ser sino una preparación para esto? ¿Cuál es nuestro cometido en esta vida sino aprender este arte sagrado?

—¿Sagrado? —Peter lanzó las manos al cielo y el panfleto se le cayó al suelo. Se levantó entonces y retiró la silla—. Esto no es ningún arte. ¿Aquí quién es el escriba, vos o yo? —Sacudió la cabeza—. Soy maestro en este arte, como bien sabéis. Tengo un oficio, una vida.

—Ya has disfrutado de tus años de aprendizaje itinerante. —La voz del padre era tajante—. Y se han alargado bastante. Te necesito aquí. —Tenía los pies bien

plantados en el suelo y una mirada severa.

—¿Queréis retenerme aquí? —preguntó quejoso.

—No tendría ni que pedírtelo.

Peter sintió que se le encendía la cara. Pero aun así se retorció, buscando un apoyo.

—Nunca he oído de un prócer que coja una herramienta. ¿Qué prueba tenéis de que ese Gutenberg haya hecho esto como decís que lo ha hecho?

Aquella cosa bien podía ser una placa de madera labrada, tan rudimentaria como las que usaban para sacar las imágenes de los santos y las pocas letras de sus nombres.

—Me han hablado de un orfebre que le hace las tallas y le vacía los moldes de metal.

—Un orfebre...

Esa palabra estaba cargada de connotaciones para él. Su padre ya había intentado en otra ocasión convertirlo en herrero, en orfebre, como su tío Jakob y como su padre antes que él..., y cuando eso no había funcionado, en mercader o abogado. Pero él había encontrado su oficio por su cuenta y se había hecho un hueco. ¿Por qué tenía Fust que arrebatárselo todo?

Su padre le había prestado a aquel hombre grandes sumas, y ahora pensaba prestarle a su propio hijo. Aunque ya no fuese el único, pensó con acritud. Ya no ostentaba ese título.

—Hazlo. Por mí.

Peter escuchó las palabras de Jesús en aquella víspera horrible: «Haced esto en memoria de mí».

—Sé que esto te supone una conmoción. —Tenía la voz áspera—. Pero intenta al menos comprenderlo. Es el cambio por el que he rezado.

«Todo hombre ha de dejar un legado —le oyó decir—. La sensación de que su estancia en la tierra no había sido en vano». Las palabras, pese a la buena intención, se levantaron y le rodearon la garganta como una soga.

—¿No pensáis dejarme escoger? —susurró, sabiendo ya la respuesta.

Fust le sostuvo la mirada un rato.

—Creo que Dios ya hace tiempo que escogió por nosotros dos.

* * *

El *Hof zum Gutenberg* estaba al fondo de la calle de los remendones, frente a la parroquia de San Cristóbal, encima de una loma que bajaba en picado hasta el río. Era una casa anodina y lúgubre; Peter buscó en vano algún atractivo en la fachada gris. Había tres escalones de granito, una puerta enorme y una aldaba. Su padre se había

puesto un jubón de terciopelo rojo. Demasiado elegante, pensó el hijo, que estaba a su sombra, esperando que el otro levantara el brazo, alzara la argolla de hierro y la dejara caer. Peter se quedó inmóvil en sus oscuras calzas lisas y su única camisa buena, que todavía apestaba por el viaje. Igual que cuando lo mandaron con Fust cuando tenía diez años: el recuerdo le volvió de golpe, vívido. Ese muchacho raro y callado, bien aseado y vestido, al que metieron en una carreta del mercado rumbo a Maguncia, enfundado en lo que para aquella familia rica debieron de parecer harapos. Qué miedo había pasado, qué tensión por agradar y que no lo devolvieran a la carreta y lo mandaran lejos.

El hombre al otro lado de la puerta era un prócer: un patricio de la clase más alta, visiblemente altivo. Fust se había vestido para demostrar que, pese a ser mercader, era igual de rico. Una alianza extraña en unos tiempos en que Maguncia estaba dividida entre los viejos clanes y la boyante clase comercial. El tal Gutenberg era de las familias que tenían secuestrada la ciudad, gracias al puño de hierro de Dietrich: miembro de la vieja élite que manejaba los juzgados, el comercio y las iglesias y, ante todo, succionaba ingresos de los préstamos que chupaban la vida a la ciudad.

—Vamos, una sanguijuela —había dicho Peter mientras intentaba sacarle información a su padre durante el desayuno.

—Más bien un hombre pragmático, quiero creer. —Fust se había encogido de hombros y había roto la cáscara del huevo duro—. He oído que sus iguales lo ven con recelo.

El hombre acababa de volver a Maguncia; había estado viviendo treinta años en Estrasburgo, circunstancia que explicaba, en cierto modo, por qué nadie lo tenía del todo calado. Se había inventado la historia de que hacía baratijas de peregrinos para quitarse de encima a los curiosos.

El mercader descargó la aldaba varias veces y luego se puso a aporrear la puerta. A cada golpe infructuoso se le enrojecía más el cuello. Maldijo entre dientes, y a punto estaba de volverse cuando por fin oyeron un chirrido. Descorrieron un cerrojo, la puerta se abrió de par en par y ambos recularon de un salto. En la entrada estaba el amo de la casa: era insólito que un vástago de un clan prócer abriera su propia puerta. Pero, a juzgar por sus ropajes, tenía que serlo: llevaba un jubón de lino ceñido con un cinturón y unos zapatos con hebillas de plata, a pesar de tener sucias tanto las calzas como el sayo arremangado.

—*Herr* Fust. —Una cara afilada y apurada, con unos oscuros ojos sagaces que no parecían del todo a gusto—. Tendría que haber sabido que erais vos.

—Le habría mandado aviso..., pero me pudo la impaciencia.

Gutenberg se limitó a gruñir y a mirar con suspicacia a ambos lados de la calle. Les hizo señas con el brazo de que pasaran.

—La paciencia es para los necios y los santos. —Corrió el grueso cerrojo y se volvió. Aunque era extraño en un hombre de su alta casta, llevaba una larga barba oscura y ensortijada.

—Este es el hijo del que os hablé. —Fust le dio un codazo a Peter para que se adelantara.

Al hombre se le frunció la piel por encima del labio superior y se le formó una mueca.

—No le veo el parecido. —Escrutó a Peter detenidamente—. Tendrá un nombre, ¿no?, este talentoso escriba...

—Peter Schöeffer, señor mío. —Inclinó la cabeza. Sabía cómo proceder. Había sido aprendiz dos veces, lo más bajo de lo bajo.

—Os ofrecería una bebida..., pero ¿dónde demonios se ha metido Lorenz? —El dueño de la casa miró irritado a su alrededor—. Estoy metido de lleno, no puedo... —Se interrumpió de pronto y se dio una palmada en la frente—. Perdonad —le dijo a Fust dedicándole una sonrisa compungida—. Claro que sí... Se me había olvidado que vendríais. Lo llevo ya dentro, lo de mantener a raya a los curiosos.

Fuera como fuese, distaban mucho de ser meros curiosos. Si Peter había entendido bien, su padre era el mecenas de aquel chiflado.

—He creído que era hora de que mi hijo viese vuestra nueva técnica —intervino el padre.

Al instante tuvo la cara afilada del hombre a centímetros de la suya. De cerca no tenía los ojos negros, como le había parecido en un principio, sino castaños y moteados de topacio. Tenía el pelo desmadejado, por los hombros, y la barba le bajaba en cascada desde el mentón hasta el pecho y le brillaba aquí y allá como ricitos de alambre.

—Primero tienes que jurar que guardarás el secreto. Por tu vida. —El aliento que llegó a la cara de Peter era fétido.

—Lo juro —masculló, y en esas, Johann Gensfleisch, conocido como Gutenberg, dio media vuelta y se internó por un pasillo oscuro.

Lo siguieron por una puerta y salieron a un patio donde, medio cegado, Peter vio que la figura oscura se volvía una vez más y le ladraba antes de abrir la pesada puerta del establo:

—¡Por tu vida!

Lo primero que les impactó fue el calor y el ruido. Una oscuridad asfixiante, avivada por un fuego y un traqueteo palpitante: el batir de martillos contra metal y un aporreo más sordo de madera contra madera. Cuando se le hicieron los ojos a la oscuridad, Peter vio que eran solo tres hombres quienes provocaban tal estrépito. Había un gigante pelirrojo junto a un extraño artefacto de madera; en el rincón del fondo otros dos hombres eran meras siluetas contra el resplandor naranja de una forja encendida.

—*Impressoria*. —El dueño extendió el brazo para señalar los aparatos—. Impresión. Aunque la palabra no le hace justicia. —Se le había avivado el rostro con un orgullo fiero dentro de aquel taller—. Se asemeja más a un engranaje, como un curso de agua, o un reloj..., un conjunto de partes precisas que encajan entre sí. —

Con el brazo derecho abarcó todo lo que lo rodeaba—. He tenido que diseñar cada dichosa parte, cada herramienta, instrumento, cada movimiento horrible de cada manecilla odiosa..., y encajarlo todo bien.

Los condujo hacia el fuego, en medio de una humareda tan densa y astringente que se tuvieron que tapar la boca y la nariz con la ropa.

—Hans y Keffer se encargan del metal. —Cuatro ojos enrojecidos los contemplaron por encima de unos pañuelos mugrientos. El maestro le dijo a Peter, con ojos de cirujano-barbero demente—: ¡Por todos los diablos, espero que sepas fundir!

«Dios, no». Al instante el siseo de las brasas y los humos ácidos lo retrajeron al rincón mugriento del taller de su padre, donde había sudado y bregado. Junto a muchos pobres aprendices, su primo y un payaso llamado también Keffer..., si aquella cara envuelta que lo miraba no era la suya, o la de un hermano o un primo. Los ojos inyectados en sangre no le daban ninguna pista.

—Todos los Fust nos hemos criado en la forja —contestó este antes de que Peter pudiera responder.

Gutenberg asintió con vehemencia.

—Vamos vaciando las letras del revés hasta que tenemos suficientes para formar líneas. —Volvió la alocada cabeza como un resorte hacia su mecenas—. ¿Veis ahora por qué he empezado a pequeña escala?

Después de eso alineaban las letras en páginas, las cubrían de tinta y se las daban al prensista, siguió contándoles. El gigante pelirrojo se enderezó cuando el maestro se le acercó.

—Hace falta un oso pardo como Konrad para accionar la palanca.

La palanca en cuestión era un largo manubrio que sobresalía de una plataforma de madera que guardaba un extraño parecido con las prensas que instalaban en los viñedos durante la cosecha. Peter fue rodeando el artilugio para estudiar las partes: había un tablero largo y estrecho del tamaño de un ataúd pequeño; por encima surgía una especie de horca de madera, aunque la barra de arriba no estaba unida por una soga sino por un enorme tornillo de madera, del que pendía, justo por encima del tablero, un gran bloque, también de madera.

—Mi prensa —les presentó Gutenberg, que se quedó un instante parado, mesándose la barba y mirándoles a los ojos.

El tal Konrad untó con una pasta negra un bloque de metal que, de cerca, resultó estar formado por media docena de líneas de letras, sujetas con un cordel. Acto seguido colocó encima una hoja de papel y luego un ligero bastidor de madera con un trozo extendido de vitela. El grandullón gruñó al empujar la galera entera por debajo del bloque colgante. Fust parpadeó y Peter exhaló por fin. Había estado conteniendo el aliento desde que había puesto el pie en aquel agujero.

Konrad asió la palanca y la bajó hasta el fondo, haciendo que el peso recayera sobre la galera. Se oyó un golpe chirriante y luego un crujido y un aporreo; Peter

sintió el impacto en las entrañas. El proceso se repitió a la inversa; luego el maestro se escupió en las manos para limpiarse antes de coger el papel que el prensista despegó de las letras. Frunció el ceño e hizo un mohín con la boca. Peter miró por encima de su hombro al volverse. El texto estaba claramente ladeado.

—Hay que estar cegato —masculló Gutenberg yendo ya hacia el banco de trabajo al lado de la forja.

Peter y Fust, olvidados, corrieron tras él. Muy a su pesar el escriba sintió una punzada de interés.

Entre el batiburrillo de crisoles y copelas del banco había una caja de madera y, al lado, una fila de largos troqueles de bronce con letras. Eran iguales que los que utilizaban los encuadernadores para imprimir letras en los lomos de cuero. Había cuadrados de metal esparcidos por doquier.

—Usamos un molde. —Gutenberg pasó como una exhalación por delante de la mesa—. Cualquier memo podría hacerlo. Enséñaselo, Hans.

Se fue hacia la ventana y los dejó esperando a que el viejo herrero se lo mostrara. Este cogió un trozo de metal y lo sostuvo ante Peter entre unas uñas quemadas y deformes. Parecía una pasa, todo arrugado y marrón.

—He oído que sabes de alfabetos —le dijo, con unos párpados tan caídos que eran apenas rendijas.

Peter asintió mientras cogía el metal y calibraba el peso: grueso como su dedo índice y casi la mitad de largo. La letra «a» sobresalía en relieve por la punta, y estaba fundido a partir de plata densa. Lo agitó en el puño y frunció el ceño.

—Los vaciamos en esta caja. —El viejo herrero le señaló una especie de cofre plano con bisagras.

Un molde sencillo, como los que Peter acostumbraba a ver en la tienda de su tío Jakob: lleno de una arena fina que mantenía la forma de un objeto por un tiempo corto. Los joyeros las utilizaban para hacer broches, anillos y sellos que luego engarzaban en fíbulas o alianzas. Y ahora las empleaban para hacer letras metálicas.

Peter rodeó el banco y vio más letras: docenas, montones, todas con un brillo pálido. Una pila de *aes*, de *úes*, de *emes*, todas idénticas. Palideció y se cruzó de brazos para esconder las manos, temeroso de que le temblaran. Sintió un mareo, como si desapareciera el suelo debajo de sus pies. El ruido le aporreó los oídos: oía el rugir del horno, el crujido de la rudimentaria prensa, como si fueran a desgarrar en dos el mismísimo tejido del mundo.

Gutenberg estaba sujetando la hoja recién impresa a la luz veteada de un ventanuco mugriento. Fust le hizo una seña a Peter y ambos se acercaron tímidamente. El hombre tenía el gesto contrariado y se retorció el labio inferior con los dedos. Aunque débiles, los rayos del sol iluminaban cada fallo y cada imperfección.

—Qué ceguera la mía —repitió sacudiendo su extraña cabeza canosa y refunfuñando mientras los otros se le acercaban.

De pronto asomó un destello a sus ojos morenos.

—Tú. —Movió la cabeza como un resorte—. Tú, joven escriba. —Una delgada sonrisa cruel asomó a sus labios por un momento—. A ver qué aconsejas.

Peter vio que los herreros intercambiaban una mirada de soslayo. Cogió la hoja de papel. La tinta despedía un olor dulzón; palpó los extraños surcos en relieve que había dejado por el reverso la prensa. Respiró hondo, intentó calmar las manos y lo sujetó de modo que la luz iluminase las líneas impresas.

¿Qué debía decir: la verdad o una mentira piadosa? Sintió que su padre se removía nervioso a su lado. Bajó ligeramente el papel y miró a aquel malnacido a los ojos.

—No está mal. Los caracteres son fuertes, aunque demasiado redondeados para mi gusto. —Era un maestro escribano, no pensaba ocultarlo—. Una forma más fina, con gracias más delgadas, sería más agradable a la vista.

—¡Que no está mal, dice! —La risa del maestro era cáustica. Miró con un alborozo fingido alrededor—. ¡Hemos forjado estas puñeteras letras con un metal que no ha visto en su vida, y lo único que dice es que no está mal! —Cuando los ojos castaños del hombre volvieron al rostro de Peter, este sintió que se le erizaba el vello de la nuca—. ¿Y qué más, joven?

—Yo no he venido aquí a poner faltas.

—¿Por qué no? ¿No es ese tu oficio?

Todos los gremios ponen en jaque a los aprendices. Los herreros hacen monedas tan falsas como las que cuelan los hombres deshonestos. Los joyeros les dan gemas hechas de pastas que se parten bajo sus cuchillas. Peter miró de soslayo a Fust; su padre asintió mínimamente. Volvió a subir la hoja con hastío. No fijó los ojos, por el contrario tanteó con su visión interior la forma superior y estética. El conjunto era muy irregular y carecía de gracia.

—La tinta está muy clara en algunos puntos y demasiado oscura en otros.

—Exactamente. —El maestro le arrancó la hoja de las manos—. Es un calvario, Dios lo sabe, limar y alinear cada chisme para que se queden a la misma altura.

Había aprobado. Peter sintió una punzada de orgullo... y, al punto, de terror. Pues desde el banco de trabajo sintió un silencio muy sonoro. Les dedicó una sonrisa de disculpa a los herreros. Demasiado tarde: tenían cara de pocos amigos. Keffer — Heinrich Keffer, para más señas, un hombre fornido de cierta edad— se rascó la barba rubia y enarcó una ceja. El mayor, Hans, tenía el gesto torcido. A Peter le dio un vuelco el corazón. Miró al maestro, que seguía escrutando inmóvil la página, con las comisuras de los labios hacia abajo. ¿Qué clase de hombre era..., qué clase de maestro, que trataba a sus hombres como si fueran un par de herramientas inservibles?

La voz de su padre le llegó baja.

—Os estaría muy agradecido si me acompañarais. Todavía tenemos que discutir algunos asuntos.

Y así, salieron del cobertizo y se fueron los tres a un cuartito de la casa principal que Peter supuso que era el estudio del maestro. La chimenea estaba llena de cenizas del invierno pasado; las montañas de papel sobre la mesa habían sido apartadas para hacer sitio a los platos. La habitación era poco acogedora, con muebles toscos sin barnizar.

—Ya habréis visto que lo he gastado todo —dijo el anfitrión señalando a su alrededor con indiferencia.

Ciertamente la casa no parecía en absoluto la de un hombre con posibles. Con todo, comieron bien y bebieron una buena cantidad de Spätburgunder. Tal vez solo faltara un toque femenino, pensó Peter acordándose de Grede. Parecía no haber ni mujer ni descendencia: *frau* Beildeck, la mujer del criado, era más ruda y estaba más arrugada que una verdulera.

—En otros tiempos fui rico. —Su anfitrión se mostró más abierto cuando se hubo bebido un par de jarras—. Pero como veis, me lo he gastado todo..., aparte de lo que llevo mendigando por aquí y por allá desde hace treinta años. —Miró con ojos divertidos y lúcidos a Peter—. Y tenía ya saqueada a toda mi parentela (a algunos más de una vez), cuando justo apareció tu padre para seguir con este trabajo.

—Es un honor, no os quepa duda —dijo Fust, que cogió un pañuelo de lino del chaleco y se lo llevó a los labios. Lo único que lo perturbaba era qué libro habrían de imprimir primero.

—Estoy seguro de que el escriba tendrá alguna idea. —El tono del maestro, aunque seco, no sonó tan cortante como antes. Apuró la copa y la posó con fuerza sobre la mesa—. El coste por el aprendizaje es de diez florines al año.

Johann Fust sonrió muy pero que muy levemente. Si estaba atónito, lo disimuló muy bien. Se limitó a soltar una risotada.

—¿No estaréis exigiendo un pago, *herr* Gensfleisch..., después de todo el dinero que os he prestado?

—Gutenberg, respondo al nombre de Gutenberg. —El impresor torció el gesto, y empezó a hablar una o dos veces pero se lo pensó mejor. Al final estalló—: ¡Los ricos son todos iguales! Todo se puede vender y todo tiene un precio. Pero ahora, si un pobre hombre intenta vender sus habilidades, ponen el grito en el cielo. —Extendió las manos como parodiando una súplica—. Cualquiera diría que creéis que un hombre debe transmitir el saber de una vida a cambio de nada...

—Ochocientos florines no son precisamente nada.

Peter hizo lo posible por contener su conmoción. ¡Ochocientos florines! ¡Cristo Rey! Era una suma escalofriante, enorme incluso para un hombre con la ambición de Fust. Suficiente para comprar ocho casas o varias granjas. Sintió que se le iba la sangre de la cara.

—No puedo perder mi tiempo en llevar a nadie de la mano.

—Esa mano vale mucho más de lo que creéis.

Peter contempló las dos caras a ambos lados de la mesa deteriorada, que ni se

inmutaban mientras cambiaban su vida de manos como si fuera una pelota. Debería haberse levantado y haberse ido. Pero no fue capaz: el deber lo tenía atado de pies y manos.

—Aún no me habéis dado todo el adelanto. —La voz del impresor era quejosa—. Necesito el resto para el metal y el equipo.

—Lo tendréis en cuanto firmemos el contrato y pueda reunirlo todo por mi cuenta.

A pesar de su riqueza, Fust no tenía tanto oro contante. Financiaba sus grandes desembolsos por medio de préstamos de los lombardos y algunos judíos de Fráncfort.

—A cambio, instruiréis a mi hijo, y pondréis como aval los aparejos que hacéis.

—Yo no regalo mi saber por tan poco.

—Me gustaría que Peter aprendiera este arte.

Gutenberg miró al joven con los ojos entornados y luego volvió su vista intensa hacia Fust.

—Ya os he dicho que vamos apurados.

—La gramática latina se venderá bien. Y en cuantoelijamos el libro que vamos a imprimir, podréis buscar y contratar a todos los aprendices que queráis.

El silencio se cernió sobre ellos como una criatura que respirara en el cuarto. Oprimió los anaqueles llenos de telarañas y se deslizó por las vacías paredes grises. Peter ahogó un grito por su antigua vida: por el baile de las plumas y el bullicio de la plaza de la Sorbona. ¿Para eso lo había elevado tan alto Dios?, ¿para devolverlo de golpe al barro de donde surgió? Apretó los puños para parar el escozor que sintió en los ojos.

—Una cosa. —Gutenberg se había puesto en pie—. Puesto que ha de haber un contrato, tendréis que prometerme algo. —Clavó los ojos primero en uno y luego en el otro—. Todo lo que enseñe se queda entre estas cuatro paredes. —Fruunció el ceño y lanzó su mirada sagaz e impaciente por la estancia.

Cuando alargó la mano y cogió un crucifijo que había colgado por encima del escritorio, lo comprendieron. Peter lo agarró y juró no compartir con nadie el arte y las maneras del oficio; dio su palabra ante los ojos de Dios.

Se sintió igual que si lo hubieran raptado y le hubiesen vendado los ojos para hacerlo ingresar en una oscura hermandad cabalística.

Maguncia.

Septiembre-octubre de 1450.



Así empezó su aprendizaje.

El primer día se levantó al alba. Sus pies lo impulsaron a salir y deambular por las calles silentes de Maguncia, cuya población se había reducido a seis mil almas: más un pueblo en decadencia que una orgullosa ciudad libre.

Cuando llegó de pequeño, la urbe brillaba con luz propia. Todavía recordaba el paso de los trineos de los condes de Katzenelnbogen por las calles heladas alrededor de la plaza del mercado, con todos sus estandartes ondeando al viento. Maguncia la Dorada, solían llamarla, la ciudad con más orfebres y plateros del Imperio. Pero entonces los trabajadores se atrevieron a reclamar un trozo de esa riqueza, y la clase gobernante se echó las manos a la cabeza.

En más de una ocasión, y a lo largo de muchas generaciones, los miembros de las cofradías se levantaron, desesperados, pero siempre los habían reducido a fuerza de golpes. Esa vez, no obstante, habían ganado el consejo limpio y justamente, de ahí que el castigo excediera todos los pasados. La mayoría de los clanes patricios se habían retirado a sus casas de campo, le contó su padre, indignados porque les exigieran el pago de lo que les correspondía de impuestos. El trabajo se fue con ellos, dejando en la estacada a los artesanos locales. Pero, según Fust, eso no había sido lo peor: el veto del arzobispo Dietrich también había estrangulado el comercio fluvial, cortando las alas a los mercaderes que comerciaban con puntos lejanos. Maguncia estaba sufriendo un sitio que no venía desde fuera, sino desde dentro: era una ciudad atrofiada y aislada del mundo.

Una vela solitaria parpadeaba en la sacristía de la catedral cuando Peter pasó por delante. El veto tenía amordazadas todas las campanas de San Martín y la reja de hierro, cerrada con cadenas. Alrededor de la plaza había bultos oscuros por el suelo, que en un principio creyó que eran fardos. Por la calle de la morada de los franciscanos, tuvo que subirse la capa para taparse la nariz. El vino que los frailes servían formaba charcos tras los vómitos de los trabajadores ociosos que buscaban consuelo en su patio. Peter se alejó y se encaminó hacia las murallas, deseoso de un poco de aire fresco. En cada puerta de la ciudad —la de Hierro, la de Madera, la del Pescado, y sin duda también el resto— había apostado un hombre de la guardia del arzobispo. Lo miraban fríamente al pasar. Las escalerillas estaban desmoronándose y el muro necesitaba una reparación inminente. En otros tiempos había patrullas que vigilaban por turnos a lo largo de la principal defensa de la ciudad.

Un brochazo de un amarillo igual que el lino maduro empezó a pintar las cumbres

de las colinas del este. Apoyó el pecho en las almenas e inspeccionó el río y la orilla de enfrente, donde se veía el trazo desvaído de la carretera que llevaba a Fráncfort. Aunque desde allí no parecía más que un rastro de caracol, era igualmente letal: infestada con desamparados y ladrones, hombres que no se paraban a preguntarte el nombre antes de abrirte las entrañas. Incluso cuando les permitían emprender viaje, los mercaderes tenían que moverse en caravanas escoltadas. Habían oído hablar —o incluso visto con sus propios ojos— de aquel holandés que se había negado a pagar, y cuyas manos y cabeza sobresalían ahora de una estaca en el cruce, con una pierna mirando a Tréveris y la otra a Worms.

A sus espaldas, al oeste, estaban los caminos que llevaban a Luxemburgo, Borgoña y Francia..., pero también estaban bloqueados. Toda la archidiócesis estaría cerrada para los maguncianos hasta que el municipio pagase los intereses que debían a los próceres y los banqueros. Los motivos de la disputa eran tan sencillos como brutales. Durante siglos la clase gobernante había gestionado la ciudad como si fuera su propio banco. Le prestaban sumas al consejo que luego se devolvían a sí mismos con unos intereses desorbitados. Con el tiempo legaron a su prole, a perpetuidad, esas obligaciones. Y así la ciudad se vio abocada a la insolvencia, como la mitad de las ciudades libres del Reich. Cada vez que el tesoro público se quedaba a dos velas, el arzobispo Dietrich intervenía, apuntalaba ese edificio podrido e implantaba un nuevo impuesto solo para trabajadores y mercaderes. Pero esa vez no: el pueblo llano reivindicaba su derecho a gobernar. «Quejaos lo que queráis —rieron los próceres—. La culpa ya sabemos de quién es». El consejo debía pagar la deuda o disolverse. Dietrich propuso pagar los préstamos si Maguncia le devolvía las riendas. El mensaje era claro: cada uno donde le correspondía.

Una bandada de estorninos sobrevoló las orillas enfangadas, por donde no se veían los barcos que antes formaban largas colas como rebaños flotantes. Qué vacío parecía el mundo sin los gritos roncós de los barqueros y el graznido de las grullas. Vio a un hombre solo recorrer a paso lento la orilla, y pensó en las figuras solitarias que se escabullían en medio de la noche: los curas que, según le había contado Grede, venían de parroquias lejanas para bendecir a un infante, decir una oración apresurada o incluso llevarse un cadáver para darle un entierro cristiano, cuando sus familias podían permitirselo. «Al diablo el arzobispo», pensó feroz. Todos los ciudadanos de Maguncia estaban atrapados, incluido él. Dio media vuelta y empezó a bajar.

Cómo se había burlado de ellos: de su padre y su tío, con su impotencia y su furia. Sobre todo del segundo, Jakob: el *Brudermeister* de la cofradía de los orfebres, quien en ausencia de Peter había sido elegido como líder del consejo municipal. ¿Cómo podía nadie malgastar una vida entera en angustias tan fútiles? Era mejor labrarse una vida del intelecto lejos de esa fuente seca, había pensado Peter en su momento. La furia volvió a surgir en su interior y a ahogarlo, por verse una vez más rehén de sus disputas interminables.

La contienda en Maguncia venía de lejos, y tal vez durase siempre: entre el

hombre que hace cosas —el *homo faber*— y el hombre que comercia con lo que hacen otros para su propio beneficio. El ser humano era avaricioso, codicioso, se dijo Peter: se remontaba a Caín y Abel. En la archidiócesis de Maguncia, ese conflicto les había negado la paz a todas las almas que la habitaban.



Ese primer día el viejo herrero le lanzó un mandil y un guante, ambos más rígidos que una coraza.

—Yo hacía el fuego. A partir de ahora lo harás tú. —Hans Dünne miró escéptico las muñecas enjutas de Peter—. Recemos a Dios por que puedas.

—Fust jura que le dieron de mamar delante de la forja. —Gutenberg avanzó hacia ellos atándose su propio mandil—. Aunque algo me dice que de eso hace ya tiempo.

—No es cosa que se olvide.

—Eso lo juzgaré yo. A ver esas manos...

El maestro se las cogió por la muñeca y se las volvió. En la derecha tenía un callo en cada yema, con un grueso óvalo de óxido en el corazón. Las palmas, sin embargo, las tenía tan rosadas como las mejillas del pequeño Hennchin.

—¡Jesús de mi vida! —Gutenberg levantó la vista con los labios retraídos—. La última vez que vi una piel tan suave... —Puso cara de hastío.

El viejo herrero rio entre dientes; Konrad, el grandullón pelirrojo, rio a su vez y arrastró los pies hasta la prensa. Peter miró de reojo a Keffer, con quien intercambié una mirada. Los guiños y las miraditas del oficial le enviaron el mensaje claro de que aquel maestro era tan furibundo como parecía. Con la habilidad de un carnicero, el hombre forzó las gruesas coyunturas de los pulgares de Peter y luego los dejó caer de sopetón.

—Será mejor que lo sepas desde ya: las manos bonitas no me sirven de mucho.

Keffer fue el único que le mostró cierta afabilidad. Fue a estrecharle la mano mientras se vestían para encarar las llamas. Gracias a Dios no parecía guardársela por lo que había dicho el día anterior.

—La última cara que pensaba ver —dijo Keffer, que le sonrió abiertamente.

Cuando trabajaba con él en el taller de su tío Jakob, era un muchacho retozón sin la más mínima ambición. Se pasaba la mitad del tiempo jugando a adivinar en las gotas de plomo que acababan en el cubo del agua. Se había puesto enorme, rematado por una barba y unos rizos rubios, con el cuello y los hombros tan gruesos y musculados como los de un buey.

—¡Qué me vas a contar a mí...!

—Creía que habías prosperado y te habías largado.

—No lo suficientemente lejos para escapar de los Fust.

Por los ojos azul claro de Keffer titiló la sorpresa.

—Al menos has visto mundo —dijo, y se tapó los labios y la nariz con el pañuelo.

—Y tú has subido de rango.

El oficial se limitó a asentir y le tendió a Peter otro pañuelo. Debía de hacer unos seis años desde que compartieron penurias en el trabajo. Resultaba extraño que, tras sus cuatro años de aprendizaje, Keffer hubiera pasado sus años itinerantes allí, y no hubiera ido a otra parte a buscar fortuna. Pero tal vez había encontrado muchacha; siempre había sido un imán para las chicas, con esos rizos color miel.

El maestro estaba a un lado, enfrascado con algo en su mesa.

—Mejor que te andes con cuidado —le dijo Keffer entre susurros.

Peter asintió, reconfortado; podía haber tenido peores aliados.

El oficial estaba pasando la sopa de letras del banco de trabajo a una galera y apartándola para hacer sitio para el vaciado, cuando Gutenberg se volvió de repente con una letra metálica en la mano.

—Mira esta mierda. —Avanzó hacia ellos a una velocidad alarmante—. Maldita sea, Hans, tú lo sabes bien. ¿A qué huele la mierda?

—Apesta, como tu boca. —El viejo enano meneó la cabeza.

El maestro rio con lo que pareció un ladrido.

—Tú lo has dicho, maldita sea. Anda, arrástrate aquí, saco de huesos.

Hans suspiró sonoramente y se quitó los guantes con mucha parsimonia. El maestro esperó, con los párpados caídos, mientras revolvía el trozo de metal entre los dedos.

Cuando Hans llegó a su lado, se lo puso a la altura de la cara. Se veía claramente que se había combado por la presión: el cuerpo se había torcido y la base estaba desalineada.

—Mierda appestosa de la buena. ¿Cómo puede un herrero llamar metal a este fango? ¡Normal que no imprima!

Se quedó un momento parado, como desafiándolos. Hans cogió el trozo combado y se lo acercó a los ojos.

—Que me aspen.

—Y que sea pronto. —Gutenberg le dedicó una mirada torva a su pequeña cuadrilla. Keffer se removió nervioso—. ¿Qué demonios le has puesto, si puede saberse? —El maestro plantó la jeta delante de Keffer.

—Plomo, estaño y cobre —contestó el oficial sin pestañear.

—Cuerpo de Cristo —masculló el maestro—. Semanas y semanas, y esto es todo lo que has hecho. —Sacó los labios hacia fuera y se tiró de ellos con los dedos; los ojos se le hundieron mientras se quedaba pensativo. Hans se rascó la calva escamosa; el resto esperó—. ¡San Judas, dame paciencia! —exclamó por fin Gutenberg, indignado, y volvió a rascarse el pelo con la mano. Dejó caer el brazo, impasible, y muy fríamente, en un único movimiento ininterrumpido, tiró la pesada galera con las letras al suelo. Keffer saltó hacia atrás, con una mueca de dolor, y esquivó por un pelo la masa de plomo—. Vuelve a intentarlo. Me da igual cómo lo hagas pero hazlo bien. —Gutenberg curvó su cuerpo alto y enjuto hacia el viejo herrero—. No me obligues a tener que hacerlo yo todo, maldita sea tu estampa.

Hans, absorto en la inspección de la letra dañada, rezongó sin levantar la vista:

—Déjame que piense.

El maestro enseñó los dientes y se alejó repartiendo órdenes. El nuevo, que fundiera. Keffer, que se quitara esa sonrisita de la cara. Hans tenía que agenciar más estaño. A Konrad más le valía enseñarle a su prensa a besar las letras en lugar de aplastarlas.

Hans le pasó a Peter el cucharón, la palangana, el peso y la copela. De cerca no parecía tan viejo. Las arrugas apergaminadas y la calva bruñida eran solo el resultado de una eternidad pasada encogiendo la cara ante las llamas. «Un loco y un gnomo, extraña pareja», se dijo Peter. Cogió el instrumental y se fue lentamente a la forja.

—Esto no es un sacramento. —La voz de Gutenberg le sobrevino por detrás en un torbellino—. Aquí tienes que mover las posaderas, muchacho, o sentirás mi azote.

Ante la ley el maestro era su padre desde el momento en que empezaba a trabajar para él. «*In loco parentis*»: como aprendiz, pertenecía a aquel chalado, igual que si fuera hijo suyo. A no ser que un maestro le diera una paliza inclemente a un pobre aprendiz, lo utilizara de mala manera o lo castigara sin razón, no había alma en la verde viña del Señor —ni cofradía, ni iglesia, ni su propia prole— que pudiera intervenir.

El hombre al que Peter servía marcaba su territorio como un lobo: levantando la pata, enseñando los colmillos y dejando claro quién lideraba la manada. Tenía algo de canino, con esos labios delgados retorcidos hacia arriba y esas ascuas destellantes en el ámbar de los ojos. Keffer le contaría luego que toda aquella escenita estaba pensada para que Peter entendiese lo humilde de su posición. Gutenberg se había pasado el día anterior quejándose del hijo del mercader que le habían impuesto. Como si no tuviera bastante con mendigar..., ¿tenía que adoptar a la prole del vendedor! Era de esa clase de hombres que no soportan que les recuerden que dependen de otra alma en el mundo que no sea la suya propia y ungida.

Durante esos primeros meses el trabajo fue brutal, mecánico y aburrido, pensado para aplastar el espíritu o para suscitar el deseo de revolverse y encontrar un alma inferior que aplastar. Peter barría y fregaba, encendía fuegos que asfixiaban las gargantas y escocían los ojos. Se levantaba antes del alba para limpiar la ceniza acumulada; preparaba, encendía y cebaba el fuego nuevo de cada día. Y después pesaba los minerales y los molía. Cuando acababa con esas tareas, el maestro le buscaba otras igual de rutinarias e inútiles: tamizar arena para mezclarla con agua y hacer una pasta en el molde, o cortar montones de pieles de cordero en los cuadrados que utilizarían para imprimir la gramática latina.

Su cabeza le daba vueltas a una única palabra: escapar. Tenía que haber algún modo: quizás uno más artero del que habría barajado en circunstancias normales. No creía tener alternativa: no podía coger sin más su escarcela con los útiles de escribir y decir que se iba. Su padre se vería obligado a cortar los lazos con él y a repudiarlo: y a perseguirlo, incluso, por incumplir el contrato. La única esperanza residía en

cualquier otro trabajo que lo liberara de aquel Hades apestoso.

Grede le dijo que debía rezar a Dios para que le diera paciencia. Una noche de la primera semana, esta llamó sutilmente a su puerta cuando el servicio estaba dormido y le dijo que había visto luz debajo de la puerta.

—No descansas —susurró.

¿Cómo quería que descansase?, le respondió.

La mujer fue a sentarse en el borde del camastro, dejó la vela en la mesa y torció el gesto.

—Lo que no entiendo es por qué tiene que enfrascarme a mí en esta historia. Cualquiera idiota puede trabajar en esa forja.

Grede se apresuró a sacudir la cabeza.

—Tu padre te necesita. Depende de ti. —Lo observó caminar de un lado a otro del cuarto, haciendo crujir los tablones, y se llevó un dedo a los labios para advertirle de que no hiciera ruido. Peter se detuvo entonces; aguzaron el oído por un instante pero todo seguía en silencio—. Él confía en ti.

—Eso mismo me dijo también en París. —No había pasado ni medio año desde que Johann Fust dictaminara que Peter debía ser su representante allí.

—Las cosas cambian. —Grede se encogió de hombros.

Qué satisfecha se la veía de aceptar las cosas como venían dadas. Él siempre había pensado que habría algo más: se había dejado engañar y había creído estar destinado a una misión superior.

—Podría haber conseguido que estuviese orgulloso de mí. —Se vio decidiendo con el rector qué nuevos libros valía la pena copiar. Tal vez componiendo uno él mismo..., una obra de erudición—. Y ahora se supone que tengo que tirar a la basura toda mi vida.

—Una vida que no habrías tenido de no ser por él. —Grede lo miró a los ojos con su cabeza morena ladeada—. Igual que yo.

A ella también la había liberado de las labores ingratas de una vida trabajadora. Era la hija de un peletero, avispada y de figura grácil, a quien Fust, que acababa de enviudar, estuvo cortejando hasta convertirla en su segunda esposa. Peter aún recordaba esos primeros meses de incomodidad de hacía seis años, cuando aquella chica de su edad apareció en su vida. Al principio se evitaron con recelo, hasta darse cuenta con el tiempo de lo mucho que se parecían.

—Entonces, ¿tenemos que estarle eternamente agradecidos? —protestó Peter.

—Dijo que solo se metería en negocios con ese hombre si estaba seguro de tener a alguien de confianza en el taller. Ha invertido una gran suma de dinero, y necesita a alguien sobre el terreno. Hay mucho en juego. —Lo miró con la mirada franca y clara con la que se había familiarizado durante las ausencias de Fust por negocios: se juntaban a la caída del día y Peter escribía mientras Grede cosía, reía y contaba historias junto al fuego—. Necesita un garante, un par de ojos leales.

Al momento comprendió que no era solo una mera bestia de carga, sino también

un espía.

* * *

El maestro les hacía trabajar catorce horas diarias todos los malditos días de todo el santo mes. Sudando, alimentando el fuego, aplastando, vertiendo. Ni siquiera paraban para celebrar el sabbat; a pesar del gran número de reuniones entre el clero y el consejo, el veto del arzobispo Dietrich seguía vigente. La única cruda realidad era el trabajo, y luego, dormir como troncos, como si el propio papa estuviera en connivencia con el maestro Gutenberg.

En el primer mes no vaciaron ni una letra. En su lugar, se dedicaron a fundir, asfixiados en humos nocivos, para intentar encontrar una aleación lo suficientemente resistente. Parecían brujas, encorvados en torno a la forja, con los ojos enrojecidos, las manos negras y las caras cubiertas por velos de mugre. Peter pulverizaba los minerales y los introducía en lo más profundo de las ascuas. Plomo, estaño, bismuto, hierro, cobre: le tocaba a él recobrar el metal fundido del fuego abrasador y convertir la tierra insulsa en un fluido brillante y mortífero. Entonces el maestro metía una especie de espeque y sacaba algunas gotas para mezclarlas en un vaso de precipitados; luego iba gruñendo cantidades que Peter anotaba en un pergamino. Las pruebas proseguían, y la firme mano del escriba apuntaba cada mezcla. «Dos de esto —mascullaba el maestro—. Cuatro de esto otro». Gutenberg revolvía las dos corrientes apestosas, con los labios apretados, mientras se enjugaba el sudor de la nariz alargada. «Tira esa bazofia». «Otra gota». «Ah, sí, puede ser». Levantaba la vista, hacía una mueca y le pasaba el vaso a Hans. Este vertía el contenido en la caja de fundición y contaba hasta diez. Keffer sacaba entonces del molde la letra vaciada. Estaban deseosos de verla. A veces la aleación se endurecía antes incluso de salir del vaso, otras no lo hacía lo suficientemente rápido. Aunque logran rellenar los huecos del molde, a veces el metal se desintegraba o se partía cuando Keffer intentaba sacarlo. Y a cada ocasión el maestro torcía el gesto, se tiraba del labio y se dejaba caer en su asiento.

Durante todo ese tiempo no se fijó en su nuevo aprendiz, siempre atento, en silencio a su derecha. Peter pensó que no tenía ojos para nadie. Andaba siempre mascullando para sí, cuando no levantaba la cabeza y soltaba: «Por los clavos de Cristo. Hay que ser palurdos. ¿Es que ninguno es capaz de arreglar ni una cuchara?». No comía a no ser que *frau* Beildeck le llevara los platos al banco de trabajo; se acercaba tanto al metal fundido que se le pegaban goterones en la barba y luego se le endurecían. Parecía succionar hasta el último aliento de aire de aquel horno.

Los otros se reían de Peter cuando se lavaba las manos antes del almuerzo. Y se reían con más ganas cuando se las secaba y se frotaba la piel cuarteada con un poco

de sebo. Tanto Hans como Konrad habían llegado de Estrasburgo con el maestro, y hablaban sobre todo entre sí en su extraña jerga alsaciana. «Forasteros», decía Keffer, que se alegraba de tener cerca una cara conocida. El oficial era diestro con los dedos, y siempre andaba pintando con tizones: caras inexpresivas con pechos, nidos de paja. Qué labios lujuriosos iba a enseñarle, le susurraba guiñándole un ojo, si lograban escaparse algún día. Peter le susurraba a su vez que en París podía pagarse con medias de seda si se quería. No era ningún mojigato, a pesar de los años en que había tenido que reprimir su lujuria en bancos de monasterio. Otra razón, por si hiciera falta, para liberarse. Allí no podía entregarse a sus placeres como lo había hecho en París, sin que nadie lo vigilara, como un desconocido más. Sintió que se empalmaba al pensar en todos esos portales recubiertos de satén, las tenues lámparas rojas, los pórticos húmedos y atrayentes de la calle Saint Denis.

Fust pasó por el taller un día de mediados de octubre, entre sus dos viajes de otoño, para comprobar que todo estaba «controlado». Unas palabras muy apropiadas, pensó su hijo con ánimo sombrío: «controlado» era como estaba él, en resumidas cuentas. El maestro apenas miró a su socio y se limitó a hacer un aspaviento.

—Que Dios os ayude en vuestro trabajo —soltó como si nada—, que yo intentaré que me ayude en el mío.

Ni Dios ni ayuda: justo lo contrario. Pasaron septiembre y octubre; las horas de luz empezaron a menguar. Así y todo, por extraño que pareciera, sentía que una fuerza impulsaba hacia delante el negocio, gota de plata a gota de plata. Había movimiento, por desesperantemente lento que fuera, pero inexorable: aunque nadie sabía adónde los llevaría.

Y entonces una noche todo cambió.

El maestro levantó la cabeza, con los ojos brillantes, como si hubiera olido algo. Se frotó los ojos.

—Sí. Sí, sí.

La prueba del día anterior se había endurecido nada más verterla en el molde. Con la siguiente pasó lo mismo. Las letras que resbalaban del molde eran nítidas y duras; Konrad había pasado veinte veces la primera tanda por la prensa y ninguna parecía haber sufrido daños.

—Dios mío, creo que lo hemos conseguido. —Gutenberg se volvió hacia Hans y le dio un palmetazo en el brazo—. Tienes un aspecto horrible —le dijo. Después empinó la barbilla y le señaló a Peter el cucharón—. Si conseguimos que nos vuelva a salir bien, ¡beberemos toda la noche! —Juntó las cejas pobladas y cantó como un viejo alquimista—: Dos de estaño, cuatro de plomo. Y luego solo un cuarto de antimonio..., para ponerlos firmes, malnacidas. —Sonrió... en un fognazo breve y agotado.

Hans y Keffer rieron. Peter fue a por las cantidades solicitadas. Los minerales molidos estaban apilados unos al lado de los otros sobre un trozo de pizarra que había levantado Konrad en un rincón de la forja.

—Un vaso solo no, los dos —vociferó Gutenberg—. Quiero un cubo lleno de mezcla. —Volvió a amagar un puñetazo a Hans—. Y rapidito, ¿quieres? Tengo una sed del demonio.

Peter se dio prisa. Midió y corrió, fundió y corrió. Eran esas prisas las que lo estropeaban todo, pensó mientras se enjugaba el sudor. La presión de precipitarse para conseguir cosas sin pararse a pensar si eran buenas o no. Mantuvo las manos firmes mientras vertía y mezclaba los chorros fundidos, añorando la lenta y cuidadosa orquestación de las páginas, el adorno concentrado de su cálamo. Tiempo para centrarse y pensar. En media hora tuvo mezclado un cubo entero y lo llevó de vuelta al banco. «Ahí lo lleva —pensó soltándolo—. El malnacido puede estar contento».

Gutenberg introdujo el cucharón en la mezcla y echó una muestra sobre la platina. Olisqueó el metal y se lo llevó al diente, mordió y escupió.

—Santo Dios —gruñó, y sacó la lengua, salpicada de restos grisáceos—. ¿Qué mierda es esta? —Se le contrajo la cara mientras alzaba la mano y le volcaba la cubeta.

Un dolor agudo desgarró la mano de Peter, que gritó y la sacudió como loco en el aire, para intentar despegarse el mineral ardiente que le había caído encima. Hans cogió el guante plateado y lo metió rápidamente en el cubo de enfriar dispuesto junto a la fragua. Al hacerlo, Peter cayó hacia delante y se retorció de rodillas, ajeno a todo salvo a aquel dolor atroz. El viejo herrero le metió el brazo entero bajo agua, con unas manos raudas que le sacudieron el metal ya frío de la piel arrugada y enardecida.

—Mierda —siguió bramando el maestro como si no hubiera visto nada—. Estaño, por el amor de Dios —vociferó—. No hierro, imbécil.

Peter se revolvió para incorporarse y mirarlo. Todo su ser ardía de odio a la par que dolor.

—Pues etiquetadlos, maldita sea. —Con un esfuerzo hercúleo logró incorporarse del todo, levantando con el brazo derecho el cubo lleno que contenía su mano palpitante. Menos mal que era la izquierda.

—Cuida tu lenguaje.

Al maestro le importaba muy poco que se hubiera hecho daño. Hans se interpuso entre ambos y dijo:

—Piérdete, Henne, si quieres tu metal.

Gutenberg se detuvo refunfuñando entre dientes, resopló una vez y sacudió la cabeza. Hans había tenido arrestos; Peter estuvo a punto de reírse pese al dolor. ¿Cómo era posible que tuviese derecho a llamarlo Henne o, mejor aún, a mandarle callar? Miró al viejo herrero con un respeto que no había sentido hasta entonces.

—Dame el sebo ese que traes —gruñó Hans, y Peter le hizo un gesto con la mano libre hacia sus cosas, colgadas de la percha.

Lo mandaron a casa con la mano envuelta en un trapo limpio y bálsamo. De dónde lo sacaron, nunca lo sabría; lo más probable era que Keffer se hubiera rasgado

la camisa. Hans lo empujó bruscamente hacia la puerta y, cuando el joven le dio las gracias entre tartamudeos, gruñó:

—Esto te servirá de lección. Así se te bajarán un poco los humos, Manos Bonitas.

Al irse Peter vio al prensista, Konrad, bajar las escaleras: ahora todos tendrían que hacer la fundición que él había estropeado.

El pequeño reloj de la chimenea estaba dando las nueve cuando entró en la *Haus zur Rosau*. Subió a escondidas a su cuarto. Su padre no estaba y no soportaría hablar con Grede. Se acercó como pudo el yesquero, se lo puso bajo el codo de la mano vendada y frotó el pedernal. La llama era débil; su imagen parpadeó en el espejo que Grede había colgado encima de la palangana. Se quedó mirando un rato largo su cara ennegrecida y vio un animal horrendo con unos ojos blancos que sobresalían de la mugre que le embardurnaba la piel. Se echó un chorro helado con la mano derecha y vio que, al introducir la otra y frotarse las mejillas, el agua se volvía negra. Tenía los ojos como dos ascuas, en su blancura brutal. ¿Qué era, un hombre o una bestia? Ni siquiera era un trabajo del que al final saliera algo hermoso. Un broche, un cáliz o una custodia destellante podían hacer resurgir el alma de las llamas. Para el caso, bien podría haber dejado la granja y haberse ido directamente a las minas de Sajonia.

Se secó la mano derecha y acercó la vela al pergamino que había dejado sobre la mesa. Había recuperado su Cicerón en perfecto estado: otra muestra más del poder de su padre. La piel de carnero tenía unas cuantas volutas oscuras de la vida pastoril, restos de marga, sangre o nervio. Lo sujetó con el codo de la mano vendada y con la derecha pasó la piedra pómez en un círculo cada vez mayor, hasta que el color quedó más uniforme. Dejó la piedra a un lado, sopló y limó las irregularidades que quedaban. La hoja estaba lista, pulida y sin manchas.

Casi siempre que trazaba las líneas maestras, oía la voz de su primer maestro de escritura, la de fray Anselm, del monasterio de San Pedro, encaramado en lo alto de una colina en Erfurt: «Tu mano no es sino Su herramienta». Peter flexionó ese instrumento y cogió el hueso que le servía de regla. «El pergamino en el que escribimos es pura consciencia, en la que se anotan todas las buenas acciones». Intentó alisar la hoja con la mano herida. «La regla que usamos para trazar las líneas y escribir es la voluntad de Dios». Enderezó la regla y marcó una línea con el hueso. Solo entonces hundió el cálamo en el tintero: «La tinta con la que escribimos es humildad pura, y la mesa en la que escribimos, el sosiego de nuestros corazones».

Tomó aire y escribió y, con la escritura, sintió que entraba en él la quietud que reside en el centro de todas las cosas. La quietud y la libertad expansiva de la Palabra. Y no solo la de Dios, sino toda la sabiduría que impartía Él a los que estaban dispuestos a recibirla. Cuando Peter no era más que el hijo de un pastor, soñó un día que sería cura, paralizado como se sintió por la belleza y el misterio de los árboles y los campos. En la universidad había cursado las cuatro ramas inferiores de teología; los benedictinos le imploraron que se quedara con ellos y recibiera los votos.

Pero sabía —o al menos rezaba por ello— que Dios había trazado para él un

camino distinto. Seguía sabiéndolo, y más intensamente, al enfrentarse a ese nuevo demonio. La vela parpadeó con una corriente de aire, y Peter paró. «¿Qué quieres decirme, Señor?».

Père Lamasse le había dado su consejo, no hacía ni un año todavía, cuando Peter le confesó que deseaba dejar la biblioteca de la abadía de San Víctor de París. A pesar del gran amor que le profesaba al culto de los monjes, sentía que el mundo palpitante y turbulento del exterior tiraba de él. El abad le puso la mano en la cabeza y le dijo que el Señor destinaba a cada uno una tarea. Esa era la meta del viaje de nuestras vidas: escuchar y esperar y, cuando llega, prestar atención a la llamada.

Al parar sintió cada latido de su corazón en la carne chamuscada de la mano. Dios sabía que no había nacido para cura. Y si una cosa tenía clara, era que tampoco para herrero..., ni entonces ni nunca.

Maguncia.

Octubre-noviembre de 1450.

Su padre regresó justo antes del día de Todos los Santos. El ajeteo de Grede, colgando tapices y encendiendo fuegos, dio cuenta al servicio de que lo esperaban. La mano de Peter estaba casi curada. Su madrastra había empleado los viejos remedios de las mujeres del país: un emplasto de consuelda mezclado con hierba santa para aliviar la quemazón. Costaba ver las cicatrices a menos que uno se fijara.

Fust llevaba un mes fuera. Según Grede probablemente intentaría hacer otro viaje antes de las nieves. Había conseguido rehuir el veto del obispo; Peter no sabía cómo, pero había encontrado un modo de seguir comprando y vendiendo. No se preguntó si era una suerte o una temeridad. Cuando fue a recibir a Fust a la aduana, tenía otros asuntos más urgentes en mente.

En otros tiempos la *Kaufhaus* ejercía cierta magia sobre él. La primera mujer de Fust lo había enviado muchas veces a aquella bóveda espaciosa y aromática: había deambulado, con los sentidos embelesados entre sus fardos y balas, para recoger al hombre al que había aprendido a considerar y llamar «padre». Era asimismo un templo, tal y como decía siempre Fust: no al Señor, sino al comercio que hacía que Su mundo girase. Teca, colmillos de marfil y toneles de Madeira; lana cardada y carbón; aceites, especias y vino renano; frutos secos, minerales y piedras semipreciosas. Cuántas veces había aspirado de pequeño todos esos aromas mareantes: a pieles, savia, el olor penetrante a sudor y cítricos, sabores de las tierras lejanas de donde llegaban esas mercancías.

Desde la loma a las puertas del *Hof zum Gutenberg* veía la cornisa que se elevaba por encima de los tejados de pizarra azul, coronada por un friso señorial de estatuas labradas en caliza roja de Maguncia: los siete príncipes electores —tres arzobispos y cuatro señores terrenales— del Reich. El suyo, Dietrich, ocupaba el centro y los miraba desde arriba con unos inmensos ojos ciegos.

Los mercaderes más prósperos tenían sus oficinas en la galería que rodeaba el salón de transacciones. El edificio estaba tranquilo, tan solo había un par de carromatos altos sin tiro dentro del pórtico. Peter paseó entre los puestos cubiertos y subió por los gastados escalones de piedra que conducían a la oficina con el «Hermanos Fust» que hacía años había grabado en oro un escriba, en el interior de un escudo que colgaba de una *fustus* marrón: la rama trenzada que era el emblema de la casa. Peter oyó voces de hombres y, al reconocer la de su tío, llamó a la puerta y entró.

—¡Peter! —Fust se levantó con una gran sonrisa en los labios—. ¡Eres vidente! Acabo de llegar.

Estaba ciertamente vestido con ropas humildes; parecía un calderero, con esas mallas y una chaqueta parda manchadas de barro y un manto mugriento sobre una silla. Seguramente había guardado contra la piel las monedas y armas que llevaba. Su tío Jakob se volvió en su asiento y le tendió la mano, en una versión más delgada de su hermano mayor.

—¡Vaya! ¡Pero si es el hijo pródigo!

Peter forzó una sonrisa.

—Creo que ese era el más pequeño de tres. —Se adelantó para estrecharle la mano.

Llevaban una eternidad sin verse. Jakob había perdido peso: se le habían afilado los pómulos y el pelo, relamido hacia atrás, se le había encanecido. No era de extrañar, ahora que pertenecía al consejo. En la casaca llevaba la rueda de seis puntas de Maguncia, rematada en hilo rubí sobre el pecho, una marca de su rango que se sumaba al grueso anillo que llevaba en la mano derecha como líder de la cofradía de los orfebres.

—Justo estaba diciéndole a Jakob lo aliviado que estoy de estar de vuelta. —Fust meneó el cuello como para quitarse el peso acumulado y fue a un armario para sacar el *brandy*.

—Como si aquí le dieran a uno algún respiro... —comentó Jakob, que tenía los ojos azules como su hermano, aunque más lechosos y claros, de hielo invernal.

—¿Habéis tenido problemas? —quiso saber Peter.

Fust se encogió de hombros.

—Lo de siempre: ladrones, matones y espías.

Sirvió tres copas de una botella de cristal. Abajo, en el salón de transacciones, contaban y tasaban las mercancías que había traído. ¿Dónde había estado en esa ocasión, qué había traído? ¿Más madejas de lino, encaje de Gante, productos de los telares parisinos? Era posible, si había ido hacia el oeste. En torno al cambio de siglo, su abuelo había sido tratante de polvos de todo tipo: nitrato de potasio para los hombres de armas, metales para los herreros, sales y raíces para los químicos. Johann, por su parte, había ampliado el negocio, introduciendo piedras semipreciosas, manuscritos y otros productos de lujo; había construido un imperio basado en la vanidad y la envidia de la pequeña nobleza del este del Rin. Los condes y los margraves poco podían compararse con los faustos de sus primos en los tronos de Borgoña, Saboya, Inglaterra, Escocia o Francia.

—Tenías que haber visto la crecida del Neckar. —Fust hizo una mueca y apuró el licor—. A punto estuvimos de perder la carga. —Qué contento se le veía.

—Entonces estuvisteis en Heidelberg —dijo Peter. Nunca había visto el castillo de los duques del Palatinado, famoso por estar encaramado en la garganta de ese río.

—Por tierra es menos peligroso, aunque quién sabe por cuánto tiempo... —Fust

frunció el ceño, mirando a su hermano con intención.

—Se hace lo que se puede. —Jakob se ciñó más la capa.

Maguncia y el arzobispo estaban en conversaciones, si se las podía llamar así. La situación seguía igual que siempre: quién era el culpable y quién debía pagar.

Habían tomado como rehenes a Rebstock y Weinberg, le contó su tío a su padre. A las afueras de Höchst, en la carretera de Fráncfort. ¿Quién lo había ordenado?, quiso saber Fust. La archidiócesis. Al final los habían liberado con tan solo una multa: si los hubieran apresado los de Fráncfort, todavía estarían pudriéndose en un calabozo.

—Por eso preferí ir por el bosque. —Fust se mesó la barba—. Aunque se me rompieron los ejes y tuve que untar a la mitad de los guardias.

Los hermanos pusieron mala cara y menearon la cabeza. «Como niños —pensó Peter—, o peones atrapados en algún punto del tablero». Yo te apreso, tú me apresas a mí: era un juego sin sentido. Deseó que Jakob se callara y se fuese. Pero no fue el caso.

Su tío le clavó una mirada gélida.

—Me han dicho que andas fundiendo, después de todo.

Peter miró de reojo a Fust, que asintió levemente.

—Os han dicho bien —contestó intentando sonar natural.

A la cuadrilla de aquel horno infernal no se le permitía poner un pie fuera, ni siquiera podía aliviar la sed o la lujuria en las tabernas o los burdeles. Pero no sabía cómo, Jakob estaba al tanto.

—Disfrutamos de una cierta... exención, podríamos llamarlo —le explicó su padre—, por parte de la cofradía.

—Por ahora —puntualizó Jakob.

—Yo soy poco más que un mozo de fragua. —Peter no apartó la vista de Jakob. Que Fust se enterara así de lo que tenía que decirle.

—Un oficio honrado como el que más —repuso el tío.

—No quería decir eso.

Cruzaron las miradas; Peter comprendió que el tío aún no lo había perdonado. Había sido Jakob quien le había enseñado a fundir y labrar: a Peter y a su propio hijo, el pequeño Jakob, así como a Keffer, y a todos esos chicos medio analfabetos que habían sido aprendices en su forja (aunque desde que se había convertido en *Brudermeister*, apenas se ensuciaba las manos). Era el leal hijo de Maguncia, arraigado en suelo renano; la defendería con uñas y dientes. Nunca había entendido cómo podía alguien irse sin más. Para él su partida había sido un repudio: había visto partir a su sobrino no solo una vez sino dos, y a su propio hijo tomar el relevo que el huérfano había despreciado.

—Se lo he dicho a tu padre, y te lo repetiré a ti. Ese... taller —se le espesó la voz —... no cumple con las normas. Ese hombre es un prócer, y un judas, no me cabe duda. Pienso vigilarlo muy de cerca.

Peter sintió la mirada huidiza e irritada de su padre.

—¿Por qué no dejas que yo me encargue de mis asuntos y tú de los tuyos? —inquirió Fust.

—Porque el uno perjudica al otro, por eso. —Jakob vació su copa y se puso en pie. —«Qué apropiado que lo hayan ascendido al puesto de tesorero municipal», pensó Peter. Lo primero que había hecho había sido cancelar los pagos de los intereses de los próceres—. O financian la ciudad como el resto de nosotros y pagan sus impuestos, o que ahuequen el ala y se larguen de una puñetera vez. —Por último, con una mano en el pomo de la puerta, le dijo a Peter—: Si yo fuera tú, me cuidaría las espaldas.

Sus pisadas se perdieron por la majestuosa escalera de piedra. Fust resopló y se echó el pelo hacia atrás.

—Siempre ha sido de los que ven el vaso medio vacío. —Miró a su hijo con detenimiento—. Pero, mientras sigan como el perro y el gato, habrá dinero que sacar. Trae el barril. —Peter lo entró por una pequeña puerta arqueada—. Te he traído un regalo.

Fust cogió un cincel de un estante. Abrió la tapa de madera y empezó a sacar los volúmenes que había traído. Tomos de derecho canónico, las epístolas decretales de san Bonifacio y san Gregorio, varios ejemplares de romances burdos. Y luego un paquete envuelto en ante: un fajo de hojas plegadas sin encuadernar, unas tres manos. Se lo tendió a Peter, que lo abrió. La página izquierda estaba cubierta por un calendario de santos en rojo y negro; la derecha estaba vacía, esperando un bonito dibujo.

—Para la duquesa Mechtild —dijo su padre. Un hermoso ejemplar de *El pequeño oficio de Nuestra Señora*.

Peter se puso tenso. Las líneas de la caligrafía «texturizada» eran de un negro intenso, exquisitas, escritas con una gracia sin tacha: casi con toda seguridad obra de un escriba cartujano. «Textura» quería decir «tejido»: los monjes siempre habían dicho que el escriba entreteje su propio espíritu con el de Dios.

—¿De qué le sirve esto a un mozo de forja? —Su tono era duro.

Fust palideció; su sorpresa parecía genuina.

—Creí que me aconsejarías con el dibujo.

—Y yo creía que mi vida era mía. —Peter le devolvió el paquete por encima de la mesa.

Fust apoyó ambas palmas sobre la madera y se quedó mirándolo un rato largo. Por fin se dejó caer en la silla con todo su peso.

—No has comprendido nada.

—Me basta y me sobra.

Fust frunció el ceño.

—Me decepcionas, Peter. Que tú precisamente no seas capaz de ver lo que implica todo esto...

—Lo único que veo es una copia rudimentaria y fea de lo mejor que pueden hacer los hombres. Ni un solo noble tocará un libro que haya hecho ese loco, y lo sabéis.

—Todavía no. —Las aletas de la nariz se le contrajeron—. Aún no..., pero dale tiempo. Tal vez tú no seas capaz de concebirlo, pero yo sí. Libros por doquier, y más baratos que los manuscritos..., en cantidades que simplemente marean la mente. Imagina cómo sería el mundo si todos pudieran comprar uno. —Los ojos recayeron en el libro de horas—. No puedo vivir de las rentas. Yo vendo libros, sé de estas cosas. —Levantó la vista hacia los ojos de Peter—. Dentro de diez, veinte años, ¿quién pagará la fortuna de un príncipe por algo así? No todo el pueblo llano puede permitírselo. Se acabó, y lo siento, pero es así. Una vez que hemos encontrado el secreto de las letras, no necesitamos escribas.

—Y todo lo bello quedará destruido. —Peter se puso en pie—. Todo lo que importa, en la adoración de Dios..., en sus enseñanzas, quedará aplastado. No olvidéis, padre, que yo también sé algo sobre este negocio.

El hombre asintió.

—Por supuesto. Tienes que defender tus intereses..., tus manos, tu oficio, lo entiendo. Pero eso no cambia nada. Se acabó. La vida de los escribas, el valor de tus manos... Cuanto antes lo aceptes, mejor.

—Me permito disentir.

—Disiente cuanto quieras. —La mirada de Fust se volvió acerada—. Eso no cambiará la verdad..., ni nuestro deber.

* * *

El deber, pues. Era su deber seguir a Fust como un perro faldero, pasar San Martín y atravesar la plaza del Leichhof, donde los pintores y los encuadernadores tenían sus talleres. Era su deber fingir cortesía al verse con un tal Klaus Pinzler, maravillarse por sus retablos y sus escenas de ocio noble pintadas sobre madera y cristal. Era su deber esperar a que el hombre rayara y se inclinara y asentir para darle a entender que le valdría su pincel. Su deber y su tortura, estar al lado de esos hombres mientras cerraban el trato y saludar a la mujer y la hija cuando entraron y sonrieron solícitas. Contempló a su padre rebosar esa bonhomía que lubrica el camino del vendedor en la vida, y se dijo para sus adentros que no permitiría que se saliera con la suya. Era el hijo de Fust, no su esclavo. Se quedó el tiempo justo y luego presentó sus disculpas. La familia se levantó a su vez; la hija se adelantó para abrirles la puerta baja. Se fijó en que tenía azules las yemas de los dedos, manchados todavía con la pintura luminosa de alguna Madonna. Sintió un arrebatado pasajero y quiso echarle las manos al cuello; qué animal puede volverse un hombre acorralado. Las manos que escondía bajo el sayo estaban endurecidas..., casi muertas. No pensaba permitir que su padre

viera cómo lo había marcado aquel maestro. La chica lo miró, pálida y con ojos almendrados, sin rastro de interés o compasión. Lo último que vio antes de darse la vuelta fueron tres deditos con yemas azules desaparecer tras un portazo.

Abadía de Sponheim.
Septiembre de 1485.

— **M**is dudas estaban más que justificadas.

Al abad, que está ocupado escribiendo, le asombra el tono sardónico y seco del impresor.

—¿Qué queréis decir? —Tritemio levanta primero la cabeza y luego el plumín, con la mano izquierda a modo de taza por debajo.

—Vos mismo sabéis lo poco que se logró —dice Peter Schöeffer.

El mundo está ahora anegado de palabras feas feamente forjadas, una saturación abrumadora de páginas que surgen de las filas de imprentas como setas tras la lluvia, produciendo en masa indecencias y vaticinios, peroratas de anarquistas y anticristos: hay un gran revuelo entre los eruditos de los clásicos por la manera en que la imprenta ha profanado el libro.

—De seguro no todo es despreciable... —protesta el joven monje.

Peter aparta la cara.

—Todo no, pero gran parte sí —responde.

Lo temió desde el momento en que puso el pie en ese taller de locos: que ese arte que querían encumbrar como sagrado se revelaría como un arte oscuro. ¡Lo glorioso que podría haber sido, y en qué fruslería se ha convertido, vehículo de la vil lujuria de la humanidad por la fama y la avaricia! El impresor lo observa con cierta compasión mientras el abad intenta ocultar su asombro. No es el relato vanagloriado que esperaba Tritemio.

—Entonces, ¿qué haríais, volver a los días de los escribas? —El abad se inclina hacia él, con cara resuelta—. Mis monjes copian escrituras seis horas al día, cuando no están en la capilla o trabajando. Sigo convencido de que es la única forma de aprender de verdad los textos sagrados y practicar una disciplina piadosa y de negación del ser.

»La comunión con la palabra de Dios, grabada indeleblemente en el corazón y la mente..., eso les digo. —Tiene los ojos muy abiertos—. La imprenta, pese a toda su magia, ha acabado con ese eslabón vital.

—Y tampoco ha traído la liberación que prometía. —Peter le sostiene la mirada por unos instantes y sonrío—. Pero todavía nadie ha encontrado la manera de devolver un genio a una botella.

Con los años Maguncia se ha vuelto más que nunca una ciudad vasalla. Los productos de sus imprentas están todos censurados y se han restringido los derechos de los trabajadores. El sueño ha pasado: apartar con esas letras metálicas al hombre

del fanatismo, del deseo y la avaricia, alzándolo página a página hasta la paz y la abundancia del cielo.

—Ahora la imprenta se utiliza solo para el lucro, y de eso sí que puedo culpar a Gutenberg.

—¿Por?

—Fue el primero en comerciar con ese arte. Lo abarató; e imprimía cualquier cosa siempre con tal que le pagasen por ello.

—¿Cualquier cosa? —El abad tiene una mirada extraña en los ojos.

—Panfletos, decretos, todo lo que tuviera un precio.

—¿Y vos no? —Tritemio intenta controlar la voz pero Peter nota el retintín.

—Estamos todos corrompidos. —Él mismo se oye entonces: la voz cansada y hastiada del que esperaba más—. Y yo tanto como el que más.

Tendría que haber seguido siendo escriba, piensa a veces; al menos así no se sentiría tan decepcionado. Tiene sus obras impresas, y dos de sus cuatro hijos han seguido sus pasos en el arte de la imprenta; ha hecho cientos de libros hermosos. Es más rico y notable de lo que fuera en vida el maestro. Pero parte de él sigue añorando ese roce, esa sensación de tan intensa cercanía con la creación del Señor. A veces, por la noche, alarga la mano en busca de su vieja escarcela y acaricia la piel del cordero de Dios con la pluma de Su ave, rezando por una señal.

Maguncia.

Noviembre de 1450.

Peter estaba esclavizado por el deber, y era un fastidio. Si Fust no lo liberaba, podía buenamente pasarse la vida entera entre mugre y humo, con su ánimo retorciéndose como ramitas arrojadas al fuego. Su única esperanza era conseguir una nueva posición que sirviera tanto para liberarlo a él como para que su padre guardara las apariencias. En un principio había creído que Jakob lo ayudaría: no había nadie que odiara más a los próceres, y si algo era Gutenberg era un prócer arrogante y grosero. Pero entonces Peter se vio, con la gorra en la mano, postrado ante su tío para rogarle cualquier puesto administrativo. «Maguncia está arruinada, zopenco», le diría Jakob. Las migajas sobrantes serían para quienes habían arrimado el hombro. Y tampoco era que Peter pretendiera quedarse en la ciudad, que estaba emponzoñada con la bilis de esa guerra intestina. Por primera vez en su vida se planteó fastidiarla adrede: trabajar con tal torpeza y con una lentitud tan desesperante que Gutenberg quisiera echarlo. No consiguió convencerse para llevar a cabo ese plan. Tenía su orgullo, que le servía para algunas cosas: bien mezclado con amargura, fortalecía el ánimo. Tenía que conocer a alguien, a algún antiguo maestro o compañero que pudiera conseguirle un puesto de escriba en alguna cancillería, con suerte, de algún obispo o duque lejano.

Tenía el traje enterrado en el fondo de un baúl, a los pies de la cama: una capa corta y oscura, un gorro atravesado por un penacho de cuervo, una camisa larga y blanca de cuello alto, unas calzas y la escarcela de gamuza donde guardaba los útiles de escribir. Cuando los desenfundaba, sentía que se alejaba de ese mundo entintado. Le parecía un sueño, su vieja vida parisina. ¿Con quién coquetearía ahora Céline, la de los tirabuzones colorados? ¿Qué habrían dicho sus antiguos compañeros sobre su desaparición repentina durante los cuchicheos de la mañana en las letrinas?

Una noche, al atardecer, se echó encima su vieja pelliza y salió sin ser visto de la *Haus zur Rosau*. La luna estaba baja en el horizonte y las calles que conducían a la catedral eran túneles negros, con casas que se agarraban entre sí por encima de la cabeza. La plaza del mercado era un tajo abierto en un charco repentino de luz. La cubría una neblina: noviembre había asomado la patita por la puerta. Pronto sería la festividad de San Martín, el patrón de la ciudad. ¿Qué posibilidades había de que representaran la obra como todos los años en la ancha escalinata de la catedral? Jakob gritaría «asesino asqueroso» si lo intentaban. La gente no soportaría tamaña hipocresía, se dijo: el rico que parte su manto en dos para compartirlo con un pobre muchacho disfrazado de mendigo.

Peter se dirigía a la *Schreibhaus* de la esquina del barrio de los pintores, la Casa de la Escritura, que pertenecía a los monjes que vivían extramuros, en San Víctor. En esos tiempos los *scriptoria* vivían su época de esplendor por todo el imperio; en Maguncia los mejores libros se escribían en la cartuja de la orden de los cartujos o en el monasterio agustino de la colina, San Víctor. Aquella casa de la orden había sido durante décadas su escuela en la ciudad, así como pensión para escribas seculares a quienes a veces acababan contratando. Según tenía entendido, en los últimos años se había convertido en una especie de lugar de encuentro para clérigos de todo tipo, aunque algunos escribas seguían trabajando en la trastienda.

Era la primera vez que entraba. Su tío decía que era un antro infesto, donde maquinaban los curas y los abades del arzobispo Dietrich: tan aborrecido por los orfebres como la taberna de los próceres en el *Tiergarten*. Los canónigos de más alto rango de las distintas órdenes solían parar allí cuando pasaban por Maguncia, camino de Roma o Aschaffenburg, la ciudad de la región de Hessa donde Dietrich tenía su corte. La mayoría ocupaba altos puestos en la extensa administración del arzobispo o del propio papa, así como parroquias que apenas pisaban. La *Schreibhaus* se había convertido en un salón de transacciones, salvo por que no se trocaban manuscritos, vino o trigo, sino púlpitos, favores, sinecuras y prebendas.

Estaba todo oscuro y hedía a vino y comida rancia. Por un instante Peter confundió con ovejas todas esas formas veladas: gruesas moles de lana negra y marrón, todas cabizbajas bajo las vigas oscuras. La estancia se descompuso en el negro de los benedictinos y los agustinos, el marrón de los frailes franciscanos, y aquí y allá algún cordero blanco cisterciense. A la derecha, los curas del cabildo catedralicio parecían exclamaciones plegadas, afiladas y negras, con una franja blanca al cuello. Peter caminó resuelto hacia una puerta de dos batientes que había al fondo. Con un häller de plata se podía comprar una copa de barril de monasterio. Se volvió, repasó la estancia con la vista y deseó poder taparse la nariz. Aromas de otro mundo se combinaban con el sudor estrujado de la tela de esos ropajes sin lavar: la tiza de los claustros, el aroma mordaz de las agallas de roble, el aliento a vino de comunión peleón.

Todas las caras le resultaban conocidas en la medida en que todas, en una ciudad pequeña como Maguncia, lo eran. No cambiaban: las mandíbulas se ensanchaban y las narices se enrojecían y se volvían más bulbosas, poco más. Todos próceres, patricios de la ciudad o nobles menores de la región: el clero estaba formado por hijos segundos de familias adineradas, a quienes la Santa Madre Iglesia atesoraba y estrujaba de por vida. Le resultaba gracioso cómo se desviaban hacia él todas las miradas para volver al punto a sus asuntos. Había estado fuera el tiempo suficiente para que le hubiese cambiado la cara. Era un extraño con el anonimato del forastero, una circunstancia que le reportaba tanto riesgos como libertades.

Fingió reconocer a alguien y atravesó la sala. No sabía qué haría si acababa con las manos vacías en la pared del fondo. Caminó entre los hermanos, en taburetes y

mesas, y musitaba una oración cuando no lo reconocían: una mirada de soslayo, una cabeza rojiza en un hábito oscuro, un deje familiar.

—¡*Petrus Opilionus!* Pero ¿me engaña la vista? —La cara de pan de Petrus Heilant se quebró en una amplia sonrisa.

—No os traicionan los ojos. —Peter no pudo evitar devolverle una sonrisa igual de amplia, tan dulce le sonó oír su nombre latino: «Peter Pastor», lo habían bautizado.

Heilant se levantó para darle un abrazo y luego lo miró con ojos de párpados cargados. Vestía el hábito negro de San Víctor y le llegaba a Peter justo por el hombro, tan bajo y achaparrado como una cabra bien cebada.

—Dios Santo, hace una eternidad. —Rio con sus labios gruesos—. ¿Dónde os habéis metido? Miraos, todo un escriba.

Había dos acólitos sentados a su misma mesa con las vestiduras blancas de los novicios.

—Eberhard, Lubertus —lo presentó Heilant—, aquí un viejo compañero de clase, Peter Schöeffler, una pluma divina.

—El ungido parecéis vos —le susurró Peter al oído—. No puedo creer que finalmente tomarais los votos.

Heilant se encogió de hombros y sonrió; siempre había escondido bien una chispa de malicia bajo esa mirada hibernada de gordinflón.

—Trabajo, escribo. —Agitó los cabos del cordel que le rodeaba la ancha cintura—. En penitencia y con paciencia, esperando la recompensa del Señor. —Ladeó la cabeza rubia y esbozó una sonrisilla—: Y una vez a la semana me pagan por tomar confesión a las hermanas.

—¿En San Víctor?

—En el Altmünster. —Su viejo amigo le guiñó un ojo—. Un dinerito aparte, para no tener que dejar la bebida.

—Siempre supe que llegaríais lejos. —Peter rio, dejó la capa en la silla y alzó la taza para brindar por él.

Si había un hombre que pudiera sacarlo de Maguncia, ese era Petrus Heilant. Nunca le pareció que tuviera sentido aspirar a poco; su propio nombre daba cuenta de ello: Petrus Heilant von Erbach había nacido para la prosperidad y para escalar. Su nivel de erudición era mediocre, y como escriba tenía un estilo chapucero, pero jamás dudó de que llegaría lejos. Era de las tierras cruzadas por el río Meno, igual que su pariente lejano, el arzobispo Dietrich Schenk von Erbach.

Se pusieron a rememorar el pasado y a especular sobre el paradero de otros compañeros de estudios. Los jóvenes con acné estuvieron callados un rato hasta que empezaron a quejarse: que si el toque de queda, que si el prior, que si la larga caminata. Heilant hizo un gesto de displicencia cuando se retiraron.

—A su edad habríamos estirado una copa durante horas con la esperanza de cosechar algún rumor interesante.

—Vos, en cambio seguramente... —Peter rio.

—Vos siempre creísteis poder conseguirlo sin ensuciaros las manos. —Heilant esbozó una sonrisa taimada.

«Mentira, todo mentira», se dijo Peter Schöeffer. Todo se lo había dado Fust. Sintió e intentó apartar una pequeña punzada de culpa en su interior.

—De joven —citó con una risa amarga—, «vemos con opacidad, a través de un espejo».

—Lo cierto es que uno tiene que labrarse su propio camino en la vida. —Heilant arrugó los ojos para mirar detenidamente hacia las mesas al otro extremo de la sala.

—Amén.

—Todo depende de a quién conozcas —un pequeño destello de ambición y alerta pasó por esos ojos somnolientos pero arteros. Heilant ladeó la cabeza y bajó la voz—. ¿Veis a esos dos curas? Ese es Volprecht Desch, y el otro, Greifenklau. —Le señaló a los dos que vestían los hábitos de la catedral de Maguncia—. Y allí detrás —tras un grueso tapiz colgante que separaba un reservado— están los hombres a los que realmente tenéis que conocer: Quelder, Konneke y Von Isenberg, un secuaz de Rosenberg.

Los nombres no le decían nada, salvo el último.

—¿Hermann Rosenberg? —preguntó, y el otro asintió.

El vicario general de la archidiócesis de Maguncia, el confesor personal del mismísimo arzobispo: lo habían visto hacía años, oficiando un acto de la universidad.

—Entonces este es el sitio indicado —dijo en voz baja Peter.

Le pareció un golpe de suerte inconcebible tener relación con un trepa tan consumado. Los nombres que Heilant susurraba con tal admiración no solo eran canónicos regulares de San Víctor, sino también hombres que ocupaban puestos relevantes en la archidiócesis, todos con sus buenos ingresos al año. Un diácono o un sochantre podían jugar a dos bandas, o incluso a tres: secretario del arzobispo, delegado de algún noble, cura de varias parroquias, oficiante en cualquiera de las cuarenta iglesias de la ciudad. Todos los cleros eran próceres, y los próceres eran el clero. Una mano lavaba incesantemente la otra. En otros tiempos esos trapicheos lo enfermaban pero ahora se alegró de tener contactos.

—Sabréis entonces —le dijo en voz baja, acercándosele— si alguna de esas cancillerías necesita un escriba.

Heilant ladeó la cabeza con un brillo en los ojos.

—Ya me preguntaba yo por qué nos honrabais con vuestra presencia después de tanto tiempo.

—¿Sabíais que estaba en Maguncia?

—Sé muchas cosas. —Su compañero de estudios sonrió.

—Necesito vuestra ayuda. Mi padre me ha traído de vuelta a rastras... ¿Sabíais también que estuve en París? —Heilant asintió—. Estaba a punto de entrar a trabajar con el rector de la Sorbona. —Peter no disimuló su disgusto—. Me ha obligado a embarcarme en un plan disparatado para sacar libros como salchichas.

—¿Libros como salchichas?

—No puedo deciros más.

A Heilant se le ensombrecieron los ojos y se relamió los labios.

—¿Con madera? Ya he visto esas paparruchas. —Hizo un gesto de desdén con su gruesa mano derecha—. Carpinteros... —rezongó—, lo que hacen con sus cinceles no es mucho mejor que la basura que hace Lauber y los de su ralea.

—Estoy totalmente de acuerdo. Se creen que pueden sustituir a los escribas de carne y hueso. —Peter puso cara de displicencia y se acercó más a su compañero—. Tengo la esperanza de encontrar un puesto donde valoren más nuestras habilidades. Pero nadie, lo digo muy en serio, puede saberlo.

—¿Dónde? ¿Aquí en Maguncia? —En la voz de Heilant se coló cierta aspereza.

Peter se apresuró a negar: no era cuestión de pisarle el terreno a su amigo.

—Me da igual mientras sea lejos de aquí. —Apartó de la cabeza la idea de Fust, Grede, Jakob y los chicos.

—Bien pensado. Esta ciudad no es la más apropiada para la fe. —Heilant se pasó una mano por la cara—. Veré a quién puedo presentaros. Tal vez pueda colaros en alguna misa capitular.

—¿Misa? —preguntó sorprendido Peter.

—¿No pensaréis que vamos a pasar sin ellas solo porque unos pueblerinos crean tener el mando? —La sonrisa de Heilant era mordaz—. Además, pronto se levantará el veto. Aceptarán educadamente la oferta del reverendísimo y él se la hará tragar..., y todo a tiempo para el adviento.

—Lo decís como si lo supierais con seguridad.

Peter miró la cara rosada de Heilant, las mejillas de alguien que en su vejez tendería a la tez rubicunda y la gordura; repasó la estancia con la vista y estudió a todos esos monjes entrados en carnes, y vio, como en la sombra, a todos los lugareños diciendo sus oraciones en sus casas heladas. Una sensación de repulsión lo atenazó por dentro.

—Es una cuestión de precio. —Heilant se encogió de hombros con indiferencia—. Si no pueden pagar, tendrán que aceptar los términos que les dictan sus banqueros... y sus superiores.

* * *

Sin saber muy bien ni cómo, Hans había convencido al maestro para que les dejara unas horas libres las tardes de los sabbats. El maestro y el capataz eran uña y carne; incluso Konrad, el grandullón encargado de la prensa, no se atrevía a hablarle a Gutenberg igual que el viejo herrero. Peter pasaba esas frías tardes grises en casa de su padre, escribiendo su Cicerón a modo de pasatiempo.

En una de esas ocasiones, estaba con Grede delante de la chimenea, cuando esta se remitió los pies bajo las faldas y comentó que parecían estar como en los viejos tiempos.

—Por lo menos uno de nosotros se alegra de que hayas vuelto a casa —le dijo. Peter torció el gesto y siguió con su escritura—. Anda, ven a leerme —le pidió Grede, que dio una palmadita en el asiento a su lado—. De Proverbios, por favor.

El joven limpió la pluma y sopló la página para secarla. Leer no era tan mala idea: así al menos no tendría que hablar.

—Deberías aprender a leer. Eres muy capaz.

—Eso se lo dejo a Tina. —La calma reinaba en los ojos de Grede, que se volvieron entonces hacia el runrún del reloj de encima de la chimenea.

Lo había engatusado para enseñar a las manos regordetas de Tina a formar letras en una tablilla encerada. «Ningún hijo mío crecerá en la oscuridad como lo hice yo», le había dicho Grede. Peter siempre la había admirado enormemente: por su manera de manejar a ese marido suyo, mayor y ligeramente pretencioso, con el más delicado de los tactos, y por esa persistencia serena con la que recubría su fortaleza interior. En ese momento lo atormentó estar ocultándole tantas cosas, cuando en otros tiempos habían sido tan cercanos, unos compinches que gozaban de una libertad inesperada. Se descalzaban, comían con los dedos, se tiraban bolas de nieve en ausencia del marido. Siempre habían sido como hermanos, resueltos a hacer que la vida se plegara a ellos y no al revés.

—Bueno, un rato, pero luego tengo que salir.

—¿En sabbat? Eso no está bien. —Grede arqueó una de sus cejas oscuras.

—Solo quiero dar un paseo. —Su tono sonó más seco de lo que pretendía. Cogió la pequeña Biblia manuscrita del estante. Al sentarse, sintió que ella le clavaba la vista—. ¿Qué quieres que te diga? —Su tono era quereloso, pero era incapaz de mudarlo: estaba impotente en todos los sentidos—. Todo lo que hago es para complacer a alguien.

—De haberlo sabido, no te pido el favor.

—Creía que era evidente. —Pasó las páginas y apartó la cintita de seda carmesí.

Grede frunció el ceño y, tras menear la cabeza, le hizo un gesto con la mano para que se detuviera.

—Deja de luchar contra todo y pon tu fe en Dios.

—¿Por cuánto tiempo? Dime. Tú tienes que saberlo..., si compartes con él algo más que la cama.

Se arrepintió nada más decirlo. Grede enrojeció y retrocedió.

—Has cambiado mucho.

¿Cómo no iba a haber cambiado..., cuando había saboreado la libertad y había sentido latir por dentro su destino? ¿Acaso nadie lo comprendía? Creía tenerla: la grandeza; llevaba toda la vida formándose y había hecho todo lo que se le había pedido. En su mente, la archidiócesis de Maguncia se desplegaba por todos los valles

a ambos lados del gran Rin. Veía los claustros diminutos y enjorjados en sus marjales, las columnas de las fachadas de los tribunales, las cancillerías, donde por fin vería reconocido un talento como el suyo.

—¡Dime cuánto! —repitió.

—¿No ha hablado contigo?

Peter levantó la cabeza como un resorte.

—¿Sobre qué?

Grede se quedó mirando el fuego.

—Le gustaría que te quedases. Y sentaras cabeza...

—¿Que sentara cabeza? Que me case, te refieres. Dilo.

—Que te cases, sí. —Frunció los labios—. Por el amor de Dios, ¿qué pensabas, que puedes estar toda la vida revoloteando?

«Se te han acabado los años itinerantes».

La joven esposa retomó la labor de costura y se removió en el asiento, con el cuerpo de medio lado.

—A veces me pregunto qué te pasa por la cabeza.

—Antes muerto.

La joven puso cara de desaliento.

—Eso seguro que se puede arreglar.

—¿Y qué arpía caracaballo tiene mi padre en mente para mí? —Cerró la Biblia de golpe—. ¿La hija de Kumoff, con su aliento fétido? ¿La de Sadler? ¿O tal vez la de Kraemer, por sus reservas de grasa? —Hablaban con voz fría, dura y baja—. No... La de Windecke, esa sí que es perfecta para mí: muda, o tal vez demasiado estúpida para decir palabra.

Grede lo miraba desde su asiento, una aguja destellante entre los labios. Tenía la cara contraída en una mueca.

—No te haces ningún favor siendo tan orgulloso, Peter. —«Recuerda de dónde venimos», decía su mirada—. Crees poder ver el camino que tienes por delante, pero no está en nuestras manos trazarlo.

* * *

En la medida de sus posibilidades Gutenberg mantenía a su pequeña cuadrilla en la clandestinidad. Por el día la tenía esclavizada; por las noches, compraba su silencio con vino. Ese primer otoño dispuso que pasaran las veladas alrededor de su chimenea, para mantener sus bocas apartadas de la cervecería. Mandaba a Lorenz a por un barril y les dejaba servirse. El maestro, por su parte, se iba antes incluso de que terminasen de limpiar la prensa, después de imprimir todas esas gramáticas dichosas. Tenía la suerte, decía Keffer en tono sombrío, de ir a beber entre sus

iguales, en una taberna propia. Peter se preguntaba cómo lo sabía, por mucho que el hecho en sí fuera innegable: el maestro bebía, y prodigiosamente; la prueba estaba en su aliento matutino.

Peter dedicaba todas las noches un rato a escribir en un rincón del estudio del maestro, con la esperanza de exorcizarse de aquel calvario a través de la pluma. Además, necesitaría varias muestras de trabajo mientras esperaba a que Heilant le dijera algo. No le importaba hacerlo; era una buena manera de apartarse de la casa de Fust y la mirada de Grede. Lo único que lo irritaba era la manera en que lo observaba Hans cuando sacaba sus plumines. El viejo herrero le había salvado la mano dañada, cierto, pero no por ello se mostraba más amable con él.

No cabía duda de que lo consideraban un creído, pensó esa noche mientras desplegaba los pergaminos limpios y se instalaba en el escritorio de Gutenberg. Le daba igual.

Los demás se juntaron y se pusieron a jugar al chaquete o a tallar; Keffer tocaba de vez en cuando una flauta. Peter estiró la espalda y sacudió los brazos; cuando se enfrascaba en el texto, vaciaba la mente. Iba llenando la página línea por línea: adelante y atrás, y otra vez, igual que un labrador arando un campo. En cierto modo le consolaba constatar que recordaba las destrezas que había aprendido. Arrinconaba a Fust en lo más recóndito de su mente. No se lo diría a nadie hasta tener la bolsa preparada: se iría y no miraría atrás. Era un tormento pero no veía otra salida.

Cuando en cierto momento levantó la vista, vio que el viejo herrero estaba observándolo, con una extraña mirada en sus ojos entornados. Hans se sacó un palillo de la boca y le dijo:

—¿Tú entonces no juegas, Manos Bonitas? —Peter respondió que no sería buen rival—. Pues por eso. —Hans volvió a meterse el mondadientes en la boca y le guiñó un ojo a Konrad—. Tenemos que aprovecharnos como sea.

—No les hagas caso —intervino Keffer, que levantó la vista de sus propios trozos de pergamino.

Cuando no tenía la flauta, su amigo dibujaba. La delicadeza de sus dibujos y de su música contrastaba con la fuerza bruta de sus manos. Tenía una flauta de fresno pequeña y otra más grande que había fundido en bronce para ganarse el grado de oficial. Estaba muy bien labrada, al igual que las figuritas que tallaba Konrad: gnomos extraños, caballos fantásticos, tan detallados como grotescos. También Hans grababa a veces láminas de metal solo para su divertimento.

En realidad no era tan desagradable estar allí resguardados, con el frío viento que arreciaba fuera. Se humedecían las barbas con el vino del maestro, tarareaban, jugaban y dibujaban. La pluma de Keffer era procaz. Con una risilla les mostraba sus dibujos: senos bulbosos que estrujaban una verga enorme; un dedo o un puño que se perdía en una raja velluda. Hans y Konrad discutían alegremente en una partida sin fin, a juzgar por el montón de monedas mugrientas que iba de un lado a otro de la mesa.

En los últimos días la charla había ido derivando hacia el proyecto que se traía entre manos Gutenberg, que llevaba ausente unos días y había dejado la imprenta a cargo de Hans. Pero este último les aseguró que la gramática era calderilla: un simple entrenamiento antes de hacer un libro más grande que el maestro tenía en mente.

—Me da igual lo que sea, siempre que avancemos. —Konrad utilizó la navaja para afeitar un rizo de la mesa de roble—. Estoy harto de estar esperando a que terminéis, panda de zoquetes.

—Cuidado con lo que deseas —comentó Hans con perspicacia—. Apostaría un buen dinero a que es algo grande.

—O un manual de escuela que pueda vender por medio chelín —intervino Keffer. Konrad asintió.

—Lo que sea, pero rápido.

Peter alzó la cabeza para oírlos mejor y, al hacerlo, captó la mirada amarga que le dirigía Hans.

—¿Por qué no os ahorráis el aliento y le preguntáis al escriba? —propuso burlón el viejo herrero.

Todos a una se volvieron hacia Peter.

—Como si yo supiera algo... —contestó este.

Keffer se rascó la barba rubia.

—Algo sabrás.

Por la cabeza le pasaron títulos griegos y romanos: Aristóteles, santo Tomás de Aquino, Virgilio, Euclides. Pero estaban a muchos kilómetros de mercados donde vender obras tan eruditas.

—Solo os digo que recéis para que sea corto. —Konrad se puso a morderse las uñas.

—Un salterio, tal vez, o un drama histórico. Ambas cosas son cortas. —Peter pensó en los compradores de ambas puntas del Rin: nobles, sobre todo, mercaderes, próceres y eclesiásticos.

—Qué va. —Hans lanzó un escupitajo al fuego—. Estoy convencido de que tiene algo más grande en mente. —Se volvió hacia el escriba con los ojos entornados—. Una obra sagrada, tal vez.

—Es una posibilidad.

—¿No lo sabes?

—Ojalá.

Por la forma en que le bailaban los ojos en las cuencas, Peter se dijo que Hans había bajado ya una jarra por lo menos.

—Te pasas las noches garabateando. No me digas que no sabes para qué es.

—Lo hago solo para practicar, para no perder la técnica.

—Tu querida mano de mierda.

—Hans, por favor. —Konrad levantó la suya, una gran rodaja de carne, y le dio una palmadita al herrero.

—¿Por favor qué? —El herrero volvió a escupir; la voz le salió más quebrada aún—. A mí no me vengas con esas, hombre. —Tenía los ojos inyectados en sangre—. Estoy harto, te lo digo. El mierda este se cree el puñetero salvador.

—Tranquilízate. —Keffer hizo ademán de agarrarlo pero Hans se puso en pie de un brinco y se agarró a la mesa con ambas manos para evitar caerse.

—Os digo que estoy muy harto. —Se le había espesado la voz y arrastraba las palabras—. Aquí Manos Bonitas seguro que se está adelantando, dibujando unos tipos nuevos para el maestro, el muy hijo de perra.

—Calla ya.

Konrad cogió a Hans del cinturón y lo sentó de mala manera, antes de pegarle un diestro puñetazo en la sesera. Cuando Hans siguió maldiciendo, el grandullón se levantó y clavó la hoja en la madera con un sonoro *zas*, el acero a milímetros de la mano del herrero. Este se estremeció y se mordió la lengua.

—Déjalo —intervino Keffer—. Está borracho, eso es lo que le pasa.

Peter, sin embargo, estaba furioso. Atravesó la habitación y se plantó delante del hombrecillo arrugado.

—Es solo mi oficio. El arte que aprendí.

—Como si tuvieras que aprender uno. Un niño de mercader como tú. —Hans amagó un abuceo pero solo le salió una tos flemática.

Peter los miró a todos uno por uno: Hans calvo y encorvado, Konrad, dedicado a su cuchillo y Keffer, atizando el fuego. Era la historia de su vida: un vagabundo, un bastardo, un huérfano, le habían dicho de todo. Etiquetas, como las que ponían a las mercancías, los rangos o los minerales. Arrugó el ceño y se subió la manga izquierda. La cicatriz que se hizo esquilando con cinco años le serpenteaba desde la muñeca hasta el codo.

—Peter Schöeffer, nacido en Gernsheim. No soy Fust. Guardaban las ovejas dentro, así que se podría decir que nací en un establo.

—Ahora se cree el hijo de Dios —repuso con desdén Hans.

Konrad rio, sin embargo, y algo cambió en la estancia.

—Cierra la boca —le increpó de nuevo el grandullón, que sacó el cuchillo de la mesa. Sonrió e inspeccionó la larga cicatriz blanca—. Está bastante bien, aunque quedaría... más proporcionada, no sé si ves por dónde voy..., si pudiera tallarte algo parecido en el derecho.

* * *

Después de eso se entendieron mejor. Hans no llegó a admitir que se había pasado de la raya, pero se fue calmando poco a poco durante la marea del Adviento. Cuanto más se helaba el mundo fuera, más cálido se hacía el ambiente en el taller. También ayudó

la nueva ausencia de Gutenberg y que Hans, pese a toda su bravuconería, fuera un hombre que honraba el trabajo. Sabía que el nuevo aprendiz nunca se había quejado en las semanas infernales que había pasado fundiendo.

Pocos días después de quitarse el vendaje del antebrazo, Hans lo llevó a un lado y le dijo que estaba harto de echar el metal fundido en la dichosa caja de fundición. Prefería derretir y mezclar el metal y dejar que otro hiciera la aleación. Le señaló a Peter la mesa de fundición.

—Con esas manos bonitas que tienes eres el hombre perfecto.

Era un cambio, y en ausencia de una señal de Petrus Heilant, estaba deseoso de cualquier tipo de cambio.

Escuchó y observó atentamente mientras Hans le enseñaba a fundir un tipo metálico. Primero levantó la tapa de la caja de fundición y le mostró una fila de galeras llenas de arena húmeda. Hans presionó un troquel con una letra en la arena y luego otro: primero el palito largo hacia arriba y luego otro redondeado más corto, para formar los surcos de la letra hache. Lo repitió en cada cuadradito y luego cerró la tapa, que estaba dividida en canales estrechos justo por encima de cada bandeja. Cogió entonces un cucharón, lo hundió en la olla del metal fundido y echó un poco en cada hueco. Cuando los rellenó todos, esperó, contó hasta cinco y luego abrió la caja y sacó las letras endurecidas.

—Y ya solo falta limarlas —dijo tirándolas de una en una a un montón. Le tendió a Peter los dos troqueles—. Hasta un idiota podría hacerlo —dijo con sorna.

Hans nunca se había molestado en saber lo que pensaba o sentía, y tampoco en esos momentos pareció interesarle. Se limitó a mirar, con sus párpados curtidos sombreando sus ojos agudos, y luego se acercó para corregirlo: enderezó el codo de Peter y le desplazó la mano unos milímetros más cerca del troquel. Fue parco en palabras, centrándose en la tarea: «No tan hondo»; «pon un poco de energía ahí». Le enseñó a sostener el troquel en un ángulo determinado y preciso, y a quitar la tapa sin mover el más mínimo grano de arena. Retiró la capa que se formó sobre el metal y, con un movimiento de muñeca, le enseñó a verter el hilo de metal fundido.

Los trozos metálicos con letras no eran más bellos que antes, pero por primera vez Peter comprendió —tan solo por el hecho de fundir y hacerlos— que lo que estaban creando era absolutamente impresionante. Nunca antes nadie había hecho letras metálicas: era esa combinación inesperada —el maridaje de la metalistería y la escritura— lo que había engendrado algo que nadie en los verdes pastos del Señor había visto jamás.

La ocurrencia del maestro había sido sencilla: coger una herramienta de encuadernador y crear un molde. Pero, al ver que no podía hacer un sello para cada letra distinta de la mano de un escriba, las había dividido en sus trazos elementales: la línea descendiente recta, la forma redonda de la *ene*, la *o*. Armados así con una veintena contada de símbolos, podían construir todas las letras del alfabeto colocando cada trazo sobre la arena húmeda.

Era un calvario, como había dicho Gutenberg. Pero la concentración cegadora que requería obraba en Peter cierta alquimia. Le sosegaba la mente, el runrún amargo de su cabeza superado por la necesidad de estabilizar la respiración. Había que colocar cada trazo a la misma profundidad, de lo contrario las letras quedaban irregulares. A cada pequeño desliz empezaba de nuevo y volvía a alisar la arena. Apretaba los ojos, concentrado, y no oía ni veía nada salvo el movimiento de las manos. Cerraba la caja, ladeaba el cucharón..., y al hacerlo vertía y vaciaba lo que le enturbiaba el alma.

Maguncia.

Principios de diciembre de 1450.

Que Gutenberg entrara y saliera a su antojo era una clara prueba de la superioridad de su estatus. No parecía preocuparle que lo arrestaran en el extranjero como ciudadano deudor de Maguncia, como temían mercaderes y orfebres. Fust había debido de pagar un buen dinero en cada cruce, untando con su plata incontables palmas para que sus carretas avanzaran por los caminos más pequeños y menos vigilados. Si alguien sabía adónde iba el maestro, ese era Hans..., pero este, con un meneo rápido de cabeza, se limitaba a decir que había ido a «explorar». A Peter poco le importaba qué libro sacaran en el taller. Que lo decidieran Gutenberg y Fust; para entonces él ya se habría ido y estaría prestando otra vez sus servicios como escriba.

Y así sucedió: decidieron por ellos. La segunda semana de Adviento, Lorenz entró como una exhalación, con su vieja cara blanca como la cal, y le arrojó una carta al maestro. Este dejó la lima que tenía en las manos, se las limpió en el mandil sucio e inspeccionó el pliego, repleto de lacre y sellos oficiales.

—Seguramente su majestad el rey me reclama, no puede ser otra cosa —anunció con una carcajada, y lo abrió.

Los demás lo observaron mientras leía y una serie de fenómenos meteorológicos pasaban en franjas raudas por su rostro: primero una bruma espesa, luego una borrasca, para al punto despejarse de pronto, cuando dejó caer la mano y se quedó un momento escrutando el vacío. Después intercambió una mirada con Hans.

—Rosenberg —dijo sin más; el capataz asintió—. Tengo que ir a bailarle el agua a Eltville. No sé cómo, pero se han enterado..., o han puesto sus manazas en uno de los primeros ejemplares. —Se volvió y repasó con la mirada al resto de su pobre cuadrilla; sus ojos eran cuchillos que se iban clavando en uno y otro hombre.

«Se han...», el arzobispo, básicamente, y Hermann Rosenberg, su vicario general *in spiritualibus*. No era posible que se hubiera enterado por Heilant, de ninguna manera..., nada de lo que había dicho Peter podía haber llevado a eso... Así y todo, le sudaban las manos cuando apartó la cara y presionó el delgado troquel contra la arena.

Cuando Gutenberg salió con un par de zancadas, dispuesto a hacer averiguaciones, los demás dejaron sus herramientas y formaron un corro silencioso alrededor de Hans.

—¿Qué? —El herrero arrugó el gesto—. ¡Ni que a mí me contara algo...!

Con todo, Hans les reveló que la carta podía proceder de los negocios particulares

que Gutenberg se traía con el alto clero; había ido a verlos en más de una ocasión. Es más, en sus años en Estrasburgo había trabado amistad con el obispo y, por supuesto, hacía años su padrino había sido el consejero íntimo del arzobispo Dietrich (aunque ya había muerto, que su alma descansara en paz). Por lo demás, a saber qué había visto u oído Rosenberg... Mejor que volvieran al trabajo, gente.

Tuvo que pasar otro día entero para que el plan del maestro viera la luz. Se llevaría con él a Peter, aunque Dios sabía que jamás había pensado necesitar la asistencia de un escriba. No tenía nada claro qué sabía el vicario general —cuánto o cuán poco de su nueva técnica— pero procederían como si siguieran los mandatos de Gutenberg y Fust.

—Vosotros dos, haced algunos espejos de peregrinos —les dijo a Konrad y Hans—, y tú, muchacho, escíbeme un par de cánticos para llevárselos a Dietrich a su castillo en la vega del Rin.

—¿Cuáles? —preguntó con desgana Peter, incómodo ante el brete.

—Cualquiera que valga para un salterio para el papa —contestó sin más el maestro. Peter debió de poner cara de perplejidad. Gutenberg, sin embargo, se limitó a sacudir la cabeza y arquear sus espesas cejas—. Tú haces y yo dispongo. —Ladeó la barbilla hacia Hans—. Me llevaré también una página impresa del *Donato*, y cinco espejos nuevos, si todavía tienes esos sellos del demonio.

Hans rio.

—Como si yo tirara algo... —dijo, y se fue a rebuscar por unos estantes al fondo del taller.

Reapareció con varios objetos polvorientos que, en un examen más cercano, resultaron ser troqueles fundidos con un metal recio. Se empleaban para estampar espejos para los peregrinos: insignias convexas y brillantes que, alzadas a cierta distancia, capturaban los rayos sagrados que irradiaban las reliquias adoradas, como huesos de dedos de santos o astillas de cruces de mártires. O eso pensaban los crédulos.

El maestro se rascó la cara. Tenían un día para fabricarlos; era mejor no hacer esperar a los poderosos. Se sonrió, como encantado consigo mismo. ¿A qué jugaba?, se preguntó Peter. ¿Qué tramaba hacer con una pequeña hoja impresa, un espejo de peregrino y una página de salmos manuscritos?

* * *

Peter nunca había visto al arzobispo Dietrich de cerca. El príncipe elector era una mitra enjoyada al fondo de la nave de San Martín, una mole dorada que lideraba un cortejo majestuoso. De ahí que se viera embarcándose con cierta emoción, rumbo a esa augusta presencia, en el barco de la mañana a Eltville.

Su padre no se había tomado la nueva a la ligera. La sospecha se cernió sobre su rostro amplio cuando descubrió que su socio y su hijo, para más inri, se postrarían ante el arzobispo. Incluyó la cabeza y susurró con premura a la oreja de Gutenberg, para que nadie lo oyera. A Peter no le costó adivinar su principal preocupación: había demasiada gente que sabía lo de la imprenta; y lo peor era que justo quienes lo sabían eran los que consideraban hasta al último hombre de Maguncia una herramienta propia. Fust miró a Peter con desconfianza y le ordenó que fuera sus oídos y sus ojos. El hijo asintió, apretando con fuerza el goce que se le había abierto en el corazón. Era una suerte llevar el apellido Schöeffer y no Fust: sin duda Dietrich conocía los nombres de sus opositores en el consejo municipal. Una suerte, y un acierto que hubiera escogido a Peter y no a Fust; había sido una necesidad creer que su padre estaría orgulloso. Al fin y al cabo su hijo estaría donde él, pese a todo su oro, jamás habría soñado: cara a cara con el religioso más poderoso del Reich, que solo rendía cuentas al rey, a quien el propio Dietrich, como príncipe elector, escogía con su voto decisivo y definitivo.

Los pies de Peter ni siquiera habían pisado los maderos de un barco desde su vuelta. La sirena del río le susurró mientras se levantaba antes del alba y bajaba a los baños. El aire invernal era cristalino, a pesar de que todavía no habían caído las primeras nieves. Oyó las campanas de los monasterios del campo y, por encima de su cabeza, unas nubes raudas barrían las estrellas. Por cada puerta que pasaba veía un breve fogonazo de aguas grises, que lo atraían con el deseo de viajar. Le dio un penique de plata a la sirvienta que le preparó el baño, el doble de la tarifa normal, y le dijo que quería aceite de consuelda, que iba muy bien con el verde de sus ojos.

Se sumergió en el agua y agradeció al Cielo que solo a los locos como él les diera por bañarse en plena oscuridad. Ninguna otra alma violó su tranquilidad, bordada con el canto de las tórtolas y las primeras pisadas por las calles, hasta que la sirvienta reapareció y le acarició ligeramente el cuello con los dedos.

—El día está plateado —le dijo, y Peter se tensó levemente al sentir que las manos de la muchacha empezaban a masajearle la tensión de brazos y hombros.

Un ángel enviado para desearle buen viaje. Cerró los ojos y se dejó llevar por la dulzura de las caricias, como pececillos que le mordisquearan los miembros. Tuvo que reprimirse para no chillar cuando le masajeó con más fuerza, dio con su dureza en el agua sedosa y se movió entre las ondas. El mundo se cubrió de blanco y pasó un buen tiempo hasta que volvió a abrir los ojos. El agua, que se enfriaba ya, estaba recubierta de espuma, y la muchacha había partido hacía rato.

* * *

Los pasajeros esperaban mientras el barco maniobraba para atracar ante la Puerta de

Madera. Gutenberg había sacado un atavío de gala de algún arcón mohoso: una gorra gris de tres capas que le caía por la mitad de la espalda y unas mallas del mismo gris oscuro con hendiduras que mostraban breves destellos de granate. Rio cuando Peter le hizo una reverencia y remedó su asombro.

—Claro, hombre. —El maestro enseñó los dientes—. Hay que hacer un poco de teatro.

Acto seguido se montó en el barco, dejó la capa y fue a saludar al capitán, al que parecía conocer. Un olor a fruta y a levadura surgía del lúpulo, la avena y el vino almacenado en la bodega. Subieron a la proa, donde el Rin se extendía hospitalario ante ellos, en una franja de peltre bajo el frío cielo gris de invierno. La barandilla les llegaba por el pecho y el viento le pegaba con fuerza en la cara. Si le dejara, pensó Peter, el río lo llevaría hasta el mar, que nunca había visto. Algún día iría, se dijo, aturdido por la liberación.

Cuando el barco zarpó, ambos se inclinaron hacia delante y apoyaron los brazos en la barandilla. El maestro sonrió, la barba salpicada de espuma.

—Me dan ganas de seguir y no parar hasta que lleguemos al país de los holandeses.

Estaba de un humor extraño: parecía enfrascado en sí mismo pero a la vez eufórico. Su joven aprendiz lo observaba con cautela e intentaba decidir cuánto se atrevería a preguntar. El castillo del arzobispo estaba pasado el recodo de Wiesbaden. Se imaginó el serpenteo del ancho río y lo vio como una culebra reluciente campo a través, igual que debía de verlo el propio Dios desde arriba.

—¿Cuánto se tarda? —preguntó.

El viento le lanzó la respuesta:

—Unas dos horas.

Gutenberg se agarró con más fuerza a la barandilla cuando el barco empezó a cabecear, y Peter no pudo evitar fijarse en un anillo grande de oro que no le había visto antes. El maestro vio que lo miraba.

—Soy un errante, como todo mi linaje —le dijo y le acercó el anillo.

En el sello familiar de los Gensfleisch aparecía una figura solitaria que semejaba un vagabundo jorobado con un bastón. Llevaba un gorro puntiagudo y sostenía una taza de limosnas y, bajo el manto, un bulto que podía ser un cesto.

—¿San Cristóbal? —preguntó Peter.

Gutenberg esbozó una sonrisa extraña.

—Puede ser. Siempre me ha parecido muy apropiado, y no tanto por lo de viajero, sino por lo de pobre necio que se pasa la vida pidiendo limosna. —Se subió el cuello—. Ahora me gustaría tener un manto igual.

Cuando Peter le pasó su capa, el otro masculló un «gracias», para gran sorpresa del aprendiz. Aquello le dio valor para preguntarle con quiénes iban a encontrarse y qué debía saber sobre el negocio que pensaban hacer.

Gutenberg lo contempló con sus profundos ojos moteados de dorado.

—A un hombre que se cree que gobierna el mundo. —Lanzó un pequeño esputo alborozado—. Represente lo que represente.

Peter esperó: se había hecho diestro en el arte de esperar. Gutenberg echó un vistazo rápido a un lado y a otro y se inclinó entonces, como para compartir un gran secreto.

—Tienes que pensar en Dietrich como en un *mappa mundi*: todo el mundo a sus pies y su gran cabezón arriba. —Había malicia en sus ojos—. Los demás son apéndices que ejecutan su voluntad. Su brazo derecho es un soldado, el caballero Erlenbach. Su izquierdo, Rosenberg, el vicario general, que se ocupa de lo que queda de su alma negra. —Le destellaron los dientes al sonreír.

Las piernas eran el canciller y el secretario principal, prosiguió, animándose con su juegucito; por debajo un sinfín de condes y margraves pegados a sus talones. Pero eso no era nada comparado con la *terra incognita* que se extendía desde su amplia mole: las fuerzas con las que, por turnos, conspiraba con o contra —o luchaba con uñas y dientes— eran el resto de duques, príncipes y arzobispos germanos y, ante todo, el papa de Roma.

—Se ve que lo conocéis bien —dijo con una sonrisita Peter.

—Hace tiempo solía frecuentarlo. —Gutenberg le dio la espalda al río, el perfil de su cara finamente cincelado con esa larga nariz aristocrática suya.

Cuando asomó a la vista, el castillo de Martinsburg le pareció un delicado encaje a través de la pantalla de árboles. Conforme se acercaron, Peter vio que estaba fortificado, con una torre el doble de alta y ancha que la de la Puerta de Hierro de Maguncia. Por encima de las torretas ondeaban los escudos de armas de Dietrich: la rueda de seis radios de Maguncia y el de la casa de Erbach, dos estrellas blancas y una roja. Desde el río no se podía acceder directamente a la fortaleza, rodeada como estaba por unas rocas puntiagudas. En su lugar, se adentraron en un canal paralelo y desembarcaron en un muelle que parecía una lengua que sobresaliera del muro.

—Mantén el pico cerrado —le dijo entre susurros el maestro mientras los conducían al interior—. Límitate a besarle la mano y luego hazte a un lado.

Peter había esperado oro y joyas: exceso y boato; esa era la imagen del monstruo que tenían en mente las cofradías municipales. Sin embargo, le asombró encontrarse con el gran hombre en vestido de mañana, rosado por el baño y con tan solo un hábito negro y el collar de escarlatas casi oculto entre el cuello y los carrillos. Estaba sentado en una silla dorada, eso sí, flanqueado por un hombre de armas y un religioso con una túnica roja oscura. A su derecha, en una bandeja plateada, había fruta, junto a un paje arrodillado cuyo único fin parecía ser ir administrándole trozos de comida.

—Qué amable al dedicarnos un tiempo, querido Johann. —El arzobispo levantó una mano carnosa y lánguida. Tenía los ojos pesados de una tortuga.

—Su reverendísima. —El maestro dobló la rodilla y besó los anillos de la mano. Luego le tocó el turno al escriba, que oyó que Gutenberg decía—: Peter Schöeffer, señor, un *clericus* de Gernsheim y Maguncia, un escriba al que tengo empleado.

Peter se hizo a un lado.

—Un placer veros, padre —estaba diciéndole Gutenberg al religioso, que debía de ser Rosenberg: cejas negras bajo un reluciente flequillo blanco que rodeaba su solideo negro y unos ojos penetrantes y hundidos en las cuencas.

El caballero, un anciano guerrero delgado de rostro adusto y recubierto de cuero, miraba fijamente a un punto entre ambos. A un lado había un secretario con una bandeja de escribir. La archidiócesis tenía multitud de escribas, aunque ninguno en un puesto tan alto como aquel, pensó Peter con un rayo de esperanza. Tras ellos aparecieron dos escabeles de terciopelo, donde tomaron asiento.

Tampoco más tarde acertaría a describir la estancia, tan concentrado estuvo en la conversación. Apenas se fijó en lo espaciosa que era ni en el cristal azul de Venecia que adornaba las puertas que daban a un jardín. Si había otros adornos, no reparó en ellos. Los habían mareado por los pasillos de la torre para conducirlos a aquella habitación luminosa. En esos momentos esperaban mientras Dietrich metía los dedos en una bandejita de plata, se los secaba con una toalla de lino y, reclinándose hacia delante, los plantaba sobre las rodillas.

—Veo que el metal no os da para navajas. —El arzobispo tenía la barbilla apurada y blanca, un promontorio sobresaliendo de un mar caído de piel. Se le abrieron los ojos azules, enormes y de un extraño vacío.

Gutenberg suspiró sonoramente.

—Señor mío, ya sabéis que soy un viejo pecador. Lo del afeitte, si me permitís la confesión, es la menor de mis faltas.

La mejilla de Dietrich se contrajo.

—Tengo entendido que os asociáis con alborotadores.

Con ambas manos alzadas, el maestro suplicó con brillantez.

—Perdóneme su reverendísima, espero que lo entienda, pero me he visto incapaz de encontrar artesanos entre las clases nobles.

Dietrich tenía dos gruesos labios lacios que se separaban solo un poco cuando tragaba un trozo o cuando, como entonces, sonreía con ganas.

—Cierto es. Mal que nos pese, necesitamos herreros —sus ojos brincaron por un momento hacia Peter—, así como escribas.

En ese momento, sin embargo, el humor se apagó como una vela de los ojos de Dietrich.

—Pareciera que tenéis mano con los artesanos. —Se volvió hacia Rosenberg, que hizo una reverencia y sacó un volumen de la manga.

—Cuentan que vos sois el responsable de esto —intervino el vicario, sus ojos negros clavados en la cara del maestro mientras volvía las páginas.

Gutenberg se levantó y alargó la mano.

—Debería haber sabido que no podría esconderos algo tan maravilloso —dijo, inclinándose ligeramente hacia Dietrich.

Estaba representando una pantomima, pensó Peter..., y por Dios, que la

representaba bien. Sintió una presión poco habitual en los hombros, sentado en aquel escabel bajo el estrado, con la cabeza justo a la altura de la empuñadura del esbirro.

—Cuentan que es un artificio con madera —siguió Rosenberg.

Peter sintió que le daba un vuelco el corazón.

—¡Madera! —El maestro rio—. Lo de tallar se lo dejo a mis inferiores. No, señor, no es madera.

—Pero aun así..., se trata de algún tipo de artificio, ¿no? No se ha hecho con la mano... —Rosenberg tenía el ceño fruncido mientras sujetaba la gramática como si tuviera la gonorrea.

Gutenberg la cogió y la levantó. Se cuadró de hombros y se volvió hacia el arzobispo.

—Una nueva invención, si me lo permitís. Una gran técnica nacida en la dorada ciudad de la archidiócesis de Maguncia. —Sostenía la gramática como si fuera un cáliz, hasta que el arzobispo alargó la mano para cogerla—. Con esta técnica, su reverendísima, puedo hacer muchas copias de un libro, idénticas.

Dietrich cogió el pequeño volumen y lo abrió sobre sus rodillas.

—Es una gramática..., como ve. —Gutenberg miró de reojo a Peter y remedó un «la hoja» en silencio. Peter rebuscó en el zurrón y sacó la página del *Donato*—. Si permitís que me acerque... —solicitó el maestro, a lo que Dietrich asintió. Subió entonces al estrado, alzó la hoja impresa y la puso junto a la misma página encuadernada en el libro—. Como verá, no detectará ni una sola diferencia..., y por supuesto ningún desliz ni errata, como a menudo ocurre con los escribas.

Dietrich escrutó la página; los ojos pálidos y saltones se le movían lentamente de arriba abajo.

—Eso parece.

Aunque su cara permanecía impassible, Peter creyó ver una mirada de asombro o al menos una sorpresa mínima en sus ojos velados. El arzobispo le hizo una señal a Rosenberg y Gutenberg volvió a su sitio.

Se quedaron en ascuas mientras los otros dos susurraban; Rosenberg resuelto, como explicando algo. La consulta pareció extenderse de minutos a horas, o tal vez fuese el lento paso del tiempo en ese largo momento en que Peter entendió por fin: todos lo sabían —todos y cada uno— mientras él y el resto de la cuadrilla habían estado bajo llave. El maestro se había dedicado a irse de la lengua mientras ellos juraban silencio. Gutenberg estaba con la cabeza erguida, y Peter sintió un ardor furioso por Fust. Su padre tenía una fortuna pendiente de ese secreto, que al parecer no lo era tanto como pensaba. No cabía duda de que Gutenberg le había dejado el librito a la mitad de los clanes de Maguncia para buscar fondos, pensó Peter, antes de conseguir seducir a Fust.

El maestro empezó entonces a mostrar su nerviosismo. No le gustaban las esperas. Movié la boca hasta que en voz baja le dijo:

—El salmo.

Cuando Peter sacó el papel, que crepitó, el arzobispo y el vicario levantaron la vista.

—Tenía la esperanza —dijo el maestro sonriendo con cierta timidez, mientras se levantaba con el salmo escondido detrás de la espalda— de que mi nueva técnica pudiera seros también de alguna utilidad. —Extendió la hoja doble en la que el escriba había escrito los cánticos de Moisés e Isaías, en afiladas letras negras con dos iniciales de un rojo y un dorado vivos—. Tengo la sensación —siguió diciendo con una sonrisa— de que al papa también podría gustarle esta técnica. Un regalito hecho así en vuestra archidiócesis: un bonito pontifical, en señal de respeto y amor y, de paso, una buena distracción del diezmo.

Dietrich abrió su boca rosa y sonrió.

—Nunca dejaréis de sorprenderme, Johann.

—He escarmentado con el tiempo. —El maestro sonrió a su vez.

Como todo el mundo sabía, el papa había exigido una décima parte del diezmo de cada diócesis para financiar su jubileo. Se rumoreaba que Dietrich se había negado, así como los arzobispos de Colonia y Tréveris.

—Y por el amor que le profeso a vuestro padrino, podría acceder. —Sonrió y le hizo una seña a Rosenberg para que cogiera la hoja—. Pero antes debemos considerar otra tarea. —El maestro se puso tenso y aguardó—. Tal vez hayáis oído que hay monjes nuevos en el monasterio de Santiago. —Dietrich se recostó en su asiento y juntó las yemas de ambas manos—. Los benedictinos abogan por una reforma. —En la estancia no había más movimiento que el garabateo del escriba mientras todos esperaban a que el arzobispo aclarase sus pretensiones—. La reforma, por supuesto, es algo que todo el mundo apoya. —Sonrió con desgana—. Y por eso todos debemos hacer lo que podamos por ayudar a esta nueva congregación. —Le indicó a Rosenberg que prosiguiera por él.

—Su reverendísima ha autorizado un misal revisado, que algunos benedictinos creen fundamental —cogió el relevo el vicario—. Un texto nuevo y ejemplar basado en una estricta interpretación de la Regla, y que sustituiría a todas las versiones que han sembrado la discordia. —Rosenberg miró con perspicacia a Gutenberg—. Se nos antoja que esta... técnica... cae como agua de mayo, pues si consigue que los textos de todas las copias sean idénticos, entonces todas estarán libres de errores.

El maestro se relamió los labios. Se puso en pie por un momento, perplejo, le pareció a Peter. ¿Qué movía los mecanismos de su mente? Dietrich inclinó hacia ellos su gran mole negra.

—Un misal... —musitó el maestro mesándose las barbas.

—Esta herramienta vuestra podría ser... muy útil —admitió el vicario—. Siempre y cuando no se... —No acabó la frase.

—Siempre y cuando todos nos aseguremos de actuar por obra de Dios.

El arzobispo sonrió, fingiendo esperar una respuesta. No había posibilidad, desde luego, de que se le negase su deseo.

—La Palabra de Dios, su reverendísima. —El maestro bajó la cabeza—. Me honra. —Aunque eran palabras obsequiosas, Peter sabía que, en su fuero interno, estaba haciendo cálculos como un loco—. Quisiera haceros un ruego, sin embargo. —Gutenberg miró brevemente a izquierda y a derecha, como para fijar sus palabras en las cabezas del hombre de armas y del religioso—. Debo insistir en que se mantenga en secreto. No puedo trabajar de otra manera... Si se corre la voz, me lo robarán antes de darme cuenta.

Dietrich asintió cabeceando con su enorme cara, que se alargaba como para compensar la gran mitra de su cargo.

—Que así sea —dijo, y añadió para Rosenberg—: No hace falta que guardéis eso. El vicario bajó la cabeza y le tendió el libro y la hoja al impresor.

—Supongo que necesitaréis dinero —ofreció el arzobispo.

—Siempre —contestó el maestro, y ambos intercambiaron una sonrisa.

Dietrich se volvió entonces hacia su paje y levantó el cuchillo con el mango de gemas. El chico alzó una pera... ¡una pera en diciembre! Instantes después el arzobispo levantó la vista, como sorprendido de verlos todavía allí.

—Id con Dios —dijo, y alzó el cuchillo en un ademán lento y amplio.

Peter lo reconoció con un escalofrío: era el mismo gesto desdeñoso que utilizaba cuando levantaba su báculo de pastor en las raras ocasiones en que se dignaba a visitar Maguncia.

* * *

Salieron del laberinto del castillo por unos jardines y una verja de hierro que daba al pueblecito de Eltville del Rin. Gutenberg caminaba a paso rápido, con una cara que en nada traicionaba sus pensamientos. En todo el día tampoco le dijo una sola palabra sobre lo sucedido. El escriba estaba mudo, un apéndice, un esclavo al que el amo había vuelto a colocar en su sitio una vez que había servido a su propósito. Así y todo, tenía instalada dentro la conmoción por lo ocurrido, que le impedía cualquier otro pensamiento. La Palabra de Dios reducida a esa letra ruda y sin alma: el libro de la misa, ese precioso volumen lleno de sermones y canciones, estampado en pellejo, como una baratija cualquiera. Una gramática era una cosa..., pero un libro sagrado era un sacrilegio, un espanto a los ojos de Dios.

«Mammón rige el mundo», pensó sombrío Peter. Ese día, cómo no, Johann Gutenberg tenía negocios que llevar a cabo. Estaba metido en todos los fregados; fue a ver a un par de sobrinos y a un pastor. Había vivido varios años en Eltville, era evidente... Probablemente cada vez que los clanes de los próceres dejaban Maguncia negándose a pagar impuestos a las cofradías...

El sol se hundía ya cuando llegó el barco que habría de llevarlos de vuelta. Pese a

las libaciones en cada visita, Peter no había entrado en calor. Montaron y el maestro se unió al capitán en su refugio de popa. Peter se acurrucó en un banco de la parte delantera. Los caballos de faena andaban sueltos, mientras que los nuevos estaban amarrados a las largas líneas recias que corrían entre el camino de sirga y el barco. El navío se esforzaba por remontar la corriente al tiempo que el carro fuerte se arrastraba como podía, las cabezas de los caballos casi pegadas al suelo, antes de ponerse al paio y regresar por la larga travesía río arriba.

Maguncia.

Mediados de diciembre de 1450.



La reforma era una plegaria que ese año agitaba el Sacro Imperio Romano y el resto de la cristiandad, una esperanza de que algo podía cambiar en el mundo. Los verdaderos cristianos soñaban con volver a una fe más pura y ascética, y cuatro años antes se había acordado el cambio en el cónclave de cardenales en Basilea. El mundo estaba carcomido, picado de avaricia, y los que más saqueaban eran quienes habían sido llamados a servir a la Iglesia. Al ordenar su jubileo, el propio papa dictó que los abusos tenían que parar y expresó su apoyo a muchos proyectos de reforma entre benedictinos y agustinos, así como en su propia casa, en la jerarquía de la Santa Sede.

Era sin duda una esperanza infundada. Peter lo supo desde el instante en que vio la sonrisa de suficiencia del arzobispo y su desgana al asegurar que apostaba por la reforma. La única que deseaba Dietrich, sin embargo, era que devolvieran su riqueza a las abadías, pues todos los monasterios de la archidiócesis pertenecían a su jurisdicción. Durante décadas las familias nobles los habían gestionado como si fueran sus propios feudos y los habían desplumado, pero eso iba a acabarse: en honor a Dios, los monjes volverían a tener vidas honradas y los monasterios recuperarían su antiguo poder económico, lo que a su vez aumentaría los ingresos del propio arzobispo.

Aquel misal para el monasterio de Santiago era un encargo estupendo, le aseguró Gutenberg a su socio, y más tarde a la cuadrilla: la piedra de toque de un gran impulso a la reforma por parte de los benedictinos de la congregación de Bursfelde. No tenía dudas, y le bastó una noche de charla con Fust para convencerlo de que ese era justo el libro que habían estado esperando. Al mercader no le gustaba la perspectiva de que el clero estuviera al mando de esos trabajos de impresión que él había financiado, a pesar de su propia fe y de la alta posición de sus tíos en las iglesias de la ciudad. Pero Gutenberg era un maestro de la manipulación, pensó Peter, que observó mientras los dos hombres hablaban apartados de la cuadrilla. El maestro era muy capaz de convencerlos a todos para que alzasen y bebiesen directamente de ese cáliz envenenado.

Pues sin duda lo estaba. El misal era de una complejidad infernal, incluso para el escriba más diestro. Tenía doscientas páginas y estaba escrito en dos, si no tres, fuentes muy distintas: una para lo que declamaba el cura; una más grande para las lecturas del Evangelio y, en libros más cuidados, una tercera caligrafía para los versos de los salmos.

Los socios reunieron a la cuadrilla dos días después del regreso de Eltville. Gutenberg estaba irreconocible, con el pelo y la barba recortados; por lo demás, parecía desbordado de alegría. A su lado estaba Fust, con el pecho sacado y las mejillas y la barbilla apuradas, sin duda convencido simplemente por el dinero que iba a sacar de todo aquello. ¿Quién se creía que era?, se preguntaba Peter. Desde luego, era una inversión insólita de los términos: un prócer patricio con barbas y un mercader de a pie con la cara afeitada.

El maestro guardaba algo detrás de la espalda.

—Tengo entendido que teníais una apuesta. —Sacó un volumen y sonrió—: No es ni largo ni corto, pero es perfecto.

Se apiñaron para ver la primera página del *liber ordinarius*, el manual del rito católico romano.

—Recemos por que sea el primero de muchos. —Fust sonrió y miró de reojo a Peter.

—Se venderán como buñuelos de pescado en el mercado.

Gutenberg miró a los cuatro hombres. Hans se llevó una mano a la garganta, mientras Konrad extendía la suya para medir las proporciones de la página. Keffer apretó los labios y miró a Peter. Una llanita parpadeó dentro del joven aprendiz y volvió a apagarse.

—Doscientas páginas que valen su peso en oro —les dijo Gutenberg.

Hasta el último cura de la última parroquia, todos los abades en su capilla, toda alma rica y notable tendría el misal. El prior de Santiago prepararía la nueva edición que habrían de usar en todos los monasterios benedictinos de la congregación de Bursfelde, les explicó. Aunque no había razones para que el taller se dedicara solo a eso...

Con sus uñas curvas y amarillentas, empezó a contar a los compradores en potencia: setenta de Bursfelde en la diócesis de Maguncia y Bamberg; cuarenta o cincuenta más para las iglesias de la ciudad, que obligarían a los ricos de su parroquia a dotar sus púlpitos con un ejemplar. Por lo demás, el rito latino no se limitaba a la Renania, ni a Alemania, Austria o Bohemia, sino que abarcaba todo el Sacro Imperio Romano. Peter entendió a la primera el alcance acaparador de la empresa: una única edición uniforme que podía venderse en todos los reinos desde el mar Estrecho de Inglaterra al Mediterráneo que bañaba Tierra Santa. Cientos, miles, más baratos que los productos de los escribas.

—¡Dios nos ha dado los medios para multiplicar Su Palabra! —Gutenberg estaba prácticamente bailando de lo mucho que disfrutaba—. Por fin también su clero ignorante ha visto la luz.

Fust tenía una botella en la mano; dio vueltas al corcho hasta que salió disparado.

La presión cedió también entonces sobre la cabeza de Peter: oyó los rodillos de un centenar de imprentas aplastando hojas y libros saliendo calientes y bastos como tornillos de herrero. Y también volúmenes gruesos, no gramáticas enanas: cantidades

ingentes de tomos feos, rudimentarios y sin alma.

Escrutó la cara de Fust: le brillaban los ojos azules y le relucían las mejillas. ¿No sentía ningún escrúpulo por vender esa belleza, todo el elogio y la gracia que Dios había puesto en sus manos? Miró de reojo a Konrad, que últimamente había dejado caer que tenía prisa por volver a su casa; supuso que a Keffer le alegraría el trabajo adicional. Hans..., bueno, Hans era más leal que un perro. Lo que dejaba a Peter Schöeffler como el único dispuesto a morder la mano que le daba de comer.

—Hay una razón por la que estos libros los hacen los escribas. —Alargó la mano para arrebatárselo a Konrad—. Se necesitan al menos dos fuentes distintas, y de dos tamaños, como mínimo.

El vaso de Gutenberg se quedó a medio camino de su boca.

—¿Ah, sí? —Arqueó una ceja, miró alrededor y añadió con sorna—: Me alegra que me lo digas. Supongo que entonces Brack anda corto de escribas.

—Heinrich Brack —apuntó Fust, que miró a Peter con mala cara—, el prior de Santiago.

—Y autor de nuestro texto. —El maestro giró sobre sus talones y le dio a Hans una palmadita amistosa en la mejilla—. Su reverendísima está encantada. ¡Deberíais haber oído al carcamal de Rosenberg! —Se carcajeó—. «Tales medios para hacer un texto perfecto y ¡en nuestra archidiócesis!» —remedó al vicario con un *falsetto* agudo.

—Supongo que no miró muy atentamente la fuente —repuso Peter con sorna. Volvió a ver aquel *Donato* de tres al cuarto sobre la rodilla del arzobispo Dietrich.

—Supongo. —El maestro tenía la espalda bien erguida y los ojos centelleantes.

—Con el debido respeto... —Peter miró a Hans, como disculpándose—, esta letra no vale.

—¿Quién lo dice? —El maestro tenía el gesto torcido.

—Es demasiado tosca. —Peter procuró decirlo con toda la suavidad que pudo—. Demasiado gruesa y cuadrada.

—Y tú, por supuesto, podrías hacerla mejor.

—No quería decir eso...

—Aunque... —La voz de Fust se quebró, y se quedó con aire meditabundo—. Tal vez no sea tan mala idea. Quizá con...

Peter, asombrado, no pudo por más que boquear.

—Una letra más cuidada, como dice, podría mejorarlo. —Fust buscó sus impertinentes y se acercó para escrutar el misal escrito.

—¡Una tipografía entera...! ¡Llevaría seis meses dibujarla, cortarla y fundirla! —El maestro dejó escapar una risotada—. Por el amor de Dios, hombre, eso sería una locura.

Fust se acarició la barbilla y siguió en sus trece.

—Aun así, merece la pena intentarlo.

Konrad miró a Peter y se pasó el dedo por el cuello, como amenazándolo; Hans

resopló y suspiró. El maestro le dio la espalda y dio varias vueltas por la estancia, con una mano metida en el chaleco y la otra torturándose la barba.

—Dos caligrafías y en dos tamaños —masculló sombrío, giró y volvió. Pegó tanto la cara a la de Peter que este pudo ver los hilillos rojos de sus ojos—. Tú no eres el único que ha visto un misal en su vida, maestro escriba.

—Yo me hago responsable —dijo Fust en voz alta. Tácitamente estaba diciendo: «Es mi dinero y decido yo».

—Que así sea. La bolsa se impone. Pero os advierto. —Aunque se apartó de él, Gutenberg siguió agarrando a Peter en el tenso cepo de sus ojos—. Será mejor que sea tan brillante que me deje ciego.

* * *

¿Qué clase de hombre era aquel? ¿A qué clase de ser inhumano y anquilosado lo habían ungido? Siguió preguntándose durante todos los años que trabajó con él, y la realidad es que nunca llegó a saberlo a ciencia cierta, aunque se acercó más que nadie a la respuesta: había asistido al asombro y al regocijo infantil del maestro, así como a la oscuridad que eructaba, los demonios que acechaban siempre bajo la superficie. Cambiaba más que el tiempo; era tan voluble y drástico como el cielo de Renania: soleado y apacible en un momento, negro y granizando al otro.

Peter tenía la impresión de que cada uno era un frasco de un humor distinto. Gutenberg era colérico, todo fuego y pasión; Fust era confiado y ambicioso. Galeno, el médico romano, habría calificado a Peter de flemático, frío como el aire o el agua. Los colores de los frascos eran por tanto negro, rojo y blanco. Aunque, ante todo, dominaba el negro de la cólera.

* * *

Esa tarde les dejaron salir. Hans debía de habérselas arreglado para convencerlo; de haber sido por Gutenberg se habrían puesto a trabajar directamente con el misal. Este, en cambio, fue a encerrarse en su estudio mientras la cuadrilla era recibida por una tarde de invierno soleada y cortante. Pasearon hasta el Mercado del Hierro, por la ribera, donde Konrad fue directo a buscar cerrojos porque necesitaba uno pequeño para un baúl.

A su paso, los maguncianos los miraban con recelo. Circulaba el rumor de que esos forasteros hacían baratijas para los peregrinos, lo que casi con seguridad suponía una merma para sus negocios. El tío de Peter había dejado claro que, de momento, la

cofradía de orfebres haría la vista gorda con aquel taller disparatado. Se preguntaba cuánto tiempo podrían Fust y Gutenberg mantener aquella farsa. Por suerte los curas y los escribas de Maguncia eran demasiado refinados para aventurarse por los muelles..., pero, por si acaso, caminaba cabizbajo, con la gorra bien calada.

El mercado rebosaba con todos los objetos metálicos que podía moldear un hombre, dispuestos sobre telas o desperdigados en cestos: hebillas, anillos, ganchos, platos, ollas y candelabros de estaño, bandejas de cobre en forma de peces... Los candados provenían de Núremberg, cuyos herreros eran conocidos por su precisión y su paciencia. Konrad iba señalando todas las formas y tamaños que ofrecían. Nadie competía con los de Núremberg en candados, engranajes, o las ruedecillas y los fieles con los que balanzas y relojes cumplían su vital labor. Les hizo una demostración de cómo caía la gacheta para levantar el cilindro.

—Más difícil de romper que las pelotas de Keffer. —El grandullón rio.

El herrero espigado sonrió al oír su nombre.

—Y tanto —dijo, y luego le dio un codazo a Peter y le señaló los baños públicos con la cabeza.

—Otro día —respondió el escriba, que apartó al otro entre chanzas. Todavía le zumbaba la cabeza con aquella nueva locura.

—Pues entonces tú —le propuso Keffer a Konrad, que asintió, pagó el candado y se lo guardó.

Hans hizo un gesto displicente y comentó mientras veía cómo se abrían paso entre el gentío:

—Este muchacho solo tiene una cosa en la mollera.

Hans y Peter se dirigieron hacia el sur por el camino de sirga desierto. La ciudad llevaba ya cuatro meses sitiada. Los barcos mercantes habían reducido drásticamente su tráfico, y esperaban para pescar en otras aguas, río abajo, en las de Colonia, y luego enlazaban con una larga sirga que solo paraba en Maguncia para cambiar las tripulaciones. Lo único que pasaba por aquel lugar aislado era el viento. Peter caminaba en su contra mientras la locura de la mañana le daba vueltas en la cabeza. Hans arrastraba los pies a su lado; él jamás sacaría el tema. Atravesaron el arroyuelo helado que separaba la ciudad de los muelles del Selenhofen, donde estaban construyendo un barco enorme. Los obreros se afanaban en el casco. Peter alzó la vista por encima del trasiego y la fijó en la larga hilera de tejados de la cartuja, que se extendía como las cuentas de un gran rosario por encima de la orilla. Dentro de cada celda triangular había un monje escribiendo su mano de pergamino, sus Escrituras y sus plumas.

—Están locos —dijo sin más preámbulos—. Han perdido la cabeza si creen que podemos hacer esto.

—Tú lo has dicho. —Hans rio—. De no ser así ninguno estaríamos aquí.

—Diez mil letras, Hans. Es imposible hacerlas trazo por trazo.

—Pues entonces te podrías haber callado la boca. —Hans escrutó la orilla desierta

y luego se agachó para coger un junco—. Calculo ocho meses, mes arriba, mes abajo.

—Qué barbaridad. —Peter miró río abajo, a la lejanía.

—¿Nuestro escriba tiene dudas?

—Muchas. —Desplegó la capa sobre el suelo y se sentó.

Hans estaba hurgándose los dientes con el junquillo y, mientras sopesaba, le sostenía la mirada al escriba.

—Pero no podemos utilizar las que teníamos.

—Yo no quería...

Hans hizo un aspaviento, como para quitarle importancia.

—A él le importa un comino cómo lo hagamos, siempre y cuando lo hagamos.

—Va a acabar con todos nosotros.

—Bueno, yo todavía sigo con vida —dijo Hans, que se levantó entonces y escupió el junco masticado. Alargó la mano para aupar a Peter.

—No tiene ni idea.

—En eso te equivocas. —Hans se rascó la barba enmarañada y miró al otro lado del río, hacia los sembrados lejanos—. Sabe muy bien lo que se hace. No va a tener otra oportunidad así. —Frunció los labios—. Esta vez tendría que abandonar el proyecto si no funciona, y eso podría matarlo.

—A ese hombre no lo matan ni las heladas.

—Te sorprenderías. Ya no somos tan jóvenes.

Hans se abrigó el cuello con la capa. Con la calva desnuda y el aro de pelo que la rodeaba, bien podría haber pasado por un fraile descalzo. Siguieron paseando hasta que llegaron a una cuerda que rodeaba el barco en construcción.

—Vaya monstruito. —Hans dio un silbido admirativo—. Con ventanas de cristal.

Incluso sin pulir y echado sobre un costado, a Peter el barco le recordó lo que había sido Maguncia. El casco era igual que el de cualquier Overlander, muy alto por encima del agua y con la quilla plana para cortar los bancos de arena cambiantes del río. Cuando lo enviaran río abajo para pintarlo, llevaría el escudo de armas de los Katzenelnbogen: y grandes cantidades de pescado, sal y vino libres de impuestos que el consejo había dejado pasar, con la idea de influir en el duque en su disputa con el arzobispo.

—En este país os gustan los barcos grandes —comentó Hans—. Los de Borgoña no son ni la mitad de majestuosos.

Peter lo miró extrañado y contestó:

—Los Katzenelnbogen controlan el peaje en Sankt Goar, río abajo.

—Unos ladrones. Fundirían hasta el oro de los ataúdes de sus padres.

Peter se echó a reír.

—¿Así que trabajaste para nobles?

—El taller de mi padre estaba a las órdenes del obispo de Estrasburgo. —Hans lo miró con picardía—. Yo he visto también lo mío, créeme, con Henne. —Entornó los ojos hacia arriba—. Esa gente son unos auténticos canallas, siempre machacando los

precios y poniendo en contra a los hermanos de las cofradías.

Todo un discurso para ser Hans.

—Tengo entendido que el maestro era cofrade.

Hans hizo una mueca divertida.

—No habría sabido tallar ni aunque le hubiera ido la vida en ello. Pero cualquiera se lo preguntaba. —Hans se volvió y le dio una palmada en la espalda—. Si te consuela, es tan borde con ellos, con los ricos y poderosos, como contigo.

Regresaron atravesando el río que separaba la aldea de pescadores de la ciudad. Ya casi habían llegado a la Puerta de la Grada cuando oyeron la campana: un fuerte estruendo, imponente. El campanario de San Martín. Peter llevaba años sin oír ni sentir ese sonido. La vibración le caló hasta los huesos. Antes de atravesar la luz del arco y entrar, sonó otra campanada, una octava más alta, y una tercera: San Esteban, San Quintín. Las voces de las iglesias rompieron una a una su silencio y formaron un alegre coro.

Atravesaron las calles, que de pronto se habían llenado de gente que salía corriendo de sus casas. Los desconocidos se abrazaban y reían al cruzarse; Peter sintió que se le atoraba la garganta. Habían levantado el veto: no cabía duda. El clamor de las campanas ahogó cualquier otro ruido. Tal y como Heilant había predicho, la paz llegaba a tiempo para las Navidades: Dietrich había aflojado el puño. El gentío surgió por doquier, como ciego, y los aupó a los dos como si fueran palos hasta la plaza del mercado y la catedral. Las puertas de San Martín estaban abiertas de par en par. Pero ¿a qué precio? Peter tuvo tiempo de preguntárselo mientras la marea los arrastraba como supervivientes mareados hasta el Mazo de Oro, donde por fin pudieron entrar desapercibidos, levantar las tazas y brindar entre iguales por Maguncia la Dorada.

Maguncia.

Enero-mayo de 1451.



había hecho un cálculo mental del tiempo que le llevaría su trabajo. Peter tenía que entregar un alfabeto de plomo, nada más. Lo que hicieran con esa nueva fuente le importaba poco mientras imaginaba las grandes cancillerías en las que hallaría un puesto. Fust no volvió a hablarle de contratos matrimoniales; imaginó que su padre sabía bien que, si lo presionaba, podía salir corriendo. Gutenberg, por su parte, se procuró un misal, que desmembró y extendió en abanico sobre su mesa. Aparecieron sacos de minerales y una bala de papel que le llegaba a Hans por la cintura. Konrad construyó otra caja de fundición a martillazo limpio y Peter se hizo un hueco junto a la ventana y empezó a dibujar.

Por mucho que repudiara aquel arte tosco, no estaba en su naturaleza dibujar mal. El papel que usó era de lino puro, libre de imperfecciones, para evitar la más mínima falla en las líneas que luego pasaría a los troqueles metálicos. El alfabeto que tenía en mente debía ser tan hermoso como ningún otro que hubiera dibujado, para cantar los salmos y decir las palabras de los apóstoles. Trazaba y repasaba cada línea, añadía florituras y gracias y espaciaba mucho las letras sobre la amplia hoja blanca. Cada vez que las campanas daban una hora más, se levantaba, estiraba los brazos y se calentaba los dedos en la forja. Hans, que atisbaba por encima de su hombro derecho, refunfuñaba diciendo que iban a quedarse ciegos con todas esas líneas entrelazadas, tan delgadas. También el maestro y el padre curioseaban, hasta que Peter estalló y les dijo que no podía concentrarse con su aliento en el cogote.

Le llevó tres semanas dibujar unas letras a su gusto. Las hizo más grandes, más negras, más estrechas que las letras de la gramática: cuando las escribía pegadas, parecían un grueso felpudo de hilos entrelazados. No podía hacerlo más rápido. Para entonces había comprendido que cada una sería la progenitora de otras cientos, miles incluso, que habrían de forjar a su imagen y semejanza. Trazó letras enteras en dos tamaños, minúsculas y mayúsculas, ligaduras, abreviaturas; cada tamaño exigía doscientos tipos distintos. Hans y Keffer parecían ganado camino del matadero cuando se paraban a pensar en el tiempo que les llevaría labrarlos y vaciarlos.

—Rogaré por vosotros —les dijo Peter con una sonrisita, llevándose un dedo tieso a la gorra que se ponía para apartarse el pelo de los ojos. Cuando hubo acabado, le dejó las hojas terminadas a Gutenberg en un montón ordenado.

Aunque no quería que le importase, no podía evitarlo. Volvió al día siguiente agotado y expectante. El maestro ya estaba a su mesa.

—Tendría que haber sabido que nos arruinarías a todos —le dijo este de entrada.

La llama solo le iluminaba media cara; se puso unos anteojos sobre el puente de su larga nariz—. Nos tendrás esclavizados un año o así, supongo, para terminar esto... —Las palabras eran tan cáusticas como siempre pero el tono era ligeramente distinto. Levantó una página y la escrutó con detenimiento, antes de mirar a Peter, que esperaba de pie y vio entonces el asomo de una sonrisa—. Pero tiene fuerza. Negra. Y conserva una leve sensación de caligrafía.

—Está más condensada que la mayoría.

—Bien, así ahorramos en pergamino. —El maestro sonrió con picardía y le devolvió las hojas.

Hans le enseñó a Peter a forjar en bronce vástagos que luego unían a martillazos a un eje de punta cuadrículada. Hicieron cientos de esas varillas doradas y luego las labraron. Peter observó al viejo herrero afanado en su banco de trabajo, con el eje sujeto a un torno y un cuadradito de papel con la primera letra en la mano. Hans echó una gota de aceite de lino en el papel, observó cómo se volvía traslúcido conforme la tinta empezaba a brillar y luego le dio la vuelta. La inversión de la letra era tan perfecta como vista en un espejo. La colocó en la punta metálica y la frotó suavemente con el dedo: la forma entintada estaba ahora del revés sobre el bronce, y lista para ser labrada.

El herrero rebuscó entre sus cinceles y sacó una cuchilla diminuta, no más gruesa que un punzón.

—Que Dios nos asista —musitó con una sonrisilla fugaz y se caló una lente en un ojo.

Era un visión familiar que venía de lejos: el artesano enfrascado y absorto, con los ojos y los dedos unidos en un mismo acto preciso, el mundo reducido a un espacio no mayor que su tacto y su respiración.

Cuando le tocó a Peter probar, estiró cuello y brazos y despejó la mente. Cogió el cincel que, al igual que la pluma, era una mera extensión de su mano. El metal se desprendía de la cuchilla como afeites de manteca fría. Golpeaba, lo veía desmenuzarse, lo bajaba un ápice, volvía a golpear y soplaba para eliminar las esquirlas brillantes. Hans decía que el metal tenía grano, como la madera, y que debía aprender cómo cedía. La letra era la de trazo más simple, una «I». Peter golpeó, descascarilló y sopló. Más hondo, decía Hans, más recto. Así. Una hora, dos. Y luego la punta ladeada sobre la barra, la cuenca curvada del talón. Hans le pasó un cepillo y un punzón más pequeño aún. Peter sintió que le escocían los ojos; se enjugó el sudor y volvió a la tarea.

Los escribas solían anotar en los márgenes de sus manuscritos los sufrimientos que les provocaba el trabajo de Dios. Una queja ácida, oculta al margen: «Tinta fina, que caiga pronto la noche. He terminado ya. Por el amor de Dios, que alguien me dé un trago». Escribir hacía que se te hundieran las costillas, que la espalda se te encorvase y la vista se te nublara. En cierta ocasión, estando en la biblioteca de San Víctor de París, Peter había descubierto una sarta de notas del mismo escriba: «Este

pergamino no puede tener más pelos —había refunfuñado—. Este candil da una luz horrible». Pero hasta que no pasó horas bregando con aquel eje metálico, no entendió en toda su extensión el pensamiento que el otro había anotado al final: «Igual que el marino ansía llegar a puerto, el escritor desea ver la última línea».

Por fin se enderezó, estiró el cuello dolorido y le tendió el troquel terminado a Hans. Este se acercó una vela, sostuvo el tipo por encima de la llama y lo rotó hasta que estuvo todo cubierto de una capa de hollín.

—La prueba del humo —gruñó presionándolo contra el papel.

Y vieron entonces qué estaba bien y qué mal; volvieron a colocar el troquel en el torno y lo limaron minuciosamente una vez más.

El trabajo del aprendiz consiste en domar todos los impulsos: en lugar de orgullo, humildad; la impaciencia se dominaba y luego se subyugaba. A Peter le hizo rememorar sus primeras semanas en el *scriptorium*, donde Anselm empezaba por quitar plumas, vitelas, escarcelas de cuero y cualquier tipo de ornamento; dejaba a los discípulos sin nada salvo un pequeño y delgado cálamo, un montoncito de negro de humo y una hoja corriente. Para que aprendieran a silenciar la voluntad, el yo enturbiado, para que sus cuerpos y sus mentes se quedaran con lo esencial. El aprendizaje, les decía, era pura paciencia, y una fe profunda y abnegada: una vez, y otra y otra, hasta que la mano se volvía firme y el alma se limpiaba. Solo así serían simplemente carne de Adán, un vehículo, un canal.

Hans le reconoció que tenía «mano». La forma en que rozaba el codo de Peter, cogía las pruebas, las ponía a la luz e iba pasando sus uñas curvadas por cada contorno daba muestras de su admiración. Por pura costumbre, rezongaba cuando el «escritorzuelo» no estaba satisfecho. «*Feinschmeckery*», mascullaba. Quisquilloso. Sin embargo Peter se fijó en que el viejo herrero empezaba a poner más esmero en su propio labrado para que su trabajo estuviese a la altura de esa «elegancia».

En cuanto terminaban con un troquel, los demás lo utilizaban para hacer moldes y empezar a vaciar: y no solo Keffer y Konrad, sino también el maestro. Durante esa cuaresma oscura también este se arremangó y arrimó el hombro. Peter se dijo que no era posible que de pronto lo hubiese imbuido un espíritu de camaradería: la realidad era que aquel hombre no podía estarse quieto.

Le pesaba, no obstante, que el maestro no se hubiera molestado en felicitarlo por su destreza. Se lo contó a Hans, que se quedó mirando a media distancia.

—Nunca ha tenido necesidad —contestó con una sonrisa de medio lado—. De todas formas todo el mundo va a él: como las abejas al néctar o la trucha al anzuelo.

Gutenberg en Estrasburgo: ¡eso sí que había sido una gran época! Todo el mundo quería algo de él, y los atraía con sus ardides y sus ideas extrañas, como si fueran limaduras de hierro. La gente importante parecía creer que tenía siempre la nueva gran idea guardada en la manga. Prácticamente le arrojaban su dinero: le hicieron la corte, entre otros, el sobrino de un obispo y un fabricante de papel, así como varios próceres con grandes fortunas. La primera máquina que inventó los encandiló: la

rueda de pulir que ideó para limar sus piedras de peregrino. Le respaldaron sin reparos cuando engarzó por primera vez esas piedras en los marcos que Hans acuñó para hacer los dichosos espejos.

—Te juro que ahí era todo a lo grande, no teníamos que escondernos como aquí.

El maestro era bienvenido por doquier: no solo en las casas de los nobles sino en las logias de los artesanos. Lo respetaban y lo alababan, mucho más que en su ciudad natal. Le importaba un bledo el clasismo y el esnobismo de los maguncianos.

Lo que le hacía a uno preguntarse por qué había vuelto, comentó Peter.

—La herencia. Esta casa. —Hans contempló con desgana las desoladoras paredes llenas de hollín de su confinamiento—. La madre se la dejó a él y a su hermano menor, Friele. —Además los de Armañac estaban rabiosos y tenían la vista puesta en Estrasburgo, y cundió el pánico, le contó Hans, cuando supieron que el ejército mercenario estaba a un par de días de la ciudad, después de haber violado y saqueado media Alsacia. El maestro se rascó el bolsillo para apoyar la defensa pero no se quedó para verlo—. Créeme, tuvimos que salir de allí por patas. —El viejo herrero sonrió—. Para él esta casa en Maguncia fue un regalo de la Providencia.

* * *

Ese año la cuaresma caía tarde, a mediados de marzo. Fue una suerte, pues de lo contrario el Meno habría estado helado todavía y los mercaderes se habrían visto obligados a viajar por tierra hasta Fráncfort para la Feria de la Cuaresma. Mientras Fust se embarcaba, Gutenberg se quedaba, pese a saber que los próceres reclamaban los pagos de sus bonos dos veces al año, en otoño y en esa feria. Seguramente había mandado a un apoderado, se dijo Peter, mientras iba camino de la *Schreibhaus* para ver a Petrus Heilant. Los próceres seguían recolectando los intereses de los préstamos que habían hecho a Fráncfort, Espira o Worms; a las cofradías de Maguncia, sin embargo, solo les exigían la mitad. Ese era el trato que había logrado Dietrich a cambio de levantar el veto: había utilizado a la ciudad como cebo y, a cambio, había conservado la inmunidad tributaria.

El aire viciado del lugar de encuentro del clero cada vez asqueaba más a Peter. O tal vez fuese el hecho de mendigar lo que lo perturbaba cada vez que bajaba la cabeza para entrar por el portal bajo. Heilant le aseguró sin mucho convencimiento que ya surgiría algo con el tiempo, pero no parecía salir nada valioso. En lo más crudo de esa fría temporada de penitencia Peter sintió que la esperanza empezaba a abandonarlo.

Se decía que con cada troquel que hacía rompía un eslabón más de la gruesa cadena que lo anclaba a Maguncia. Cuando añadía uno nuevo al montón, caía otro eslabón quebrado. Pediría que le dieran una copia de la llave del taller para poder trabajar de noche. Si conseguía acelerar el ritmo, tal vez terminara a mediados de

verano y podría irse.

Una noche, pocas semanas después de la Pascua, estaba trabajando hasta tarde, aprovechando que todavía había luz. Por fin había llegado la primavera y, con ella, el dulce alargarse de los días. Los demás habían subido a la casa y el maestro había salido al patio trasero. A Gutenberg no parecía sorprenderle que Peter decidiera trabajar por su cuenta. Debía de pensar que el aprendiz se comportaba igual que él: o al menos eso transmitían sus breves y distraídos gestos de asentimiento.

Peter encendió dos velas para buscar cualquier imperfección en el metal que había sujeto al torno. Estaba concentrado y absorto en la tarea. Al cabo de un tiempo, una o dos horas después, oyó que se cerraba una puerta, resonaban unos pasos rápidos y se abría luego la puerta del taller. Ya había oscurecido, vio al levantar la vista. El maestro fue al banco de trabajo y empezó a hurgar entre las herramientas. Cogió una cuchilla y se acercó a Peter.

—Trabajando de noche... —Resopló—. Los de la cofradía no lo permitirían, si llegaran a asomar por aquí las narices. —Peter asintió y volvió a fijar la vista en la labor—. Aunque no es asunto suyo. —Tenía la cara amarillenta en la oscuridad y llevaba un libro metido bajo el brazo—. No.

Peter volvió a levantar la vista, sorprendido. Gutenberg había pertenecido a una cofradía, *ex officio*, según le había contado Hans.

—El tiempo no espera a nadie. —El maestro se quedó en el sitio, perdido en sus pensamientos. Pero entonces volvió en sí y cogió un troquel terminado que había junto al codo de Peter—. ¿Cuánto? ¿Seis semanas, más o menos?

Por fin se veía la luz al final del túnel. Peter volvió a asentir.

—Mañana entonces las ligaduras —dijo Gutenberg medio para sí.

Los abecedarios principales estaban listos; el maestro le había pedido a Konrad que construyera unas galeras para las letras, con algunos huecos más grandes para los caracteres más abundantes. Había un rigor en esa lógica que hasta Peter apreciaba. Al empezar Gutenberg no había sentado ninguna norma: lo improvisó todo a partir de lo que sabía de herrería, tejidos y *scriptoria*. Les hizo confeccionar unos organizadores inclinados para guardar los tipos y bandejas de madera para colocar las líneas y las páginas terminadas. Lo más extraordinario de la mente del maestro era su capacidad para ver las cosas —y a las personas—; por trozos, se dijo Peter. Eficacia y velocidad, repetía una y otra vez: no había que malgastar ningún paso ni movimiento.

—Brack tendrá el texto listo para componer en unos días.

El maestro dejó el troquel en la mesa y se mesó la larga barba. Peter estiró las manos, doloridas.

—¿Sabe él cómo lo haréis?

—Más o menos. —Esbozó una sonrisa ladina.

—Si confiáis en él, será porque lo conocéis, supongo.

—Los conozco a todos, mal que me pese. —Gutenberg sonrió con cautela—. Mucho mejor, por suerte, de lo que ellos me conocen a mí.

—Tengo entendido que también estudiasteis en Erfurt.

—Hace una eternidad. —Se encogió de hombros—. Como media ciudad. La otra media solo quería ser cura.

Peter se permitió sonreír.

—Lo mismo pasa con los escribas.

—Todos quieren chupar de la teta. —Gutenberg hizo una mueca—. Aunque hay algunos a los que merece la pena hacer caso. —Sacó del brazo el libro que llevaba—. Este sabe diez veces más de metal que los de la cofradía.

Peter miró el pellejo rizado.

—Creo que deberías leerlo. —Las hojas interiores eran suaves como ante y estaban manchadas por el uso—. *De las artes diversas*, Teófilo. Con el libro tres tienes suficiente. —Gutenberg se inclinó sobre él y empezó a pasar las páginas—. Todo lo que sé es gracias a Hans..., y a esto.

Los títulos de los capítulos pasaban volando: Taller, Forja, Fuelles, Cinceles, Troqueles, Cálices, Soldar, Repujar, Refinar cobre, Plata, Bronce. Extrañas lecciones para un escriba. Peter musitó un gracias.

—Tendrás que devolvérmelo. —Se dio media vuelta—. Pero, si quieres, puedes copiar las páginas.

* * *

Para Pentecostés ya había fundido suficientes letras nuevas para empezar a formar palabras. A Peter le pareció que no podía llegar en mejor momento. El día anterior las parroquias habían celebrado la venida del Espíritu Santo, ese viento huracanado que azotaba a los discípulos de Cristo e iluminaba sus frentes con una llama luminosa. Habría sido una blasfemia pensar que lo que arrebató ese día al escriba era algo parecido. Pero aun así..., aun así, a sus veinticinco años, se sintió agraciado: por una breve chispa y la brisa más fugaz.

De momento solo tenían las pruebas de humo; no sabían si los tipos imprimirían realmente bien. Fue el maestro quien le sugirió a Peter que cogiera la nueva tinta negra y eligiera unas líneas para sacar la primera prueba. La tinta también la había inventado Gutenberg: una más oscura que la vegetal que utilizaban los escribas. Hervía aceite de linaza con barniz y le añadía negro de humo y una pizca de carbonato de plomo o albayalde, con lo que producía una pasta pegajosa semejante a la brea que podía untarse sobre las letras y luego alisarse para formar una película uniforme.

A Peter le sorprendió que el maestro le cediera el honor de componer las primeras líneas. Pero al fin y al cabo Gutenberg entendía de paternidad: el orgullo de alumbrar algo completamente nuevo. Peter le hizo un guiño al escoger unas palabras de

Teófilo, el artesano benedictino:

«Actúa por tanto ahora, hombre prudente (...) por cuya labor y celo tantas ofrendas quemadas se muestran a Dios. Sé iluminado así por el fuego con una ingenuidad mayor: con todo el esfuerzo de tu mente, apresúrate a hacer lo que todavía falta en la casa del Señor».

Keffer le enseñó a unir las líneas en un bloque al que llamaban *forme* y a pasarlo todo junto a una galera. Peter levantó el conjunto como si fuera una ofrenda y lo dejó con cuidado sobre la platina de la prensa de Konrad. Cogió un tampón de cuero de los que habían bautizado como «lenguas de perro» en cada puño y los impregnó con la pasta de tinta; después los hizo rodar por la platina para esparcir la tinta que aplicaba con esmero sobre los tipos.

Hubo muchas chanzas mientras colocaba un papel húmedo sobre las líneas relucientes. Hacía falta un hombre y no un monje, un toro y no un santo.

—Venga, pues, echadme una mano.

Un gigante rubio y otro pelirrojo pusieron sus manazas carnosas sobre la platina y lo ayudaron a pasar la hoja bajo el rodillo colgante.

La palanca la bajó solo. Cualquier otro día no habría tenido fuerza, pero en ese instante estaba enaltecido en todos los sentidos que conocía. Los pies se le separaron en parte del suelo y la sangre se le subió al cuello mientras escuchaba caer el peso, seguido de un chirrido cuando entró en contacto con las letras.

—*Fiat impressorium!* —gritó el maestro, y volvieron a subir la prensa.

Peter abrió el bastidor de madera y fue desprendiendo la hoja con sumo cuidado mientras los demás retrocedían a cierta distancia, en señal de respeto.

De las palabras surgía una energía, una fuerza que ni siquiera Peter había imaginado. La tinta era negra como el firmamento y las letras, afiladas y atractivas. Formaban un enrejado, justo como Plinio decía que debían hacer todas las letras, para sustentar el significado del texto como los alambres entre las viñas. «La Palabra es como una fruta —pensó—. El viñedo del texto está bien enroscado». Se quedó mirando, paralizado. Las letras, en su austeridad y su densidad, conformaban una página de una belleza extraordinaria. Sus letras —¡las tuyas!—, los trazos que él había dibujado y labrado, aparecían orgullosas y negras formando palabras sobre la página. Sintió que se le despertaban las entrañas por la emoción..., y luego una especie de caída.

Gutenberg estaba prácticamente brincando detrás de él. Sintió su energía y su ansiedad, y por el rabillo del ojo lo vio alargar la mano. Le tendió entonces la página, rozando con sus dedos el mordisco profundo que le habían dado las palabras.

—¡Dios de mi vida! —La cara del maestro estaba despejada, suavizada y depurada de todo rastro de rudeza—. ¡Un escriba, dice! ¡Más bien un puñetero genio del labrado! A partir de ahora serás el encargado de esculpir mis tipos.

Fue entonces cuando todo cambió. Peter lo comprendió en el acto. En toda vida hay momentos que sobresalen, como repujados: momentos en que un hombre es capaz de sentir la mano de Dios. Ese día el escriba se preguntó por primera vez —al principio conmocionado y luego, poco a poco, con incredulidad y un orgullo tímido y lleno de temores— si lo que Su siervo Peter hacía allí, en el *Hof zum Gutenberg*, entraba en realidad dentro de Sus designios.

Esa fue la chispa, la brisa que lo penetró: la comprensión, además, de que todo lo que había conocido tocaba a su fin. Ninguna de las artes que había aprendido quedaría intacta. Ninguna de las costumbres de sus padres y sus abuelos, los ritmos familiares de sus vidas, volverían a ser los mismos. Habían liberado al genio de la botella. «*Ars impressoria*», conocido a partir de entonces como el «*Ars divin*». Peter observó al maestro, que cogió la hoja y se la pasó a Hans mientras decía con aire triunfante:

—Id a por Fust.

Sus compañeros, Hans, Keffer y Konrad, saltaban ya, maravillados y orgullosos: se apiñaron en torno al maestro con la vista clavada en la hoja. Gutenberg levantó la mirada y sonrió.

—Por voluntad del Santísimo Padre, ¡hemos dado a luz! —dijo con una mirada no menos asombrada que la del resto.

—Amén —sentenció Hans, que, volviéndose hacia el joven aprendiz, levantó las manos y aplaudió.

Maguncia.

Junio-septiembre de 1451.

El padre de Peter no disimuló su satisfacción con la hoja impresa y, por ende, con la mano que le acercaba cada vez más a sus sueños. Las onomásticas de sus hijos caían casi todas juntas a finales de junio: los Johann, en el día de san Juan Bautista y, por último, el de Peter, en el de san Pedro. El pequeño Hans, con apenas un año, solo podía mordisquear su colmillo pulido pero a Peter no le costó interpretar el mensaje de la caja de palisandro que le regaló Fust. Tenía compartimentos forrados de seda de la longitud de una pluma. Había sido demasiado apremiante y exigente, reconoció Fust cuando se la entregó.

—Estos tipos metálicos han nacido de la escritura: jamás veremos el día en que las manos no sean nuestra primera y más sagrada herramienta.

El *fustus* anudado de su linaje estaba grabado en la tapa y repujado en plata del negocio familiar.

—No son los más veloces los que ganan la carrera —respondió Peter con una inclinación.

Él también se había precipitado. A fin de cuentas existían muchas maneras de propagar la luz de la enseñanza. Después hubo paz, reconciliación y festejo en la *Haus zur Rosau*.

Se había consumido ya casi un año desde que regresara de París. En el taller habían acabado de hacer los tipos y lo tenían todo preparado para empezar a imprimir el misal. Sin embargo, seguían sin recibir el texto que tenían que componer. El prior de Santiago les rogó paciencia y fe. Julio pasó con un calor anonadante, y el texto seguía sin llegar. La cuadrilla hacía gramáticas para sacar algo de calderilla y matar el tiempo. El maestro empezó a mandar a cada tanto a Lorenz al monasterio de la colina, para que recogiera las primeras páginas, pero el criado volvía siempre con la misma respuesta.

—¡Paciencia! —refunfuñaba Gutenberg—. Para mí es un vicio, no una virtud.

El 6 de agosto, en la celebración de la Transfiguración, Peter vio a Petrus Heilant, su viejo compañero de estudios, en el portal de San Martín. Llevaba un tiempo sin saber nada de él pero tampoco había estado buscándolo. Los campesinos, los monjes y las monjas de los monasterios del campo habían acudido todos en sus carros, en un largo cortejo que goteaba por las puertas rumbo a la plaza del mercado. Era una festividad nueva, que recordaba a todos los fieles que compartían la divinidad de Cristo tal y como había sido revelada en el Monte. Aunque, en palabras de su tío Jakob, no era más que otra excusa para echar mano del cepillo. Los monjes de San

Víctor sudaban bajo un sol de justicia. Heilant tenía un aspecto enfermizo, muy rosado, recocado en su grueso hábito negro. Cruzaron la vista y el monje levantó las manos y le hizo señas de que no tenía nada para él. Peter tuvo la certeza entonces de que, de haber algún puesto libre, se lo quedaría el propio Heilant, eso lo sabía hasta el Diablo. Peter le sonrió y se alejó, humillado a la par que aliviado por la mala vista que había tenido.

En el taller, mientras, seguían imprimiendo esas tristes gramáticas y maldiciendo el calor, que iba a peor. El pergamino se rizaba antes de llegar a la prensa; la tinta se derretía y se quedaba hecha una plasta que emborronaba y achicaba las letras. Para entonces Konrad había regresado a Estrasburgo, dejando solo a Hans. Ruppel, el nuevo prensista, era taciturno, lo que no ayudaba mucho. Keffer mascullaba imprecaciones cuando el maestro le pedía que trabajara a horas intempestivas e inhumanas para combatir el calor: antes del amanecer y por la noche, con unos ojos legañosos y unos huesos cansados que le pedían a gritos una cama.

Gutenberg se pasó agosto entero merodeando sin más, retorciéndose ese cordel ridículo al que llamaba barba. Si en primavera había sido cívico, incluso amigable, la cuadrilla había vuelto a ser para él tan necia como antes: fracasados y meapilas, remolones y mocosos inútiles. El prior no salía mejor parado.

—Le metería un petardo por debajo del puñetero hábito —mascullaba mientras revisaba los bocetos y las cuentas del misal que había preparado Peter.

* * *

El aprendiz calculó que ya habían gastado casi la mitad del oro de Fust. Unos cuatrocientos o quinientos florines se habían ido en papel, vitela, negro de humo, resina, minerales, leña y velas, por no hablar de la manutención y el alojamiento de los hombres. Estaba todo listo para el misal de Santiago: había cien paquetes de hojas regias cortadas y las letras estaban terminadas. La luna llena de septiembre subió, creció y menguó, y seguían sin recibir el texto. Fust y Gutenberg se perdieron en el estudio del maestro con el libro de contabilidad y solo reaparecieron cuando se apaciguaron los sonidos de una pelea a grito limpio.

—Un mes más —dijo Gutenberg.

—Ni un día más —gruñó Fust.

En la ciudad había indicios de la gran concentración que estaba por llegar. Maguncia era la siguiente que sería aleccionada en la gran misión de reforma del papa. Su enviado especial, Nicolás de Cusa, conocido como el cardenal De Cusa, había convocado un encuentro diocesano para explicar los edictos aprobados por los cardenales en Basilea. Incluso desde el *Hof zum Gutenberg* se oía el frufrú del clero que llegaba. Aterrizaban como escarabajos alados, marrones y negros, los líderes de

los diecisiete mil curas de la archidiócesis: desde Friburgo al oeste hasta Turingia y Franken al este, con el límite meridional en Baden. Al menos la visita podría hacer que el prior Brack liberara de una vez por todas el texto, comentó Fust. Gutenberg pensó lo mismo: cogió una pluma, escribió una nota y mandó a Lorenz monte arriba. Pasó horas esperando en su taburete, con las cejas retorcidas como un gato plantado delante de un friso de madera.

Cuando el criado volvió por fin con la respuesta del monje, el maestro cogió el pergamino y rompió el lacre. La visión de su cara acabó con toda esperanza. Salió como una exhalación, sin mediar palabra; le tocó a Fust sacarle la verdad y compartirla con el resto.

El arzobispo Dietrich había aprobado la versión del prior del *liber ordinarius*. De hecho el borrador llevaba tiempo preparado. Pero —ahí estaba el pero—, al parecer había un segundo texto que le hacía competencia; no todos estaban de acuerdo con la visión de la reforma del prior de Santiago. Su eminencia el cardenal De Cusa no tendría más remedio que escoger.

Fust miró con cara de pocos amigos a su hijo, que estaba con el resto de la cuadrilla. Su rostro pétreo decía más que mil palabras. Había confiado en Gutenberg: como todos los demás. El maestro llevaba meses asegurándoles que el texto estaba a punto de llegar, sin arrojar la más mínima duda al respecto. «Nuestro misal», había llegado a decir.

Y ahora ahí estaban, con los pantalones bajados y la mano tendida, mientras Dietrich se cubría las espaldas. Gutenberg tuvo que salir del taller.

Fust ensilló su caballo y se fue la primera semana de octubre, más por no seguir despotricando que por ganas de vender, se imaginaba Peter. Tenía casi ochocientos florines invertidos en el misal, casi todos en montañas de tipos y pilas de vitela. Su hijo, entre tanto, se devanaba los sesos. Debía de haber alguna forma de avanzar con el proyecto. Le vino la idea una mañana mientras contemplaba el monasterio de Santiago desde la muralla. Tenían que componer parte del texto del misal con los tipos nuevos, para dárselo a los monjes, e incluso a De Cusa... «Una degustación — le dijo al maestro—. Mendigad un par de páginas, como mucho, y demostrémosle lo bello que es». De entrada Gutenberg no respondió. Ni siquiera Hans lo había visto nunca de un humor tan sombrío: hasta unos días después, cuando de buenas a primeras le dijo a Peter que cogiera la capa y el sombrero y subiera con él al monte para ver al prior Brack.

* * *

Aunque el monasterio de Santiago estaba justo hacia el sur, tuvieron que dejar atrás la ciudad por las callejuelas estrechas que rodeaban los mercados y las grandes

mansiones. El maestro caminaba con tanta rapidez que Peter lo perdió de vista en más de una ocasión, entre el trasiego de transeúntes y carretas. Lo habría perdido del todo de no ser porque Gutenberg le sacaba una cabeza al resto y llevaba una gorra de un color rojo vivo, ribeteada con piel. Redujo la marcha cuando llegaron a los talleres de los pintores, por detrás de San Martín, y la calle empezó a ensancharse hacia la puerta. Al par de pasos los sombrereros lo abordaron a gritos:

—¡Caballero! Piel de almizclera, o de nutria, ¡en esta estación no hay mejor piel para cubrirse uno la cabeza!

Gutenberg reía, los esquivaba y los saludaba con la gorra. Peter se ciñó la estola al cuello. Pasaron por la puerta y atravesaron un riachuelo que castañeteaba alegremente en el frío. Esa tarde eran los únicos que salían de Maguncia y no entraban.

Por delante y a la izquierda, los campos de heno relucían con una capa de escarcha cosida sobre los surcos ennegrecidos. El cielo tenía franjas de más tonos de grises que las bandejas de los metales. El camino principal se perdía en la niebla y se dividía: una lengua lamía la ribera izquierda del río mientras otra seguía recta, y la derecha se bifurcaba hacia el monasterio. Los gansos se zambullían alrededor del brazo de tierra. Pero más allá de eso reinaba una quietud tan absoluta que borró toda la angustia del alma de Peter. El maestro debió de sentir lo mismo; respiró hondo, se volvió y le sonrió.

Vieron y sintieron el Jakobsberg, que se erguía sobre ellos justo al otro lado de la muralla de la ciudad. En esa elevación repentina, el monasterio se levantaba a tal altura y tan cerca que en ese día despejado todos los monjes podrían haber saludado al diácono de San Esteban, en la otra punta de la ciudad. Peter nunca había subido a la guarida de los benedictinos. Sin embargo, como cualquier hijo de Maguncia, sabía que siempre había sido una amenaza para los ciudadanos. Cada generación de lugareños se levantaba contra los abades ricos y los próceres, quemaban y destruían en su resentimiento y su desesperación. Y con la misma frecuencia esas manos gruesas y enjovadas devolvían el golpe. El derramamiento de sangre calaba hasta la médula en todas las familias, artesanas o patricias, ricas o pobres.

Gutenberg escrutó la pendiente llena de zarzas que bajaba hasta el foso abierto justo por debajo de la muralla de la ciudad.

—Nunca será lo suficientemente hondo. No faltan necios a ambos lados. —Se enderezó y tomó la bifurcación que subía en pendiente por la colina—. ¿Sabes quién lo cavó? —Miró a Peter con mirada taimada—. El abuelo de mi abuelo..., Wirich, se llamaba. Un obrero corriente de Maguncia... Las cofradías podrían reconocerme eso por lo menos. —Rio con su típico ladrido—. La sangre de mi madre manó de la suya..., y me permitió entrar en la casa de la moneda. A los ingratos los echan, claro..., aunque yo me fui por mi propio pie.

Esas viñas fueron en otros tiempos de la abadía, siguió contando mientras subían con la respiración entrecortada. Su antepasado lideró la carga de la ciudad que las

incendió todas —Santiago, San Albano, San Víctor—, y devolvió los viñedos a la ciudad. Una victoria inútil, claro estaba, pues a Maguncia se le exigió que pagara la indemnización.

—Todavía están pagándola —dijo, y sacudió la cabeza.

Se detuvieron para coger aire antes de franquear la rampa que daba a la verja principal. Peter miró a un lado y a otro, apabullado; nunca había visto la ciudad desde esa altura. Todo era diminuto: las jarcias colgando como hilos de los barcos, las carretas de juguete y la gente, pequeños puntitos por calles que parecían venas.

—No me extraña que nos tengan a todos por primos. —No se dio cuenta de que lo había murmurado en voz alta. El maestro alargó un brazo hacia el montículo que había a la vera del río—. Aunque por parte de padre, tengo un primo que dirige el colegio de San Víctor. —Enarcó una ceja—. Supongo que eso nos hace en cierto modo hermanos. —A Peter le sorprendió que el maestro recordara su breve paso por esa orden. Esbozó una risita fugaz—. Cuento con que los buenos hermanos recen por mi negra alma cuando me llegue la hora.

Se apretó el cinturón y se puso bien la capa. Se irguió y se impulsó sobre las puntas de los pies, como si manejara un bote por el agua. Y por primera vez Peter lo vio de verdad: la forma en que vivía a horcajadas de esos dos mundos en contienda, sin casarse con nadie: con ningún clan, cofradía, clase, ni siquiera con la verdad de Dios, ni con otro hombre. Iba a su aire, solo, un alma solitaria.

Estaban esperándolos. La puerta se abrió con una sacudida y entraron. Peter había imaginado algo majestuoso pero, al atravesar la amplia explanada, se detuvo en seco, perplejo.

El monasterio era un cascarón vacío, una fachada a medio construir, apuntalada. El edificio que tenían ante ellos era el único intacto; a la izquierda estaba la iglesia de la abadía, que debería haber sido la joya mayor pero se encontraba a medio levantar. Se extendía por la loma como el trazo largo de una U y se unía con el edificio central. Las paredes se veían nuevas, altas y con espacio para ventanas, pero la nave estaba a cielo descubierto.

—Antes tenía peor pinta —le dijo el maestro a media voz.

Al otro lado de la explanada había establos, almacenes y un granero que en temporada rebosaba de lúpulo, así como un pozo, una alberca llena de lodo y varias carretas. Y eso era todo: ni rastro de labradores fornidos, frailes orondos, ni sensación alguna de abundancia ajetreada y serena. Era evidente que la abadía de Santiago había visto tiempos mejores.

El prior los recibió en la sacristía: al menos el cargo parecía servir para eso. Había vasijas y ropas sagradas en un estante, así como un baúl con libros en aquella habitación amplia de la segunda planta con vistas al río. Heinrich Brack era mayor de lo que Peter había imaginado: alto y encorvado, con un pelo que parecía de peladuras de hierro y grandes bolsas bajo unos ojos pequeños y oscuros. Le crujió algo al levantarse y se llevó la mano a la cadera para que no le sonara el manojito de llaves.

—Querido amigo. —Le estrechó la mano al maestro—. Gracias a Dios, os encuentro bien.

—Creo, señor mío, que mi salud está más en vuestras manos que en las de Él.

A Peter le pareció ver un asomo mínimo de sonrisa en la cara del religioso. El maestro lo presentó como su escriba, y luego el prior les ofreció vino.

—Una de mis grandes victorias —dijo Brack, con las manos bien remetidas al fondo de su amplio hábito negro—. Este año he conseguido quedarme con casi toda la cosecha.

Brack era originario de Bursfelde: era lo único que sabía Peter. El ala reformista lo había enviado para extirpar a los monjes que desviaban donaciones al bien común, para restaurar la vida corriente en la estricta orden ascética. El antiguo abad de Santiago, un tal Von Bubenheim, no parecía haber sobrevivido a la purga. Así y todo, tampoco daba la impresión de que Heinrich Brack hubiera progresado mucho. A Peter le dio un vuelco el corazón nada más poner los ojos en los anaqueles del prior. Se había imaginado más libros, y más bellos, códices repujados y amontonados en bonitas pilas, igual que en San Víctor. Estaban llenos de marcas, en cambio, y desperdigados en montones irregulares. El prior siguió su vista y sonrió.

—Me temo que no haya aquí mucho para tentar a un escriba. He hecho todo lo que he podido, sin embargo, para completar los manuscritos que encontré. —Un novicio entró de puntillas y les sirvió vino—. Tuve que pedir mucho más para ayudarme en mi trabajo.

—Ah, sí, su trabajo.

Brack se restregó los carrillos con ambas manos, como para liberarlos de un entumecimiento pesado. Las dejó plegadas bajo la nariz.

—Las cosas no han ido como había previsto. —Sus ojos se iluminaron por un momento con un rayo de rabia—. El cardenal está muy solicitado.

—¿Cuándo piensa decidirse?

Brack suspiró y respondió:

—Ojalá pudiera decíroslo. —Se levantó y fue de un lado al otro de la estancia, con el hábito bamboleándole al paso; tenía una voz baja pero severa—. Lo que pasa es que a muchos les falta estómago para hacer una reforma de verdad. —El maestro esperó, encaramado al borde de su silla dura—. Yo escribí mi texto y se aprobó. O eso me hicieron creer.

—Aquí nuestro amigo Peter está deseando empezar —dijo Gutenberg—. Esperábamos que pudierais darnos unas páginas..., algo para convencerlos, compuesto con nuestra nueva fuente.

Brack miró al monje que estaba apostado de centinela en la puerta y le hizo una seña. Sin más palabra, el novicio se dio media vuelta y salió cerrando la puerta tras de sí.

—Nada me agradaría más. Pero no sería... apropiado que aparecieran extractos justo ahora.

—Mi taller es de todo menos público. —La voz del maestro era tirante—. Y nadie puede imaginar cómo quedará hasta que no lo vea con sus propios ojos.

¿Le había contado Rosenberg a Brack cómo pensaba el maestro hacer esos libros? ¿Comprendía al menos que no era una cuestión de mandar un texto a unos monjes para que lo copiaran, como hasta la fecha? Peter no sabía qué pensar. En cualquier caso Gutenberg le había dado permiso para componer una muestra —el padrenuestro— en su nueva y fascinante letra. Se agachó para coger su escarcela pero el prior Brack lo retuvo con una mano alzada.

—Llegará el momento, no puede ser de otra forma. No me cabe duda de que venceremos. —Era una voz apacible pero con cierto deje tajante—. La derrota no es una opción. La reforma es lo único que puede salvar a la Iglesia de sí misma. —Miró a ambos con ojos oscuros y sobrios—. Las voces de los disidentes tienen cada vez más fuerza y más razón. De Cusa lo sabe perfectamente.

«Por una parte —pensó Peter—, las fuerzas engordadas del *status quo*, con el arzobispo Dietrich en cabeza y, por otra, el impulso creciente por la reforma liderado por De Cusa, el ángel vengador del papa Nicolás V».

—¿Y entonces por qué? —Gutenberg se inclinó hacia delante—. ¿Por qué no lo aprueba de una vez?

Brack se sentó lentamente.

—Conocéis tan bien como yo, *meister*, nuestro interés por vuestra técnica.

«Entonces lo sabía», pensó Peter. El maestro se incorporó en el sitio, alentado por una sensación de orgullo y determinación. El joven sintió que el corazón se le llenaba de esperanza, vaga pero inconfundible. Brack y el cardenal De Cusa: no podían pedir mejores paladines en el mundo entero. No había una combinación mejor, comprendió de golpe el joven escriba: el Divino Oficio de la Misa, reescrito por una Iglesia purgada y renacida y sembrado más extensamente gracias al milagro de la imprenta que Dios en su sabiduría había regalado a Maguncia.

—Es una buena noticia —dijo secamente el maestro—. Aún mejor sería la orden de proceder.

—Lo que os digo no puede salir de estas cuatro paredes. —El prior esperó a que asintieran—. Existen, como he dicho, ciertas dificultades. El arzobispo ha aprobado mi texto, pero falta que se adopte en la conferencia de Bursfelde. —Torció los labios—. Al parecer no todos mis hermanos están de acuerdo. Otra facción ha propuesto un texto rival, que apenas puede considerarse reformado.

Gutenberg no movió un músculo.

—¿Cuándo decidirán? —preguntó.

El prior tenía la vista clavada en la pared del fondo.

—Las grandes batallas son eternas —murmuró, como si le hablara a una congregación invisible—. Y todas han sido predichas. ¿Acaso no envió Dios a su propio hijo para expulsar a los usureros del Templo? —Suspiró entonces y volvió la vista a sus visitantes—. Ya sabéis cómo es la Iglesia. Todo lleva su tiempo: hay que

consultar con los expertos, recabar opiniones y hacer informes. Y luego llega la hora de la refutación.

—Ya conozco las maneras de la Santa Sede. —En los ojos del maestro se vio un destello—. Para mi desgracia.

—Tengo plena fe en que saldré vencedor. Pero entiendo que esta demora no os es deseable.

Hubo un silencio largo e incómodo. Gutenberg estaba absorto en sí mismo. Brack también se perdió en sus pensamientos. No parecía tener sentido y aun así... Peter echó mano de la escarcela y sacó la muestra. Alisó las líneas que había trazado y que había esculpido, moldeado y probado con Hans.

Brack cogió la hoja y la acercó a la luz.

—Excepcional —murmuró con las cejas curvadas en arcos marcados y negros.

—Quedáosla —dijo el maestro cuando se levantaban—. Por si puede servir de algo.

* * *

—¡No os es deseable! ¡Hábito con patas! —Apenas habían salido por la puerta cuando se le abrió la presa—: ¡No os es deseable! Me cago en los monjes. Viven en las nubes, en esos cuartos decrepitos suyos —prosiguió de esta guisa, se envolvió con saña en su capa y soltó una sarta de improperios que no remitió hasta que no bajaron la pendiente.

El sol estaba poniéndose detrás de ellos, por encima del armazón de la abadía. Los rayos moribundos bañaban con un resplandor rojizo sus espaldas, la ladera y el río. Peter vio al maestro envejecer ante él: cómo la piel se le volvía flácida y los ojos penetrantes se le enturbiaban y se le suavizaban. Tal vez no fuera más que un artificio de la luz pero aun así lo conmovió. Le rogó que no perdiera la cabeza en preocupaciones.

—No soy yo el que pierde la cabeza, sino quienes están demasiado ciegos para ver. —La voz de Gutenberg era baja y amarga.

—Tened fe. Venceremos.

—¡Fe! He tenido fe toda la vida. Y mira adónde me ha llevado. —Volvió la vista al Jakobsberg—. Ese escritorzuelo, con esa cara avinagrada, no ha soltado prenda.

Peter le puso una mano en el hombro e intentó quitarle hierro al asunto.

—¿Qué esperabais de un monje?

—Pues un voto de silencio, diantres —masculló el maestro, aunque al menos se rio.

Llegaron a un recodo: a la derecha se extendían unos huertos, mientras que el camino a la ciudad viraba hacia la izquierda. Sin previo aviso el maestro se dirigió

hacia la ribera, entre los árboles.

—Paz para los malvados —dijo, e hizo ademán de sentarse, pero a punto estuvo de caerse.

Peter lo cogió del brazo y se quitó la capa para que el otro se sentase encima. Gutenberg se la rechazó.

—En la tierra está bien.

Peter creyó ver a un hombre expuesto en su máxima esencia: su don, su grandeza, brindada a sabiendas de su gran valor y rechazada. Johann Gutenberg tenía la vista clavada en el valle del Rin, con la cara transida, sin ver nada.

—Es solo un contratiempo temporal. Vuestro socio no se rendirá tan fácilmente —dijo Peter.

—He tenido muchos socios, y otros tantos contratiempos. —Esbozó una sonrisa extraña, casi lastimera—. No estaría aquí mendigando si hubiera conocido un gran éxito, ¿no crees?

—Creía que se refería a eso cuando ha hablado de la Santa Sede.

Los ojos del maestro se volvieron hacia el río.

—Ya me fastidiaron bien con lo de los espejos dichosos. —Peter asintió—. Perdimos una fortuna en la peregrinación a Aquisgrán, que es una vez cada siete años. —Gutenberg se pasó una mano por la cara—. Pero al parecer en Roma solo saben contar hasta tres. —Volvió la vista a su interlocutor—. Sacamos miles de chismes. Y luego la pospusieron..., por la peste, dijeron. Lo único que me quedó fue un pleito y la camisa que llevaba puesta; supongo que los demás vendieron el resto. Si no me arruiné fue porque Dios no quiso.

Los movimientos masivos de peregrinos, como las grandes cruzadas, iban y venían en grandes mareas: como si sus destinos los dirigiera tanto el capricho como Dios todopoderoso. Y aun así, pensó Peter, había habido designios. ¿Aquel fracaso no había servido para que el maestro se dedicara a esa nueva y más fructífera tarea?

—Fue entonces cuando empezó con las letras —comentó el joven.

—Aunque eso también fue un desastre total al principio.

Peter había pensado muy a menudo en esa única pregunta —en ese momento único y transformador en la vida del maestro— durante las largas horas que pasaba labrando en su taburete. Nunca tendría una oportunidad mejor para plantearse.

—¿Qué fue lo que impulsó vuestra mano? —preguntó en voz baja.

El maestro, ausente, se llevó la mano a la cara y se tiró de los labios con el pulgar y el índice.

—Era joven —dijo por fin—, no muy distinto a ti. Me vi expulsado de mi propia ciudad y obligado a buscarme la vida. —Cerró los ojos brevemente y añadió—: La idea me vino mientras paseaba por el huerto de San Argobasto. Estaba obsesionado con la idea de hacer muchos de uno. —Abrió los ojos de par en par—. ¿Acaso no dijo Él: «Creced y multiplicaos»? —Tenía una sonrisa ligeramente soñadora—. Estaba paseando por el huerto y pensando en el Edén. En esos años soñaba con hacer cosas

que pudieran repetirse sin fin: la misma una y otra vez. Mi familia materna me había vetado como miembro de la Casa de la Moneda, no podía ya acuñar..., pero aun así debí de oír esos martillos en mi cabeza.

»Supe entonces que así conseguiría dejar mi propia huella.

Miró con ojos penetrantes a Peter, que asintió sin más, sin querer romper el hechizo. El maestro nunca le había hablado con tal libertad ni de cosas tan personales.

—Y luego estaba el tema del dinero. Yo apenas tenía un orinal en el que mear, pese a mi rango.

Tenía dibujada una sonrisa irónica en el rostro, aunque solo fuera por costumbre. Se inclinó hacia Peter y bajó la voz, por mucho que no hubiera nadie en leguas a la redonda.

—Después de los espejos, me dije que debía hacer algo que todo el mundo necesitara. Y no de lujo..., sino sencillamente necesario, y de un precio razonable. Pensé en todo tipo de cosas: oraciones estampadas en hojalata, campanillas con versos grabados. Pregúntale a Hans. Nos pasamos horas inventando todas las tonterías que se nos ocurrían. Pero todo dependía hasta cierto punto de la Iglesia..., y eso para mí, por aquel entonces, era anatema. —Arqueó una ceja y añadió con hastío—: Ojalá me hubiera mantenido en mis trece.

»Ahí fue cuando di con el *Donato*. No paraba de preguntarme: ¿qué debemos tener o hacer todos? ¿Qué necesidades tiene todo hombre, más allá de las que compartimos con las bestias? Y entonces lo supe: leer. Todos los hombres instruidos habían leído ese texto. Lo vi claramente, al instante: haría esa gramática, miles de veces, para las masas.

Peter sintió una punzada de decepción. ¿Qué había esperado? ¿Que Dios le hubiera cogido de la mano? En cierto modo lo había hecho.

—Los caminos del Señor son inescrutables. —Gutenberg se le había quedado mirando—. He sabido durante décadas que mi vida nunca sería como la de cualquier otro hombre. —En aquellos ojos oscuros y prendidos Peter vio un trasunto poco usual de humanidad y compasión—. Pero aun así también es una carga..., esta extraña compulsión. Como creo que sabes.

Siguió mirando al joven sin inmutarse, como si viera en él algo que el propio Peter no veía. Un ardor parecía invadirle las mejillas. El maestro escogió ese momento para seguir camino. Se dispuso, y por una vez dejó que el aprendiz lo ayudara a ponerse en pie.

—Cuando llegues a mi edad, Peter —le dijo mientras doblaban hacia Maguncia—, empezarás a preguntarte si realmente es un don de Dios, y no una maldición que te envió el infierno.

Maguncia.

Octubre-diciembre de 1451.

Era un buen augurio que el cardenal De Cusa entrara en Maguncia a lomos de un burro. O al menos eso decía el maestro. El gran reformador aparecía en todas las ciudades de su viaje de la misma guisa que Cristo, sobre un humilde burro y vestido con un sencillo hábito rojo: a la muchedumbre reunida para verlo no le pasó desapercibido el simbolismo. Los del taller dejaron las herramientas y fueron a ver. Una marabunta humana recibió a la delegación de tres almas, que saludaban con caras resplandecientes y brazos al aire. El cardenal había llegado para liberarlos de la corrupción y la venalidad, y arrojaba sus bendiciones no en latín, sino en su lengua materna. Pues Nicolás de Cusa, nacido Nikolaus von Kues, era paisano: un renano, adusto y recto.

El clero formaba filas oscuras y majestuosas a lo largo de los pórticos del *Höfchen* del arzobispo Dietrich, con cuellos de pieles, estolas carmesíes y el sol otoñal lanzando guiños desde sus joyas. Peter distinguió a Petrus Heilant entre los canónigos regulares de San Víctor. El escriba tenía una sonrisa falsa instalada en la mandíbula flácida, así como en los carrillos de sus compañeros, pues creían que podían perder todo lo que habían conseguido. «¿Qué se le va a hacer? —pensó Peter sonriéndose para sus adentros—. Que empiece la sangría».

Todo se reducía a dinero, como siempre decían Jakob y Johann Fust. Se hacían más negocios en el seno de la Iglesia que en la Feria de Fráncfort. Con qué fuerza proclamaban todos esos clérigos su pobreza, decía su padre, quien se quejaba amargamente de la extorsión que sufrían por parte de Roma. Los tíos de este, desde sus púlpitos, tocaban esa misma fibra sensible. Así y todo, la plebe no era tonta: el mundo se comía desde dentro, monjes y monjas de origen noble estaban asolando las abadías y quedándose con sus riquezas, mientras el clero municipal, gordo y arrogante, se negaba a pagar diezmos a Roma para luego embolsarse las indulgencias y todo lo recaudado. Nicolás V había mandado a su enviado para erradicar esa plaga y frenar su codicia.

El arzobispo Dietrich no se había dignado a aparecer. A Peter lo ponía enfermo. Qué pocos eran humildes y dedicados a la Palabra. Buscó al prior Brack entre la multitud pero no lo vio. El benedictino parecía un hombre ascético que no se dejaba amilanar por el boato y el poder mundanos; azotado por el mismo viento seco que había depurado a san Benedicto, el fundador de la orden, a quien hacía mil años Dios le había ordenado que conservara Su palabra. Peter sentía ese mismo viento, con una fuerza cada vez mayor, guiándole la mano. Observó el rayo rojo vivo del cardenal

De Cusa abrirse paso con decisión por la multitud, y supo que nunca habría sitio para él entre esos prelados avariciosos, ni en sus monasterios ni en sus cancillerías, descarriados como estaban del verdadero rebaño del Señor.

La gente extendía los brazos y gritaba. Gutenberg se volvió hacia él, levantó las manos y remedó una plegaria. Dios mío, libéranos, aprueba el libro..., y ya puesto, limpia los establos. Hasta más tarde no comprendieron que en el barrido y la ruptura que De Cusa pretendía, la batalla menor del misal de Santiago era la mínima de sus preocupaciones.

Pasaron tres semanas hasta la reunión formal del sínodo. El cardenal instaló su residencia en la de Guldenshaff, a la vuelta de la esquina del taller, mientras que, durante el día, escribía y meditaba en la cartuja de abajo. A Peter le resultaba una tortura exquisita saber que respiraban el mismo aire y atravesaban las mismas calles: el mayor astro que había dado Alemania al mundo, un hombre corriente que había llegado a ser la mano derecha del papa.

De Cusa era un hombre instruido, a pesar de haber nacido hijo de un armador de Cusa, una población a las orillas del Mosela. Veía la mano del Señor en todas las cosas, grandes o pequeñas: el movimiento de las estrellas, el cultivo de la tierra, incluso las propiedades de los elementos, incluidos los metales. Peter se vio releendo sus escritos; el cardenal predicaba que Dios podía ungir a cualquier hombre, independientemente de su cuna, su fortuna e incluso su credo. El hombre era en sí un espejo de peregrino, que capturaba y reflejaba los rayos de la mismísima esencia de Dios. Por supuesto, no podía conocer a su propio Creador, igual que un búho nunca podría mirar al sol. Pero solo a él le concedía el don de moldear su propio mundo con la mente y las manos: y con ese don podría acercarse a esa chispa divina a través de pequeñas creaciones propias.

Peter conocía esa chispa: la había sentido al hacer las letras metálicas. Pero esas ideas irritaban al clero establecido, que estaba convencido de ser el representante exclusivo de Dios en la Tierra.

En esas largas e insoportables semanas, la mayoría de las mañanas se quedaba a la espera, plantado en el pequeño umbral que daba a la calle de los remendones, para ver pasar un destello de esa figura alta y carmesí. De todos los hombres que caminaban sobre la tierra, Peter creía que Nicolás de Cusa sabría ver que sus letras eran un milagro. El cardenal hacía mucho hincapié en la enseñanza y había predicho que habría estanterías de libros cada vez más llenas: parecía saber lo que Dios le había concedido a Gutenberg. Peter llevaba siempre la hoja impresa con el padrenuestro enrollada en un bolsillo, y rogaba por recibir una señal para enseñarla. Pero no hubo señal: no podía romper su voto de silencio.

Todos sintieron un gran alivio cuando por fin empezó el sínodo. El maestro Gutenberg acudía a diario, como quien iba a un entretenimiento barato. Por las noches les obsequiaba con su relato de los hechos. Dietrich había aparecido por fin, con sus ropajes dorados, «como un faraón» y rodeado por su séquito; justo enfrente,

«tu cardenal», le dijo el maestro a Peter, «rodeado de su bandada de cuervos». El arzobispo estaba lívido desde el principio, pero no lo dejaba entrever. El rey Friedrich, «el mocoso Habsburgo que había puesto Dietrich en el trono», lo había convocado en Ferrara para su coronación como emperador esa misma semana. Pero Dietrich no pensaba dejar el arzobispado de Maguncia, no mientras ese cardenal advenedizo se paseara por allí con el cuchillo afilado. El maestro volvió a reír. La proclama de la reforma de las órdenes ocupó todo el primer día y enfrió y ensombreció a los secuaces del arzobispo como un chaparrón repentino y brutal.

El maestro se mantenía al día de todo y, por los márgenes, intentaba engatusar a los de rango más alto para que aceleraran la decisión del cardenal sobre el misal. El resto de la dilatada reunión, sin embargo, era demasiado aburrido para contarlo; hubo regateos sobre diezmos e impuestos, sobre quién recibía tal comisión o los derechos patrimoniales de una parroquia vacante u otra, así como batallas escabrosas y cruentas sobre quién podía o no promulgar cartas de indulgencia. De Cusa se tomó esto último muy a pecho, y acusó a los obispos de traficar con la salvación y de mancillar así el nombre del papa. Una carta de indulgencia era una concesión sagrada que daba su santidad y cuya integridad había que respetar. Los calumnió también por lucrarse con reliquias y por declarar nuevas festividades cuyo único objetivo era recaudar más ofrendas en los cepillos. Hasta que la sesión no llegó a la sangre y las mujeres no se animó la cosa, dijo con una sonrisa pícaro el maestro. No iba a crearse ningún rito en torno a una mancha sagrada que bien podría ser de una cabra destripada..., «o incluso, no lo quiera Dios, heces de Eva».

—Tendríais que ver cómo se ponen esos monjes cuando alguien condena su concubinato —añadió entre risas—. Al parecer confunden sus miembros con sus votos y ¡llegan al punto de propiciarlos en las abadías!

Pero entonces, con la misma fuerza con la que había empezado, todo terminó. El clero batió sus grandes alas negras y levantó una polvareda en su partida: igual que los mercaderes en la feria de Fráncfort, que no dejaban a su paso más que basura y sábanas sucias. Había llegado diciembre. El cardenal De Cusa se fue de la ciudad el séptimo día del último mes del año de Nuestro Señor de 1451, llamado a mediar en las negociaciones entre Inglaterra, Francia y Luxemburgo: era evidente que el tema del misal de Santiago era de poca consecuencia frente a esos asuntos de Estado.

Los días eran más oscuros que en ninguna otra época del año. Johann Fust lucía la misma oscuridad en el rostro. Les habían encargado producir un libro que no vería la luz, era evidente. Todo lo que había invertido estaba amontonado en inútiles pilas de papel, madera y metal. A mitad de mes convocó a Gutenberg y Peter para decidir el siguiente paso.

Su padre tenía la espalda contra el fuego, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza colgándole pesada a un lado; Gutenberg se había despatarrado en el banco de madera, con la cara ensombrecida, y Peter en medio, ante la mesa maltrecha. Tenían los tipos listos y la cuadrilla estaba bien entrenada. Parecían actores de un

auto sacramental, esperando a que se levantara el telón. Pasó un rato largo sin más sonido que el chasquido de las llamas. Al otro lado de la calle y de las grandes mansiones, abundaban los entretenimientos: madrigales, juglares y fiestas. En el *Hof zum Gutenberg*, sin embargo, todo estaba sombrío y quieto.

El maestro rompió el hielo, como si continuara una conversación iniciada tiempo atrás.

—Pero proceder sería una locura.

—Igual de locura que confiar en un texto que no era definitivo.

Johann Fust respiró hondo y se acomodó en una silla. La decepción le rondaba la comisura de los labios. Había creído —y confiado a ciegas— en el juicio de Johann Gutenberg.

—¿No hay manera de atraer el interés de De Cusa? —preguntó.

—Tiene el mismo interés que nosotros, o al menos yo creía que nuestro trabajo podía ayudarlo en sus fines...

Gutenberg estaba desplomado en su asiento y apenas se movía. Pero Peter lo veía como a los pies del Jakobsberg, un hombre que daba vueltas en círculos cada vez más pequeños, con un don que otros rechazaban. El maestro se levantó y empezó a hablar con amargura:

—Al parecer ha influido en Hagen. —Fust arrugó el ceño—. El líder de su dichosa congregación. Creen que el prior Brack ha ido demasiado lejos.

—Nunca dijisteis nada de que hubiera otra versión. —El tono de Fust era acusatorio.

—¿Y cómo diablos iba a saberlo yo? —El maestro puso mala cara y se retrajo aún más en sí mismo.

—Entonces De Cusa apoyará ese texto y no el nuestro.

—Seguramente.

Se sumieron de nuevo en el silencio.

—No tiene sentido intentar imprimir el otro, supongo... —propuso Fust.

—Olvídate del maldito misal. —El gruñido del maestro fue casi animal.

Si no escogían el texto de Brack, pensó Peter, los monjes nunca sabrían lo que planeaban hacer. Los vencedores copiarían el texto ganador a mano, como llevaban siglos haciendo. Y ellos tres se quedarían mirándose entre sí en el *Hof zum Gutenberg*, igual que en esos momentos, y el dinero, invertido en diez mil trozos de plomo para los que no tenían ni uso ni proyecto.

—¿No cabe la posibilidad...? —empezó a decir Fust, que levantó los ojos al cielo—. ¿No dijo el cardenal que quería algo distinto? ¿Tal vez un salterio o un breviario?

Gutenberg alzó también la vista, como si la respuesta estuviese grabada en las gruesas vigas. Los benedictinos de Bursfelde llevaban años pidiendo permiso a Roma para ejecutar reformas. Se lo había contado a toda la cuadrilla hacía meses, cuando les propuso lo del misal.

—Los textos unificados, para eliminar variaciones e interpretaciones incorrectas.

—Entonces tiene que haber algo más que podamos unificar.

El fuego chisporroteó mientras se devanaban los sesos.

—En teoría han de unificar todas las prácticas —comentó el maestro.

—Todas están enfangadas en viejas disputas.

El maestro suspiró y asintió. Se puso en pie y se apoyó contra la chimenea, de cara al fuego.

—Tiene que ser algo que no puedan reclamar. Como el *Donato*. Algo que sea de dominio público, no de la Iglesia.

Fust se acarició la barbilla. Las paredes se estrecharon en torno a ellos, y parecía hacer más calor conforme se enfrascaban en sus pensamientos: como si los avivaran, igual que un horno succiona el aire hacia dentro para intensificar las llamas.

—Algo sobre lo que no pueda ejercer control ninguna Iglesia ni príncipe. —El padre de Peter hablaba en voz baja y meditativa—. ¿Qué más les dijo que revisaran?

Lo preguntó Johann Fust y le respondió Johann Gutenberg:

—Los Sagrados Evangelios.

* * *

Se quedaron mirándose en un silencio conmovido.

—Todo abad debía hacer lo posible por conseguir un ejemplar de la Biblia, el más perfecto que pudiera hacer la mano del hombre.

Y siguieron mirándose. Por una vez Gutenberg estaba sin palabras.

—No solo la utilizarían esas dos diócesis —apuntó Fust.

—Sino todo el mundo latino. —El maestro cerró la boca y plegó sus largas manos bajo la nariz—. Un mercado enorme.

—La Biblia —repitió Fust, como alcanzado por un rayo. Una bandada de esperanzas y miedos revoloteó en el corazón de los presentes.

Los ojos del maestro habían empezado a echar chispas.

—Está claro que se creen sus dueños, pero proviene de una fuente superior.

El asombro se apoderó de ellos..., aunque a la vez sintieron una calma absoluta. Peter se levantó con la boca entreabierta y casi sintió al instante cómo recaía sobre ellos una especie de bendición: con la pureza, la rectitud y el brillo de un rayo, hasta el punto de que no pudieron por más que persignarse, bajar la cabeza y dar gracias a Dios.

* * *

«*In principio creavit Deus caelum et terram*».

Esas eran las palabras que dieron luz a un nuevo mundo.

Peter las pegó contra un vacío; con fuerza, contra un margen inexistente las dispuso flotando como ese mismo mundo en el gran vacío.

«Al principio Dios creó el Cielo y la Tierra».

Si el papa, el cardenal o el prior no podían darle a Gutenberg un texto para imprimir, ellos escogerían e imprimirían uno propio.

Aquel fue el verdadero principio de todo, en aquel crudo invierno, que se deslizaba con los pies azules hasta las cenizas y soplaba el calor de las ascuas amontonadas. Peter compuso esas primeras palabras solo para él, en el corazón helado del año, cuando la Parca acecha y sacrifica a los débiles y a los enfermos.

Las colgó como una estrella polar sobre la forja, para recordarles la chispa que mana del Creador y que corre encendida a través de las eras, directa a nosotros. Compuso la frase contra Su infinita gracia y la entintó con el negro del espacio. Y entonces presionó sus labios oscurecidos sobre la piel, lo sostuvo a la altura de los ojos y supo que también aquello era una especie de génesis.

ÉXODO

I

CÁLCULOS

Febrero de 1452.

La imagen que Peter tiene en la cabeza es la de Moisés, con el cabello moreno ondeándole al viento mientras divide las aguas y urge a las tribus. En esa primavera llena de esperanzas, Gutenberg guardaba un parecido extraordinario con él. Estaba a un lado, con los brazos extendidos, atrayendo hacia ellos todo lo bueno que iba a hacer falta para aquella Biblia monumental. Peter se sonreía al ver los aspavientos que hacía con los brazos, dirigiendo toda la corriente hacia la torva que alimentaba el taller.

—Parece un abad en una colmena ajetreada.

—Hay cosas peores que vigilar cistercienses. —Gutenberg se mesó la barba y sonrió.

No tenía sentido seguir en el *Hof zum Gutenberg*. Eran conscientes de la magnitud de la nueva tarea. Tirando por lo bajo, la Biblia tenía unas mil páginas, si no más: cinco veces el misal abortado, y cuarenta veces el tamaño del *Donato*. Que Fust y Gutenberg estuviesen considerando la idea daba cuenta de hasta qué punto estaban entre la espada y la pared.

Sentían, sin embargo, una inspiración, un arrebato: convencidos de su invencibilidad, pensó Peter con el tiempo. Era Gutenberg en estado puro, desde luego. Pero por otra parte tampoco tenían alternativa. La Biblia era el único libro que podían esperar vender bien sin necesidad de la aprobación de la Iglesia, siempre y cuando se ajustaran a la versión sancionada. Con todo y con eso, era un riesgo desde el principio, por no hablar de que sin duda Dietrich vería con malos ojos que unos legos estuvieran maquinando fuera de su control. Si llegaba a enterarse alguien del clero, el arzobispo intervendría y les cerraría el tinglado.

Aunque por entonces la cuadrilla no superaba las cuatro personas —Peter, Hans, Keffer y Ruppel—, las instalaciones que los socios barajaron eran cavernosas y gélidas: un granero, unos establos, antecocinas, la planta baja de una casa en el centro. Se trasladaron a esta última, una vivienda enorme rodeada por un grueso y alto muro, al lado de la calle de los remendones. La imprenta tendría que quedarse donde estaba: era imposible, según el maestro, desmontarla y llevarla pieza por pieza por la calle. No había oscuridad lo suficientemente cerrada para fiarse, ni manera de no atraer oídos y ojos.

—Gato escaldado del agua huye. —El maestro le guiñó un ojo a Hans—. La última vez que fui tan necio de dejar mis herramientas a la vista de todos, poco nos

faltó para profanar tumbas.

Peter levantó la vista, perplejo. ¿Qué asuntos oscuros escondería? El aprendiz se guardó el dato y se juró sacarle la historia a Hans en cuanto pudiera.

Dejaron la prensa de madera donde estaba y trasladaron el resto de cosas en una noche sin luna; atravesaron el patio de San Cristóbal tras colarse por una puerta que habían dejado casi imperceptiblemente entornada. Era evidente que habían informado al pastor, amigo del maestro. Desde esa rendija negra entre dos muros estaban a un tiro de piedra de la calle que subía a San Quintín y, a través de un patio sombrío, se llegaba a la puerta baja del *Hof zum Humbrecht*, cuyas plantas superiores desaparecían en la negrura de la noche.

Cuatro escalones llevaban a la tierra batida de una planta baja. Unas traviesas de la anchura y el contorno de un potrillo sostenían las vigas llenas de telarañas que se internaban en el subsuelo de la casa. La tierra arcillosa olía a raíces, orín y ratas. Acarrearon todo el taller: baúles, bancos, cubos, galeras, cajas... No solo trasladaron a escondidas cajas de fundición, tintas, metales y pesadas cajas llenas de tipos metálicos; también tenían un fuelle enorme, accionado a pedal, que hasta el más necio habría sabido que era para aventar una forja.

Hans y Keffer encajaron el tiro de la forja en las piedras de la chimenea; Peter y el grandullón de Ruppel despejaron dos zonas para hacer el fundido y dejaron abiertos los postigos para que saliera el hedor. El sitio era enorme, con espacio para todo lo necesario: pasillos largos y estrechos para secar; la cavidad con la forja, donde fundirían y accionarían la prensa; y una sala aparte para sentarse a componer líneas. Las formas de abajo eran ecos de los cuartos donde vivirían los hombres justo encima. El maestro mandó llamar a Konrad, que seguía en Estrasburgo, para que construyera una prensa nueva; no tenía intención alguna de contratar a un lugareño cretino que pudiera irse de la lengua. Mientras esperaban su llegada, tiraron abajo los tabiques que separaban los cuartos de aquel inframundo oscuro. Cuando terminaron la tarea, no quedó rincón a salvo de la vista penetrante del maestro, el techo apuntalado por un bosque desnudo de vigas negras.

—La clave es la rapidez y la eficiencia, bien lo sabe Dios. No quiero pasos ni movimientos en falso —les decía el maestro.

Viéndolo ir de un lado a otro y ladrando órdenes a diestro y siniestro, Peter tuvo la sensación de que Gutenberg lo veía todo desde una altura superior, con sus ojos de rapaz en pos del más mínimo movimiento en tierra.

Ordenó traer materiales de toda la ciudad, así como del río, los bosques y las montañas: papel de un molino del Piamonte y vitela de Suabia, para completar las reservas que tenían. Ruppel fue con él a la Puerta de Madera para inspeccionar las maderas nobles: arce y abeto para bancos, cajas y mesas. Encargó carbón y velas, minerales y óxidos. Era un mulero, decía riendo, un arriero radiante. Un capataz camaleónico de todos los oficios: pulidor de piedras, aleador de metales, inventor de ingenios, hacedor de máquinas.

Peter echaba una mano con el martillo, como el resto. Ya hacía tiempo que se le había ido el callo parduzco de escribir que tenía en el dedo anular y la quemadura de la mano izquierda. Construyó las cajas componedoras inclinadas y fue calibrando luego las letras que había hecho, gruesas y pesadas como huesos viejos, y repartiéndolas por los huequecitos de madera. Todas las noches se quedaba un momento mirando cómo tomaba forma aquella cosa inmensa; las vigas desnudas, el taller a medio hacer, se cernían ante él como perfiles de edificios insólitos: a medio camino entre un palacio mental y la visión de la Ciudad de Dios descrita por san Agustín.

* * *

En esos meses los socios trabajaron codo con codo como no lo habían hecho hasta entonces y nunca más volverían a hacer. En la guarida de los recuerdos de Peter, Gutenberg, Fust y él mismo son figuras junto a un fuego constante, afanados, dibujando, charlando y gesticulando durante horas. Lo que había quedado de los ochocientos florines de Fust no tardó en desaparecer devorado por las fauces del taller; iban a necesitar más, mucho más. Tendrían que hacer al menos un centenar de libros; todo lo que pudieran sacar como depósito de cada comprador sería bueno, pero ni aun así verían beneficios reales en varios años. Llegaron a un nuevo entendimiento empresarial, no tanto basado en la fe sino más bien en el riesgo y sus recompensas... y, sobre todo, en la picardía. Ninguno de los socios se hacía ya muchas ilusiones después de todo el tiempo desperdiciado; ambos sabían perfectamente en qué punto estaba el otro. Era el terreno más seguro sobre el que hacer un trato, le dijo Fust a su hijo: o bien ganaban los dos o bien ninguno.

Firmaron un nuevo contrato con el pastor de San Cristóbal, un tal Heinrich Günther, como testigo. Sin anular el de dos años antes, se limitaron a modificar las condiciones. Johann Gutenberg seguía aportando el saber hacer, mientras que Johann Fust ponía el oro, con el taller como aval. Eso sí, había que volver a juntar capital, otra ronda de préstamos, si querían que aquel negocio primerizo levantara el vuelo.

El padre de Peter también invocó el viejo adagio: gato escaldado del agua huye. ¿Por qué habría él de asumir todo el riesgo mientras Gutenberg se quedaba con la recompensa? No se limitaría a representar el papel de banquero; irían a partes iguales en aquella empresa común que tan poco tenía de común. Fust puso ochocientos florines más y acordaron dividir, tras los gastos, los beneficios que rindiera lo que llamaban, con cierto aire enigmático, como jugando a los espías, *das Werk der Bücher*: el trabajo de los libros.

Y

Le habían alquilado el *Hof zum Humbrecht* a un orfebre que se había mudado a Fráncfort pero que seguía teniendo relaciones, cabos sueltos de parentesco, por toda Maguncia. La ciudad era una maraña de ojos y de orejas, y no solo de los trabajadores del metal sino también de carniceros, panaderos, talabarteros, carpinteros y taberneros que servían a los miembros de las treinta y cuatro cofradías. Iban a tener que hacer algo más que rezar para mantener totalmente a salvo su secreto.

Era la tercera vez en la vida del maestro que tenía que utilizar una cortina de humo para ocultar lo que se traía entre manos. En Estrasburgo había tenido que esconderse en una granja apartada, y había hecho otro tanto en 1448, a su regreso a Maguncia; durante meses nadie se imaginó siquiera que había vuelto, tan bien se disimuló por los campos cerca de San Víctor. Pero esa vez era distinto, decía: tenían que esconderse allí mismo, a plena vista.

Peter y su padre andaban inspeccionando la prensa nueva cuando el maestro llegó con unos moldes metálicos.

—Será mejor que le digáis a la cofradía que vuestra nueva forja es para hacer espejos —le dijo a Fust. Frotó los sellos con un trapo limpio, miró a Hans y se sonrió.

—Espejos... —dijo Fust, que no parecía comprender.

—Espejos de peregrinos. Cientos, miles.

Servirían para justificar el plomo y el estaño, el bismuto y el antimonio que entraban por la puerta del sótano. Por un lado, el *Humbrechthof* estaba flanqueado por el taller de un zapatero cuya placa colgaba justo en la esquina de la Quintinstrasse con la calle de los remendones, y por el otro lado, por una casa habitada únicamente por un anciano cuyos parientes estaban deseando que muriera para abalanzarse sobre ella. Durante todo el tiempo que trabajaron allí, los de la imprenta entraban y salían como ratas por la callejuela que había tras una hilera de casas que acababa en un callejón sin salida, a menos de cincuenta pasos de la plaza del mercado.

—Los hojalateros pondrán el grito en el cielo —apuntó Peter.

—No si habláis con vuestro íntegro hermano... —dijo Gutenberg mirando fijamente a Fust.

Este torció la boca y alternó la mirada entre su socio y los moldes.

—Dos cofradías: la de los herreros y la de los orfebres y plateros... Todos querrán su parte.

El maestro levantó las manos abiertas, como preguntando si tenían otra opción, y miró mordaz a Fust.

—Vos sabéis tan bien como yo que hasta el silencio tiene un precio.

* * *

Todos sumaron su saber particular, vertiéndolo en la forja de la creación, a ese libro todopoderoso. Mientras Gutenberg visualizaba y daba forma a todo el conjunto, Peter y su padre aportaban destrezas más concretas. En qué minas se conseguía mejor estaño y plomo por menos dinero, qué granja vendía la semilla de lino más limpia, qué compradores podían querer papel y cuáles vitela: de todo eso podía encargarse Fust. Qué versión del texto usar, su forma y disposición sobre la página: para gran sorpresa de Peter, en esto, Gutenberg delegó en él y su conocimiento. Y fue esa confianza, esa fe inesperada en su destreza, lo que por fin lo devolvió a su ser. Era el sitio de Peter, su camino: coger una vez más entre sus manos esas hojas de alabastro y darles un sentido.

La Biblia tenía que ser un libro de atril, por supuesto: lo suficientemente grande para que los monjes la leyeran en el refectorio, pero, al mismo tiempo, austera y dentro de los medios de cualquier abad, pues la reforma significaba modestia en todos los sentidos; calcularon al menos unos setenta compradores entre las abadías de la congregación de Bursfelde. Sin embargo, para empezar necesitaban un modelo que pudieran copiar. El maestro resopló al ver la destrozada Biblia de bolsillo de los franciscanos que había traído Peter de París. Tampoco le impresionó el libro de horas de Fust, mucho más ornamentado. Tenían que hacerse con una del tamaño justo, dijo. Ante la mirada de horror de Fust, respondió con una risa atronadora:

—No, ¡comprarla no! Me refiero a robar una con los ojos.

Los volúmenes del monasterio de Santiago aparecieron al instante en la mente de Peter.

—Brack tiene los Testamentos.

El maestro se tocó la sien con un dedo.

—Ya puestos, ¿por qué no anunciar nuestro negocio con el pregonero?

Podía parecer fácil echar mano de una Biblia monumental en una ciudad como Maguncia, a la que no le faltaban ni iglesias ni capillas; sin embargo, en esos días los únicos textos bíblicos existentes se encontraban en los monasterios, y no en los púlpitos. Las pocas parroquias que recibían alguna como regalo la tenían guardada bajo llave en las sacristías. Los tíos de Fust eran clérigos de alto rango en San Esteban; podía fingir que la necesitaba para un encargo libresco. Peter, mientras, abordaría al cura de San Quintín.

No habían pasado ni dos días cuando Gutenberg les venció en la empresa. Apareció con paso decidido y un paquete enorme bajo el brazo: la Biblia de la parroquia de San Cristóbal, gorda y bulbosa como un cachorrillo.

—También he conseguido que el diácono nos ayude a corregir las páginas.

Fust palideció.

—Nadie más.

—Es inevitable.

Por un momento intercambiaron una mirada; el aire podía cortarse con un cuchillo. Luego los tres se inclinaron sobre el grueso montículo de cuero marrón.

El maestro posó una uña curva sobre una línea color rubí que marcaba el final de un capítulo.

—Unas cien, ciento veinte —dijo con mirada sombría—. Ya bastante trabajo es imprimir el negro.

Debatieron un rato sobre el proceso de producción. Fust sugirió que los compradores recibieran las hojas impresas en negro directamente de la prensa, plegadas y separadas por manos; así podían decorarlas luego a su gusto, igual que se hacía con los productos de los escribas. Contratarían a alguien para rotular los títulos en cada página, así como los *implicit*s y los *explicit*s y el resto de líneas rubí que servían para separar las secciones del texto. Sabía por experiencia que un duque preferiría un tipo distinto de pintura que un mercader o un abad; cada uno podía contratar a un pintor para iluminar los márgenes y a un encuadernador para coser y unir las manos.

—¿Pensáis en duques? —preguntó el maestro.

Fust sonrió.

—¿Por qué no? —Hizo una pausa, tras lo cual miró a Gutenberg con los ojos entornados y añadió—: Todo depende de la calidad... y el precio.

Gutenberg exhaló. Levantó la mano derecha y se echó hacia atrás el pelo.

—Esto es un mamotreto... —dijo en voz baja—, por lo menos, mil doscientas páginas..., unas cien mil bajadas de palanca.

—Si puede venderse por menos... —empezó a decir Fust, que no terminó la frase.

El impresor clavó una mirada torva en aquella criatura encorsetada.

—Tendremos que trabajar a todo trapo si no queremos que esta bestia acabe con todos nosotros.

En ese segundo invierno Peter aprendió que el arte de crear era el arte del movimiento. En la mente inquieta del maestro todo se reducía a pura acción. Decía que, a su edad, era de esperar que uno hubiese aprendido al menos un par de cosas. El truco de cualquier negocio era desprenderse de todo lo que no fuera necesario: cuanto más limpio y sencillo, mejor, murmuraba por encima del hombro de Peter mientras lo observaba labrar y moldear. «Dispón las herramientas para cualquier eventualidad y prepárate. Limpia luego el rastro y sal corriendo como alma que lleva el Diablo». «Los hombres no son lo esencial..., por mal que pueda sonar».

Aunque por entonces parecía una locura, el maestro les pidió que añadieran más caracteres a los que ya tenían. Muchos más..., en total necesitarían casi trescientos glifos: todas las combinaciones que pudieran imaginar, cinco clases de *aes* y media docena de *úes*, a semejanza de las variantes que utilizaban los escribas. Tenía que parecer idéntica a una Biblia escrita a mano, decía Fust, o no les comprarían ni una. De esa forma también podían tener a mano la letra que necesitaban en cada momento. Y luego habría que vaciar también otro buen montón de caracteres para poder componer tres páginas enteras de una vez; cada página de la Biblia tenía dos veces el

tamaño de las de un misal.

Para ayudarlos a componer las líneas, el maestro concibió pequeñas galeras de madera para sujetar en la palma izquierda, mientras los dedos de la derecha rebuscaban en la componedora en busca de la letra. Cuando vio la cantidad de letras que necesitaban, les hizo cambiar la arena de la caja de fundición por arcilla. Aunque solo valía para un vaciado, era mucho más rápida de preparar que la arena.

Compusieron el inicio del prólogo de san Jerónimo con el alfabeto oscuro y apretado que había diseñado Peter para el misal abortado. Formó dos columnas en cada página siguiendo las estrictas proporciones de la razón áurea: cinco dedos de ancho y ocho de largo. Con aquellos caracteres, salía un total de cuarenta líneas, separadas en dos torres negras sobre la página, con un espacio entre medias para las florituras y las gracias de las letras capitales. Gutenberg y Fust quedaron muy satisfechos.

Peter hizo entonces el cálculo: la primera página les había llevado quince horas.

—Así podemos estimar —dijo el maestro— las semanas, meses...

—... Y años...

—... Que nos quedan por delante.

Temblando, Peter volvió a contar. Aquel libro sagrado tendría sesenta y cinco manos, unas mil cuatrocientas páginas.

—A mano por quincena... —dijo el maestro, mesándose la barba.

La mirada de Fust se turbó aún más.

—Más bien a mano por luna.

Doce manos al año suponían cinco años y medio. «Santo Dios... Defiéndonos con tu sabiduría y protégenos del mal».

* * *

Grede se presentó un día en el nuevo taller para «ver a qué venía tanto jaleo», en sus propias palabras. Debió de ser a finales de invierno; Peter recuerda que iba con pieles. Su marido la guio entre las componedoras, con una mano plantada firmemente en su espalda. Recordaba una nutria, con la elegancia de su capa de almizclera y su gorro de piel de zorro; pero también por sus movimientos suaves, y su manera de acariciar con los dedos los pergaminos, los pigmentos y los botes de barnices y resinas. Los hombres se quedaron boquiabiertos. El maestro apenas le rozó la mano que le tendió, como si quemara. Hizo una extraña reverencia y se retiró muy tieso a su mesa alta. Peter rio para sus adentros al ver la capacidad de la mujer para reducir las fanfarronadas habituales del grupo a aquellos rictus de sonrisa congelada.

Se maravillaba ante cada labrado, cada troquel y letra que caían en cascada de la caja de fundición.

—Qué ingenioso —murmuró mirando fascinada la imprenta.

La rodeó inspeccionándola desde todos los ángulos. Konrad había construido un modelo más recio, con manijas cónicas a ambos lados del pesado carro, para evitar dañar las manos del prensista. Parecía un palanquín, dijo, o no, las andas de un ataúd.

—Por Dios, no digas esas cosas —la increpó Fust, que se santiguó.

La muerte se había colado por debajo de las puertas de la ciudad y llevaba ya un año acechando. A principios de la cuaresma la peste había resurgido en manchas lívidas y toses carrasposas, primero entre los campesinos y luego, indiscriminadamente, entre nobles y plebe, sin importarle si sus víctimas empujaban un carro o viajaban en carruaje. Las pocas caras que se veían por las calles iban cubiertas por velos; se refugiaban en los portales cada vez que pasaba una camilla rumbo al hospicio del Espíritu Santo, o volviendo cargada con otro cadáver al cementerio del Kästrich. Si el miedo a Gutenberg no bastaba para retener a los hombres en el taller por las noches, el hedor, los gemidos y el pavor al contagio lo consiguieron.

Grede pasó las manos por las pilas de pellejos; ojeó y sondeó el tamaño y el peso de la vitela nueva. Aunque estuviera casada, seguía siendo la hija de un peletero. Había pasado años remendando los rasguños de los manuscritos que compraba Fust, dando pequeñas puntadas para eliminar las imperfecciones. Cogió entonces una piel, la puso a contraluz y chasqueó la lengua. El maestro observó la escena, con los labios fruncidos, mientras esta le decía a Peter:

—Tendrían que azotar al que haya hecho esto. ¿No crees que habría que darle otra pasada?

El joven escriba vio a su maestro fruncir el ceño y darse media vuelta; no soportaba críticas de nadie, y menos aún de una mujer. Así y todo Grede tenía razón: a la piel de becerro no le vendría mal otra friega.

En cuanto hubo recogido las faldas y se hubo ido, Keffer soltó un silbido.

—¡Qué esposa joven y succulenta tiene el hermano Fust!

—Muérdete la lengua, zoquete. —Hans le señaló la forja con la mano y volvió a ponerse la lupa en el ojo.

El grandullón siguió riendo mientras se alejaba.

—Permítanme que les recuerde que *frau* Fust es una dama. —Gutenberg se movía como una pantera cuando se le metía algo en la cabeza—. Así que no toleraré miradas lascivas ni lujuriosas..., ni, por lo que más queráis, ningún contacto. —Miró entonces al joven escriba, que tenía los finos labios retraídos en una sonrisa cínica—. Salvo Peter, pobre. Él no tiene más remedio.

Hans puso cara de displicencia pero se abstuvo de hacer comentarios.

—¿Acaso nunca tuvisteis madre, maestro? —le preguntó sonriendo Peter.

—Todos descendemos de Eva, que ya sabéis lo que nos legó.

—¿La humanidad, por ejemplo? —replicó para provocarlo.

Gutenberg emitió un resoplido sonoro.

—«¡La mujer, cuyo corazón es un lazo y una red, es más amarga que la muerte!». Eclesiastés.

—«Se reviste de fuerza y de honra y no le importa lo que pueda venir». —Peter se cruzó de brazos—. Proverbios.

Incluso en la cara pétrea de Ruppel captó un vago asomo de diversión.

—Eva, Pandora, Magdalena. Ve a leer a tus griegos y las Escrituras. —El maestro tenía la cara contraída, como si hubiera comido algo amargo—. Grábate estas palabras, joven: la mujer destruye lo mejor de cada hombre.

Se dio media vuelta y se fue con la cabeza alta a su mesa. Peter contempló aquella espalda erguida y altanera. ¿Qué habría hecho la pobre mujer para que la calumniase de esa manera? Bonita forma de demostrar su amor cristiano... Peter pensó en Grede y en Elisabeth, la primera esposa de Fust, y en Céline, la que vendía los cuadros de su padre junto al Sena: las tres tan ágiles de manos y ojos como cualquier hombre. Los gremios más antiguos estaban llenos de mujeres: tejedoras, pintoras, talladoras, etcétera; y era algo generalizado: en Brujas, Lovaina, Venecia, París. ¿Qué le habían hecho ellas a los hombres y, más concretamente, a Gutenberg, para que las convirtiesen en objetos de tal odio? Peter miró de reojo a Hans. Otro misterio que algún día, después de varias pintas, tendría que sacarle al viejo.

COMPOSICIÓN

Marzo-abril de 1452.

Peter entraba por las mañanas en el taller antes de la salida del sol y salía cuando ya había anochecido. A veces se preguntaba si en realidad había habido día. Mientras Keffer y el maestro vaciaban, Hans y él practicaban la composición de los tipos. Cada componedora era un laberinto inclinado de madera; al principio tenía que mirar para coger la letra que necesitaba, pero, poco a poco, se le fue grabando en la cabeza la disposición de los trescientos huecos. Las páginas que utilizaban como manuscrito las tenían sujetas con unas pinzas en un estante a la altura de los ojos. Hans y él iban nombrando en voz alta las letras mientras las buscaban a tientas. Aquel farfullar por lo bajo alegraba a Peter, que lo había añorado del *scriptorium*.

Tenía su arte, comprendió para su sorpresa; no era algo rutinario, como había creído. En la mano derecha calibraba todas las opciones, igual que con la pluma. Escogía qué forma o con qué ligadura recortar o alargar una palabra. Cada línea exigía un espaciado concreto para lograr el equilibrio perfecto: componía unas cuantas líneas, luego las probaba e iba moviendo un espacio aquí, cambiando un glifo acá y probando y viendo otra vez. Pero ¿no era imperfecto el hombre por definición? ¿Y quién era Peter para imaginar que podían llegar más lejos? Con todo, las líneas, cuando las componía, tenían un equilibrio magnífico. En su mente, aquello era otra prueba del propósito de Dios y de la misión sagrada que estaban llevando a cabo.

Ante todo, sin embargo, experimentaba un goce inesperado por trabajar codo con codo con los demás artesanos. Nunca había vivido nada parecido, pues aunque los escribas trabajan unos al lado de otros, cada uno tenía sus propias líneas. En el *Humbrechthof*, en cambio, se consideraba un eslabón de una cadena mucho más larga. Llevaba su galera llena a la platina de componer y sujetaba las líneas mientras Keffer unía la *forme*. Después, este se la pasaba a Ruppel, en la prensa; una vez entintada, sacaban la prueba y se la devolvían a Peter. No bromeaban mucho; no había necesidad: existía un placer y un ritmo en el propio trabajo que ocupaba el lugar de las palabras.

Con el tiempo comprendió que ese era el don más imperecedero de Gutenberg. Era un hombre con fe —y ardor y expectativas implacables—; creía que conseguirían hacerlo lo mejor posible. La suya era una creencia férrea, exigente e inclemente, que les hacía esforzarse más allá de sus posibilidades. Ese primer año lo pasó trabajando con ellos, ni mejor ni peor, la labor del grupo implícitamente a la altura de la

brillantez del maestro. Aunque más tarde les consternara la manera que tuvo de tratarlos, aquella fría valoración tenía algo de justo: todos los hombres son iguales ante Gutenberg... y ante Dios.

En el momento Peter no fue consciente por entonces de lo valiosos que fueron esas semanas y meses. Era como alzar una cuerda e intentar tirar de todo hacia delante, sudando la gota gorda. A veces creía poder ver toda la operación con el ardor de la mirada del maestro: la fijaba en un punto distante, lanzaba su idea y luego tiraba hacia el punto donde aterrizaba. Por una vez Peter se atrevió a abrigar la esperanza de que su propio tesón y cabezonería se reconocieran por fin, y de no ser objeto de burla, como tan a menudo le había pasado en la vida.

Esa esperanza obtuvo respuesta un día, inesperadamente, a principios de mayo. Estaba sentado a su mesa, contemplando la forma de las dos columnas sobre la página. Creía conocer sus propias destrezas y limitaciones, cuando, para su asombro, le fue dada una visión que excedía, con creces, el alcance de su mente.

El borde irregular de ambos márgenes derechos le había perturbado desde un principio. No era recto: algunas líneas acababan antes, mientras que otras eran demasiado largas y acababan en un guion. El resultado era un borde feo y desigual. Estaba observándolo, irritado, cuando de pronto lo vio: con una simple pasada rápida, la mano de Dios empujó hacia la derecha los trazos de la puntuación, que parecían pajaritos, y dejó un margen perfecto. Peter comprendió lo fácil que sería. Un milagro, sin duda, de pura mecánica.

Entusiasmado, fue a hablarlo con Ruppel.

—Hazme un componedor de cazuela más ancho, un poco más que nuestras columnas —le dijo.

Ruppel se rascó la cabeza pero obedeció. Peter compuso una docena de líneas en una especie de frenesí, alineándolas todas con precisión al final, en el mismo punto. Cuando hacía falta, ponía un guion o un punto en el espacio sobrante. Llevó la galera de vuelta a la imprenta y esperó a que entintaran, prensaran y saliera la prueba. Y entonces lo supo.

Era perfecto. Absolutamente perfecto: de una exquisitez superior a la que podría soñar ningún escriba. El bloque era regular, un cuadrado perfecto, mientras que la puntuación flotaba suavemente por el margen, como las pestañas batientes de una novia tímida.

Hasta ese día su padre solo había visto la imprenta como unas manos mucho más rápidas. El maestro, por su parte, estaba obnubilado por la visión de ese multiplicar sin fin, ese hacer muchos de uno. Aquella noche, cuando se lo enseñó, ambos comprendieron que era más, mucho más.

—Ningún escriba puede competir en regularidad y fuerza con esto —reconoció Peter.

Gutenberg estaba mirando fascinado la página.

—Supongo que los gansos se sentirán aliviados. Podrán conservar sus plumas —

dijo con una risotada.

Fust comparó la hoja impresa con un manuscrito que había encargado hacía poco.

—Desde luego, ¿qué necesidad hay de *clerici*? —La letra impresa era mucho más oscura que la caligrafía; la caja de texto, mucho más regular y definida. El padre de Peter frunció los labios y luego puso el dedo en una línea de tinta roja—. Bueno, ¿y por qué no hacemos también el rojo? Y así, de paso, dejamos también al rubricador sin trabajo.

Peter miró a Gutenberg. Para entonces ya tenían una forma de hablar sin palabras. Dos artesanos que valoraban en silencio una técnica:

—Si las líneas se pueden mover, cambiar...

El maestro parecía asentir, con sus ojos oscuros yendo y viniendo entre las páginas impresas y las escritas.

—Si podemos añadir, sustraer los elementos a nuestro antojo...

Puso una mano en el hombro del mercader al tiempo que su boca se abría en una amplia sonrisa.

—¡Dios mío, por qué no!

—Si se puede meter una línea, se puede sacar otra —dijo lentamente Peter—. Podemos imprimirla más tarde con una tinta distinta.

Se lo imaginó: el milagro de todas esas líneas que los escribas rubricaban en un rojo vivo para diferenciarlas del resto del texto: «Aquí empieza el Libro de Job», «Aquí termina el prólogo a los cuatro Evangelios». Solo había que quitar esas líneas, dejarlas a un lado y hacerlas invisibles para que no se imprimieran en negro. Y entonces —intentó ver cómo funcionaría— volverían a poner la línea, sola, una criatura solitaria que ya verían cómo imprimir en rojo.

—Solo habría que imprimirla aparte. —El maestro miró a su aprendiz con ojos resplandecientes—. Una segunda pasada sobre la misma hoja. —Sonrió y meneó la cabeza canosa—. ¡Por fin estás viendo igual que yo!

Fust soltó una risotada de perplejidad.

—¡Podemos prescindir de la mano del hombre! —Se le ensancharon los ojos—. ¡Sustituirla!

Gutenberg miró a algún punto de las vigas oscuras.

—Las simetrías del metal, y ahora del espacio. —Tenía una sonrisa de oreja a oreja—. Solo Dios sabe hasta dónde nos llevará esto.

* * *

Para Pascua la mitad de los tipos estaban listos, y también habían avanzado bastante con el corte de las pieles. Una noche, poco tiempo después, Fust le pidió a su hijo que fuera a verlo cuando se hubo retirado el servicio. Lo encontró de pie en el patio

pequeño, aspirando la brisa primaveral. Estaba de un humor exultante: la savia de mercader le subía todos los años con los primeros brotes verdes y el deshielo de los pasos alpinos. Peter cogió la taza que le ofreció su padre y le preguntó cuál era su primer destino.

—Creo que Basilea. —A por las sedas y los tintes que llegaban por el Bósforo desde Levante.

—No os preocupéis mucho por el taller —le dijo Peter—. De hecho... —Apuró la taza—, os debo una disculpa, padre. Es tal y como vos dijisteis. Perdonadme por no haberlo comprendido antes.

Fust entrechocó su taza con la de su hijo.

—No sabes lo que me alegra oírte decir eso. —Se quedó absorto y por un rato largo se limitó a mirar a Peter con ojos azules y relucientes—. Bueno, entonces, habrá que dar el siguiente paso —dijo con una media sonrisa en los labios.

El hombre era pura lógica. De naturaleza confiada, regía su vida por las cosas que podía tocar, pesar y contar. Su hijo ya tenía el trabajo; lo siguiente era la mujer. No sería un buen padre adoptivo si no le conseguía un buen casamiento.

—¿Para un pobre escritorzuelo como yo? —Peter no quiso ponerse serio—. ¡Con esta pinta que tengo!

—Tenemos tiempo. —Fust se rodeó la barriga con los brazos y juntó las manos—. Un año, o año y medio..., y entonces podremos difundir sin miedo la noticia.

Después vendrían en bandada las casas patricias, no le cabía duda. Mencionó nombres de la hija de uno y la hija de otro: que si Fürstenburg, que si Gelthus, que si Echenzeller. Por sus dotes, sí, pero sobre todo porque le procurarían un hueco en las mejores mesas.

—Y vos que creíais que debía ser cura —bromeó Peter.

En otros tiempos le habría molestado la mano de hierro con la que su padre quería gobernar su vida, pero, entre tanto, había surgido el Libro y, con él, una mayor confianza en que Dios despejaría su camino.

—Sería un desperdicio que te unieras al clero. —Fust ladeó la cabeza y se quedó admirándolo—. Con lo lejos que puedes llegar con estas habilidades...

Oh, sí, su padre siempre había deseado, con ansias, medrar. Era la maldición de quienes nacían demasiado humildes pero con seso suficiente para rebelarse contra esas cadenas. Peter siempre había creído que su padre tenía una lista con todo lo que su hijo adoptivo, como el mayor de la familia, debía conseguir. Un negocio tan grande como el de su padre, una casa igual de buena, los honores que se había granjeado como miembro de la casa de la moneda y de la *Münzerhausgenossenschaft*. Él tenía todo eso. ¿Qué más debía hacer Peter para superarlo? Fust había llegado más lejos incluso, en más de un sentido, que su socio patricio.

El joven se preguntaba si Gutenberg estaría resentido por haber sido vetado en ese viejo club donde sus antepasados habían acuñado monedas y avalado todos los pesos y medidas. Ahora las cosas eran más relajadas que en su juventud: la prueba era que

habían admitido a Fust.

Peter en nada se parecía a su padre, ni siquiera pensaban igual, reflexionó el hijo mientras se llevaba el vino a los labios. Y aun así, ¡cuánto le había dado aquel hombre amable y recio al que empezaba a clarearle el cabello! Tenía que honrarlo por ello, por mucho que por dentro ardiese por algo que había comprendido hacía poco; una verdad sencilla, pero que le martilleaba por dentro. El escriba había dejado su impronta: ahora era esencial. El taller no podía seguir sin él, y tanto Fust como Gutenberg lo sabían también. Ningún otro hombre podía tallar letras como él, ni componerlas en líneas tan elegantes. Era asombrosa la ligereza de espíritu que le daba aquella constatación. Qué maravilla ser necesario, y qué liberador.

ALQUIMIA

Abril-mayo de 1452.

El rugido de la forja no tenía ya fin. Los minerales entraban en paladas y salían transformados. El metal fundido se vertía en cascada sobre las ollas de hierro, se mezclaba e iba buscando sus moldes en finos chorros. ¿Cuánto tiempo?, se preguntaban, sudando y bregando de la mañana a la noche. Por cada montón de letras que salía reluciente de la caja de fundición, pasaban otra hora aplanando y limando para que tuviesen la misma altura. ¿Cuándo tendrían suficiente?, le preguntó Peter al maestro, pero este se limitó a hacer un vago gesto con la mano.

—Vosotros seguid —contestó, y a Peter le recordó al faraón que endurecía su propio corazón.

A cada plaga que mandaba el Señor para liberar al pueblo escogido de las garras del faraón, solo conseguía que este las apretara con más fuerza, tan testarudo era el negrero.

—Líbranos, oh, señor —rezó, guiando con los dedos entumecidos el siguiente cucharón hasta la arcilla—. «Llévanos hacia una tierra buena y amplia, una tierra donde fluya leche y miel».

Su padre regresó y volvió a irse a Bourges, al oeste, y luego a París; alguien tenía que recabar el oro que echaban a la forja. El duque de Borgoña hacía tiempo que había trasladado su corte a Flandes, pero seguía habiendo mercado para pigmentos y piedras preciosas al otro lado del Loira y por la Île-de-France. La familia fue a despedir sus tres carretas; el mercader se encaramó al pescante, con el cochero a su lado cogiendo las largas riendas. El pequeño Hans era como una anguila sobre los hombros de Peter, contoneándose mientras su hermano mayor le agarraba por las piernas. El crío tenía los ojos azules y el cabello dorado, como el propio Fust; el mayor se atrevió a desear que los sueños de este no solo recayeran en el primogénito, el adoptado. Contempló con Grede y Tina la polvareda de la partida desde la muralla, a la altura de la Puerta de San Martín. Las carretas desaparecieron tras una gran nube por la fina línea marrón que corría entre las abadías, rumbo al sur y luego al oeste, una vez pasado el perfil de las colinas. Tras las torres vigías, en la colina intramuros, sobresalían de la marga unos restos blancos de ruinas romanas: tal que dientes de gigantes, bromeó Peter. El pequeño Hans y Tina parecieron alarmados.

Al cabo de unos días, recordaría esta visión mientras recorría el largo camino entre el taller y la cofradía: la caída del pasado pervivía, y sus huellas eran un recordatorio de que todo en el mundo perecía.

Su tío Jakob le había pedido que fuera a verlo, por algún negocio, había asumido Peter. Subió en el aire límpido por encima del Kästrich, respirando hondo para expulsar los venenos de la forja. Fue caminando pegado a la muralla hasta que llegó por fin a una callejuela por encima del mercado de ganado, con vistas a toda la ciudad, que centelleaba como las aguas del Rin.

Hacía un día cálido y reluciente; las torres gemelas del *Altmünster* quedaban a su izquierda, por encima de sus verdes campos, divididos por un arroyuelo brillante; por debajo y a su derecha, se elevaba la gran mole de arenisca roja de la catedral. Por todo alrededor se erguían un buen puñado de chapiteles y, justo ante él, en una cascada de pizarra azul, se extendía el laberinto de la judería. Se adentró en ella por una callejuela. La cofradía ocupaba dos casas unidas y estaba oculta entre los herejes, como tenía que ser: cuanto más escondida y apartada del poder de los próceres —la casa de la moneda, la catedral, la corte del arzobispo—, mejor.

Peter rehuyó a los pedigüeños que lo asaltaron y dobló por la Betzelstrasse hasta la casa llamada Mompasilier. El nombre era una deformación, un refrito renano de *mon plaisir*, «mi placer» en francés: taberna, refugio —aquelarre incluso, dirían algunos— para los cofrades de la ciudad. A Peter nunca le había gustado cómo lo miraban allí. Nunca se había sentido parte de ese lugar, pensó de repente al poner la mano en la aldaba con forma de garra. Ni a un gremio concreto ni en realidad a la propia ciudad... hasta ahora, hasta que se consagró a Gutenberg, y toda su vida, a sí mismo y a Dios.

Su tío tenía reservado un rincón de un salón privado para los *brudermeisters* de cada gremio. Este le hizo una seña con la mano de que se acercara a su mesa. Les sirvieron ale en dos jarras grandes. Sediento, Peter levantó la suya: los cerveceros siempre mandaban su mejor producto a Mompasilier.

—He pensado que tal vez supieras algo sobre un encargo de indulgencias. —Su tío no pensaba gastar aliento. En cuanto Peter se sentó, sus ojos fríos como el hielo le barrieron la cara y las manos.

—No, señor.

—Dos mil cartas más, tengo entendido. —Jakob se le acercó—. Para dejar al pueblo más seco todavía. —Tensó los dedos en torno a la jarra de cerveza.

El consejo municipal veía con malos ojos la proliferación de esas cartas de indulgencia. El problema no eran las cartas en sí; todos los creyentes tenían derecho a acelerar su pasaje al purgatorio si podían permitírselo. Pero últimamente el clero parecía promulgarlas a la mínima de cambio, lo que dejaba a Maguncia con menos florines de los que ya tenía. Peter sacudió la cabeza: no sabía nada.

A Peter le pareció que su tío tenía expresamente colocadas las manos en un ángulo en que la luz recaía en el inmenso sello que llevaba engarzado al anillo de maestro cofrade, para infundir miedo en los corazones de todos aquellos cuyas vidas estaban gobernadas por esos dos martillos cruzados.

—Tu amigo De Cusa ha encargado las de Fráncfort. —Los ojos de Jakob se

movieron de izquierda a derecha para asegurarse de que no lo oía nadie—. ¿No estarás tú..., por casualidad, metido en..., haciéndolas en eso que Gensfleisch dice que es un taller?

—No sé a qué te refieres. Estamos haciendo espejos.

—Sí, venga. —Jakob sonrió—. Podría producir mil recibís con todo ese metal, me juego lo que sea.

Qué típico de su tío saltar antes incluso de que se enfriara la estela de su padre. Lo sabía perfectamente; era a su gremio al que pagaban la cuota. Peter, sin embargo, se sobresaltó entonces, cuando el sentido de las palabras de su tío caló en su interior. No lo había pensado antes: la perspectiva de que maltrataran su arte, de que la Iglesia tergiversase su gloria.

¿Cómo no se le había pasado por la cabeza? Solamente había pensado que el clero abominaría de la simple idea de que unos palurdos se dedicaran a imprimir la palabra de Dios. Ni siquiera se había dado cuenta de que era igualmente posible que el arzobispo Dietrich considerara su imprenta como una nueva forma de servir a sus intereses económicos. Las letras metálicas podían utilizarse en cualquier orden, dispuestas e impresas para decretar cualquier nueva locura que deseara un bando u otro de esa triste guerra. Peter se inclinó hacia Jakob.

—Nadie más lo sabe. Aparte de ti..., y Biermann.

La mención del líder de los hojalateros irritó a su tío; en la jerarquía de los oficios, los orfebres no tenían trato con herreros corrientes. No importaba. Peter recordó la visita que había hecho con Gutenberg a Eltville. El maestro aseguraba que Rosenberg y el propio arzobispo hacía tiempo que habían apartado de su mente la imprenta pero Peter no estaba tan seguro.

—Yo no pondría la mano en el fuego por ese estafador —terció Jakob refiriéndose a Gutenberg.

—En cualquier caso, la respuesta es no. —Peter se recostó en la silla y alzó la jarra—. Tenemos bastante trabajo.

—El trabajo está bien siempre que se haga dentro de las normas. —Peter no respondió—. Se lo dije a Johann y te lo digo a ti ahora: si la cofradía lo protege, tendrá que ceñirse a sus normas.

—Eso es una cuestión entre mi padre y mi maestro.

—¡Tu maestro! —Jakob torció el gesto—. De lo único que ese hombre es un maestro es del arte de desplumar a Maguncia. Es un judas, te lo advierto.

—No es asunto mío —insistió Peter—, sino de vuestro hermano.

—Él no escucha. Nunca ha escuchado. —Una fina línea blanca le rodeó las aletas de la nariz—. Esa gente te deja seco y luego tiene la desfachatez de culparte por sus desbarajustes. Ese al que llamas «maestro» es igual. ¿Supongo que no te habrá contado la vez en que cogió de rehén al tesorero de Maguncia?, ¿cuando lo metió en la cárcel de Estrasburgo hace unos años..., para conseguir que le pagaran sus puñeteros bonos?

Podía imaginárselo perfectamente, era muy propio de Gutenberg. Hizo todo lo posible por no reír. Llevó la conversación hacia atrás.

—¿Qué es, la indulgencia del Jubileo? —preguntó.

El tío asintió. Tenía la cara contraída, con las arrugas muy señaladas y hundidas en la piel, como hechas por un maestro grabador.

—Y mientras tanto la ciudad se queda pendiente de un hilo. Nos obligaron a pagar cien al año solo por levantar el veto pero siguen dando largas. La deuda con Espira ni siquiera está liquidada —hablaba con amargura.

Peter se imaginó a Erlenbach, el puño de hierro del obispo, enfundado en su cuero tachonado de metal mientras cabalgaba por toda la archidiócesis; se contaba que echaba de menos la sangría de las cruzadas y siempre andaba buscando cualquier oportunidad para pelear.

—Pero esa indulgencia no es de Dietrich, es del papa.

—Ya y, como siempre, repercutirá en el más pobre, que será el que acabe pagando. Dietrich es experto en sacarse su cuarto de cada diezmo.

»Y luego habrá otro diezmo. —El tío lo miró con cierta ferocidad—. Están estrujándolo todo, de Roma para arriba, para pagar por todos esos peregrinos. —Suspiró entonces y se le relajaron ligeramente los rasgos—. Nos estrujan por todas partes.

—Nuestro taller no tiene nada que ver con eso. —Habló con toda la calma que supo—. En absoluto. —El miedo, sin embargo, había nacido en su interior. No podían permitir que metieran las narices, pensó—. No pueden enterarse —dijo sin darse cuenta. Miró con cara de culpabilidad a otra parte, consciente de que había hablado más de la cuenta en voz alta. Los demás cofrades seguían bebiendo con las cabezas gachas—. Si Dietrich mete las narices en esto, estamos acabados.

Su imprenta no solo estaba bendecida: era oro macizo. Se había dejado llevar de tal manera por su belleza que había pasado por alto ese hecho: quienquiera que manejase la imprenta tendría poder absoluto para dominar. Si podían usarla para imprimir cartas de indulgencias y venderlas, sería como si acuñaran monedas con ella. Tenía un valor monumental para la ciudad libre que era Maguncia: y para Dietrich, siempre deseoso de quitarles la libertad que tanto les había costado. No cabía duda de que Gutenberg y Fust debían de haber visto ese valor en algún punto del camino.

—Lo entendéis, ¿verdad? —susurró Peter.

Su tío se recostó y le dedicó una mirada extraña: pensativa y con un destello de respeto de nuevo cuño.

—Su gente lo sabe —prosiguió Peter en voz baja—. Una vez nos reunimos con ellos, por un misal. —Su tío asintió—. Ahora rezamos porque lo hayan olvidado todo, pero ¿quién sabe?

—Esa gente no olvida —apuntó su tío.

—Si le llega siquiera un murmullo... —Peter sacudió la cabeza—. Nos la

arrebatará, seguro..., y la utilizará para lo que le venga en gana.

* * *

Esa noche Peter se encaminó a la *Schreibhaus* con paso decidido. El único amigo que tenía en el clero era su viejo colega Petrus Heilant, escriba y fisgón. Se lo encontró calentando el mismo taburete y repasando con la mirada toda la estancia.

—Cuánto tiempo sin veros por aquí —lo saludó el canónigo de San Víctor con su mirada pícara.

Peter arqueó una ceja.

—Tampoco yo he sabido mucho de vos.

—En tiempos así se apegan a sus puestos como sanguijuelas —comentó el escriba como si tal cosa.

Peter le dedicó una sonrisa de zorro viejo y se sentó.

—Ya me imaginaba. —Meneó la cabeza—. No me ha quedado más remedio que vivir de redactar contratos, cartas de crédito y alguna que otra ley.

—Una lástima, la verdad. —Incluso mientras hablaban, los ojos del escriba volvieron al trasiego de alrededor.

—Aunque... —Peter simuló una ligera vacilación— he oído que tal vez haya cartas de confesiones...

Heilant detuvo su repaso visual.

—Habéis oído bien.

—Haría lo que fuera por ganarme el pan más allá del Rin.

Heilant torció la boca con remilgo.

—Yo no contaría con ello. Ahora mismo su reverendísima y el papa no están precisamente viviendo un romance.

—¿Y eso?

Heilant sonrió malicioso y sondeó con la vista a Peter. Si se debatió entre si divulgarlo o no, fue un debate breve y fútil. Bajó la voz antes de decir:

—La indulgencia del jubileo está más muerta que viva. Incluso están pensando en rechazar el nuevo diezmo del papa.

—Ya está bien de exprimir el Sacro Imperio Romano de la nación germana —susurró Peter; Heilant asintió. Al menos, pensó, Dietrich no tenía sus pensamientos puestos en Maguncia—. Entonces hay un pequeño pulso entre su reverendísima y Nicolás V...

La mirada fue fulminante.

—Lo único que pretende es extorsionarnos.

Podrían haber sido palabras de su tío. Peter rio. Se quedó bebiendo un rato para disimular, aunque no cosechó más información.

El destino quiso que justo cuando Peter salía de la *Schreibhaus* entrase por la plaza Klaus Pinzler, retablista e ilustrador de libros.

—Pero bueno, ¡apenas se os ve el pelo! —le dijo el pintor—. Venid a tomaros una copita de licor de cereza.

Peter sabía que habría sido una descortesía rechazar la invitación: no solo hacia Pinzler, sino también con Fust, que trataba como iguales a todos sus proveedores para conseguir de ellos las mejores condiciones. Los cerezos que bordeaban el *Leichhof* y subían a la vera del arroyo formaban un frutal de tamaño considerable donde las flores poblaban las ramas como espuma. Al ver la puerta azul del taller se acordó de la hija del pintor, con los dedos manchados de añil, pero solo vio a Pinzler y la mujer.

—Es una pena que Anna no esté —le dijo la madre, que sacó entonces queso, pan y un trozo de embutido.

La mujer escrutó con ojos perspicaces la tela del jubón y la capa verde de Peter; vio retales grandes de tela colgados de las vigas. Mientras valoraba sus ropas, su peso y su valía, Peter hizo un brindis por la pronta recuperación del apetito del pueblo por los paneles y los estandartes pintados, las sedas de las monturas y las capas.

Klaus Pinzler tanteó con bastante sutileza el estado de los negocios de Fust.

—La cosa se va a poner muy fea para nosotros si hay una guerra entre el arzobispo Dietrich y el Palatino. —Se mesó la barba corta y morena y frunció el ceño; sus compradores se limitaban a los nobles de la campiña local—. Para vuestro padre no, en cambio.

Los libros y las bagatelas de Fust surcaban sin problema ese mosaico deshilachado del Rin, los ducados independientes que formaban el *patchwork* de Dietrich: los condes de Wertheim, Falkenstein, Nassau y Katzenelnbogen.

—Él cree que las aguas se calmarán, aunque solo sea porque los príncipes están demasiado empobrecidos para una guerra.

»O esperemos —añadió con una sonrisa— que Dietrich dirija su rabia contra el papa y se quede con el diezmo para gastarlo en fruslerías en Maguncia.

«Si supieran lo que yo sé», pensó para sus adentros. La sensación lo llenó de un orgullo secreto.

Se disponía a coger su capa para irse cuando apareció la hija de la casa. No la había visto en todo el año que había mediado, salvo alguna vez que otra por el mercado. Era una chica espigada y solemne de no más de diecisiete primaveras. Entró de la calle y se detuvo, miró con acritud a sus padres y saludó sin mucha efusividad.

—Anna —le dijo la madre—. ¿Te acuerdas de maese Schöeffer?

—Buenas noches —se limitó a decir avanzando ya hacia la escalera.

—¿La has comprado? —le preguntó Pinzler, que se encogió de hombros, como dando a entender que su hija tenía que aprender modales.

—Pues claro.

—Nos habíamos quedado sin pasta —le explicó Pinzler.

—Siempre me he preguntado cómo mezcláis las pinturas.

—Anna os lo enseñará —dijo el padre—. Si es tan amable...

La muchacha meneó la trenza, como diciendo: «Lo que me mandéis».

La mesa del desván de arriba estaba llena de un batiburrillo de conchas pequeñas y viales. La hija del pintor las señaló con desgana con su manita delgada.

—Perdonad el desorden.

Peter repasó con la vista los pinceles y los polvos coloridos: azul cerúleo, verde veronés, carmesí y lapislázuli. Miró las manos pálidas de la muchacha y le dijo:

—Me gustaban azules.

—De vez en cuando me lavo. —Un destello de displicencia asomó a sus ojos morenos y almendrados.

Había un pequeño frasco lleno de escarabajos rojos disecados que Peter reconoció; los había utilizado para hacer tinta rubí. Se inclinó y aspiró las amargas notas a tierra de la resina, la cera y el aceite. De repente le entraron ganas de sentarse, abrir la escarcela, desenrollar su vitriolo y sus reservas de agalla y..., pero lo tenía todo abandonado en su cuarto. La joven sacó un paquete de un bolsillo de su guardapolvo y Peter lo olió al instante.

—Hum, huele a pescado encerrado —dijo, y al punto se puso colorado.

La chica lo miró como si estuviera completamente loco. Una inocente, una virgen. Sacó entonces del envoltorio una membrana disecada y traslúcida.

—El interior del pecho de un estornino —le explicó. Peter debió de quedarse con cara de perplejidad—. Parte de los pulmones, supongo. —Acarició la bolsa perlada—. Un pajarito que, cuando muere, nos da la materia que disolvemos para fijar nuestros pigmentos. —Arrugó la cara, en un bonito gesto de desdén—. Pero antes de nada hay que dejarlo una eternidad en cal y vinagre.

Pensó que nunca había conocido a una chica tan segura de sí misma, mientras inclinaba su figura menuda y delicada, de pelo moreno, y empezaba a nombrar minerales y pigmentos:

—Malaquita, azurita, minio, talco..., oropimente. —Y con un dedo aleccionador—: Nunca peguéis los metales a la boca. —Por el marco de la ventana colgaba una hilera de plantas secándose—. Hierba pastel, índigo, tornasol para el malva. —Señaló hacia una fila de ampollas, al lado de un mortero y su maja—. Ámbar, cáñamo, lino. Lágrimas de goma arábiga. —Alzó las pequeñas bolitas cerosas—. Y luego tenemos los bichitos del kermés, mirad los pobrecillos. —Escrutó el tarro—. No me gusta pensar en cómo los consiguen.

«O más bien en cómo mueren», pensó Peter, pero no lo dijo: las mujeres solo ardían con ese rojo cuando llevaban otra vida dentro.

—Yo también los utilizo a veces.

Entonces, con la misma brusquedad que había empezado, terminó.

—Eso es todo.

Peter miró alrededor: una ventana, un espejo y un catre estrecho.

—Bueno, no sé, también hay buena luz.

Vio un asomo de dientecitos perlados.

—En el huerto hay más.

—A lo mejor puedes enseñármelo en otro momento.

Fue una tontería pero comprobó con placer que sus palabras pintaron un tinte rosado en las mejillas de la chica. Sintió que su sexo se excitaba en respuesta y tuvo que bajar las escaleras corriendo para coger la capa y cubrirse el hambre que se le había despertado. No se volvió para mirar si la chica lo había seguido y se escabulló sin más, con la sangre palpitándole e imaginando esos dedos blancos y pálidos en su boca.

HERMANDAD

Junio de 1452.

Lo que más temían era el robo: que les arrebataran una idea que, desligada de su verdadera génesis en una mente concreta, podía ser buenamente birlada, transferida, proclamada como propia por un impostor. La ley protegía la propiedad, pero no el recinto privado de una mente osada y creativa.

El maestro era el más consciente de todo esto. ¿Acaso no había vuelto el año anterior de un viaje a Holanda echando pestes sobre un libro que había visto, con imágenes y palabras impresas con bloques de madera? Cualquier hombre la mitad de listo habría visto lo fácil que era cortar en dos esas líneas de letras de madera. ¿No les había hecho jurar a todos secreto absoluto y cerrar con doble tranca el taller, y a sus hombres dentro, cada día y cada noche? ¿No llevaba toda la vida escondido, igual que ahora tras aquel subterfugio, dejando todas las noches a la vista los moldes falsos de los espejos?

La amenaza se hizo más palpable en verano, cuando Fust regresó y les contó que había oído hablar de un aviñonés que enseñaba un arte secreto de alfabetos de acero.

—¿No lo habréis estado enseñando por ahí? —le preguntó con desconfianza a su socio.

La cara del maestro se ensombreció con aquellas palabras, pero respondió con la misma sequedad:

—Yo sé mantener en secreto mis asuntos, como bien sabéis. —Miró de reojo a Hans, removiendo esos labios finos que tenía—. Pero hay espías en todas partes. No sería la primera vez que intentan robarme.

Tenían que ser extremadamente cuidadosos. Y rezar a san Benito, a san Pablo o san Pedro, a los catorce santos auxiliares, me da igual, les dijo el maestro. Rogad por que nos protejan: ya había ladrones rondando por el taller y ni siquiera habían impreso aún la primera hoja.

—A eso iba yo. —Fust habló como un banquero—. ¿Cuánto queda para que empecéis a imprimir?

—Tres semanas..., cuatro a lo sumo.

Y luego, pensó Peter, meses y más meses, años y más años, hasta imprimir ciento veinte ejemplares de esa cantidad de manos. Necesitarían una partida de ángeles, se dijo con el corazón atribulado, todo el plantel de arcángeles, con sus brillantes alas envolventes, para mantener a salvo aquel secreto.

—¿Y qué hay de Rosenberg? —preguntó con una mueca de disgusto—. Él

también ha visto nuestros impresos.

El maestro levantó la cabeza como un resorte y terció:

—Y bien que se ha olvidado...

Fust miró a ambos.

—¿Quién os asegura que eso sea así?

—Al parecer han vuelto a encargar indulgencias, y eso tal vez le refresque la memoria —le explicó Peter a su padre.

El maestro le lanzó una mirada amarga a su aprendiz.

—Yo me encargo de eso.

Fust se enjugó la frente con el antebrazo.

—Ojalá pudiéramos asegurarnos el silencio. —Miró hacia la calle a través de la mugre que empañaba la ventana de arriba—. Pero ¿cómo... de qué manera se compra el silencio de seis mil almas?

La idea le vino al instante.

—Comprando a los gremios —propuso Peter.

Ambos hombres lo miraron con incredulidad. La visión le había pasado como una exhalación por la cabeza pero no tenía dudas de lo que había visto: a su tío retorciéndose en el dedo el gran sello de oro.

—Está claro que a ellos les interesa. —El corazón se le disparó mientras elucubraba—. A todos nos interesa, a la ciudad entera, que no caiga en manos de Dietrich.

—Majaderías. —Los labios del maestro se retrajeron—. No me fiaría de una cofradía de Maguncia ni aunque me azotaran.

—Tenía entendido que pertenecisteis a una.

—En otra ciudad y en otra época. Aquí los cofrades son veneno...

—Igual que los clanes de los próceres —intervino Fust cruzándose de brazos.

Ambos se quedaron mirándose por un momento.

—Pues yo creo —dijo Peter interponiéndose entre ambos por primera vez, que no por última— que el consejo puede verlo como un paso hacia la libertad. Aún no... —Levantó una mano para impedir que Gutenberg lo interrumpiera—, pero sí cuando acabemos. La imprenta también podría serles de ayuda... No sé, para acuñar algo de oro y librarse de ese yugo.

—Esta imprenta es mía. —Gutenberg se enderezó cuan largo era, imponiéndose.

—No es solo vuestra. —Fust estaba bien plantado, en un equilibrio perenne entre la clase de la que venía y las clases superiores a las que por entonces servía.

—¿Creéis que un puñado de palurdos puede protegernos? —Gutenberg rio con acritud.

Fust se mantuvo en sus trece.

—¿Qué otro escudo protector sugerís? Desde luego no será un amigo o pariente vuestro, Johann..., ningún miembro del clero.

—Ya he dicho que lo tengo todo controlado. Tengo su atención y, si hace falta,

puedo moldearlo como un trozo de barro. —La mirada que le lanzó a Peter era ponzoña pura.

—Basta con un murmullo, uno solo. —Fust torció la boca—. Es imposible garantizar que no haya ninguna filtración, no durante tanto tiempo.

—Ah, entonces preferís ir contándolo por todas las tabernas.

—No funciona así. —Fust se enderezó también entonces, igual de orgulloso—. Conozco las cofradías. Y a sus líderes, uno por uno. Si se convencen de que es en su interés, nos eximirán de las cuotas y mantendrán el secreto bien guardado.

Gutenberg miró primero a Peter y luego a Fust, y supo entonces que estaba vencido.

—Me pliego entonces ante vuestra gran superioridad —contestó.

Acto seguido dio media vuelta y se perdió por las escaleras.

Y

No era que el maestro odiase a los cofrades, explicó Hans cuando lo pusieron al tanto del nuevo plan. Era más bien que nunca había temido ni a los nobles ni al clero. De hecho, cuando vivían en Estrasburgo, los tenía comiendo de su mano. Las fiestas en su granja eran legendarias. Se las ingeniaba para sacar licor de todas las plantas que crecían por los alrededores. Tenía oro, creedme..., y luego esa boca por la que rugía y echaba chispas.

—Oro de Maguncia —dijo Peter no sin admiración.

—Una vez incluso cogió a vuestro tesorero de rehén. —Hans rio entre dientes.

—Eso tengo entendido.

—La de historias que podría contarte —dijo el herrero, que, al reír, contrajo su cara morena en miles de pliegues.

Peter debería haberle preguntado por esos comentarios crípticos que hacía el maestro de vez en cuando sobre el negocio que tenía por aquel entonces. Pero el joven tenía otra cosa en mente.

—¿Historias sobre mujeres? —terció.

—No saldrá nada de esta boca. —Hans le sostuvo la mirada, los ojos vidriosos. Peter asintió. Bueno, le dijo, eso fue hace mucho, antes de que se conocieran—. Por lo que sé, estuvo comprometido en cierta ocasión.

—Pobre muchacha.

Hans rio.

—Eso mismo debió de pensar ella..., y cuando Henne acabó rechazándola, lo demandó por romper el compromiso. —Eso sí lo sabía a ciencia cierta; eso y el nombre: Anna de la Puerta de Hierro. Aunque el maestro ganó la demanda, tuvo que pagar una multa al tribunal para compensar la radicalidad y la temeridad de su lengua. Hans meneó la cabeza y sonrió—. Dijo que no le importaba que lo supieran, que era la verdad de Dios: que el Diablo le oxidase y le cerrase la puerta de hierro.

Y Peter deseó justo lo contrario cuando se llevó a Anna Pinzler a dar un paseo por el campo. Era una chiquilla, una manceba bien proporcionada, pero poseída de tal intensidad que quitaba el hipo. El joven escriba hizo lo posible por atraer su mirada brillante y concentrada y tiró sus viejos hábitos monacales sin pensárselo dos veces.

Le pareció haber recuperado la juventud, que se coló sin problemas en el hombre en que se había convertido. Vagaron por los terrones de tierra de las veredas estivales y descalzos por los sotos, cogiendo cerezas; se tendían jadeantes en el suelo y señalaban los dibujos en las nubes cambiantes y veloces. La primera vez que la besó, la chica cerró los ojos, de puntillas bajo un árbol. Le cogió la cara alargada entre las palmas y se quedó contemplando cómo el sol y las sombras jugaban por sus planos delicados y suaves. Anna abrió los ojos de par en par. «¿Qué pasa?». Una sílfide, una ninfa del bosque, eso es lo que eres, estuvo a punto de decirle. Pero en cambio la estrechó entre sus brazos. No le importaban sus orígenes o de quién era hija. El mundo estaba cambiando y las normas antiguas se quebraban. Al fin y al cabo, su propio padre se había casado por debajo de sus posibilidades al elegir a Grede. En cualquier caso, lo de «por debajo» y «por encima» eran ficciones monstruosas: todos eran iguales en el Libro que estaban haciendo, el mismo que algún día todo el mundo estaría deseoso de tener entre sus manos.

La joven tenía ojos oscuros pero brillantes en su resplandor, y unas manos de pintora tan delicadas como fuertes. Llevaba a todas partes tiza, carbón y un cuadernillo de dibujo; era una artesana, igual que él. Aunque lo que más lo fascinaba era su manera de ver el mundo. Pese a su rigidez, a su contención, se dejaba conmovir casi al instante por la belleza, y se transformaba. Podía ser un brillo repentino en el lino, cuando amarilleaba al atardecer para ceñir la ciudad con su resplandor solar. O algo diminuto, una gota de rocío en una hoja que se llenaba con los colores del arcoíris. Sus ojos de pintora veían cada contraste cambiante. Le cogía de la mano y se lo señalaba, y se maravillaba con el arte de Dios. Se volvía de pronto y le decía que se imaginaba que él hacía lo mismo con las manos y la pluma. Se dio cuenta de que no podía negarle nada. Era un don que le había dado Dios, le dijo. Era escriba y siempre lo sería. Ansiaba contarle que esa gracia había puesto en sus manos una nueva misión edificante. Pero, como siempre, estaba coartado por su voto. Le enseñaría, le dijo en cambio, a sacar la magia del significado de las letras que utilizaba. No era culpa de Anna haber nacido mujer, y pobre, y no haber aprendido nunca a leer.

No supo cómo pero Grede se lo olió: era ese misterio femenino, esa extraña alerta ante el mundo invisible. Tal vez por su andar, que se había vuelto más ligero, o por sus ausencias de los domingos. Independientemente de cómo lo hubiera sabido, movió todos los hilos para sonsacarle el secreto de qué doncella había llamado su

atención. Tanto Grede como Fust asumieron que debía de estar sondeando a las hijas de los patricios. Nada tiene de malo, le dijo su padre, siempre que te asegures de sofocar tu ardor en los baños. Escoge a la Hannah de los Echenzeller, le decía, o mejor, a la Judith de los Molsberg. Peter reía y le dejaba elucubrar. Estaba demasiado feliz para prepararse ya para la batalla que seguro habría de venir.

* * *

Nunca supo qué dispusieron: con qué cofradías compartieron el secreto y qué garantías les dieron estas. Lo único que supo a ciencia cierta fue que, a partir de entonces, Gutenberg y Fust tuvieron que pagar cuotas a una docena de hermandades.

Jakob debió de disfrutar redactando el contrato. Podría haberlo manejado como su hermano, con sutileza, pero habría desaprovechado así una oportunidad de oro de hostigar a un miembro de un clan prócer.

Supieron que habían firmado por las patadas provenientes del pasillo de secado y los taburetes allí alineados. Gutenberg apareció entonces como una exhalación, con una hoja doblada en la mano que tiró entre los crisoles y las copelas.

—Se nos acabó la puñetera libertad. —Meneó la maraña de pelo con una mirada torva en sus ojos dorados—. Nos tienen a todos fichados.


»Tenéis que escribir todos vuestro nombre completo y vuestro año de nacimiento, en el caso de que lo sepáis, so desgraciados. —Tenía clavados en Peter unos ojos distantes y fríos.

Este dejó el troquel que tenía en la mano y fue a firmar.

El maestro olía a cerveza y a resentimiento enconado. Se relamió los labios y acercó la cabeza; tenía los ojos y la boca desencajados.

—De ahora en adelante guárdate la lengua donde te quepa, o yo mismo te la clavaré contra el paladar.

Abadía de Sponheim.
Invierno de 1485.

—  ue su arrogancia..., su *hbris* y su arrogancia lo que lo fastidió todo.

Peter Schöeffer se levanta y da una vuelta por la estancia.

Tritemio está frotándose las cúpulas cerradas que tiene por ojos.

—«Entonces pusieron sobre ellos a comisarios de tributos para que los afligieran con sus trabajos». —Sonrió con hastío mientras citaba el libro del Éxodo.

A Peter se le hace un nudo en la garganta. Le parece sorprendente y perturbador descubrir que, después de tanto tiempo, todavía tiene rabia alojada contra el esternón.

—Ese hombre no soportaba compartir nada..., ni que lo desafiasen. —Menea la cabeza—. Creía que todo aquello era suyo, de cabo a rabo.

—No es de extrañar si tenemos en cuenta que fue la obra de toda su vida — comenta el monje.

Peter resopla.

—Intentad trabajar para un hombre así. No pensaba en nadie más..., ni en nada más que la gloria que creía merecer.

Lo más hiriente era la forma que tenía Gutenberg de abrir su corazón para luego cerrarlo de golpe, piensa ahora.

Tritemio está asintiendo.


—¿Cuán duro es demasiado duro? Suelo preguntármelo. —Se pasa una mano por la crisma bien afeitada con una extraña expresión en la cara—. La crueldad sirve a sus propios propósitos —dice, y tras una pausa, añade—: Si os soy sincero, mis monjes me odian. Pero son perezosos, testarudos, glotones... Son una mancha, creo, para toda la orden. A veces hay que ser duro, superar nuestra debilidad humana para cumplir la voluntad de Dios.

Peter medita al respecto. Él también ha sido un maestro duro en su taller. Hace ya años de eso, pero sabe que debe de ser cierto. Tenía el mismo celo que el maestro por mantener a salvo los secretos de su arte. Pero nunca pasó por encima de amigos y enemigos por igual, como hacía su maestro.

—¿Cómo saber si servimos a Su voluntad..., y no simplemente al orgullo propio? —Los ve a los tres en la cabeza, cada uno haciendo su tarea—. Si realmente Él nos ha señalado, ¿qué necesidad hay de gritarlo a los cuatro vientos?

Johann Gutenberg creía haber sido ungido, escogido, igual que Peter. Pero no era suficiente; tenía que restregárselo en las narices a todo el mundo, proclamarlo a voz en grito: asegurarse de que lo vieran y lo aclamaran, que el mundo reconociera su valía.

Johannisfeuer.
Festividad de San Juan Bautista.
24 de junio de 1452.

a noche de San Juan hicieron la fogata en un llano tras las aguas del *Bleiche*. El aire estaba demasiado seco como para arriesgarse a hacer un fuego descontrolado más cerca de las casas. Ese año el consejo había considerado la posibilidad de prohibir las fogatas, hasta que los ganaderos pusieron el grito en el cielo. Como cualquier otro año, había que purgar los rebaños de toda enfermedad. Sin el *Johannisfeuer* no habría alivio ni para hombres ni para animales.

Porque, ¿quién no se sentía renovado por las llamas que quemaban las impurezas? Peter seguía llevando en el corazón las hogueras estivales de su infancia. «¡Más alto, más alto!», cantaban siempre las voces y los gritos de los niños. «¡Dos anas, tres!», y saltaban y reían para sentir las llamas eternas que les lamían los pies y saber que la cosecha llegaría igual de alto. Todos los años contemplaban a las mujeres recoger la hierba de San Juan en la pincelada luminosa y diáfana del mediodía; cómo le maravillaba de pequeño verlas frotar esas estrellas amarillas para encender las gotas al rojo vivo de la propia sangre de Cristo.

El maestro les permitió dejar las herramientas antes de que el sol empezara a hundirse en el cielo. Aunque no por bondad, o por darles tiempo libre para la fiesta. Peter lo vio caminar hacia el muelle, hasta el barco mercante de Fráncfort. Por supuesto: en el día de San Juan Bautista, el 24 de junio, había que pagar los bonos a los próceres. Los únicos corazones apesadumbrados eran los de los consejos de las ciudades libres que estaban obligados al pago. Si todo hombre rico tenía su saquito de oro, todo obrero llevaba un häller de cobre en la bolsa de las monedas, que la mujer o la hija rellenaban con raíces de orquídea para que la suerte no lo vaciara.

Peter les propuso a Hans y a Ruppel buscar un punto alto en la colina para ver el espectáculo de los hogueras encendidas en cada loma distante, en cada aldea y pico a la vera del Rin. Tenía la impresión de que Dios, desde las alturas, debía de estar encantado ante tal visión, pese a las raíces paganas de la fiesta: los puntitos parecían formar una cuerda luminosa de fuego a lo largo del río. Al ver la rubia barba cepillada de Keffer supieron que esa noche se ennoviaría: como el propio Peter ese año. Le había pedido a Anna que fuera con él a ver el fuego desde el cerro del Altmünster. Como ocurría una vez cada siete años, los peregrinos habían llegado del este en una caravana de bueyes y mulas para abordar en Maguncia los barcos que los llevaban a Aquisgrán. Acampaban al otro lado de las murallas del monasterio y rendían culto a la reliquia del altar, un trozo de sudario de uno de los primeros

mártires cristianos. A Peter se le antojaba el lugar ideal para contemplar el panorama, porque a los orfebres se les advertía especialmente de que se mantuvieran a cierta distancia de las llamas del solsticio, y por entonces él se contaba entre sus filas. En vida, su santo patrón, Eligio, había advertido a los cristianos de que se cuidaran de bailes y cánticos y de quemar hierbas, como paganos, por superstición o algo peor.

La madre de Anna era tintorera y tejedora, de ahí que la chica conociera bien el *Bleiche*, la zona donde se blanqueaba. Le había dicho que se encontraran en el cobertizo de los tintoreros, mediante una nota que le había hecho llegar por un crío; había intentado abrirla en privado pero Ruppel se dio cuenta y le preguntó en voz alta:

—¿Qué, dulces para San Pedro? —El grandullón se limpió las manos en un trapo lleno de tinta.

—Ya se sabe que los cajistas tienen muy buen tacto en las yemas de los dedos. — Keffer le guiñó un ojo.

—No quiero ni pensar en lo que pueden hacer los prensistas —respondió Peter entre risas, imaginándose a una chica robusta y de buen porte—. Bueno, cada uno a lo suyo, y a ver si no volvemos todos muy borrachos.

Se vistió con esmero, enfundándose unas calzas nuevas color pardo y un jubón verde azulado ceñido por la cintura. No quería parecer demasiado elegante pero, mientras preparaba su cuerpo para los ojos de Anna, sintió que no podía hacer menos. Cuando se acercó al cobertizo, vio que de la chimenea salía una espiral de humo; aún no habían dado orden de apagar los fuegos de la ciudad. El corazón le presionaba con fuerza las costillas, que parecieron abrirsele como un cerrojo al verla allí esperándolo con una cesta en el brazo.

Anna cogió la mano que Peter le tendió y, tras llevársela a la mejilla, se la devolvió. Cuando le preguntó qué esperaba recoger en la cesta, la muchacha miró a lo lejos con sus oscuros ojos almendrados y rio.

—¿Qué quieres que recoja?

—Mis dedos, mis pies, mi pelo, mis ojos, mi ropa. —Hizo como si se fuera quitando cada cosa que nombraba y las echase en el recipiente de mimbre.

—Ah, eso no, ¡jamás! Te quiero entero.

Lo hizo pasar al cobertizo para enseñárselo. Comprendió que era su manera de demostrarles a las presentes que todo estaba en orden. Su madre le sonrió y se incorporó de la tina que estaba removiendo. Como no podía saludarlo como era debido, se limitó a agitar sus manos teñidas de rojo sangre. Le sorprendió un poco: todas esas mujeres con las faldas arremangadas sobre otras tantas tinas de raíz de rubia roja borboteante y sus delantales que parecían llenos de sangre. Teñían los lienzos blancos en tonos coral, teja y rosa, que luego secaban en postes a lo largo del arroyo. El cuarto de la caldera estaba cerrado, como incomunicado, imaginó. Por fin escaparon a un aire más fresco y al bello panorama desde la colina.

Llegaron por un puentecillo al otro lado de los sembrados, por donde estaban los

arbustos más silvestres, justo a los pies del Altmünster. Anna no traspasaría los setos hacia el camposanto hasta que reuniese las hierbas que necesitaba para la noche. Asintió, embobado, y le dijo que sería su esclavo. Aquí tenemos consuelda y saúco, le iba diciendo mientras se agachaba y él le sujetaba la cesta sin intentar disimular en lo más mínimo lo mucho que agradaba a sus ojos la visión de su cuerpo esbelto inclinado.

—Pero tú también podrías recoger —lo increpó al rato—. ¿Por qué tiene que hacer la mujer todo el trabajo? —Peter rio y le dijo que era una rebelde, y a la chica le centellearon los ojos—. Se te ve en las manos que estás acostumbrado al trabajo duro. —Le cogió una y le dio la vuelta a la palma. Peter sintió con los nervios a flor de piel cómo le recorría las líneas con el dedo—. Qué manos para un caballero. —Se rio y sacudió la cabeza. Porque las tenía curtidas, por supuesto, y relucían por el desgaste.

—Lo curioso es que no han perdido el tacto. —Se rio para sus adentros recordando las chanzas de Keffer.

—¿Por qué habrían de hacerlo, si trabajan todos los días con la palabra de Dios?

Le entraron ganas de arrodillarse ante ella y enterrar la cara, los brazos y el corazón. Pero cuando alzó la mirada vio en su rostro una mirada extraña y crispada. Le impresionó lo ensimismada que estaba. Aún no sabía leer en su interior.

—Estas manos —le dijo y levantó la palma de la otra para unirla como rezando con la suya— no son más que herramientas. Para recolectar, pintar o hacer letras..., lo mismo da.

—Tú sabes que eso no es así. —Se mordió el labio y sacudió la cabeza.

Creyó entender entonces sus reticencias y su retraimiento.

—¿Qué te hace pensar que esta mano sea distinta? —preguntó.

—Lo sabes tan bien como yo —respondió con mirada severa.

—No, de verdad.

Sacudió la cabellera morena y reluciente, y Peter vio en sus labios que se debatía por dentro.

—Tiene... reservadas cosas mejores —dijo por fin, su mano aún cautiva de la otra.

—Y eso te preocupa. —Sus dudas se disiparon—. Por eso te vuelves y miras a otra parte. ¿Por ser hijo de mi padre?

Anna cogió una baya de saúco de la cesta y la aplastó entre los dedos. Un liquidillo verdoso le recorrió la piel.

—Soy la hija de un pintor. Y tú, un *clericus*. —Lo miró muy seria—. No creo que tu padre tenga en mente a una novia como yo.

—Mi padre lleva muerto quince años.

Pero no quedó convencida.

Le dijo entonces que Johann Fust no sería capaz de negarse. ¿Cómo podría, cuando él mismo había escogido como esposa a Grede? A la hija de un artesano, un

encuadernador, con manos tan fuertes como las de ella, aunque no tan elegantes y delicadas.

—¿Lo dices en serio? —La chiquilla ladeó la cabeza, con una pequeña ascua encendida en cada ojo.

Peter le echó los brazos al cuello y puso su frente contra la de ella.

—Te lo juro aquí mismo, ante Dios: ninguna otra mujer tiene las llaves de este humilde reino.

En el brillo de sus ojos vio tanta gloria como podía un hombre pedir en su vida, la oscuridad atizada por una llama que los quemó juntos, que lo soldó para siempre con el cuerpo de su amada. Se abrazaron, se escaldaron, la ansiedad y el hambre expuestos como la blanca curva del cuello de la muchacha. Solo con un gran esfuerzo consiguieron separarse y, con los cuerpos ardiendo por dentro, boquearon la dulzura de la noche. Peter nunca había sentido tal suplicio y, a la vez, semejante paz.

—Chist —le dijo ella cuando quiso hablar, y le puso un dedo en los labios.

No pudo evitar atraparlo y succionarlo, y volver a sentarla de rodillas. Anna refunfuñó, y solo los salvó un gran estrépito, de hombres y mujeres en júbilo, y el sonido del hacha contra la madera.

—Que Dios me asista —dijo con voz ronca—. Soy un bruto.

—De bruto nada, pura carne de Adán. —La joven le dio un beso recatado y empezó a arreglarse el pelo.

Peter le hizo una guirnalda de hierba de San Juan, pues hasta él sabía que se hacían como talismanes para los viajes largos. Esa noche se embarcaron rumbo a un lugar desconocido para ambos. Anna cogió sus manos y le pidió que le pusiera más flores. La obedeció, y se la puso entonces en la cintura y la fijó allí, mientras le daba besos por el vestido hasta la hinchazón abierta de sus pechos. Le recordó la tradición mientras lo llevaba hasta el fuego. El cinturón de solsticio de flores era un talismán contra toda enfermedad, para rehuir cualquier mal: una ofrenda que lanzaban al fuego para proteger la salud.

—Dicen que si cuelgas una en casa, ahuyenta a los hombres malos —le dijo con una sonrisa.

—Pues entonces pon una docena cuando acabe la noche —le respondió mientras se adentraban por el amasijo de cuerpos oscuros que bailaban a la luz de la hoguera.

Vio a los padres de la chica y a sus hermanos, a pintores, curtidores, hiladores, panaderos, toneleros, talabarteros: hombres y mujeres curtidos y llenos de callos de frotar, golpear, moldear y construir. También estaban Hans, Ruppel y Keffer, estos dos últimos con sendas chicas, atraídos como él hacia aquella comunión con sus iguales. Le pareció ver a su tío, y luego a su primo, entre las llamas; los vio pero luego los perdió en la danza, que giraba y brincaba entre gritos y chillidos. Y en todo ese tiempo, mientras oía los carrizos y las flautas bajo la piel, como si la música se elevara de su propia alma, no pensó en Dios ni en el diablo, sino en Anna y solo en ella, con su piel besada por el fuego y ruborizada por el amor. Comprendió que era un

muchacho de la tierra y del cielo, su cuerpo fusionado con el espíritu ante Dios y el hombre, cuando, mientras las llamas del solsticio iban muriendo, se miraron y, sin una palabra, echaron a correr y saltaron las brasas y cayeron uno en los brazos del otro. «Si esto es pecado...», pensó, y acto seguido le arrancó la guirnalda a Anna, la arrojó a las llamas, y oyó que el gentío aclamaba. Se quedaron así, jadeantes, unidos ante el mundo.

IMPRESSORIUM

Martes después de San Agustín.
30 de agosto de 1452.



os días de los santos suelen ponerse en letra roja, y a Peter siempre le ha parecido que aquel día debería ser recordado así.

La semana que empezaron a imprimir la Biblia la cuadrilla se reunió en torno a la prensa en la oscuridad fría de antes del alba. El maestro estaba ante aquella estructura de roble, con el pelo hacia atrás y los ojos alzados como ante un altar.

—Que Dios Todopoderoso bendiga este trabajo —atronó, y levantó el brazo.

Peter contuvo la respiración ante aquella primera bajada de la palanca, sus oídos deseosos de escuchar el elocuente bocado metálico y el pequeño gruñido que producía Ruppel al dar el último tirón. A continuación todos retrocedieron cuando Keffer apartó los engranajes para despegar la página impresa. Gutenberg y Fust cogieron cada uno una esquina de la hoja e inclinaron las cabezas, una morena y otra rubia, para inspeccionarla detenidamente. Peter nunca olvidaría la mirada de triunfo que intercambiaron.

—*Fiat imprimere!* —gritó su padre.

La cuadrilla al completo dio un alarido. La prensa empezó a tronar conforme los dos prensistas fueron encontrando un ritmo. Los demás deberían haber vuelto a sus banquetas en la sala de composición, pero no veían el momento de alejarse de la máquina.

Peter se enamoró de todo aquel movimiento: de la gran hoja que se alzaba y luego se posaba; el beso potente y doloroso; el dulce y leve sonido succionador del lino despegándose del metal. La tinta del maestro era más negra que la noche anterior a la Creación, más de lo que la agalla de roble lo fue nunca. El escriba se la acercó a los ojos y quedó maravillado; nunca unas líneas habían terminado con tal simetría: el mundo jamás había visto nada igual.

La ciudad se replegó del todo al otro lado de la puerta del taller. Solo estaban pendientes de la *scala naturae*, un hombre tendiéndole la hoja al siguiente: el mozo que se la pasaba al entintador y este a su vez al prensista, quien devolvía la hoja impresa al maestro, que se remetía la barba por la camisa. Se habían convertido en una única criatura viviente, un nuevo ente policéfalo.

Y luego el resplandor se fue apagando, como siempre ocurre. Peter, sin embargo, supo ya entonces que esos días eran incandescentes y no tendrían parangón. Sentía un

desbordamiento interior: una sensación mareante de energía, esa sensación maravillosa de pura rectitud que brilla en toda vida por un tiempo breve.

* * *

Le tocó a Peter componer los cinco primeros libros del Antiguo Testamento, el Pentateuco de Moisés. A Hans le daba igual qué líneas componer, siempre y cuando pudiera hacerlo sentado. Empezaba a sufrir de la espalda.

—Venga, pero ¿qué edad tienes? —quiso saber Peter.

Hans se rascó la calva y calculó:

—Cincuenta o así —dijo encogiéndose de hombros—. Segismundo estaba en el trono.

Trabajarían en paralelo, dijo el maestro: Peter empezaría con el Génesis y Hans con Jueces. El texto de referencia era el de las páginas rasgadas de la pequeña Biblia parisina manuscrita. El escriba que la había hecho había utilizado todas las estratagemas posibles para acortar las palabras y apretar todo lo posible el texto. A veces Peter tenía que devanarse la cabeza para averiguar a qué palabra se refería cierta abreviatura, y eso que tenía experiencia... Para Hans era un horror puro y duro: «Ex... audio, ex... animo, ex... amino del demonio...», mascullaba, los labios sobresaliendo del esfuerzo. Peter sufría por su amigo; pero ¿cómo ayudarlo sin dar la impresión de presumir de su propia destreza? Se le ocurrió volverse de vez en cuando para preguntarle qué palabra pensaba él que ponía. Hans gruñía y escupía en la lata que siempre tenía a tal efecto bajo los pies. ¿Cómo demonios iba a saberlo él, si era un galimatías para Manos Bonitas? Peter decidió entonces escribir una lista con las palabras más comunes y sus típicas abreviaturas; la consultaba con mucho teatro y le pedía a Hans que echara un vistazo a sus líneas. Hallaron así la forma de elegir entre ambos las formulaciones acertadas y componer líneas ni muy separadas ni muy pegadas.

Lo hicieron *seriatum*, página por página. Peter nunca había leído así las Escrituras, de la primera palabra de cada capítulo a la última, la Historia Sagrada desmadejándose en sus manos. Le fascinaba ser él quien pusiera esas palabras sobre la piel y el papel. La forma física se la daban entre Gutenberg, Hans y él: moldeaban la Palabra encarnada. Peter se detenía a veces a contemplar a su amigo arrugado mientras bregaban en las componedoras, y le preguntaba al Señor cómo era posible que semejante tarea hubiera recaído en dos hombres tan dispares.

Si copiar un manuscrito era rezar, entonces aquello era proclamar los Salmos a los cuatro vientos. A cada día que pasaba se acrecentaba en él la sensación de azoramiento y asombro. «¿Por qué, oh, Señor, habéis puesto tal don en estas pobres manos?».

No podía ser solo por una cuestión estética, ni siquiera simplemente por multiplicar Sus enseñanzas. Peter creía que Dios había enviado Su palabra, igual que en otro tiempo lo hizo con Su hijo, para purgar el mundo corrupto y descarriado en que vivían. ¿No era ese el mensaje claro del Evangelio según San Juan? «*In principio erat Verbum*»: al principio fue el Verbo, la palabra que lanzarían ahora, una red infinita de letras relucientes arrojada por ese gran Pescador entre los hombres.

Y cuando se preguntaba por qué ese milagro había acontecido en Maguncia, la respuesta se le aparecía con la misma claridad: era un regalo para la ciudad de San Martín, el santo que desgarró su manto en dos para arropar a un mendigo. Era, por lo tanto, para toda la humanidad: tanto para el humilde como para el rico.



Por supuesto los testamentos están llenos de obstáculos. Desde el momento en que la tentación levantó su cabeza de sierpe en el Edén, Dios sometió a su criatura a continuas pruebas para que le demostrara su fe. Ocurrió lo mismo en el *Humbrechthof* en cuanto se embarcaron en la aventura; al cabo de una semana ya habían empezado las complicaciones.

Las hojas eran tan grandes y difíciles de manejar que volaban y se caían. Si se desplazaban por un pelo, se torcían al bajar el bastidor sobre la *forme*. Sudando la gota gorda, Ruppel estuvo a punto de perder la mano la primera vez que quiso enderezar una que se había ladeado; se apartó justo a tiempo. Gutenberg no lo dejaba ni a sol ni a sombra para arengarle y maldecirlo cada vez que malgastaba una página, amenazándole incluso con restársela del sueldo. Recogía las que salían mal y las contaba una y otra vez, con unos ojos que daban miedo. Media docena, por los clavos de Cristo, una fortuna del demonio. Estaba echando humo cuando pegó un grito para que hicieran un alto.

—Clavad otra media docena de alfileres en esa puñetera cruz.

Ruppel obedeció, y consiguieron así que el papel se escurriera menos, aunque, al mismo tiempo, ralentizaba la impresión. Todas las noches el maestro reunía esas páginas desperdiciadas y las contaba amargamente antes de dejarles ir. Por suerte la mayoría de las que malgastaban eran en papel y no en piel; la primera vez que el prensista y el entintador desaprovecharon una hoja de vitela, el maestro fue hacia ellos, se la arrancó de las manos a Keffer y la enrolló para golpearlo con ella. Después la dejó como si fuera un bicho muerto en la caja de las hojas desperdiciadas.

Tampoco la tinta del maestro, pegajosa y reluciente, conservaba la forma en aquel horno de finales de verano. Cuanto más avanzaba el día, más se fundía en una pasta que o dejaba borrones en las letras o se corría por los lados. Aunque Gutenberg redujo el aceite e hizo traer más agentes secadores, siguió corriéndose. Les dijo entonces que tendrían que trabajar con la fresca de la noche, y maldijo entonces por el gasto adicional en velas.

Así y todo, las páginas se secaban y se encogían antes de poder imprimir por el

otro lado; tenían que volver a humedecerlas, tímidamente, y rezar por que conservaran la forma. Por supuesto, no podían poner las páginas impresas unas encima de otras, por miedo a que se mancharan de tinta. Peter aún recuerda cómo se tambaleaba el joven Wiegand ante la cuerda de tender, con los brazos en alto y los dedos de los pies tanteando la escalera. Las páginas colgaban por encima de sus cabezas, y se mecían y susurraban cuando el maestro pasaba por delante como una exhalación: una bandada de grandes gaviotas blancas que los intimidaba desde arriba, con penetrantes marcas negras a ambos lados.

Gutenberg era un borrón en constante movimiento, yendo y viniendo de la forja a la prensa, de vuelta al libro maestro sobre su mesa, azuzando, figgando y tirándose de los labios y la barba. Era el único que se movía; los demás estaban encadenados a sus respectivos puestos. Fust solo aparecía por las noches, cuando la cuadrilla empezaba el turno nocturno; el maestro, en cambio, siempre estaba: no parecía irse nunca, ni siquiera a comer o dormir. No había momento —despiertos o durmiendo, arriba o abajo— en que se librarán de él, de sus ojos vidriosos y su presencia oscura y opresiva.

Y aun así la cosa avanzaba a paso de tortuga. Pasó una semana, y luego diez días, y lo más que habían conseguido eran las tres primeras páginas del prólogo de san Jerónimo. Tendrían que imprimir dos docenas de copias más de cada página para compensar el despilfarro. Llegaron entonces a las tres semanas, a mediados de septiembre. No quedaba mucho para *Michaelmas* y solo tenían seis páginas de un libro que rondaba las mil cuatrocientas. A ese ritmo, dijo Hans mordiéndose el labio, aun tirando por lo bajo, tardarían siete años.

A Fust se le llenó la cara de manchas, mientras que la del maestro se ennegreció. Observaban a la cuadrilla como perros rabiosos: cuanto más los miraban, más se caían los tampones de entintar y más papel se desperdiciaba. A Peter le daba pena por Ruppel y Keffer; notaba el miedo que tenían a equivocarse y el nervio en la barriga. Hans y él tampoco se salvaban: ¡pobre del que hiciera un error de composición, si el maestro lo encontraba impreso! «¡Efe!», aullaba, o «¡Eme!» y alargaba una mano como un rayo para sacar la letra infractora. Cuando alguno de los dos se acercaban con la letra sustituta, se encogían al ver la rechazada pasar silbando a su lado. Gutenberg no hacía ni el más mínimo esfuerzo por controlar su temperamento, refunfuñando, gritando, maldiciendo y lanzando los puños al aire. Pústulas con patas, cretinos, canallas malnacidos, secuaces de Satanás: no se guardaba ningún improperio. Al parecer, no había dejado margen para tales errores..., y ese, según Peter, fue el mayor error del maestro.

Habían diseñado el libro para ahorrar papel. No habían dejado espacio para mucho adorno; todas las líneas estaban calculadas al dedillo, para aprovechar al máximo cada bala de papel, que pagaban, por supuesto, gracias a la nueva inyección de capital de Fust; había pedido prestado no solo para el material sino también para el sueldo, el alojamiento y la pensión de los trabajadores. No había que ser muy listo

para ver cómo aumentaban las hojas malgastadas y la tensión correspondiente en las mandíbulas de los socios. Estaban en juego sumas ingentes, todos lo sabían; el maestro había gastado con frugalidad pero sin cortarse. Peter estaba seguro de que ningún otro hombre vivo había encargado antes diez balas enteras de papel y cinco mil pieles de carnero de una sola tacada.

Solía preguntarse qué pensarían esos ganaderos y esos fabricantes de papel. Seguramente en Suabia habría sobreabundancia de piernas de ternera y carnero, se dijo. Los ganaderos no habían visto en su vida tales cantidades, semejantes promesas de florines. Tenían que preguntarse la razón, y en voz alta: aunque, por lo que decía, Fust estaba satisfecho con la discreción del cofrade mayor de los matarifes. No había forastero que llegara a Maguncia que no fuera bienvenido a la taberna de alguna hermandad —e invitado discretamente, a cuenta de Fust—, y al que no le dijeran que no voceara sus asuntos por ahí.

Aunque no era fácil de ver, el anillo que los rodeaba estaba ahí. Cuando empezó la cosecha, encontraron jarras con la última prensa de las uvas en los escalones de granito de la entrada. Alguien les dejó grandes hogazas de pan redondo, miel y panceta en una cesta junto a la puerta del callejón. Debían de haber pasado dos semanas cuando Peter se fijó en que había ramitas de artemisa remetidas entre los aleros y una corona de romero colgada del portal del patio. Los hombres de Maguncia tenían los labios sellados y las mujeres colgaban sus talismanes para ahuyentar los males: el Señor los vigilaba desde los Cielos.

* * *

Pasó un mes antes de que Fust anunciara con cara de pocos amigos que tenían que encontrar un método más rápido. A la mañana siguiente el maestro llamó con la mano a Peter en cuanto apareció por la puerta. Gutenberg estaba en su taburete, ante la mesa llena de recortes irregulares de impresiones. Empezó a hablar antes de que el escriba pudiera oírlo:

—... Con más líneas. —Blandió una pobre hoja malgastada—. Mete más palabras. —Peter vio que había pegado una línea más debajo de cada columna torcida—. No me mires así. —Las cejas del maestro se erizaron—. Hazlo sin rechistar.

Mudo, Peter cogió la hoja. Una vez en la sala de composición, se dirigió a la platina de granito donde estaba la segunda página del Génesis. Justo el día anterior habían impreso la primera página real de las Escrituras. La rabia hizo que le temblaran los dedos mientras desataba el bramante, quitaba la línea de arriba de la segunda columna y la colocaba al final de la primera. El día anterior había sentido que el corazón le trinaba mientras componía: se había maravillado ante aquel perfeccionamiento de la forma de la creación y había reído al pensar que componía la

palabra «ballena» sin haber visto nunca ninguna. Y resultaba que ahora el loco aquel tenía pensado estropear esa simetría perfecta... Con las mandíbulas contraídas, compuso las siguientes dos líneas para rellenar el pie de la columna de la derecha. La ató y se la llevó a Keffer.

—Una blasfemia —murmuró, pero los pelos de la nuca se le erizaron al comprender que tenía al maestro detrás.

—Nadie dijo que tuviera que gustarte —gruñó Gutenberg en respuesta.

Siguió con la cantinela incluso cuando Peter volvió al lado de Hans, a los taburetes de componer. Se ahorrarían el precio de un libro entero, dijo. Si no aprendían con la práctica, recortando costes, jamás llegarían a los Salmos. Ya habían superado en gastos todos los cálculos. Peter sintió que se le acababa la paciencia y se dijo: «Tenemos que vencer a esta bestia antes de que acabe con todos nosotros».

Apenas había empezado la imprenta a troquelar esas cuarenta y una líneas, cuando Gutenberg volvió a la carga, como una pesadilla. Su larga nariz asomó por la apertura que hacía las veces de puerta.

—Podemos meter más. Estoy convencido. Podemos ganar más espacio.

Peter apretó los dientes para no maldecir en voz alta.

—Destruiréis la página. La proporción áurea se perderá. —Sacudió la cabeza, indiferente ya—. El texto va a quedar tan apretado que va a parecer una Biblia de segunda. —Señaló con la mano las hojas manuscritas y comprimidas de las que copiaban la composición.

El maestro, sin embargo, dio media vuelta y desapareció.

Al cabo de una hora Wiegand mandó llamar a Peter.

—El maestro quiere verte arriba.

Gutenberg y Fust estaban de pie delante de la gran mesa de roble, ambos con el ceño fruncido ante dos hojas dispuestas lado a lado. Su padre lo miró fijamente, sus brazos rígidos en la espalda.

—Tengo entendido que te has negado a añadir otra línea. —Su rostro era de gravedad.

—Sería un desastre, destrozaríamos la página.

Gutenberg puso una mano manchada sobre el texto.

—Entonces, según tú, esta forma es sagrada... —Peter asintió sucintamente. El maestro dejó caer la mano y miró al vacío—. Tiene que haber otra manera.

Primero clavó sus ojos oscuros en Fust y luego en Peter.

—Mecánica —le suplicó al hombre de su derecha—. Piensa en la mecánica. ¿Qué otra forma hay de ganar espacio en la página? —hablaba con voz cantarina, como un maestro de latín.

Peter frunció el ceño y se esforzó por ver con la mirada interior. Al principio vio borroso pero luego todo se despejó y captó lo que quería decir el otro.

—Quitando. —El maestro esperó—. Quitando de otro lugar... ¿entre líneas?

—Así lo veo yo, sí. —La cara arrugada y gris empezó a esbozar una sonrisa.

La cuadrilla se vio de esta forma pasando días y semanas miserables en la labor soporífera de limar las letras. Los tipos se vaciaron a partir de los vástagos ligeramente más anchos que habían hecho para el primer misal abortado. Le quitaron un poco por arriba y un poco por abajo, y redujeron así el espacio entre líneas. Les llevó tres semanas de refunfuños continuos por parte de los hombres. Incluso a Ruppel, que tenía unas manos como jamones, lo obligaron a blandir la lima. Ingratos, rezongaba el maestro: mejor sin dedos que muertos de hambre. Cuando hubieron cepillado suficientes tipos para la página siguiente, Peter la compuso y Ruppel sacó la prueba.

Ya mientras la componía sintió los malos augurios. El propio texto hablaba de la caída en desgracia por culpa del orgullo y la avaricia, y de la expulsión del hombre del Edén; y pese a todo la perfidia humana proseguía, y Caín mataba a Abel. Peter cogió la prueba impresa de manos de Ruppel con el corazón atribulado.

Así y todo, maravillas de la vida, cuando puso la prueba al lado de la anterior, no se notaba la diferencia. E incluso para su ojo de escriba aquella segunda página, pese a su relato trágico, era más hermosa que la que tenía al lado. El texto estaba más ceñido, más negro, y parecía más una enérgica malla que unas viñas espaciadas. Peter lo miró con cierta incredulidad. Levantó la vista y se topó con los ojos del maestro.

—¿Cómo lo sabíais?

—Ajá. Fe ciega. —Lo miró con su sonrisita de cachorrillo—. Recortaremos el papel en una décima parte.

Tenía los pozos bajo los ojos oscurecidos de tanto limar y tanto cansancio, pues también él había estado trabajando codo con codo con ellos. Cualquiera que viniera de fuera lo habría creído demente. Y aun así había método en su locura, tuvo que admitir Peter a regañadientes. La desesperación no entraba dentro de sus planes: ni siquiera la dejaba asomar en la sala. El maestro seguía azuzando, sondeando, apretando las tuercas: casi parecía disfrutar de cómo se le complicaba y se le resistía el asunto. Tenía más paciencia con los inconvenientes que con la gente, eso era obvio: pero aun así había cosas sagradas y cosas prescindibles. Peter lo aprendió de él, por su cuenta, cuando llegó la hora de imprimir las líneas rojas por separado.

Fust estaba loco por ver impresas esas rúbricas. Sus clientes se quedarían maravillados cuando comprendieran que no estaban entintadas con pluma sino impresas. El maestro en persona había mezclado la tinta carmesí: aceite de linaza cocido para barnizar, mezclado con cobre y cinabrio en polvo y una pizca de carbonato de plomo. Daba un rojo anaranjado muy luminoso. El aceite era esencial; Fust asintió: había visto ese destello revelador en los nuevos cuadros flamencos de la feria. Se fue entonces a la *Kaufhaus*, murmurando para sus adentros, mientras los demás se quedaban haciendo la *forme*.

Al principio Dios les sonrió. Las líneas rojas con las que empezaba el prólogo de san Jerónimo se imprimieron a la perfección. Era muy simple: coronaban la columna. La segunda línea roja, sin embargo, estaba a la mitad de la carilla siguiente. Peter lo

midió todo e intentó colocarla en su sitio. Probaron, reajustaron, movieron la línea hacia arriba, a la derecha, a la izquierda. Cada vez que despegaban la hoja de prueba maldecían y volvían a desplazarla. A veces se superponía a lo negro, a veces se salía del margen. Tuvieron que hacer seis intentos —seis hojas malgastadas, un cuarto de florín— para que la dichosa línea quedase bien.

Gutenberg se pasó el rato contemplando —en silencio por una vez en su vida—, los ojos entornados en meras rendijas. Estaba dejándoles que se estrellasen solos, pensó amargado Peter. Al final tuvo que recomponer la maldita columna y quitar las líneas que ya habían impreso en negro. Ciento treinta y cinco líneas rojas pasaron por la imprenta ese segundo día del demonio, que duró hasta bien entrada la noche.

Fust había entrado a mitad del proceso y se había ido; Gutenberg tampoco quiso decir nada hasta que terminasen las pruebas. Eran las diez pasadas cuando Peter colgó el mandil. Wiegand le había informado de que el maestro quería verlo arriba. El muchacho salió disparado, seguramente para ir en busca de Fust. Se lavó tranquilamente el escarlata de las manos y arrastró el cuerpo por los escalones.

El maestro estaba en la ventana mirando a la calle que daba a la sinagoga. Asintió sin más.

—Vamos a esperarlo.

Peter se sentó. Le rugía el estómago. Al rato el maestro fue a sentarse a su lado de la mesa.

—Has hecho lo que has podido. —Tenía la voz tranquila, sin inflexión alguna.

Peter hizo un gesto de disgusto.

—Sin éxito.

—El éxito no entra siempre en la ecuación. Tiempo invertido más materiales igual al coste auténtico.

En ese momento oyeron los pasos de Fust por las escaleras. Gutenberg miró a Peter detenidamente, como si calibrara algo. Cuando apareció el otro, empezó a hablar.

—El rojo tiene que desaparecer o nos arruinará a todos, o nos matará..., o ambas cosas.

En la cara de Fust cundió el desánimo. Sus ojos se vaciaron de vida mientras miraba por turnos a su socio y a su hijo. Se acercó adonde estaban esperándolo las hojas.

—Esta tiene una pinta estupenda. —Hojeó por encima el montón—. Y esta, y esta.

Volvió a levantar la vista, más allá de la cabeza del impresor, en busca de la mirada de su hijo.

—Las que han salido bien no llegan ni a la mitad —respondió secamente el maestro—. Nos ha llevado dos días y ¿cuántas..., diez, quince hojas desperdiciadas?

También él se volvió para posar los ojos en su componedor principal.

Peter intentó enderezarse en la silla. Le dolían los ojos, los dedos, la espalda. Pero

lo que más daño le hacía era haber fracasado. Alargó la mano para acercarse a una página e intentó sacudirse la oscuridad que sentía.

—Un calvario —dijo casi para sí. Miró a Gutenberg y asintió mínimamente. No era capaz de mirar a su padre a los ojos.

—No podemos recomponer cada página, ni construir otra prensa solo para el rojo. —La voz del maestro se había suavizado. Hasta él era consciente de que sería un palo para Fust—. Lo más sensato es dejarlo estar.

Peter notó que su padre se ponía rígido. Levantó la cabeza y vio que Fust sacudía la suya.

—Teníamos un acuerdo.

No le cabía duda, le dijo entonces Fust a Gutenberg, de que era cuestión de darle más vueltas, meditarlo un poco más.

—Se suponía que sería la guinda del pastel.

—«Quien contra toda esperanza creía en esperanzas» —le respondió el maestro—. Ya me gustaría a mí que no fuera así. —Le tendió una mano a su socio.

Pero Fust se había vuelto bruscamente hacia el hijo.

—No puedo creer que estés de acuerdo.

—Hacer solo esas líneas nos ha llevado dieciséis horas. —Le dolía pero no veía otra alternativa—. No sé cómo..., por mucho que me pese.

Fust se quedó mirando a uno y a otro un rato largo: del maestro al aprendiz, ambos igual de mugrientos y cansados.

—Nos costaría el tiempo que habíamos ganado —explicó el maestro—. Hay una rúbrica cada tres o cuatro páginas.

—Eso lo sabíamos desde el principio. —Fust tenía la boca arrugada y los ojos más grises que azules. La mirada que le lanzó al hijo fue como un puntapié—. Creía que teníamos pensado hacer algo hermoso y extraordinario —dijo, y dejó la página en la mesa. Más perfecto de lo que podría llegar a ser el manuscrito más perfecto.

Fust escrutó a ambos con ojos amargos, como si hubieran creado una hermandad satánica contra él.

—Tenemos que ganar más velocidad. —Gutenberg se acercó a su socio—. Oye bien lo que te digo —añadió—, a esta velocidad nos llevaría dos meses cada mano. Me parece a mí que necesitamos otro hombre.

Fust torció la boca y rio amargamente. Era un sonido forzado, desagradable.

—Primero me pegáis y luego me desvalijáis.

OFICIALES

3 manos de 65.

Diciembre de 1452.

Legó la temporada de adviento y, con ella, el alivio y el calor de los hogares y las velas, la hora de acercarse a la comunión de Cristo. Peter había estado cortejando a Anna todo ese otoño, e iba a pasear con ella mientras los hombres casados de Maguncia dormían la mona del almuerzo dominical. Le tiraba una piedrecita a la ventana, se escabullían por las callejuelas y paseaban entre las ramas desnudas del cerezal. Cuando empezaba a hacer fresco se metían en una capilla vacía y se calentaban en alguna banca del fondo. Al poco tiempo ella le pidió que le leyera; le llevaba libros xilográficos que coleccionaba por sus imágenes. Aunque no eran gran cosa, escuchaba absorta mientras le leía el mensaje de salvación. En la oscuridad buscaba otros versos, salmos que había aprendido de memoria y le hacía repasar las palabras con sus bonitos dedos fríos.

Se le ocurrió lo que podía regalarle por la Natividad de Cristo. Hizo un librito de historias que debía conocer y lo redactó en su cursiva más legible: la parábola del rico epulón y el pobre; la resurrección de Lázaro; el *Pater Noster* y los salmos favoritos de Anna. Todavía conserva el libro, guardado en un pequeño cofre dentro de su nueva mansión en Fráncfort. Sigue viendo su cara resplandeciente y cómo, al dárselo, entrelazó las manos, maravillada. «Los cielos proclaman la gloria de Dios; el firmamento revela la obra de sus manos».

También ella le hizo un regalo de su propia confección. Le pintó un retrato de san Pedro en las puertas del cielo, pero con la barba castaña de Peter y su cara sobria y alargada. «Qué herejía», le dijo riendo, y se llevó los dedos de la chica a la boca. Aunque se encontraban en secreto, los padres debían de estar al tanto. Al cabo de unos meses Klaus lo arrinconó y le preguntó sin más rodeos cuáles eran sus intenciones. El matrimonio, contestó Peter, y Klaus frunció el ceño y se mesó la espesa barba que tenía. Ambos sabían que Fust no lo aprobaría sin presentar batalla.

Peter esperó el momento oportuno pero el humor de su padre no mejoraba. Seguía estando enfadado por las líneas rojas que había perdido..., además de contrariado por la velocidad a la que se fundían sus florines. Pagaban tributos a los carpinteros, los herreros, los curtidores, los carniceros, los panaderos y los cerveceros, aunque se negó en redondo a untar a los iluminadores que trabajaban codo con codo con los

escribas. No era un cerdo al que pudieran sangrar sin más, gruñó... Pero entonces llegó el nuevo, otra boca a la que pagar, alimentar y alojar.

Era originario de Alsacia, como los demás, aunque, a Dios gracias, Johann Mentelin no era herrero. A Peter le complació saber que había sido escribano en el obispado de Estrasburgo. Tampoco era un simple notario: estaba especializado en dorar letras y tenía una caligrafía fluida. ¿Cómo diablos lo habría seducido Gutenberg?, se preguntó Peter entre dientes mientras los demás lo saludaban. Hans sacudió su frente arrugada y se limitó a reír.

El nuevo cajista juró guardar secreto sobre la primera página de su Biblia. Una suma de dinero pasó por la mano del maestro: la tarifa de instrucción que Mentelin pagaría mitad en el día de San Juan Bautista, mitad en el de la Solemnidad de María. Su llegada subió el nivel de la conversación del taller. Tenía un latín impecable; había estudiado en Erfurt varios años antes que Peter. A mediodía inclinaba su cabeza pelirroja y recitaba las Escrituras con los ojos cerrados, a partir del libro memorizado en su cabeza. Las bromas, por supuesto, no faltaron, procaces, cuando el maestro le dijo por dónde empezar: seguiría la composición donde el libro se partía en un segundo volumen: los Proverbios, seguido del *Canticum Canticorum*, el calenturiento y locamente amoroso Cantar de los Cantares.

Esa primera Navidad fueron nueve a la mesa de Fust: el maestro, los aprendices y oficiales y los muchachos que les hacían de mozos para todo. Su padre los había reunido para celebrar la festividad de los Tres Patriarcas, esos hebreos de fe inmaculada e inquebrantable. Aquella comida, servida en un tablero sobre caballetes, era para festejar el primer año completo de trabajo común, declaró. Los obreros habían hecho una excepción y se habían bañado. Los ojos se les pusieron como platos al ver el largo tablero cubierto de encaje flamenco y las llamas de cera de abeja reflejadas en los platos de plata. Piernas de cerdo con cerezas, patos con salvia en el pico amarillo, montañas de verduras y tubérculos..., y eso no era nada comparado con la cantidad de *riesling* y *spätburgunder*. En otro tablero auxiliar, Grede había dispuesto un coro letal de brandis variados. El maestro se levantó, tintineó con un cuchillo en la copa y les pidió que cerraran las bocazas.

—Que hable Johann Fust —gruñó.

Ya se había tomado unas cuantas. Los hombres empezaron a estampar los pies contra el suelo. Su padre sonrió, murmuró algo al oído de Grede y se levantó.

—Ha sido un año largo pero bueno —empezó—. Progresamos lenta pero constantemente.

Repasó a todos los presentes con la mirada; al llegar a Peter se detuvo un poco y luego siguió.

El maestro se echó hacia delante e irrumpió:

—Lo que quiere decir es que hemos salido de Reyes y estamos en Proverbios. Aunque siento informaros de que Peter sigue vagando por el Edén.

Las tazas alzaron el vuelo y Keffer chilló:

—¡Eso, eso!

Peter se levantó, hizo una pequeña reverencia y alzó la suya.

—Por Johann Fust y Johann Gutenberg —chilló—, y Tubal Caín. —Al ver las miradas perplejas de los demás, se sonrió y añadió—: Hijo de Zillah, tataranieta de Caín —les aclaró y citó del Génesis—: «Artífice de toda obra de bronce y hierro».

El tamborileo de los pies de los obreros ahogó el resto de sonidos.

—Como manda la tradición, por tanto —gritó el padre por encima del bullicio—, todos tendrán su recompensa.

Gutenberg empezó a repartir regalos. A los oficiales y los aprendices fue dándoles un pequeño papel enrollado. Los jóvenes y los criados recibieron un espejo de peregrino. «Qué hombre más tacaño», pensó Peter sonriendo, antes de quitarle la cinta a su rollo. En el cuadrado de lino solo había una frase escrita con la letra desgarrada del maestro: «Para canjear, con la ayuda y la gracia del Señor, por un ejemplar de la *Biblia latina*, creada sin ayuda de pluma ni cálamo mediante un nuevo arte secreto en la ciudad dorada de Maguncia, en la Natividad del Señor, *anno 1452*».

Gutenberg tenía una sonrisa gatuna.

—Una clara señal de nuestro respeto y nuestra fe.

Qué pillo. Peter no pudo por más que reírse.

—Consideradlo un vale.

—Qué pillo. —Esa vez Peter se lo susurró a Hans—. Para tenernos más ceñidos al yugo.

—Aunque vale su peso en oro. —Hans miró detenidamente el rollo.

El maestro era realmente perverso: ofrecer el fruto cuando estaban todas las ramas desnudas y distaban mucho de florecer. Puro genio malévolos, pensó Peter: una Biblia de papel valía dos o tres veces lo que ganaba cualquier artesano en un año. Y aun así —volvió a mirar el garabato— qué belleza, qué maravilla. Se la imaginó en un atril en la casa a la que llevaría a su mujer; la vio brillar con títulos y encabezados rojos, llena de miniaturas relucientes, escrita y pintada por las manos de ambos enlazadas.

La nieve seguía cayendo en gruesos coágulos cuando salieron dando tumbos y se dirigieron al mercado de Navidad. La carpa se levantaba, naranja y luminosa, como un galeón sobre la plaza del mercado. Entraron: los puestos estaban tan pegados que los copos quedaban atrapados y se fundían por encima de sus cabezas, o bien morían siseando contra las antorchas encendidas o las ollas de las castañas. Keffer cogió a Ruppel por el cogote y lo condujo por los puestos de vidrio. Dejaron atrás juguetes de madera y caramelos y se encaminaron hacia los barriles que había a los lados. Cerca gemía un organillo; una vieja harapienta le aplastó las costillas a Peter con su taza de limosnas. Olió la hediondez de su aliento y le metió un penique en la mano. Los ricos estaban todos metidos en sus grandes mansiones adornadas con abetos, donde las velas dibujaban agujas de campanario sobre el vidrio.

Encontraron un caldero lleno de ponche de vino caliente; se bebieron el primero

de golpe y luego pidieron unos cuantos más. Mentelin, pese a su inocencia de pecoso, no tuvo mucho problema en arrearse el suyo.

—¿Y qué sigue en el programa? —berreó Peter al oído de Keffer.

—¡Primero el oro y luego la miel! —A Keffer le brillaban los rizos dorados tanto como los ojos. Le dio un codazo a Mentelin, al que le sacaba media cabeza—. Al obispo será mejor que le enseñemos cómo se hace.

La casa de juegos del mercado del lino debía estar hasta los topes. Mentelin miró por momentos a los dos fornidos herreros, Ruppel apoyado del brazo de Keffer, y le dedicó una sonrisa a Peter.

—Supongo que será mejor que mantenga a raya a estos dos.

Ruppel levantó la cabeza y trazó una curva torpe en el aire con una mano sin fuerza.

—¡Te voy a enseñar yo a ti lo que es una raya! —balbuceó.

—¿Vienes? —le preguntó Mentelin.

Peter meneó la cabeza. La noche era demasiado bonita y el vino demasiado delicioso en sus venas para meterse en un antroapestoso.

—Este tiene miel propia —aulló Keffer mientras tiraba del escriba.

Al irse, los prensistas estuvieron a punto de chocar con dos monjes que estaban desconcertados ante el espeso gentío maloliente. El daño que podían sembrar esa noche podía ser extremo. Peter seguía riéndose al volverse hacia Hans, que meneaba la cabeza, cuando alguien lo cogió del brazo.

—Casi no os reconozco —dijo una voz baja y desagradable.

Peter se obligó a concentrarse y maldijo la bebida que le nublabla la vista.

—¿Os han dejado salir para espiar la sede del pecado? —le preguntó con desgana.

Le dio un abrazo a Petrus Heilant con una sonrisa forzada. El escriba lo miró con ojos arteros y saludó a Hans con la cabeza; no conocía al monje que lo acompañaba.

—Es lo mejor para combatirlo —contestó secamente Heilant, que levantó la mano derecha para trazar una cruz irónica ante sus ojos—. ¿Qué, ahogando las penas como esos brutos que a punto han estado de aplastarnos? —Arqueó una ceja y miró hacia atrás, pero la muchedumbre ya se había tragado a los otros tres—. Vaya amigos que tenéis.

—Ya se sabe, el que nace herrero... —dijo Peter encogiéndose de hombros—. Esta noche ha salido la mitad del taller de mi tío.

Heilant se le quedó mirando un instante más de la cuenta con una sonrisa que a Peter no le gustó. Agachó la cabeza y se despidió:

—Pues nada, os dejo con vuestros asuntos y espero veros por entornos más... saludables.

Se alejaron y Peter se quedó mirándolos el tiempo suficiente para ver cómo Heilant se volvía por un momento, con cara de elucubración, antes de fingir que estaba mirando los puestos.

—Un metomentodo.

El viejo herrero asintió.

—No sé cómo puedes darle a alguien así ni la hora.

—Conoce a tu enemigo —dijo Peter camino del puesto del vino.

Devolvieron las tazas, cogieron el penique de fianza y retomaron el paseo. De vez en cuando se detenían a mirar más detenidamente un reloj, una piel, un molinillo o una gorra con plumas. Al final, como por instinto, acabaron en los puestos de los orfebres, junto a la capilla de la Virgen María. Al otro lado de la plaza las columnas de la casa de la moneda estaban débilmente iluminadas, pero los herreros habían puesto allí las casetas donde vendían mercancía durante todo el fulgor del año. Los estantes de los Windecke estaban tapizados en terciopelo carmesí y llenos de joyas que relucían con piedras semipreciosas. A ambos lados había un herrero adusto, con una daga en el cinto. En la tienda de Jakob vendían copas de plata, calentaplatos de cobre, candelabros y apliques, en tres hileras superpuestas con lana de oveja por debajo. Al lado, el puesto de Gottholt estaba repleto de cubertería mientras que el de Isenmenger estaba dedicado a las ollas de hierro, las pinzas y las tenazas.

Hans se inclinó para examinar un anillo y Peter le preguntó:

—¿Alguna vez lo echas de menos?

—De vez en cuando. —Dejó el anillo en su sitio—. Pero el oro tiene sus límites.

—Prefieres coquetear con el plomo.

—Aunque no sé qué podría comprar con él. —Hans se encogió de hombros.

—¿Entonces te quedarás con tu ejemplar? —Peter supuso que los demás venderían sus Biblias en cuanto acabaran.

Hans se pasó la lengua por los dientes y sacudió la cabeza.

—No vendas la piel antes de cazar el oso.

—Buen consejo.

—Aunque no es que Henne lo siga. —Hans sonrió socarrón—. Siempre se adelanta a los acontecimientos.

Había llamado al maestro por un nombre que ninguna persona se atrevía a utilizar: lo conocía más íntimamente que nadie, se dijo Peter. Un ratón pasó corriendo por un pasillo. ¿Era eso lo que ocurrió hacía tiempo, aquello que había dicho tiempo atrás... sobre profanar tumbas?, preguntó con cautela.

Hans miró rápidamente a ambos lados. Señaló hacia delante con la cabeza y Peter lo siguió al rincón más oscuro del mercado.

—Esto no sale de aquí —le dijo, y Peter asintió. Una sonrisa iluminó brevemente la cara arrugada del herrero—. Fue un espectáculo, eso te lo puedo asegurar. Acabé ante un juez, no te digo más. —Volvió al tono serio—. Pero fue todo culpa de la avaricia. El caso es que tenía unos socios, dos colegas llamados Andreas..., para el tema de los espejos. Por entonces ya me tenía tallando letras, una a una. —Hans hizo una mueca, como si estuviera dándole vueltas por dentro al asunto—. El caso es que pusieron un buen puñado de dinero para entrar en el negocio. Pero entonces uno de

los desdichados contrajo la peste. Tendrías que haber visto al maestro diciéndole a Lorenz que corriera a todo trapo y cogiera las *formes* y que bajo ningún concepto tocara a ese hombre. —Sonrió—. Siempre le ha tenido un miedo horrible a la viruela y a la peste.

—Y poco le faltó para profanar tumbas —murmuró Peter.

—El hermano del muerto fue a buscarlo armado hasta los dientes. El muy ladrón intentó quedarse con la parte de su hermano. Llamó a la justicia, a testigos, todo el percal..., aunque no le valió de mucho. —Hans sacudió la cabeza—. El maestro le ganó justamente; estaba todo en el contrato.

—Pero aun así no se quedó en Estrasburgo.

—Recuerda que también teníamos que salvar el pellejo de los de Armañac.

Volvieron por donde habían venido. Al pasar por delante del último puesto, un cáliz llamó la atención del orfebre, que lo cogió y pasó un dedo por la base cuadrada y rebordeada.

—Demasiado tosco —dijo entre dientes.

—Seguro que tú lo harías mejor.

No cabía duda de que Hans habría llegado a maestro de no haber seguido a Gutenberg: se había conformado en cambio con seguir de oficial. Devolvió el cáliz a su sitio, miró con desdén los anillos, sencillas alianzas de oro y otros hechos de cintas trenzadas.

—En mi época había que hacer engastes —dijo alejándose del puesto.

Pero eran piezas hechas por oficiales, no *Meisterwerks*. En Maguncia, como en Estrasburgo, los oficiales tenían que engarzar una piedra biselada, hacer un cuenco de plata o, al menos, grabar el interior de una alianza si querían ganarse el rango de maestro.

—Me habría gustado verlo —comentó Peter.

Hans, con gesto reflexivo, se llevó una mano al pecho.

—Vale —contestó y empezó a alejarse a paso rápido del mercado.

—Yo no quería... —dijo Peter mientras le seguía los pasos, pero Hans se limitó a hacerlo callar al tiempo que se internaba a grandes zancadas por la calle.

El aire era más frío y la nieve apenas estaba pisada. Hans se metió una mano en el jubón de cuero y sacó un paquetito envuelto en seda; lo abrió, se lo puso a la altura de la boca, sopló y luego lo frotó contra la manga antes de dárselo a Peter.

A la luz del recorte de luna que había, vio que era una alianza de mujer, en oro trenzado y con una gran piedra oscura engarzada. Estaba demasiado oscuro para distinguir el color. Aunque tenía los ojos en el anillo, Peter vio en su mirada que en realidad los tenía puestos en la mano que en otros tiempos honró.

—La hice hace diecinueve años. —Hablaba en voz baja—. Podría haber abierto mi propio taller en Espira o Colonia. Pero le tenía el ojo puesto a una chica de Estrasburgo. Las cosas de la vida...

Volvió a coger el anillo y lo puso a la luz. Por encima había velas en las ventanas

estrechas del hospicio del Espíritu Santo, y las criaturas retorcidas de los canalones arrojaban extrañas sombras sobre la piedra. Hans se encogió de hombros.

—Así fue como acabé trabajando para el lunático este y amasé una fortuna de oro inútil.

—¿Por qué inútil? —le preguntó Peter.

—Habíamos pensado comprar una granja. —Hans envolvió el anillo y se lo guardó.

—Lo siento.

Hans hizo un pequeño gesto con la cabeza.

—Ya hace tiempo que sus almas descansan con Dios. Murió en el parto, ella y la criatura.

Peter le puso una mano en el hombro.

—Rezaré por ellos.

—Es esta época del año. Fue todo en estas fechas.

Peter quiso decirle que él también había perdido a su madre. Pero él estaba allí, vivito y coleando, un adulto ya.

Se dirigieron a paso lento hacia el *Humbrechthof*, pasada la cofradía de los abaceros, que estaba decorada con banderines por el nacimiento sagrado, y los talleres cerrados de los plomeros y los cordeleros. El viento arreciaba desde la garganta del río, empujando todas las nubes de nieve hacia el sur. Por encima había franjas de negro intenso y estrellas. Ambos iban mirando hacia el frente sin hacer caso de la nieve que pisaban. Sin embargo, ahora, años después, al mirar atrás, Peter ve la forma en que divergían sus caminos. Cada uno se fue por su lado a terminar la fiesta en su propia iglesia: Hans se reuniría con el maestro en San Cristóbal mientras Peter lo haría con los Fust en San Quintín.

PÁRAMO

4,5 manos de 65.

Enero-febrero de 1453.

La tarea que tenían entre manos era tan insulsa e infinita como los campos en invierno. En cinco meses apenas habían hecho una muesca: menos de la décima parte de las mil doscientas ochenta páginas que tenían que componer e imprimir. Medio congelados, fueron pasando a duras penas los días y las noches, alelados por la ventisca: las páginas blancas subían y bajaban y volvían a subir para asentar las líneas en el secado.

Gutenberg pasaba horas inmóvil encaramado en su taburete, envuelto con la capa hasta la barbilla, la larga barba oculta a la vista. Daba la extraña sensación de ser una lechuza: lo más que sobresalía era su insólita mata de pelo, que rotaba mientras vigilaba el más mínimo movimiento. La cabeza daba un respingo y todo su cuerpo se cimbrea a un ritmo extraño mientras contaba. Medía la producción de cada hombre: las líneas por hora, las páginas que pasaban cada día por la imprenta; el tiempo que llevaba trasladar una *forme* de la platina a la prensa, y vuelta a empezar; el tiempo entre la impresión de una página y la posterior composición para imprimir la siguiente. Le había encargado a Lorenz que trajera un pequeño reloj de latón que daba las horas y los minutos bajo su atenta mirada, mientras garabateaba con la pluma anotando cada movimiento de cada mano.

Pasada una semana, dio su dictamen. Iban a necesitar otra imprenta. Keffer se encargaría de ella y harían falta otros dos hombres para aplicar la tinta, así como uno o dos mozos más. Las cantidades de tipos y tintas se doblarían. Fust, angustiado por la lentitud del trabajo, le había dado su consentimiento sin poner muchas pegas. Los martillos empezaron a batir y llegaron dos otros entintadores, un tal Götz, de Schlettstadt, y otro Hans, de Espira. Ruppel y Keffer tuvieron así cada uno su imprenta con su entintador y su aprendiz. Wiegand y otros dos hombres se encargaban de humedecer las hojas y, una vez impresas, ponerlas a secar y plegarlas. En la sala de composición, Mentelin se sentaba entre Hans y Peter.

Al principio las nuevas disposiciones ayudaron. Aumentaron el ritmo y consiguieron hacer dos páginas enteras por día, en un turno que se extendía desde el amanecer hasta bien pasado el oficio de vísperas. Pero entonces los prensistas aprendieron pronto los pormenores y consiguieron imprimir las hojas antes de que los

cajistas prepararan la siguiente. Esas horas ociosas enfurecían a Gutenberg. Chuchos de tres patas, los llamaba, tirándose de los pelos; tendrían que cambiar las cosas e imprimir las páginas de otra forma. Keffer imprimiría un *recto* por la tarde y a la mañana siguiente Ruppel haría el *verso*..., y luego viceversa. Trastocaría las tintas para que la de Keffer, con un poco más de plomo, se secara antes, porque el frío del invierno se empeñaba en humedecer las páginas. De esa forma cada imprenta haría la mitad de otra serie al día; los cajistas trabajarían más para alimentar ambas imprentas. «Santo Dios», pensaron todos, pero se limitaron a refunfuñar para sus adentros y seguir dándole al callo.

La ilusión, sin embargo, se fue desvaneciendo con el lento desvanecimiento de sus fuerzas. Quedaban un par de semanas para la cuaresma pero había sido un año malo de cereal, y solo muy de vez en cuando les preparaba *frau* Beildeck algo de carne o huevos. Intentaba mantenerlos con vida a base de purés de tubérculos y cerveza fuerte. Tampoco los ánimos del maestro habían mejorado: hacia febrero solo habían terminado seis manos. No les pagaba por holgazanear, los increpaba yendo de arriba para abajo. Si algún hombre bajaba el ritmo, se daba cuenta..., y le buscaba más trabajo.

—Y en cuanto a vosotros —aulló hacia la sala de composición—: os daría unos azotes en el culo si no los necesitase pegados a esos taburetes.

Mentelin, cándido como un niño de coro, pareció resentirse. Peter rio y respondió sin cortarse:

—Venga, y se lo digo a la cofradía.

En lugar de eso, más tarde supieron que había ido a hablar con Fust para decirle que necesitaban un par de manos más para componer.

* * *

Para entonces cada tipo había pasado por la imprenta entre treinta y cuarenta veces. Las caras empezaban a astillarse y los bordes a desgastarse. Además, los primeros que vaciaron no estaban tan bien hechos. Llegó el día en que Hans dictaminó que tenían que parar, fundirlos y hacer más. El maestro estaba en Estrasburgo para reclutar personal mientras el viejo herrero hacía las veces de capataz. Dejó que Mentelin siguiera componiendo para alimentar una imprenta; los demás no tuvieron problema en pasar las horas al lado de la forja. Era sorprendente lo aliviados que trabajaban todos sin el maestro echando fuego por la boca. Todos los hombres eran una parte —aunque aparte—, responsables de su propia tarea: igual que los escribas que escribían a pluma los manuales escolares por capítulos. En esos días Peter pensaba mucho en ese mundo que había dejado atrás. Anna no notó ninguna diferencia en él; le dolía, aunque estuviese ocultándole su vida real. La falsedad lo

atribulaba, al igual que debió de retorcer por dentro a Pedro, el discípulo, la mañana de la muerte de Cristo, cuando lo negó tres veces. Qué ducho en mentiras era ahora, pensaba Peter Schöeffer por la noche, mientras daba vueltas en su estrecho camastro.

El interludio de tranquilidad se rompió cuando el maestro volvió sin previo aviso una tarde de principios de febrero. Algunos de los hombres estaban parados, dando vueltas; Peter fundía con Götz y los muchachos estaban moliendo minerales. Todos se quedaron helados cuando entró.

—Bonita escena —dijo sacudiéndose la nieve—. Aunque no oigo ninguna prensa en acción.

Traía a un joven con él, su último fichaje, al parecer.

—Necesitábamos tipos. —Hans se limpió las manos y fue hacia él.

—Te dejé bien surtido.

—Estaban demasiado estropeados. —Peter se levantó.

—Si os pagara por pensar, os pagaría más. —Les lanzó su típica mirada de desdén y fue a contar los montones acabados—. ¿Esto es todo? Por Cristo Rey. — Señaló con el pulgar al joven—. Será mejor que le enseñéis rápido.

Ruppel le acercó un taburete y una componedora al muchacho. Hans y Peter parlamentaron en voz baja. Tendrían que fundir más letras para el nuevo a deshoras, dijo Hans, o si no, a Gutenberg le reventaría una vena.

El joven aprendiz miró al otro lado de la sala y vio que también el agotamiento había hecho mella en el maestro. Tenía la cara gris, la piel muy estirada y plegada por las comisuras convexas de la boca. Era una fatiga tan profunda que le calaba hasta los huesos: Peter conocía esa sensación. Pero en el momento no le dio mucha importancia a esos viajes que hacía Gutenberg, ni se cuestionó en qué medida se sumaban al esfuerzo. Nunca contaba a quién había ido a ver o qué había hecho: se limitaba a desaparecer y reaparecer al cabo de unos días, siempre más gris, enjuto e irritado. En el momento lo achacaron al progreso fatigoso y lento: y a la velocidad tremendamente inversa a la que aumentaban los costes. El maestro llevaba la prueba en la cara: esa barba larga y oscura que en seis meses se había vuelto de color peltre, gris mezclado con antracita y blanco.

* * *

A Peter le tocó componer las listas insulsas y soporíferas del Éxodo: proles y más proles, el linaje infinito de Abraham e Isaac. Se le mezclaban ante los ojos y se le caían de los dedos entumecidos. Aquellas generaciones que surgían de sus semillas no hacían más que encender su deseo. Llevaba ocho meses cortejando a Anna en secreto; no había vuelto ni al burdel ni a los baños. Cuando el padre Michael habló en el sermón de ese domingo de la razón recta, la *recta ratio*, hizo que algo se le

disparase en la mente; Santo Tomás de Aquino había dicho que todo hombre poseía esa línea definitoria: la brújula moral que debía guiar su vida.

Ningún hombre sabía, hasta que se erguía ante él y lo saludaba, qué camino había escogido el Señor. Ni tampoco, con todo el respeto, podía Fust decidir qué socio tener. Peter llevaba esperando largo tiempo; nunca habría una ocasión mejor.

Fue a ver a su padre a la contaduría. Se detuvo un momento en el rellano para prepararse. Desde el gran pasillo de la *Kaufhaus* llegó un zumbido constante. Llamó a la puerta y su padre ladró:

—¡Está abierto! —La cara se le relajó al instante, pasando de la irritación al alivio o algo similar—. Creía que era Koestler, que venía a timarme.

Peter sonrió y le enseñó las manos.

—¿Acaso parezco un ladrón?

El padre se enjugó la cara.

—Pasa entonces y siéntate.

Peter hizo lo propio y respiró hondo.

—He conseguido llegar al Éxodo a tiempo para la cuaresma. Y el nuevo trabaja bien.

—Estupendo. —Fust se reclinó con las manos cruzadas sobre la barriga.

—La cosa va bien encaminada.

El padre asintió, a la espera.

—Así que... creo que ha llegado la hora. Comprenderéis que odio tener que encarar esto solo.

La cara ya de por sí redonda se ensanchó en una sonrisa cómplice.

—Ah... —dijo Fust..., y luego añadió las palabras que Peter esperaba oír—: Cierto, tienes razón. —Buscó en el armario el decantador de cristal—. Y yo temiendo que vinieras de parte de Gutenberg para pedirme más oro...

—Tengo algo ahorrado.

Fust rio y le acercó la copa llena.

—Eso no importa, si la dote es buena.

—Lo que me preocupa no es la dote.

—Pues debería.

El joven hizo acopio de fuerzas.

—Quiero una compañera, no un arcón con ropa blanca.

Fust se detuvo con la copa a medio rellenar.

—Vos os casasteis con quien quisisteis —siguió Peter—. Y no mediante un contrato con un clan.

—Ya había logrado cierto estatus. —Fust tenía los ojos entornados—. Gozaba de cierta libertad al ser viudo.

—Estatus. —Peter pensó en Grede. Se obligó a conservar la voz serena—. Yo diría que un hombre puede moldear su propio estatus. Vos mismo habéis dicho que el mundo está cambiando.

Fust levantó las manos, como para callarlo.

—Tú no conoces el mundo. —Su tono era cortante.

—Lo conozco lo suficiente para salir adelante. —Peter miró los retales azules de los ojos de su padre—. Y tomar por esposa a la mujer que quiera.

—¿Que es...?

—Anna Pinzler.

La boca del padre se estiró en una línea amarga.

—Al final va a ser verdad que eres un necio.

Una oleada de pesar lo invadió con la rapidez del metal fundido y se endureció al instante en su corazón. Aquella deuda no acabaría nunca: ningún sacrificio que pudiera hacer Peter bastaría. Estaría en deuda con su padre hasta el último aliento de este. Que así fuese.

—¿Estás pidiendo mi consentimiento? —El tono de su padre era duro—. ¿O estás diciéndome simplemente que has sembrado la era y ahora tienes que cumplir con tu deber?

Peter le habría pegado de no ser porque la razón o alguna prohibición antigua contuvo el ardor que sintió por dentro.

—Me disgustan vuestras palabras —dijo cuando volvió más o menos en sí. Estaba clavándose con fuerza las uñas en las palmas—. Jamás habría esperado oír tales bajezas de vuestra boca.

—No soy yo quien debería estar avergonzado. —Su padre hinchó el pecho.

—Ahora sois vos quien me avergüenza a mí.

—Diantres, sí que eres testarudo.

Peter se levantó lentamente. Fust era alto y corpulento; la mesa estaba entre ambos. Pero no era un truhán ni un huérfano que fuese a aprender de un buen golpe: ya no.

—No pienso darte mi consentimiento. No te crie para que tires a la basura tus brillantes perspectivas.

—¿Mis perspectivas? —Peter rio amargamente—. ¿Las mías... o las vuestras? Sabéis que nunca han sido mías..., sino solo para que vos escaléis.

—Ya está bien.

—Desde luego. —Miró a Fust, que tenía la cara medio veteada por la rabia. Marcas rojas como las argollas de la viruela, pensó—. ¿Y si me voy? —Un último golpe bajo—. ¿Quién va a hacer vuestra Biblia entonces?

—Así que ahora recurras a amenazas.

—Sé lo que valgo.

—Te lo tienes muy creído.

—Ninguno dibuja ni talla como yo, y lo sabéis.

—Ningún hombre es indispensable. Ni tú ni Hans. Ni siquiera Gutenberg.

—Pero aun así no os gustaría perderme.

Fust lo miró como si fuera un extraño.

—Veo que has aprendido de él... a como morder la mano que te da de comer.

En esas, el hijo se dirigió a la puerta y miró una vez hacia atrás al poner la mano en el pomo, pero Fust se había vuelto para mirar el salón de transacciones. Peter solo vio su espalda ancha, y lo único que oyó fue aquel rugido incesante.

* * *

Esa tarde mudó sus cosas al *Humbrechthof*. No tenía mucho que llevar: las camisas, los libros y la escarcela con las cosas de escribir. Antes de irse buscó a Grede para decirle que se iba. Estaba acostando a los niños para la siesta; con un dedo en los labios, la hizo salir al pasillo.

—Quiero desposarme con Anna Pinzler. Tu marido se ha negado.

La mujer se llevó una mano a la boca y musitó:

—Santo Dios.

Peter no supo identificar la razón de su conmoción, si la elección de la novia o la reacción de Fust.

—Me voy.

Lo cogió de la mano.

—No, Peter, seguro que...

—Puedes quedarte con mi cuarto. Dormiré encima del taller.

Su amiga le apretó el brazo.

—Podrías habérmelo dicho... ¿Cómo no se te ha ocurrido pedirme ayuda? —Lo miró con sus enormes ojos negros.

—Quiere una esposa de un clan o nada —contestó bruscamente—. No quise que te lo tomaras a mal...

Grede se puso tensa.

—Tú no lo conoces como yo.

—No me cabe duda. —Peter le cogió las manos—. Lo siento, Grede.

—¿Por qué no me dejas que intente...?

Se llevó las manos a la boca y se las besó con dulzura.

—Demasiado tarde. Tendría que haberlo pensado antes. Ahora ya... —Se encogió de hombros y se fue por el largo pasillo.

* * *

El taller estaba cerrado a cal y canto, pero a Peter, como hijo de su padre, le habían concedido el privilegio de darle una llave. La sacó y entró. Keffer era el único que

estaba arriba, acurrucado y durmiendo en su camastro de paja. Abrió un ojo cuando Peter dejó sus cosas. Un gruñido, un tirón de la manta para arroparse mejor y vuelta a sus sueños agitados. Estaba todo helado, con escarcha a ambos lados de las pieles gruesas y enceradas que cubrían las ventanas.

Abajo había un corazón ardiendo entre las brasas del fuego. Peter lo avivó, le echó leña y se puso a trabajar. En el trabajo hallaba olvido; en todos aquellos meses y años la necesidad de tipos nunca se había apagado. En cada momento de ocio se dedicaba a hacer más y más, para reemplazar los que la imprenta estropeaba, formando montones cada vez más grandes para alimentar a una cuadrilla cada vez mayor.

En cierto momento de esa tarde nevosa el maestro asomó la cabeza para quejarse del gasto de combustible.

—Un paso por delante —respondió la figura de piedra junto a la forja—. Tiene más sentido dormir aquí también.

Gutenberg lo escrutó con una poblada ceja enarcada.

—Por lo menos, por tu aspecto deduzco que no comes mucho —dijo, y se fue.

Eran ciertamente las fechas de más escasez. También parecía adecuado que su expulsión de la casa de Fust llegase en la cúspide de la cuaresma: en época de ayuno.

Rellenó el hueco donde antes tenía la gratitud y el amor con estaño y plomo. Tenía la impresión de no deberle a nadie ninguna explicación. Hans sabía que era mejor no preguntar; Mentelin no se percató de nada; Keffer, aunque de buen corazón, era un payaso. Sin duda Gutenberg adivinó que había tenido unas palabras con su padre, pero no dijo nada, porque, por supuesto, le convenía tener a toda la cuadrilla bajo el mismo techo. Igual que a Peter también le pareció bien, en esa época oscura del año, encerrarse en el espacio donde siempre había vivido, arropado en pergamino, papel... y atado con letras y tinta.

* * *

No le mentiría a la cara. No era capaz. Vivía, aun así, con el temor de que Anna —inteligente y observadora como era— se enterase de que Fust la había rechazado. Nunca se le pasó por la cabeza pedirle compasión y confesarle el entuerto. Sabía perfectamente cómo respondería Pinzler: el honor le obligaría a retirarse y rechazar la propuesta de Peter. De ahí que, pese a cuidarse de no mentirle directamente, exudara engaño: iba con pies de plomo y disimulaba.

De vez en cuando iba a comer con ellos en sabbat, pero no demasiado a menudo, para que no supieran que no almorzaba en su casa. Le apaciguaba estar en aquel hogar tranquilo, viendo a Anna pintar y levantar los brazos para ayudar a la madre a aovillar las madejas. El amor trabajaba en él con mucha intensidad, mientras la

muchacha sacaba la punta de su lengüecita al pintar minuciosamente una escena en una caja de cerámica: un castillito sobre una colina esmeralda, con unos penachos rubíes ondeando al aire.

Si alguien le hubiera preguntado por qué era fiel a esa chiquilla callada, si hubiera estado dispuesto a abrir su corazón para ese tipo de inspecciones, Peter habría confesado que ella era lo único que en esa época oscura lo separaba del abismo. Lo enraizaba y lo afianzaba a la tierra. Estaba clara y fríamente más solo que nunca en su vida. Más incluso que cuando era huérfano, pues un crío no siente la ausencia sobre las espaldas. Aunque no había escogido aquella situación, era la que tenía.

Remedaba una vida ordinaria: Anna nunca supo que cuando la dejaba, no volvía a la *Haus zur Rosau*, ni tampoco adivinó que ya no oía la misa dominical en la banca de su padre, sino en la del maestro en San Cristóbal. «Dales recuerdos a tus padres», le decía antes de irse, y Peter sentía un pellizco en la barriga. Las pocas concesiones que había hecho a la ambición de Fust desaparecieron, corroídas por la bilis interior. Era culpa de su padre que tuviera que fingir una tranquilidad que no sentía; de no haber sido por el veto de su padre, podría haberse ahorrado —y a ella, de paso— aquella maraña de mentiras.

Klaus Pinzler no esperaría mucho más tiempo el apretón de manos. La única esperanza era presentarle a su padre una dote de un tamaño corriente y rezar porque lo aceptara o se resignara a la humillación. El *Handschlag* exigía un puñado de testigos; podían reunir a una pequeña congregación. Peter se imaginó la cara de su tío cuando le dejara caer que su hermano había rechazado a la hija de un artesano como nuera. Los Pinzler tenían dos hijos mayores que iluminaban manuscritos y que sin duda conocían a los clientes de su padre. Peter sintió un entusiasmo amargo ante la idea de atraparlos en su propio juego.

La única pregunta era qué forma y tamaño debía tener el ajuar que habrían de proporcionar los Pinzler. En un primer momento pensó en preguntarle a Grede, pero se negó a ponerla en esa situación, entre su padre y él. Tendría que haberle pedido ayuda, sí, pero mucho antes; era un necio. Con todo, sabía que la dote tenía que ascender más o menos a un año de ingresos buenos, a unos veinte o treinta florines. Y la noche que mencionó esta cifra, Anna palideció. Le cogió la cara entre las palmas de las manos. Todo el *Mitgift* que podía ofrecerle lo tenía guardado pieza por pieza en un baulito de pino aromático bajo las vigas de su cuarto. Sábanas y cortinas, manteles, sin duda prácticos, aunque no de la mejor calidad; algunos platos de peltre, varios espejos, jarras de cerámica pintadas por algún familiar. Un tesoro acumulado durante unos cinco años.

—Si eso ha salido de algún sitio, tiene que haber más —murmuró mientras le besaba las arrugas de preocupación de la frente.

Anna tenía la mirada puesta en la escalera que llevaba a su desván. Podía subir sigilosamente para echar un ojo; pero sus padres podían aparecer en cualquier momento. Se escabulleron en la oscuridad, rumbo a la muralla, y se colaron con las

capuchas puestas en la explanada del *Augustinerhof*, donde los lugareños se apiñaban en busca de vino barato de frailes y fuego. Aprovechando el gentío, le contó su plan. Él mismo formaría la dote: compraría más telas y muebles, a la altura de la casa de un mercader. Tenía algo de dinero ahorrado; le pediría a su tío, y tal vez incluso a Grede. Al fin y al cabo Jakob era el líder de la cofradía; podría aflojarle al menos algo de cubertería y candelabros o cosas así. Y luego, si eran avispados, ambos podrían ganar algo más. La cara de Anna se iluminó de esperanza. Pintaría un espejo para la duquesa, dijo, asintiendo; él buscaría algún trabajito de escriba. Rieron y se dieron un beso a hurtadillas; como dos gallinas viejas, dijo, escarbando en busca de cereal caído.

Eso fue lo que lo llevó de nuevo al interior de la *Schreibhaus*. Se tragó su orgullo y fue en busca de Heilant. Necesitaba trabajo, le dijo, cualquier minucia que pudiera hacer por las noches. Al principio el escriba lo miró con frialdad pero luego la cara se le suavizó en una sonrisa amplia.

—Perfecto. —Se frotó las manos—. Justo hace dos días perdimos a nuestro mejor hombre en Erfurt. —Heilant le explicó que llevaba un grupo de media docena de escribas, tres de San Víctor y tres contratados de fuera, para escribir una nueva Biblia de monasterio—. La providencia no espera —le dijo, y se le ensancharon los carrillos con genuino deleite.

—Mi padre me tiene bien cogido —se apresuró a esgrimir Peter..., con demasiada premura, pensó luego, como si fuera un niño caprichoso—. Vos no sabéis quién es Johann Fust.

—Venga, hace tiempo que pasasteis la mayoría de edad.

A Peter se le encendieron las mejillas: sintió que le subía la sangre y se maldijo por ello, igual que maldecía todas aquellas mentiras. Además el asunto tenía su miga: una Biblia, cielo santo, otra Biblia, escrita esa vez por escribas de Maguncia.

—¿No podría hacerla por partes? —preguntó, aunque sabía bien que nunca dividirían tal cantidad de trabajo. Semejante tomo llevaría años y requería un equipo consagrado a la tarea en un *scriptorium*.

—Me sorprendéis. —Heilant se echó ligeramente hacia atrás, como si Peter estuviera echando espuma por la boca o mostrara cualquier otro síntoma de locura—. Pues claro que no.

—Es que... estoy esclavizado —terció Peter con una sonrisa que esperaba que lo encandilase. Dios sabía que eso era cierto—. Y para seros sincero —se inclinó como para compartir una confidencia con el otro—, es el precio que tengo que pagar para que consienta mi matrimonio. —Le guiñó un ojo y le hizo un gesto sórdido metiendo el anular entre el pulgar y el índice izquierdos—. Ahora mismo estoy casado con los hermanos Fust..., pero esperemos que no por mucho tiempo.

No estaba mal como invención.

Heilant frunció los labios.

—Me sorprendéis —repitió. Tenía los ojos nebulosos—. En otros tiempos

habríais dado cualquier cosa por ese trabajo.

—Pues ahora tengo que conformarme con algún Aquino o un Virgilio. —Peter levantó las manos en señal de súplica.

Quedaron en que haría tres copias de la *Summa Theologiae* del primero, pero como el gran escolástico era prolijo, Peter iría entregando cada mano terminada y esperaría el pago. El monje hizo un comentario artero sobre la aparente necesidad en la que lo veía.

—Si vos supierais —le dijo Peter sonriendo.

En las siguientes semanas se divirtió viendo cómo su antiguo compañero adulaba y halagaba, mientras él esperaba a que salieran las estrellas. Una noche le susurró que acababan de irse Konneke y Budenweg, el escriba privado del arzobispo Dietrich. Peter recordó aquella audiencia que había tenido lugar hacía ya dos años. ¿Sería Budenweg la oscura figura que había visto encorvada sobre el papel en la torre de Dietrich? Y entonces le vino, como un rayo cegador, algo que había apartado de su mente, un regalo extraordinario, una elaborada gavilla: aquella ofrenda para el papa.

El pontifical que le habían enseñado a Dietrich no se había publicado, como había profetizado Gutenberg. Habían compuesto e impreso varias hojas de esos cuatro cánticos para probar los tipos nuevos, hacía ya meses. Pero el misal lo había eclipsado y, mientras, el papa había promulgado su nuevo diezmo. En aquel momento Dietrich no había estado de humor para regalos o misales: lo habían dejado a un lado y se habían concentrado en la Biblia. «Solo uno de esos ejemplares de sobra», se dijo Peter. Era evidente que no podía venderlo abiertamente, por supuesto; pero en el secreto en que los tenían arropados las cofradías, no habría peligro en endilgarle un ejemplar a uno de esos solícitos *Brudermeisters*, en los que podía confiar para apreciar las oraciones en privado.

No le costó encontrar las páginas a su vuelta, en un atado sobre un estante encima de la mesa del maestro. Habían impreso cuatro juegos. Qué hermosos iban a quedar, pensó, embellecidos por la mano de su amada. Dudó por unos instantes. Las páginas eran de Gutenberg, o de Fust. «Que el Señor me perdone —susurró para sus adentros—, igual que antaño perdonó a mi tocayo».

Se llevó una página para enseñársela a Anna en su banca secreta. Cuando desenrolló los versos, la chica ahogó un grito.

—Madre de Dios. Nunca había visto nada... igual. —Paralizada, contempló la negrura uniforme del texto y pasó un dedo por la nitidez del margen—. Eres un santo... Qué maravilla. —Levantó unos ojos vidriosos para mirarlo—. Y pensar que estas manos... —Le apretó la muñeca con los dedos— tienen este don extraordinario. Pensar que... que escriben la palabra de Dios... y serán mías.

Le echó los brazos al cuello y alzó los labios, repleta de amor y admiración. Tan dulce y leal.

Peter sintió que le ardía la cara. ¿Cómo podía mentirle? ¿Qué sería de su vida común, qué pasaría, si la basaba en una mentira? Una oleada de vergüenza lo atrapó.

—No fui yo. —Dejó caer la hoja mientras se apartaba de su abrazo—. Yo no las escribí.

Anna miró confundida entre sus dedos y la página.

—No lo entiendo.

Era tan pura, tan auténtica..., y él, un embustero, un mentiroso y un ladrón. Lo consumía una necesidad ardiente por purgar tal falsedad.

—Tendría que habértelo contado hace tiempo. Pero estaba obligado a guardar silencio, y he sido débil.

—¿No eres escriba? —le preguntó con desmayo, al tiempo que intentaba liberar las manos.

—Sí, soy escriba... pero no solo eso. Este tipo de escritura va más allá. —Respiró más aliviado—. Todos juramos guardar silencio. Pero no puedo aguantar más tanto secretismo.

La ayudó a ponerse en pie y la llevó, casi corriendo, por el camino que bordeaba el *Höfchen* del obispo. Después cruzaron la plaza del mercado, atravesaron la calle de los remendones, doblaron y se internaron por las postrimerías. La calle estaba vacía, salvo por un gato sarnoso que los miró con disgusto en sus ojos dorados. Se preguntó si el animal estaría sintiendo el aporreo de su corazón mientras abría la puerta del taller. Cogió a Anna de la mano y entraron.

Intentó verlo todo con otros ojos: los de ella. Las prensas cubiertas: viudas jorobadas envueltas en negro; los trozos de metal sobre el banco de trabajo, como una hilera reluciente de hogazas; más allá, el resplandor apagado de las ascuas aún vivas, en el interior del enorme horno de ladrillo y piedra. La llevó hasta la mesa junto a la ventana donde se sentaba a labrar los troqueles de las letras. Aquel primer trozo de pergamino totémico seguía colgado de un clavo.

—Este es mi alfabeto —le dijo, y lo desenganchó y se lo puso entre las manos.

—¿Tu alfabeto? —Le temblaban los dedos mientras lo escrutaba con la escasa luz. Peter frotó un pedernal y encendió una vela.

—¿Dónde están tu pupitre y tus cálamos?

—Es cierto que primero tuve que escribirlo con un cálamo. —Llevó un dedo a los labios de Anna, que estaban entornados por la consternación—. Pero esos que ves ahí no han sido dibujados.

Los ojos volvieron con temor a la par que fascinación a aquella línea solitaria: «*In principio creavit Deus caelum et terram*».

—Ven. —La hizo seguirlo hasta la sala de composición.

Rebuscó entre las mayúsculas de la componedora y sacó una letra A. Se quedó boquiabierto cuando se la puso en la mano.

—Es una forma nueva y fascinante de escribir —le susurró—. A cada letra se le pasa una capa de tinta y luego se presiona sobre la página.

Se quedó mirando perpleja el trozo de metal.

—Esto no es escribir.

—Es una especie de... escritura artificial. Ven. —La llevó ante las voluminosas prensas. Debajo de la tela había una *forme* esperando, en su bloque rígido—. Mira cómo las juntamos... en líneas... —Pasó un dedo por el metal y se acercó para ver qué página era—. El libro del Éxodo —anunció orgulloso.

Anna se había quedado totalmente paralizada a su lado. Cuando levantó la vista, Peter vio en sus ojos oscuros y rasgados una mirada de miedo y repulsión.

—Esto no es escribir —repitió—. Esto no son libros. Esto es herrería, no me mientas.

—No te miento.

—¿Ahora no, cuando ya me has mentado antes?

Hizo ademán de cogerla por el brazo pero la chica retrocedió y se llevó las manos a la capa.

—Yo sentí lo mismo cuando lo vi por primera vez —le dijo con calma, recordando cómo había rezado a san Benedicto de Nursia, a quien Dios le había encargado escribir Su Palabra.

Pero Anna no hacía más que sacudir su cabecita con una mirada de horror en los ojos.

Atravesó la sala y cogió un *Donato*.

—Este fue el primer libro que hicimos. —Le señaló la imprenta—. Y ese será el siguiente.

Palideció.

—Me estás tomando el pelo.

—Te lo juro por estas Escrituras.

—No jures sobre algo que profanas.

Miró como loca por la sala y clavó la vista en la pequeña Biblia de bolsillo, que estaba rota y desmembrada sobre la mesa del maestro. Se llevó la mano a la boca.

—Ni siquiera intentas comprender —le dijo a la defensiva Peter.

—Ya he comprendido suficiente. Y veo que niegas los dones que Él te ha dado.

Le suplicó en silencio. Pero la joven había empezado a temblar.

—Ha sido ese hombre. —De pronto se volvió y se le acercó—. ¿Lo hizo él o no? Dicen que es imposible, y que siempre está furioso.

Rozó la delgada gramática que Peter tenía abierta, la miró un instante y luego la apartó.

—Hemos sido todos.

—Está claro que te ha poseído algún demonio oscuro. —La chica se persignó y luego lo miró con los ojos entornados y añadió con voz atiplada—: ¿Dónde están tus manos? ¿Tus ojos? Creía que al menos compartíamos eso... Pero ahora resulta que adoras lo duro, lo frío y lo oscuro. —Sacudió la cabeza—. Como si el Señor pudiera vivir dentro de un trozo de metal.

—Los cálices son de metal, y el altar y la figura de la cruz.

—Crees ser algo que no eres.

—Es el camino por el que me han llamado. —Dejó caer las manos a ambos lados.

—Tu blasfemia es auténtica, pues. Me voy de este agujero.

Alzó una mano para detenerla, sin palabras, con el aliento, el corazón y su propio ser atrapados. Hubo un silencio terrible. Y entonces, en medio de ese vacío aterrador, oyó a lo lejos el sonido de una puerta al abrirse. Un ruido distante: lo penetró, lo golpeó y se dio a conocer. La puerta de la calle, pisadas, inconfundibles y apresuradas, por el patio. Anna se puso blanca.

—Me cortará la cabeza —siseó Peter mientras volvía a tapar la imprenta con la tela.

La cogió del brazo con fuerza y la arrastró hasta las ventanas. Cuando tuvo claro de quién era ese paso contundente, arrojó la gramática en las manos de Anna y se volvió para encararlo.

Por un momento de puro terror Gutenberg no dijo nada. No había necesidad. Escrutó ambas caras con sus ojos torvos.

—¿No puedes buscarte un establo para fornicar? —Su voz estaba llena de odio—. Jesús, podría cortártela ahora mismo. —Avanzó dos pasos y pegó la cabeza macilenta contra la cara pálida y asustada de Anna—. Y tú, hija, como digas una palabra, haré que te arranquen el pellejo.

La chica se escabulló como pudo, sin parar de asentir, y subió corriendo las escaleras. Todo lo más que pudo ver Peter fue una imagen fugaz de sus faldas verdes antes de que el maestro lo cogiera del brazo como si se tratara de la mismísima mano huesuda de la muerte.

—Dame la llave. —El aliento le apestaba—. A partir de ahora estás aquí encerrado. Creías tener privilegios, ¿no? ¿Que eras un caso especial? —Le lanzó una mirada obscena, con los labios torcidos en una mueca—. No eres más que un saco de mierda. La llave, ahora. Y luego, a trabajar.

Lo que sucedió a continuación es una nebulosa blanca. Peter solo recuerda haber ido a la forja. Ve las manos, el mármol tallado, y ollas de metal en el fuego. Las metió bien dentro de las llamas y pensó, como no lo había hecho en meses, que no había sido Dios sino Satán quien lo había tentado y lo había elevado para luego hacerlo caer y matarlo. Se retorció por dentro por la injusticia mientras alargaba la mano para revolver el contenido, acercándose demasiado. La piel se le encendió y el vello empezó a rizársele. Sus ilusiones tampoco eran ya más que escamas de ceniza blanquecina. Aquella no era su llamada, su camino. Furioso, sacó las pastillas de plomo de la forja y, en su desdicha, la emprendió con ellas a tenazazos contra el metal tibio.

Las tenazas hicieron mellas profundas en las pastillas fundidas, dejando claras impresiones, hondas y marcadas como pisadas sobre arena húmeda.

Peter las miró fijamente, y siguió mirándolas, se enjugó los ojos y siguió. Fue tambaleándose hasta el banco de vaciado y buscó un troquel y un martillo. Presionó el primero contra el metal aún caliente y lo golpeó una vez. Dejó el hueco profundo

de la letra al revés, una letra B, como en *Beatus*, convertido en un molde perfecto y macizo. Puso la mano encima, se rio y luego lloró.

Pasó la noche trabajando, cortando cuadrados de aleaciones metálicas, algunos aún calientes y otros en diversos grados de enfriamiento. Los fue probando uno por uno, sujetándolos con fuerza en una abrazadera para comprobar que tuvieran la densidad perfecta y fueran resistentes al golpe del martillo. Cuando amaneció, había hecho un pequeño molde de letras cuadrado de metal frío y duro; un molde perfecto, una impresión profunda que mantendría la forma tras muchos vaciados. Aún no lo sabía pero, en su desdicha, había hallado la nueva técnica que transformaría su trabajo, la que los impresores de todo el mundo emplearían para siempre a partir de ese día. Una forma más rápida de hacer letras nítidas, repetidamente, a partir de matrices metálicas: ya no serían prisioneras de la arcilla que se agrietaba ni de la arena. Había sido cosa de ellos —del maestro Gutenberg y de Anna—, aunque jamás se lo diría.

Abadía de Sponheim.
Invierno de 1485.



ritemio lo interrumpe entonces. Lo corta con su voz ligeramente chillona y exaltada.

—¿Queréis decir que fue vuestra, y no de Gutenberg? ¿Que fuisteis vos quien lo echó a andar..., el que inventó la técnica que se utiliza hoy en día?

Se inclina hacia Peter, con el cálamo suspendido en el aire, apuntando como el hocico de un sabueso.

—Lo de inventar es demasiado decir —responde Peter. Una puñalada a la inmortalidad que Gutenberg nunca había temido dar. Su antiguo aprendiz asiente—. Pero sí. —Habla con tranquilidad—. Se podría decir que inventé una parte esencial del proceso.

Levanta dos dedos para mostrar el tamaño de ese pequeño molde de letra.

—La matriz donde apretábamos los troqueles. La llamamos así.

El abad tiene la cabeza ladeada y la frente arrugada.

—Pero hasta ahora no se sabía nada de eso.

—No me dedicué a pregonarlo en la plaza del pueblo. —Peter esboza una sonrisa misteriosa. Había preferido demostrar su destreza en todos y cada uno de los libros que hacía; había mantenido las distancias con el hombre que lo había reclamado como suyo y lo atrapó en su sombra—. La vida siguió y luego, cuando murió, no le vi sentido a reivindicar nada.

La verdad había dormitado durante toda su vida, hasta que ese abad lo había llamado a su monasterio.

—Pero vos mismo habéis dicho que la posteridad merece saberlo.

Peter carraspea. Está exponiéndole los hechos con toda la claridad que puede para que el cronista deje constancia de todo.

—Gutenberg fue el primero en ingeniar el arte de vaciar letras, con la ayuda de arena y luego de arcilla. Pero estábamos, como he dicho, en una especie de punto muerto. Para entonces habíamos gastado una fortuna (unos cuatro mil florines, calculo), pero apenas habíamos avanzado hasta que di con esa manera más rápida de hacer letras. La impresión de nuestra Biblia cambió por completo después de eso.

Era la mano de Peter la que asió el martillo; él solo quien lo hizo, nadie más. Ahora es consciente, sin embargo, de que también Gutenberg lo impulsó a ello. Era de los que presionan hasta que las cosas ceden, un bruto que supo sacar de sus hombres más de lo que ellos habrían imaginado jamás.

Sin duda la matriz lo redimió. Peter aún oye el graznido que dio el maestro. Sí,

estaba encantado: incluso lo alabó en voz alta en el momento, aunque no volvió a hacerlo..., no hasta el final, cuando realmente hubiera contado.

—¿Por qué cambió las cosas? —Quiere saber Tritemio. Parece haberse desinflado: ha vuelto a recluirse en sí mismo, ocupado de nuevo con la tinta y el cálamo.

—Fue un paso importante. De ahí saltamos directamente a la fundidora, que podía sujetar un hombre en la mano. —Tritemio lo mira con cara de no entender—. El aparato que diseñamos para contener el molde y vaciar una letra por vez. Ese fue el avance esencial que hizo que este arte haya llegado adonde está ahora.

Lo fueron evolucionando poco a poco, con el tiempo; lo perfeccionó al cabo de unos años con el francés, Jenson. El molde metálico podía buenamente haber salido de Hans, si Peter no lo hubiera hecho antes. Nada nació tal cual. Pero ¿qué puede saber un joven monje sobre la belleza de la mecánica? ¿Cómo puede un lego comprender los numerosos pasos diminutos y esenciales de la auténtica creación? Siempre se ha dicho fue tal hombre, o tal otro, ese gran visionario, aquel genio. Pero la invención es un proceso, impredecible y largo. De lo único de lo que Peter está seguro es de que todos fueron esenciales a su manera.

Recuerda sobre todo lo perplejo que se sintió ese día. Lo único que veía era la cara blanca y descompuesta de Anna. Al principio tampoco su padre supo ver los beneficios. Podían hacer más tipos, más rápido, dijo Fust, pero ¿y qué? Seguían sin poder imprimir más páginas en menos tiempo.

—Eso mismo he pensado yo —reconoce el abad.

—Anotad que el verdadero genio de Gutenberg estaba en ordenar el trabajo, en dividirlo y volver a encajar todas las piezas.

En aquel martes de carnaval, batió las manos y le dio a todo una vuelta mágica.

—Los costes estaban fijados. Lo único que podíamos hacer, dijo, era incrementar los ingresos. La idea le vino así sin más: podíamos imprimir más fácilmente.

—Ajá. —Tritemio apunta algo.

Fue entonces cuando aumentaron el ritmo de impresión. Decidieron hacer cuarenta y cinco copias más, la mayoría impresas en vitela. Fust estaba convencido de que venderían más ejemplares de lujo a los mercaderes de las ferias del norte. El coste adicional que entrañaría en materia prima era una minucia comparado con las sumas que les reportarían esos ejemplares adicionales.

—Fijamos el total en ciento ochenta, lo que, por lo menos en teoría, equilibraría las cuentas. —El impresor sacude la cabeza.

—Eso son muchos terneros sacrificados... —murmura el abad.

—Figúrese. —Peter piensa en Abraham e Isaac—. Ciento setenta por ejemplar.

Se quedan mirándose por un instante. Peter ve los campos verdes de aquella primavera renana, las cabriolas y los retozos de los corderos y los ternerillos. Con qué entusiasmo retomaron el trabajo tras la Pascua: Fust remontó el río abultado por el deshielo alpino para ir a vender a Basilea, Austria, el Tirol..., hasta Baviera, y luego

de vuelta a casa a través de los bosques de la Turingia. Se llevó una mano de cada primer libro de la Biblia para enseñarlo en todas las ciudades a los mercaderes y los *Brudermeisters* de las cofradías, y en cada castillo de la campiña a los príncipes, duques y margraves. Era un movimiento arriesgado pero no tenían muchas más alternativas. Necesitaban los adelantos que les proporcionaban esos compradores.

Roma no se construyó en un día, ni tampoco su Biblia. Cada paso fue fundamental, se dice: parte de una larga cadena que forjaron juntos con un esfuerzo enorme. El taller y la cuadrilla, el maestro y el aprendiz. Siente de pronto la ausencia de todo removérsele en el rincón polvoriento donde la apartó hace mucho.

—El domingo siguiente era *Invocabit* —le dice en voz baja al abad—. No hace falta que lo anotéis.

Tritemio sonrío y levanta las manos: un pequeño gesto con las palmas que está a medio camino entre la bendición y el aplauso.

Invocabit me, et ego exaudium eum. «Me llamará y yo lo escucharé».

Ese primer domingo de cuaresma del año 1453 de Nuestro Señor, Peter acudió una vez más a la nave abovedada de San Quintín. Johann Fust le había pedido que volviera y Peter accedió; al rehuirlo, la hija del pintor ya no se interponía entre ambos.

«Llámame». Así habló el Señor a las tribus hebreas. «Llámame desde tu desierto, desde tu cansancio: el día de tu redención está cerca».

El milagro fue la multiplicación, pensó Peter por entonces, y sigue pensándolo. De una hogaza, a muchas; de los dos peces, a suficientes para alimentar a una multitud. El misterio de Dios atravesaba piel, manos y ojos: coge esta luz, este pan, estas palabras, y arrójalas por doquier. El sonido de los troqueles al batir y de las planchas al aplastarse llenaba todo el aire, los oídos: una recreación sin fin, una y otra vez, un mundo interminable.

NÚMEROS

REPREESALIAS

18 manos de 65.

Julio de 1453.

Primero escucharon los clarines, que resonaron por las colinas, seguidos por la campana grande de San Martín, que no paró de repicar. Un grito se elevó entre los centinelas de la Puerta de Diether. Y solo entonces se levantó Gutenberg, alarmado; los hombres dejaron las herramientas. La calle de los remendones estaba atestada de hombres y mujeres con críos en brazos que corrían hacia la plaza. Unos cascos de caballos retumbaron por la calle que daba al centro de la ciudad, chacoloteando contra el empedrado.

A su ciudad calurosa y somnolienta llegaban los jinetes de la Santa Sede, sonando las cornetas y frenando sus monturas, que hacían cabriolas y echaban espuma por la boca.

—¡Despertad, cristianos! —gritó con voz carrasposa el heraldo alzándose sobre los estribos—. ¡Sabed que su Santidad el papa Nicolás V envía nuevas espantosas!

»Nueva Roma ha caído ante el infiel.

Los mendigos agazapados en la sombra se echaron los harapos por la cabeza y empezaron a gemir. Las mujeres gritaron y los hombres palidecieron. A continuación se produjo un silencio mortal, salpicado solo por el latir de las campanas. Entre el bullicio —con delantales, sudados, las miradas fijas y martillos, pinceles o cuchillos en la mano—, Peter vio a su padre, que también había sido atraído desde las balanzas de la *Kaufhaus*.

—Día y noche los cañones de Satán dispararon sin remordimientos ni sosiego sobre nuestros hermanos. —El emisario levantó el brazo—. Los han masacrado o esclavizado a todos. Nuestro hermano Constantino ha muerto y su ciudad ha sido profanada. Han convertido la basílica de Santa Sofía en una mezquita.

Nueva Roma, Constantinopla, el faro de la iglesia cristiana de Oriente. Destruída. En todas las mentes balbuceantes resonó la profecía de Daniel: «El Fin llegará cuando caiga la nueva Roma».

Los turcos musulmanes habían atacado a traición, en plena noche, antes del alba. Habían derrumbado sus torres prodigiosas, quemado y asesinado, violado a sus mujeres, sus altares y sus iglesias. Cuarenta mil personas convertidas en carne picada, sus cadáveres cabeceando en el mar de Mármara como melones en el Gran Canal.

Jamás había habido un sitio y un saqueo más terribles, ni siquiera en Babilonia, Jerusalén o Troya.

—Tendremos que pelear —dijo sin pensar Peter, que se volvió.

Gutenberg no pareció oírlo. Tenía los ojos fijos en el heraldo, llenos tanto de horror como, a su pesar, de asombro.

En su sed de sangre, Mehmed II, el joven gobernante otomano, había encargado forjar unos cañones enormes. Esas armas habían perforado la muralla de la ciudad durante semanas, esa fuerza del Infierno similar a unos veinte mil hombres. La bombardera más grande medía lo mismo que vuestros barcos del Rin, les dijo el emisario señalándoles la ribera. Los pocos que habían logrado escapar contaban que hasta el aire estaba desgarrado por las llamas.

El maestro seguía con los ojos clavados como con remaches en el heraldo. Tenía una mirada terrible y transparente. Peter supo interpretarla al instante: ¿cómo habían forjado esos herejes turcos un cacharro tan endiablado e inmenso? El asombro tenía congelada la boca del maestro y hacía parpadear una llama en sus ojos. ¿Qué clase de molde, qué aleación de metales, podía forjar un tubo tan enorme que cupiera un hombre dentro? Cuando Gutenberg despejó por fin esa mirada torva, fue para mirar hacia la gran campana que seguía repicando en la torre de San Martín.

Con el tiempo se supo por quienes pudieron huir a Patmos, Creta o Venecia, escabulléndose como pudieron en sus carabelas para atravesar el Mediterráneo, que los musulmanes habían convertido al genio cristiano para asestarle su mayor derrota: fueron unos húngaros quienes viajaron a Anatolia y crearon ese monstruo que los turcos llamaban «*basilica*». Cristianos como ellos, convertidos en herejes, que lo forjaron para sus enemigos mortales en el fondo de un gran hoyo de arcilla.

Dios los pone a prueba, los acerca al fuego. Brama en lugar de llorar ante la estupidez y los pecados de los hombres. ¿Por qué, si no, había estado Peter componiendo justo ese día aquel pasaje? Iba por el cuarto libro de Moisés, el conocido como Números: «Estos son los ejércitos de los hijos de Israel, contados por campamentos y en el orden de sus ejércitos, según las familias de sus antepasados. Todos ellos eran seiscientos tres mil quinientos cincuenta». El Señor ordenó a Moisés que reuniera a las tribus, las numerara y formara un ejército prodigioso.

Miró entonces a Mentelin. La conmoción que había en sus ojos verdes parecía un espejo de la suya. ¿Era esa la razón por la que Dios les había dado esos dones a los hombres? ¿Para ponerles una prueba que sabía que no superarían? ¿Era el cañón del sultán una demostración de que las técnicas de los hombres podían servir tanto a la causa del mal como a la del bien?

El anuncio arribó a Maguncia un 29 de mayo, aunque las noticias acababan también de llegar a Roma. La nueva alcanzó al papa en la festividad de un santo local: san Máximo de Tréveris, quien en una ocasión prestó socorro a san Pablo, el patriarca de Constantinopla. Era increíble cómo el entramado de las Escrituras tejía sus temibles significados.

Fue un castigo para todos: erradicarían sus pecados, su avidez y su avaricia, barrerían de la faz de la tierra a todos los pecadores. El mundo había cambiado. Peter lo sintió ya entonces, con un vuelco y un desgarró en las entrañas cuando todo empezó a pivotar. Lo que Gutenberg, Fust, el taller y él mismo perdieron ese día poco valía en comparación con el terrible baño de sangre en el Bósforo. Pero, aun así, el golpe del sultán fue la causa evidente de lo que siguió.

—¡Tienen que estar locos! —El maestro por fin encontró las palabras—. ¡Cómo han podido atacar así! —Alzó el puño hacia el cielo.

Entre la multitud cerrada un hombre chilló:

—¡Hay que contraatacar!

Y luego otro, y otro más, hasta que sus voces se condensaron en un cántico:

—¡Contraatacar! ¡Contraatacar!

—¡Que Dios se apiade de nosotros! —gritaba ya Gutenberg—. Hay que atacarlos, devolverles el golpe.

Mentelin y Peter se quedaron mudos ante aquel gran bramido de odio. Habría Guerra Santa: que Dios los asistiera a todos.

En realidad el maestro no abogaba por la guerra más que los demás. Peter lo comprende ahora. Sentía simplemente, como cualquier alma cristiana, una injusticia profunda al ser atacado en su propio suelo. Con todo, el golpe también hizo sonar un gong en su interior que puso fin a todo lo anterior. El día que supieron de la derrota de la Cristiandad, Peter vio en el maestro Gutenberg algo que no había visto: a un guerrero con un apetito indecoroso y clarividente por la lucha.

* * *

La familia se había congregado en la casa de su tío, todos sus miembros mudos y con cara cenicienta: Johann, Grede, sus tíos Jakob y Elizabeth, el hijo de estos y su abotargada novia. Los niños —el futuro, la esperanza—, habían sido reclusos en las habitaciones traseras. Era imposible saber qué curso tomarían en respuesta el emperador y el papa. Fust se arrodilló y todo el mundo lo imitó. No rezó en alto, sino que murmuró para sí una oración en silencio.

Grede fue la primera en levantarse para ir a poner los pies sobre un taburete. Enlazó las manos sobre su vientre apenas hinchado, como protegiéndolo; volvía a estar embarazada. Una criada les trajo refrescos de hierbabuena, pan y carne. Las moscas zumbaron sobre la comida intacta.

Habría reuniones del consejo municipal, los comerciantes y las cofradías, en la *Rathaus*, la *Kaufhaus* y el *Mompasilier*, en el *Höfchen*, la *Schreibhaus* y el palacio central de Dietrich en Aschaffenburg; y en todas las abadías y las iglesias de la archidiócesis, por el Imperio entero y toda la Cristiandad, surgirían las voces y

debatirían.

Según los rumores, Friedrich III, antes rey y por entonces emperador, se había echado a llorar al oír la devastadora noticia. No podían contar con él como líder: era un hombre de voluntad frágil, demasiado pusilánime incluso para dejar su corte en Wiener Neustadt e ir a reunirse con sus propios arzobispos en el Reich. Eso les dijo Jakob; el padre de Peter asintió. El papa no tenía tampoco ningún control: las ciudades-estado de Italia estaban todas en guerra entre sí, al igual que Inglaterra con Francia. Y todo el mundo sabía perfectamente que los duques y los príncipes alemanes andaban enfrascados también en sus propias contiendas.

Y en ese vacío, ¿quién se levantaría para protegerlos? Los mercaderes y los cofrades tendrían que prepararse para lo peor, aunque no les gustara: les cerrarían las rutas comerciales, si no lo estaban ya; habrían requisado las flotas de Génova y Venecia que traían las sedas y las especias por el Bósforo, en el caso de que no las hubieran hundido directamente. No habría clavos de Arabia, tejidos de Levante ni lapislázuli de las minas afganas, y desde luego tampoco mercados orientales para el hilo o el vino de Maguncia.

En sus mentes veían la ola sangrienta de la conquista batiéndose sobre el flanco oriental de Europa: asolaría Chipre y erradicaría a los caballeros templarios en su refugio isleño de Rodas; se extendería como una mancha por Grecia y Hungría a través de los Balcanes y saltaría a la bota italiana y amenazaría la roca de San Pedro en Roma.

—Ya mismo nos estarán pidiendo dinero para la causa —comentó Jakob—. Aunque no sé de dónde cree el papa que vamos a sacarlo.

—De Aschaffenburg lo dudo. —Fust torció el gesto—. Si Dietrich recluta un ejército, será a costa de nuestros pellejos.

—En el caso de que lo reclute —apuntó Jakob.

Peter se imaginó la gran cabeza lánguida y los ojos azul claro del arzobispo. Ese hombre jamás se jugaría el cuello: ya hacía meses se había opuesto al nuevo diezmo promulgado por el papa.

—No osaría negarse. —Fust parecía realmente conmocionado—. No puede negarse a ayudar a la Iglesia.

Su hermano sonrió amargamente.

—Como si le importara algo...

Era una sonrisa que acabarían conociendo muy bien en las semanas y meses venideros: de ironía triste, sarcasmo y derrota personal.

¿Para qué servía el gobierno?, se preguntaba Peter. ¿De qué valían tantos señores y amos, si no eran capaces de al menos garantizar la seguridad del pueblo que vivía en sus tierras?

—Al menos, si se negase, no se llevarían a nuestros hombres y nuestros caballos.

Grede se echó ligeramente hacia delante y miró con su cara pálida a Peter.

—Cierto. —También Fust miró a su hijo—. Al menos por ahora. —Metió los

dedos en un cuenco con agua y se humedeció la frente—. Pero si Dios ha obrado así es por algo, y nosotros también tendremos que hacerlo, y pronto.

* * *

Por la mirada que le lanzó Grede, Peter supo que estaba preguntándose si él había pensado en Anna en esos primeros instantes de horror en la plaza. Su vieja amiga seguía haciendo lo posible por entenderlo. Pero, de haber osado preguntarle, la habría decepcionado. No, no pensó en Anna, y no lo había hecho desde hacía meses, cuando la muchacha había salido corriendo horrorizada; solo de vez en cuando se acordaba para maravillarse con un regocijo frío y severo por la eficacia con que la voluntad de Dios se cumplía hasta el más mínimo detalle.

Aquel milagro nunca había sido tan suyo como para compartirlo.

La Biblia no era de él, ni de Gutenberg o Fust, sino de Dios.

En los primeros días cuando, abrasado y mareado, había ido a verla y a intentar que lo entendiera, ella lo había rechazado. Tal era la recompensa por romper los votos, desnudar su alma y decir la verdad. Había vuelto a escribirle en una ocasión, pero siguió sin recibir respuesta y decidió no volver a hacerlo.

Grede lo reconvino diciéndole que no era más que una superstición de chiquilla, por culpa de ese mundo de letras desconocido y lleno de miedos: mágico, potente por su extrañeza y su fuerza. Pero Peter no lo veía así. A los débiles —corruptos y despojados de fe— había que castigarlos.

Que otros temblaran y lloriquearan. Por fin comprendía los designios del Señor, y se postró ante él, como algo templado pasado por el fuego, una herramienta endurecida a las órdenes de Dios.

* * *

Las potencias occidentales aguantaron la respiración durante las semanas y meses estériles que siguieron. No llovía y los cultivos se echaron a perder, como si el Señor hubiera ordenado a la Naturaleza que los privase de todo consuelo. Llegó el rumor de que los refugiados se hacinaban en los puertos del Adriático, tras salir a rastras, demacrados, de las bodegas apestosas. La peste bubónica regresó también con ellos y subió por los valles fluviales con sus manchas negras de muerte: como si aquel oscuro ángel vengador también debiera cebarse con el *corpus* debilitado del mundo.

¿Quién querría ahora recordar la sensación de estar desvalido y ser violado de aquella época, el extraño abandono desamarrado que creó? Les habían arrancado la

capa que los protegía. Los paseos matutinos de Peter estaban poblados de mendigos, y de sus vástagos mudos con cuencos en las manos y ojos hueros, obligados a acudir como ratas a la ciudad desde la desolación del campo. Todas las mañanas veía campesinos desparramados en su propio vómito, muertos para Dios o el Diablo, apestando a vino de fraile. Por su parte las iglesias nunca habían estado más llenas; los fieles se levantaban para apiñarse en la misa del alba y asegurarse así un ángel que los acompañara todo el día. Grede temía sobre todo las malas cosechas y lo que eso presagiaba. Las noticias de Oriente habían llegado justo el día de santa Margarita, la patrona de los partos, aunque a ella todavía le quedaban varios meses.

Y Gutenberg se convirtió en un hombre poseído, como si lo de antes hubiera sido todo compadreo y palmaditas en la espalda. Tenían que retomar el ritmo, seguir avanzando. Maldijo el firmamento, las estrellas, el sol y la luna. Solo Dios sabía cuánto tiempo les quedaba. Si conocía algo más de los planes de Dietrich, no pensaba contárselo a nadie. Se limitaba a coger el gráfico donde iban apuntando los progresos y a contemplarlo sin pestañear, como si fuera el sudario de Turín.

Las manos que faltaban se extendían a la derecha como casillas vacías de un tablero de ajedrez. Las filas iban de dos en dos, una encima de otra: el trabajo de Peter y el de Hans; luego, debajo, con una sangría de varios meses, las manos de Mentelin y del nuevo.

—Imposible —dijo Gutenberg poniendo un dedo sobre el punto al que habían llegado.

De todas esas manos no habían impreso ni la mitad. Clavó sus ojos vidriosos en Peter pero no lo vio. Volvió a mirar el gráfico dichoso con el ceño fruncido.

—Es este calor —comentó Peter—. Como no tengáis alguna forma mágica para refrescar los días...

El maestro se limitó a arquear las cejas.

Peter cree que fue entonces cuando ambos socios empezaron a ver el taller como un monstruo: torpe, insaciable y lento, devorando todo lo que echaban en sus fauces, pero que, pese a todo, no se movía ni un milímetro más rápido.

Su invento había obrado maravillas en el texto. Las letras impresas eran de una belleza y una negrura absolutas, con los bordes nítidos, uniformes y cortantes. Sin embargo, la matriz metálica no había mejorado realmente la velocidad; ni tampoco resultó ser tan recia como había esperado: solo duró treinta vaciados antes de que la plancha empezara a ceder. Un mes atrás le había enseñado al maestro una pieza doblada y le había dicho que debían intentar fortalecerla con cobre, pero Gutenberg había graznado: «¿Con qué? —Los ojos le daban vueltas en las cuencas—. Como no vayas a pedirselo de rodillas a tu tío, o tu padre tenga una mina guardada en la manga...».

Solía hacer ese tipo de comentarios sobre lo bueno que sería echar mano de oro siempre que uno quisiera. En cierta ocasión Fust había regresado contento de París y le había dado a cada hombre una moneda de plata. El maestro había resoplado y

había dicho: «¿Y a mí? ¿A mí qué?».

En esos días de finales de julio señaló el gráfico con un dedo y anunció:

—Otra imprenta y otro equipo de cajistas. Si no, por mucho que recemos, no terminaremos el año que viene. —Como si lo que pudieran hacer ellos importara, pensó Peter—. Y aun así, ya veremos... —prosiguió el maestro con el ceño fruncido—. Es posible que desaten los perros de la guerra y nos quedemos sin compradores.

Cogió una cuchilla y cortó todas las manos vacías que había después de las diez que tenían asignadas cada uno, y las colocó debajo en dos nuevas filas. No hubo consenso ni debate, pues Fust había partido a toda prisa hacia Basilea para evaluar los daños sufridos por su comercio levantino. Tampoco Peter le escribió para contárselo. Ya no era asunto suyo. No volvería a interponerse entre ambos; flotaba libre, como siempre había querido, aunque en otro sentido. Era una herramienta, de eso no le cabía duda: pero no era ni al maestro ni al padre a quien servía.

* * *

A Peter le pareció bastante significativo que las primeras mercancías que dejaran de llegar fueran los tintes reales: el púrpura de los papas y los reyes, que se extraía de unos moluscos adriáticos. También desaparecieron las medicinas: el alcanfor y el ámbar gris, el vómito de la ballena contra la peste. Las siguientes bajas fueron la sal y la pimienta. ¿Quién podía abrigar así la ilusión de que la ciudad y el taller quedarían al margen? Grede no hablaba de otra cosa cuando Peter iba una vez por semana a darle clases a su hermanastra Tina. Las esposas de los mercaderes se pasaban la información con el cepillo que recorría las bancas. Las cuadras de bueyes que salían de Hungría, las caravanas llenas de aceites y aceitunas: nada de eso llegaba más allá de los Alpes. Contaban que Ladislao, el sobrino del emperador, temblaba en Hungría y lanzaba llamadas desesperadas para que le enviaran refuerzos. El Turco había conquistado Tesalónica y Atenas, y en esos momentos sitiaba Budapest. Igual de perjudicial para los mercaderes era el miedo de los compradores de Occidente o, como el propio duque de Borgoña, que destinasen lo que podrían haber gastado en sus mercancías a armas para la guerra que estaba por llegar.

Era fundamental que se dieran más prisa que nunca; de ahí que les resultaran más sorprendentes aún los dos nuevos fichajes con los que apareció Gutenberg: dos hermanos de Eltville, con caras suaves como culitos de bebé y dedos blancos y delgados como pimpollos. Si el resto de miembros de la cuadrilla habían aportado con sus manos algún conocimiento de escritura o grabado, los hermanos Bechtermünze lo más que habían agarrado en su vida era una cuchara de plata.

—Nikolaus, Heinrich, os presento a la cuadrilla. —Hans levantó la vista y la bajó al instante haciendo un leve sonido de succión con los dientes—. A aprender, a

aprender —dijo el maestro, y se dio media vuelta.

No les costó mucho deducir la verdad: el padre le había dado un buen pico por quitárselos de encima. Sin duda el viejo Bechtermünze había visto el cielo abierto ante la oportunidad. Era además un pariente lejano del maestro..., aunque ¿qué prócer no lo era, en esos lazos enrevesados que conectaban los treinta clanes adinerados de Maguncia? Era probable que viese el taller como un monasterio más seguro que las abadías donde habría refugiado a sus hijos más jóvenes, antes de que los monjes empezaran con su cantinela de la reforma.

Con todo, las imprentas no son baratas, ni tampoco las manos, conectadas como están con bocas: cuatro gargantas más, con el prensista y el entintador correspondientes, vino, pan y, de vez en cuando, carne. Fust se puso lívido cuando se enteró a su vuelta.

—¿Ni un aviso? ¿Ni mi beneplácito? —Cogió a Peter del codo a la salida de la iglesia—. ¿Es así como se me paga?

—Yo no tengo nada que ver.

—Pero yo sí. Y eso debería importarte a ti.

—No creí que fuera mi papel —se excusó Peter.

—Tu papel es el que yo te diga... En el taller, para vigilar y guardarme las espaldas.

Peter sonrió.

—No sabía que hubiese que guardar nada. —Se quedó allí plantado en el pórtico de la iglesia, en aquel luminoso día de finales de verano—. ¿No trabajamos todos codo con codo?

—Y yo soy el que paga toda la santa comida de los bueyes —gruñó Fust—. No olvides quién compra esas herramientas y paga las cuentas y, de paso, tu sueldo.

Al día siguiente las voces de los dos socios se elevaron en contrapunto al martillo de Ruppel, que estaba fabricando la prensa nueva. En la sala de composición miraban fijamente los textos y fingían no pararse a cada palabra. Tenían espacio, chilló el maestro: diantres, tenían espacio para trabajar y comer.

—¿Quién ha dicho que podéis tomar las decisiones por los dos?

—Que yo recuerde, soy el maestro de este taller.

—Cuatro bocas más que alojar y alimentar.

—¿Qué os supone eso, siempre y cuando vuestro rédito siga siendo el mismo? El problema es mío, me parece a mí: soy yo el que tiene que hacer que esto funcione.

Pasaron al pasillo, y a la vista de todos.

—Hacer que esto funcione... —Las palabras, en boca de Fust, sonaron vulgares. El mercader se detuvo y puso un dedo en el pecho de su socio—. Da igual cómo hagáis las cuentas, la realidad es que eleva un tercio los costes.

Peter vio de reojo cómo cada uno se mantenía en sus trece: Fust con su barrigón duro y las piernas separadas y Gutenberg con la barba al aire y estirado cuan largo era.

—Johann. —El maestro bajó la voz—. Tenemos que acabar, y pronto. Sabéis que es así. —Lo agarró de un brazo pero Fust se zafó. Fueron hacia la puerta—. No veía otra forma... Además... —Escucharon como intentaba alisar aquel pelaje erizado—. No nos faltan recursos. Podríamos ingresar algo de dinero...

—Es un encantador de serpientes cuando le conviene. —Hans puso cara de displicencia y miró al techo.

Trajeron a un tercer prensista llamado Johann Neumeister. El primo pequeño de Grede, Wiegand, sería el tercer entintador. Contrataron a más mozos para plegar y empapar. El total de la cuadrilla —seis cajistas y dos hombres por imprenta— ascendió a doce. Peter no creyó ser el único que pensó en los apóstoles que elaboraron los Evangelios para un mundo caído. Hasta tiempo después no volvió a reparar en esa forma final, y a preguntarse quién había interpretado el papel de Tomás y quién el de Judas. ¿Quiénes eran leales, quiénes falsos y quiénes empezaban a dudar?

APOTEOSIS

22 manos de 65.

Agosto de 1453.

El maestro convocó a Peter la semana que empezaron con el Nuevo Testamento. Lo recuerda con todo lujo de detalles: es capaz de rememorar vivamente la extraña sensación de premonición, la convicción de que todo formaba parte de una voluntad superior. El prólogo a los cuatro Evangelios acababa de salir de la imprenta y se le antojó una auténtica profecía. Al cerrar el taller tras el largo trasiego nocturno se llevó una prueba limpia y se encaminó al *Hof zum Gutenberg*.

—Tenéis que leer esto —le dijo al maestro tendiéndole la hoja.

Los prólogos de San Jerónimo a cada libro de la Biblia eran de una franqueza insólita que a menudo desentonaba con lo que decían las Escrituras. En aquel se lamentaba y decía temer represalias, para luego justificar su deber de revisar —y sí, corregir— el libro sagrado con unas palabras que eran un claro presagio de la Biblia que estaban imprimiendo.

—«Incluso los testimonios de los maldicientes concuerdan en que lo que varía no puede ser cierto. —El maestro estaba leyendo en voz alta—. Porque, si hemos de ser fieles a las ediciones latinas, queremos que nos respondan: ¿a cuál de ellas? Pues existen prácticamente tantas ediciones como ejemplares». Excelente —le dijo, y se la devolvió.

—«Lo que varía no puede ser cierto». —Repitió Peter con una sonrisa, al tiempo que sacudía su cabeza morena—. Él sabía que algún día fijaríamos la Palabra y la haríamos intocable, para siempre.

—Estaba escrito.

Gutenberg se levantó a medias y se inclinó para abrir los postigos. Un nuevo sabbat luminoso bañó la habitación.

—Pero aun así es fascinante —comentó Peter.

—No te lo discuto. —El maestro se remitió la barba por la camisa—. Y que gente como nosotros entrásemos dentro de Su plan... —Esbozó una sonrisa de medio lado. Sirvió un vaso para cada uno—. Lo que también significa que no debemos preguntarnos si somos aptos para la tarea.

—Desde luego.

—Ahora más que nunca debemos apelar a nuestra fe.

Pese a todas las locuras que salían de su boca, era un hombre que reverenciaba a Dios. Bebía de copas de estaño, no de plata; le importaban poco las cosas hermosas del mundo. Peter se vio repasando con la vista el desorden de aquel salón, sorprendido por no haberse fijado antes.

—A *frau* Beildeck le horrorizaría —dijo Gutenberg con una sonrisa.

—Con nosotros tiene el trabajo asegurado.

El maestro asintió pero dejó la vista puesta en Peter hasta incomodarlo.

—Esclavos amarrados a sus vergas. —Dio un leve resoplido—. No creas que no lo sé. Pero lo superarán... De hecho, te he mandado llamar por eso.

A Peter se le erizó el vello de la nuca. Aunque últimamente había gozado de la estima del maestro..., nunca podía saberse lo que iba a soltar por la boca. Gutenberg se le acercó, sus ojos castaños nítidos, calmados y moteados de dorado.

—Has aprendido tanto como esperaba. Y no solo de técnica..., también te has ganado el respeto de los hombres. —Peter sintió un varazo de miedo—. He visto cómo los tratas..., me atrevería a decir que mejor que yo. Creo que estás todo lo preparado que podrás llegar a estar para llevarlo día a día.

Peter intentó hablar pero sintió que tenía la garganta atorada.

—¡No pongas esa cara! —Ahora había una sonrisa irónica en su rostro canoso—. Se podría decir que en estos últimos meses has sido tú el encargado. Me he fijado en que no dejas que el trabajo se quede parado y en que vas guiándolos a todos. —Le puso la mano en el brazo—. No creas que no he visto también cómo sigues todos mis movimientos...

—No más que vos los míos. —El maestro rio y se recostó en su asiento—. No podéis estar diciéndome que nos abandonáis. —Gutenberg negó con la cabeza—. Pero entonces...

—Tendré un ojo aquí y allí. Alguien tiene que adelantarse..., ir allanando el terreno. —El maestro lo miró y rio sin malicia—. Por fin hemos alcanzado una velocidad decente, ¿no te parece? —Peter asintió—. Entonces no hay más que hablar. Recuerda a Teófilo: es pecado rehuir los dones que Dios nos ha dado. —Gutenberg parecía no entender el miedo que tenía paralizado a su oficial, ascendido ahora a maestro del taller—. Vamos, hombre, ya puedes irte. Dios sabe que yo no tengo paciencia para los miles de problemas absurdos de la cuadrilla.

Eso era cierto.

—Es un... honor —consiguió decir Peter.

—Eso ya lo veremos cuando acabemos.

—Hans...

—A él le importa un bledo. Es feliz en su rincón. Ahora serás el capataz: fijarás el calendario y repartirás las manos.

—Entonces, ¿es una orden?

—Y tanto. —El maestro retorció las cejas.

Ser ascendido así. Elevado, ungido..., destacado por encima de sus colegas. Peter

respiró por fin. Sintió un cosquilleo bajo la piel, y la voz aterrada de aquel chiquillo: «No soy digno, Señor». Por un instante la duda y la vergüenza lo consumieron: ¿por qué señalar así al hijo de un simple pastor? Pero entonces apartó de su cabeza ese pensamiento.

—No le defraudaré.

—Eso espero.

Entrechocaron las tazas de estaño.

—Lo único que necesitas es disciplina. Mano firme para guiarlos a todos.

Quería compartir con él la sabiduría que le había dado la edad.

—Yo diría que es Dios quien nos guía a todos.

El maestro sonrió con una pizca de arrepentimiento.

—Contigo Peter, uno tiene que ser honrado.

—Eso es porque no veis mis pensamientos indignos.

—Me vale con lo que he visto. —Gutenberg se le acercó de repente—. Eso sí, de mujeres nada, esa es mi única regla.

Peter no se inmutó, aunque sintió que se le enfriaba la piel y luego se le acaloraba.

—Eso es cosa del pasado.

—Te chuparían la sangre. —El maestro asintió y se reclinó en su sitio.

Tenía que saberlo. Peter sonrió y lo miró a aquellos ojos vidriosos.

—He oído que una vez casi hubo una *frau* Gutenberg.

—La pobre estaba loca si creía poder convertirme en un marido decente. —El maestro volvió a resoplar—. ¡Me demandó! ¡Ver para creer! Por romper la promesa de matrimonio. Por supuesto gané. —Se quedó mirando a lo lejos—. La gente quiere cosas, Peter. Te agarrarán e intentarán retenerte.

—No podrán —contestó.

Cuando se pusieron en pie, Peter le tendió la mano. Pero Gutenberg había empezado a darle la vuelta a la mesa como un viejo oso demente y le echó los brazos encima: un abrazo breve y anómalo, como si no tuviera la menor idea de cómo se hacía.

Peter le dejó una mano en el hombro cuando el maestro bajó la suya y se echó hacia atrás.

—Estoy en deuda con... —empezó a decir.

—Yo me alegro. —La voz del maestro sonó brusca—. Ya rendiremos cuentas arriba.

* * *

Hans le dijo que lo había visto venir. Gutenberg se había aburrido, aseguró; en cuanto

superaba lo complicado, buscaba ansioso algo nuevo. No era por quitarle mérito, se apresuró a añadir: si lo pensaba bien, ellos dos nunca habían conseguido terminar nada de lo que aquel hombre había empezado. Entre los demás, tampoco parecía haber nadie que quisiera ponerse en el pellejo del maestro. No les parecía que hubiese mucho partido que sacar: era, en muchos sentidos, una tarea ingrata.

Cuando Peter rememora esa época, se ve solo, una figura solitaria como la del sello familiar del maestro. Pasaron semanas sin verles el pelo a los socios. Eran como las figuritas de un reloj de campanario: los tres pasaban cerca pero nunca se tocaban, no se encontraban y solo se detenían cuando sonaban las campanas, y luego, vuelta a recorrer sus circuitos solitarios.

A Dios gracias, tenía la cuadrilla. Lo primero que pensó Keffer fue que debían celebrarlo en el Mazos. Y su primera acción como capataz fue desestimar la propuesta. Además, la taberna estaría cerrada para cuando terminasen al rayar el alba, les dijo. El problema real era que el taller había dejado de ser impermeable. La urna de silencio con la que las cofradías los habían protegido empezaba a resquebrajarse; a medida que crecían en número, su secreto se había vuelto mucho más frágil. Hacía poco su primo Jakob lo había abordado por la calle, medio borracho: «El tiempo se os está acabando», había balbuceado; el taller había fundido plomo suficiente para hacer cien ataúdes. Dios, o el diablo, sabrían qué arma estaban forjando pero era mejor que se dieran prisa. Maguncia necesitaba su ayuda cuanto antes.

Al amanecer se reunieron todos arriba para consagrar a su maestro recién ascendido.

—Por los segundos alientos —dijo Hans, que empezó a servir vino.

—Y las segundas mitades.

Peter desenrolló el gráfico y lo clavó en la pared. ¿Por qué no ganárselos dejándoles saber hasta dónde habían llegado y lo que todavía les quedaba por delante? Todos los hombres miraron el papel y vieron sus nombres y, al lado, las manos que había hecho cada uno en una larga fila.

—Y por los segundos libros, diría yo. —Keffer se frotó los ojos, con los pies apoyados en la mesa.

—Eso ya lo dijiste hace unos años —dijo Peter riendo.

—Aun así. —El prensista se encogió de hombros—. Me pregunto qué andará tramando.

—Yo de lo que me alegro es de que no me haya pasado el muerto a mí —dijo Hans, que, achispado, se subió a un taburete. Tamborileó en su jarra para llamar la atención—. Pero venga, vamos. Supongo que tendré que hacer las veces de *Brudermeister*. —Señaló a Peter con la barbilla—. Aquí nadie es maestro hasta que no se le bautiza.

Saltó al suelo y Keffer, Ruppel y el resto se levantaron al unísono, salvo por los Bechtermünze, que parecían alucinados. Retiraron la mesa a un lado y luego los seis se subieron la manga derecha. Hans le hizo una seña a Peter de que se pusiera en el

centro del corro que habían formado en medio de la habitación.

Todos extendieron la mano y la pusieron sobre la de Hans, hasta que estuvieron los seis unidos, sus brazos conectados como los seis radios de la rueda de la ciudad.

Keffer rellenó una taza con la mano izquierda y la puso sobre el mitón que estaba más arriba. Acto seguido rompieron a cantar y levantaron los brazos mientras giraban, alzando a la vez la copa tambaleante que empezaba a salpicar por todas partes. La gran rueda giró en el sentido de las agujas del reloj mientras danzaban la añeja canción de borrachera que terminaba con el baño del oficial o el maestro. Cuando todos los brazos superaron la altura de las orejas, el elegido entró en el corro, miró hacia arriba y se preparó para el último vítor: «Por nuestro compañero». Seis brazos alzaron la taza y la volcaron, dejando a Peter con la cabeza hacia arriba, los ojos cerrados, las piernas plantadas y la boca bien abierta para ingerir el *brandy* que caía sobre él.

El vaso le cayó en la mejilla pero estuvo rápido de reflejos y lo cogió para apurar lo que quedaba.

—La plata suena mejor —gritó, sonriente, dando vueltas y enseñándoles las últimas gotas.

Los Bechtermünze, que desconocían las costumbres de los orfebres, seguían boquiabiertos... hasta que se tomaron los suficientes *schnapps*.

Se pasaron la mitad del día entre risas y tragos; Peter se preguntó en cierto momento si rendirían cuando llegase la hora de ponerse a trabajar por la noche. Pero eran tan escasas las oportunidades que tenían de relajarse, contar chistes malos o tamborilear con los pies al ritmo de la flauta de Keffer... Era lo mínimo que podía hacer por ellos.

Cuando iba camino del excusado, se cruzó con Mentelin. El sol era abrasador; Peter sentía la cabeza hueca. Se sentaron en un abrevadero y dejaron que el calor les quitara el cansancio.

—*Salve* —dijo el dorador, mirándole con los ojos guiñados y tendiéndole una mano—. Si es eso lo que hay que decir...

—Yo nunca lo busqué. —Peter miraba más allá, cegado por la luz—. Solo pensaba en lo que tenía entre manos.

—Ya me había fijado.

Peter sonrió. Era un maniático..., un perfeccionista, y lo sabía. Miró todo lo fijamente que pudo a esos ojos verdes y entornados.

—Tengo que aceptarlo como la voluntad de Dios.

Mentelin asintió y le confesó:

—Eso es lo que me dije cuando conocí a Gutenberg.

Por su tono Peter no pudo evitar preguntarle:

—¿Y ya no lo crees?

—Creo que el Señor debe tener bastante sentido del humor —se rascó la cara pecosa— para depositar su fe en un hombre así.

A Peter lo caló entonces: Gutenberg ya no estaba.

—Necesitaré tu ayuda, si queremos conseguirlo.

Mentelin lo miró con ecuanimidad.

—No me cabe duda.

—Espero tener tu confianza.

—«Preparen el camino del Señor; enderecen en el páramo una calzada a nuestro Dios».

—Isaías.

—Lo compuse ayer.

—Y yo tengo que tirar del carro —dijo Peter, que se levantó y se desperezó camino de la puerta. Y blandir el látigo, pensó, pero no lo dijo.

—Tal vez el libro tire de él solo —terció Mentelin.

—Puede ser.

3

CRUZADA

24,5 manos de 65.

Septiembre-octubre de 1453.

La que siguió fue una cosecha pobre. Y en medio de ese mundo que se deshacía, Peter Schöeffer comandaba a sus hombres. Estaban trabajando en seis libros: Números, Crónicas, Isaías, San Mateo, Josué y Esdras. Ambos socios estaban ausentes, vagando no sabían por dónde. El taller era un arca, con sus recias paredes entablilladas, en la que surcaban las aguas crecientes.

Tomó posesión de la mesa del maestro pero no de sus modales, ni tampoco de su título. Siempre lo habían llamado Peter, y así seguiría siendo. Salvo que a partir de entonces, en ocasiones, oía que Johann Mentelin bromeaba en voz baja cuando él pasaba: «Ahí va la Roca». Y era cierto que se mostraba frío, sin acaloramientos: no era cálido con los hombres nuevos pero tampoco explosivo e impredecible como Gutenberg. El peso que soportaba en sus espaldas era tan pesado como las cumbres de Sión: solo él alcanzaba a verlas en la distancia, e iba contando los kilómetros.

El último día de septiembre el arzobispo Dietrich promulgó oficialmente el decreto del papa: Nicolás V había ordenado una cruzada contra el Turco. Toda la Cristiandad se uniría para repeler al hereje enemigo. Dentro del taller Peter bregaba con la composición del Libro de Esdras, subsanando los errores de Heinrich Bechtermünze. Los versos de Esdras no eran solo profecías sino respuestas a los significados ocultos de la Creación. Los leía con avidez; le parecía que el destino que les había tocado era igual de funesto que cualquiera de los que había compuesto en el Génesis. Dios había aplastado la ciudad de san Constantino, igual que había derramado azufre sobre Sodoma y Gomorra y había desatado el Diluvio. «Os enseñaré dónde está el corazón malvado», decía Esdras; o lo que es lo mismo: Dios enseña a través de sus castigos.

Peter llevó las páginas acabadas al almacén, las cubrió con una tela y cerró la puerta con llave. La única esperanza es la fe, la fe verdadera, como la de Noé o la de Job, pensó; la Palabra de Dios, el único baluarte en la tormenta.

* * *

El maestro tuvo mucha cara dura al dar a entender que dejaba en sus manos un negocio que funcionaba a la perfección. Peter se dio cuenta del embuste en cuanto cogió el testigo. Los Bechtermünze se las veían y se las deseaban para completar media página al día; la tercera prensa estaba parada. Keffer y Ruppel se habían acostumbrado a una pausa bien regada mientras esperaban a que la tinta de sus páginas se secase lo suficiente para imprimir en la otra carilla. Ese titubeo debía desaparecer: dos cajistas válidos por imprenta suponía que nunca debía haber un momento de ocio, salvo en las pausas para comer o beber agua. «Aguafiestas», masculló Keffer con el ceño mustio y una media sonrisa, como para demostrar hasta dónde llegaba su camaradería. Pero Peter siguió con cara de palo, los ojos perdidos en la distancia, repasando las máquinas, las manos que las alimentaban y las que a su vez estaban encargadas de alimentar a esas otras.

San Pedro, empezaron a llamarlo en broma.

Aunque Peter no les pedía nada que no se exigiese a sí mismo. Seguía llegando antes del alba a empezar su página diaria y no se ponía con ningún otro asunto del taller hasta que dejaba esas ochenta y cuatro líneas en la galera. Rara vez se tomaba un descanso, salvo para devorar el pan que Mentelin bendecía todos los mediodías. Cuando llegaba la oscuridad, cada día antes, ordenaba encender las velas; siempre era él quien las apagaba y subía el último a la cama. Lideraba con su ejemplo. La persona que había sido antes —que tan fácilmente despachaba una sonrisa o una broma, como cualquier otro— había quedado desterrada. Su misión era vital, sagrada... y terrible, a decir verdad.

Estaba casi irreconocible, comentó Hans al cabo de unas semanas.

—Por Dios Santo, para el carro. —Si no paraba era precisamente por Dios, le contestó Peter con una sonrisa extraña, y una distancia que sus amigos habían visto acrecentarse—. Vale —prosiguió el herrero con sus cortas piernas plantadas en el suelo—. Entonces será mejor que atiendas.

Llevaba un ritmo de loco, y era aún peor con su continua presencia, como un demonio que acechara tras ellos cuando comían, cagaban o, que Dios los perdonase, intentaban echar una cabezada. Henne al menos les hacía el favor de irse por la noche. Hans lo cogió por el hombro y lo sacudió ligeramente.

—Tiene razón —intervino Mentelin—. Vete a casa por la noche y déjalos respirar a los pobres.

Seguro que la mujer de tu padre y los niños se alegran de verte, le dijeron. Y tenían razón. Era una época dura y temible, para ser una mujer sola en una casa buena. Fust ya le había pedido en más de una ocasión en sus cartas que cuidara de su familia, aunque no había llegado al punto de sugerirle que se trasladara de nuevo a la *Haus zur Rosau*.

Si guardaba las distancias, era en parte por orgullo: o tal vez por su vanidad herida. Sabía que Grede intentaría entrometerse, que le urgiría a abrirlle su corazón, para arreglar lo que quiera que hubiese sucedido entre Anna y él. Desde que se lo

había contado, la había visto en más de una ocasión en conversaciones con la hija del pintor por el mercado. Pero todo eso era el pasado, cenizas a las cenizas. Entre tanto, las lunas habían ido y venido, y en esos momentos el único temor de Peter era que su misión monumental fracasara.

Su antiguo cuarto estaba igual. Los niños parecían haberse convertido de la noche a la mañana en seres adustos de ojos muy abiertos; sobre todo Tina, quien, a sus ocho años, ya no dejaba que le guiara la mano, y en cambio sacudía los ricitos y hacía las letras por su cuenta. Las tardes de sabbat sin Fust eran como siempre. A Grede le seguía gustando que le leyera mientras cosía. Se movía con más lentitud, pesada por el embarazo, pero sus ojos y su lengua seguían tan rápidos como siempre. Le pidió que le leyera *Las florecillas de San Francisco*: cincuenta o sesenta cuentos, un florilegio recopilado por un monje toscano en el que relataba el nacimiento de la orden franciscana, así como la piedad, la pobreza y todos los milagros que había obrado el santo.

—Una elección interesante —contestó Peter con una sonrisa—. Esta casa no es muy franciscana que digamos...

Grede le lanzó un cojín de seda y le dijo que no tenía derecho a criticarla por muy poderoso que fuera ahora. Además, las que más le gustaban eran las historias de la vida de fray Junípero, ese campesino sencillo que siempre hacía de tonto, humillándose y regocijándose cuando el mundo lo repudiaba.

—¿O sea que ser despreciado y burlado aquí en la tierra supone tener el favor de nuestro Señor? —preguntó Peter cogiendo el librito.

Le leyó el relato donde se contaba cómo despojaban al pobre Junípero de sus paños menores y lo paseaban por toda la ciudad mientras lo abucheaban, le tiraban piedras y le pegaban puntapiés.

—Cuanto más bajo caía, más pura era su humildad. —Miró a Grede y rio.

—No tiene nada malo ser humilde, que lo sepas —le dijo mirándolo de reajo.

—Nunca he dicho lo contrario.

—Es que eres muy extraño. —Frunció el ceño y ladeó la cabeza, sus ojos oscuros muy sobrios—. Te guardas mucho dentro.

No era capaz de comprenderlo: todavía no había captado lo mucho que él había cambiado y crecido. La miró y sintió cierta compasión.

—El humilde, como sabes bien, será recompensado mucho después que el rico.

—Pues entonces será mejor que empieces a repartir esas joyas —repuso Peter sin perder la serenidad.

—Antes no eras tan... frío. Si supieras cómo te echa de menos. —La mujer dejó la labor y se le acercó—. Anna te ha escrito pero no le has respondido... ¿es eso cierto?

—Sí. —Tenía que ser una broma—. Creí que lo justo era no mentirle. Fue un gran error. —Se encogió de hombros—. Ahora no volvería a hacerlo.

Grede se lo quedó mirando por un momento. Después bajó la vista, se alisó la

falda y carraspeó.

—Todavía no es demasiado tarde. —Se le acercó aún más y le habló con voz baja y apremiante—. Se asustó; ahora se avergüenza, lo ha entendido.

—Poco importa ya. —Peter se levantó y dejó el libro en la repisa—. Pero si quieres, puedes decirle que le deseo todo lo mejor.

—¿Eso es todo? —Tenía la cara pálida y contraída en una extraña mueca.

A veces veía en su mente el blanco resplandor del campanario y las vertiginosas torres de la Ciudad de Dios.

—Donde he de ir —dijo tocándole la mano—, dudo que nadie quiera seguirme.

* * *

Cuando llegó el primer acreedor a reclamar su dinero, estaba en la planta de arriba del *Humbrechthof*, repasando el reparto de las manos. Hans llegó corriendo torpemente y con la gorra de componer en la mano.

—No sé cómo se ha enterado pero en la puerta hay un vaquero que asegura que le debemos veinte florines.

El hombre estaba en la calle, bajo el portal que daba al patio, acompañado de un joven muy delgado. Cambió el peso de una sus botas con tachuelas a la otra; tenía una brizna de paja en la barba castaña.

—No me gusta hacer estas cosas, señor, pero el invierno se acerca.

Tenía la piel curtida y tostada como una nuez vieja, y Peter imaginó el viento de las praderas que azotaría al granjero hasta pulirlo, él y su largo cayado de tejo, un único ser.

El muchacho sacó una hoja y se la tendió.

—¿Cómo han llegado hasta aquí? ¿Quién los ha conducido a esta casa?

El granjero lo miró con los ojos entornados.

—Estoy buscando a Gutenberg.

—Vive más abajo.

—Aquí es donde trabaja. Mandó traer aquí las pieles. —El hombre hizo ademán de entrar pero Peter le cerró el paso.

—No está aquí. Pero soy su apoderado y puedo encargarme de sus negocios. —Cogió el papel de la mano del muchacho—. Entonces decís que os debe dinero.

«A cuenta de trescientas cincuenta pieles de corderos de seis meses», decía, a seis monedas por pieza. El total, 45 florines, estaba tachado y corregido por 35 y una anotación garabateada, «15 menos», en la letra apretada de Gutenberg.

—Entiendo. —Peter miró con más saña al hombre. ¿Por qué había ido, por qué lo habían mandado justo ese día a esa hora?—. No hay fecha —le dijo agitando el recibo con un dedo firme.

—Fue por esta misma época hace un año. —Se le ensombreció la cara—. Todo el mercado de abastos es testigo.

Peter recordó también esos montones de pieles, que estuvieron a punto de hundir a los pobres burros al salir a trompicones de los corrales. Maldito sea, pensó. Maldita sea su estampa.

—¿Por qué no ha ido a su casa? Él dispuso los términos.

Peter intentaba ganar tiempo. Gutenberg no había dejado ninguna alcancía, solo monedas para la comida de los hombres.

—Vuestro hombre me ha dicho que está de viaje. Como tendría que estarlo yo también.

Se llevó la mano al cinturón, de donde colgaba una vaina gastada.

Hans sacudió la cabeza y conversaron. Podía sacarle diez a Lorenz; Henne tenía un bote secreto. Y Grede disponía de ahorros propios para una urgencia, calculó Peter. Observó al granjero un instante y le recordó a los hombres enjutos de la granja donde nació.

—¿De dónde sois? —preguntó.

—De cerca de la Selva Negra.

El aprendiz de Gutenberg, su capataz ya, asintió.

—Tomad algo mientras esperáis.

Los dejó en el patio a cargo de *frau* Beildeck, pero no antes de echar la llave al taller y cerrar los postigos.

—¡Eh! —gritó Keffer.

—Enciende una vela —refunfuñó Peter.

Malnacido, iba pensando. Seguramente había hecho coincidir su viaje con el mercado de ganado mensual. Para escurrir el bulto mientras los arrieros y los matarifes hacían sus negocios de cuadrúpedos con los comerciantes. El muy malnacido, siguió entonando para sus adentros, mientras le contaba a Grede con toda sinceridad que si Fust estuviera en su pellejo, le habría pagado al hombre.

Ambos socios regresarían en cualquier momento. Peter le pagó al granjero y vio bajar por la calle su cayado nudoso y su túnica ceñida. Sacudió la cabeza y se quedó mirando unos instantes el campanario de piedra roja de San Martín. ¿Quién más? ¿El de las velas, el del papel, el del barniz? Soltó una risotada, se persignó y cerró la puertecita encajada en el portal. Había recibido una advertencia.

* * *

Al cabo de unos días Peter supo por su primo Jakob que un mercader de Erfurt que había pasado por la *Kaufhaus* había estado haciendo preguntas extrañas por el salón de transacciones. Su tío mandó a su propio hijo a contárselo, en lugar de a un criado;

Peter comprendió que era un aviso. Había pasado un año desde que las cofradías habían aceptado su oro a cambio de silencio pero la paciencia tenía un límite.

Jakob era un joven corpulento, con el pelo moreno como su madre, y no muy vivo.

—Hay rumores de que estáis fundiendo armas —le contó—. Saben que no tienen que hablar, pero... —Subió y bajó los anchos hombros—. El tema es que vuestro barco está haciendo aguas..., o eso dice mi padre.

El mercader de Erfurt había preguntado si Fust estaba en la ciudad porque quería comprar un libro. Les había salvado un carretero avisado que le había informado de su ausencia: pero su hermano era uña y carne con él; luego le había señalado la gran casa de Jakob que había construido el padre de ambos justo enfrente de la catedral. Un golpe de suerte, dijo Jakob, aunque Peter sabía que no era solo eso. Se preguntaba, no obstante, cómo habría reaccionado su tío: si habría logrado transmitirle al hombre que debía ser discreto y, en tal caso, cómo exactamente. No podían decir que fuera algo secreto, no desde que se lo contaron a Dietrich: solo les quedaba susurrar con convicción que se trataba de una técnica de tal valor, y tan maravillosa, que nadie podía saber de ella hasta que el Libro estuviese acabado. Más tarde podría blandirlo con todo el orgullo que quisiera, como uno de los pocos afortunados que lo poseían. En todo caso, así lo presentaría el impresor, si se le encomendaba la venta..., cosa que, alabado fuera Dios, no era el caso. Pero ¿por qué demonios se habría parado su padre a enseñar las manos en Erfurt? La ciudad estaba demasiado cerca y demasiado llena de clérigos, se dijo.

Eso mismo le preguntó Gutenberg a su padre con cierta acritud cuando ambos regresaron en octubre. Entraron en sus carriles y se solaparon como los patinadores de hojalata de la torre del reloj. Gutenberg tenía los ojos despejados, descansados y brillantes, como si hubiera parado a dormir cerca de Maguncia la noche anterior, en Eltville o San Víctor.

—¿Cuánto lleváis hecho?

Se quitó la capa, se la tiró a Peter y siguió avanzando por el pasillo. Peter miró a Hans, que puso en blanco sus ojos legañosos. Lanzó la capa a una silla, sin importarle si se caía o no. El antiguo maestro iba pasando de una sala a otra del taller, tocándolo todo, como para dejar su esencia en cada rincón.

—Podíais haberme dicho que recibiría visitas —le dijo Peter. Primero había sido el acreedor y luego el mercader chismoso. Gutenberg se puso tenso y miró por turnos a Hans y Peter—. Estaría muy agradecido si la próxima vez pudierais dejar algo más que el tarro de las monedas de Lorenz.

—Te quejas más que una vieja.

El maestro hizo un aspaviento, irritado. Y luego retrajo la mano y empezó a mesarse las puntas de la barba.

Al cabo de unas horas ambos saltaron al oír la voz de Fust, que saludaba a alguien en el patio. Peter dejó a un lado el componedor y se puso en pie pero Gutenberg,

como siempre, fue más rápido; ya había salido disparado hacia la puerta, había cogido a su socio por un brazo y le había dado media vuelta bajo el sol otoñal. Peter los vio darle la espalda, como si solo ellos dos importasen y el taller funcionase solo. Los siguió en silencio, cerrando la puerta tras de sí. Era más alto que su padre, casi tanto como Gutenberg, pero más musculoso y fuerte que este. Se coló entre ambos.

—Me he enterado de que habéis saqueado hasta mi propia casa —le dijo secamente Fust—. Diez florines de aquí y diez florines de allá.

Inclinó la cabeza como para saludar a su hijo.

—Y vos andáis soltando la lengua entre los mercaderes.

—Vino un mercader desde Erfurt —aclaró Peter—, preguntando por la nueva Biblia de Fust.

Su padre apretó los labios.

—Maldición.

—Tendríais que tener cuidado con cómo la vendéis —rezongó Gutenberg.

—¿Utilizó esa palabra? —le preguntó Fust a Peter—. ¿La llamó Biblia?

La preocupación asomó a sus ojos. Su hijo se encogió de hombros y respondió:

—Yo no estaba. Algo dijo de vuestro «gran libro nuevo»... Jakob lo sabe todo, hablad con él.

—Por las barbas de Cristo, Johann —exclamó Gutenberg—. ¡Esto es justo lo que nos faltaba!

—Vos no sois nadie para decirme qué nos falta o nos deja de faltar. —Ahora era Fust quien refunfuñaba, con la cara redonda desinflada y los ojos meras rendijas—. Lo que hace falta es que terminéis vuestra parte. —Inclinó la cabeza y bajó la voz—. El de Aviñón ha desaparecido, pero al parecer antes ha instruido a otros. —Miró hacia la ventana del taller—. Tenéis que subir el ritmo, forzar la máquina.

—¿A qué otros? —preguntó furibundo Gutenberg.

—¿Qué importa a quién, maldita sea? ¿Es que no entendéis el poco tiempo que nos queda? —Fust había subido la voz y empezó a subirle el color de cuello para arriba—. Cuanto más tardéis, más probable es que alguien llegue antes —dijo, y luego añadió mirando a Peter—: ¿Cómo vamos de atrasados? Cuéntame.

—No vamos atrasados —contestó este. Un hombre como Fust jamás entendería lo agotador que era el trabajo que hacían—. He sido muy duro con ellos, casi inhumano.

—A no ser que queráis construir otra prensa y contratar más manos —dejó caer Gutenberg, que miró de reojo a Peter intercambiando con él un mínimo destello: «Señor, estos ricos...»—. Aunque supongo que no. Si yo fuera vos, Johann, me iría a casa y me tranquilizaría.

—¿Que me tranquilice? —A Fust se le contrajo la cara—. ¿Cómo queréis que me tranquilice mientras me sangráis...? Y encima sin nada que enseñar. Vuestras malditas necesidades son infinitas.

—Solo estamos diciendo que Erfurt está demasiado cerca —intentó mediar Peter.

—¿Crees que no lo sé? Pero lo que no veo tampoco es que caigan florines del cielo.

—No sería tanto si no estuviéramos obligados a pagar a todas esas viudas agonizantes. —Gutenberg arqueó una ceja—. Ya sabéis que sigo sin verle el sentido a untar a las cofradías.

—Eso es agua pasada —contestó bruscamente Fust.

—Esto no se puede gestionar con un goteo de dinero, como meado. Necesitamos más, sí... pero no así.

—Tenemos adelantos por un tercio del precio, y hasta por la mitad. —A su padre le ardían los ojos—. Eso no es meado.

Diez florines de depósito por cada copia en papel y veinte por las de vitela. Peter hizo unos cálculos rápidos: los adelantos por un tercio de la edición sumaban setecientos cincuenta florines; si Fust había conseguido vender la mitad, habían ingresado al menos mil.

—El dinero desaparece más rápido que un escupitajo en una plancha. Que si tinta, que si comida, que si carbón y velas. —El maestro torció una comisura del labio—. De hecho, todavía me debéis medio año.

Fust sacudió la cabeza y, en lugar de responderle, le pidió susurrando a su hijo:

—Anda, enséñame por dónde vamos.

Peter lo acompañó por el taller y le enseñó el gráfico y hasta dónde habían llegado.

—Todavía no va ni por la mitad —dijo el padre, y todo su cuerpo pareció hundirse.

—La próxima vez que hablemos quiero ver vuestros libros de cuentas —le dijo a su socio antes de irse.

Con toda la sorna del mundo el maestro se llevó un dedo a la sien e hizo una reverencia con la cabeza.

AGUA AMARGA

31,5 manos de 65.

8 noviembre de 1453.



ero el Señor da y el Señor quita.

Su padre había vuelto a irse una última vez antes del invierno, en dirección al norte; el maestro tampoco estaba, andaba «haciendo prospecciones», como lo llamaba él. Esa tarde húmeda de noviembre los seis cajistas estaban sentados tranquilamente colocando tipos. Uno de los mozos apareció corriendo por el pasillo y le dijo que estaban llamando como locos a la puerta. Con una sola mirada a la cara pálida al otro lado de la puerta, Peter lo supo.

—Es el ama Grede —jadeó la chiquilla—. Dice Hannah que tenéis que ir a por la comadrona, y rápido.

Peter mandó a un muchacho con una nota.

—Se llama Maria Lambeth y vive en la calle de detrás de San Juan Bautista. ¿Sabes cuál te digo? —El chico asintió aturdido. Peter garabateó unas palabras en dos hojitas pequeñas—. Lleva luego esta otra a lo de mi tía, *frau* Fust, en el Kaisersberg. ¡Corre, vamos!

—Ve tú también —le aconsejó Hans.

El pánico que sentía en el corazón borró toda visión de las calles y casas que le eran familiares. Lo único que acertaba a ver era la cara pálida, blanquísima, de aquella chiquilla..., y luego la del ama de llaves, lívida también, con un puño contra la boca.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó subiendo ya por las escaleras.

—Está sangrando, señor.

Por la puerta abierta de la alcoba vio a la cocinera inclinada sobre la cama. Grede estaba tendida entre las sábanas, con la piel del mismo blanco que el lienzo blanqueado y los ojos muy abiertos.

La cama estaba llena de sangre y su cuerpo de cintura para abajo, envuelto en trapos que se empañaban de carmesí en cuanto la cocinera los apretaba. Peter se llevó una mano a los ojos para tapar aquella visión. Grede le tendió una mano y solo pudo apretársela en la medida en que el terror le apretaba el corazón. Dios mío, rezó. Había tanta sangre...

—La comadrona está al llegar —anunció.

La cocinera se limitó a asentir con los labios apretados.

—No quiero morir —Grede tenía la voz tomada, temblona, hasta que decayó, vencida como sus fuerzas. Se recostó en la cama.

—Calla, no digas esas cosas. —Le acarició la frente blanca y sudorosa—. Piensa en tu vida, en tus niños fuertes y saludables.

La cara se le contrajo y se volvió para que no la viera llorar.

—¡Me he bañado! —gritó como poseída—. ¡Ay, Dios, santo Dios! —Abrió los ojos de par en par, severos y brillantes como pedernales—. ¿Qué he hecho yo? ¿Por qué me castiga así? —Se llevó la mano a la boca.

La cocinera estrujó otro paño y se lo puso en la frente, al tiempo que le lanzaba a Peter una mirada apremiante. ¿Dónde estaba la comadrona? ¿Y la tía? Ay, Grede. ¿Qué sabía él de mujeres, o de partos? Los dolores que estaba experimentando eran más intensos de lo que un hombre podía imaginar.

—No te lleves a mi hijo —le rogó al Cielo mientras la sangre reluciente le salía del útero.

Pero la santa patrona retiró su favor ese día. «No habrá en tu tierra mujer que aborte, ni estéril». Las promesas vacías del Éxodo.

Tiempo después Grede le contaría que ella y su pobre criatura habían pagado por los demás; como tiernos pollitos, los primeros en sentir las consecuencias de los malos vientos. Era el odio y la desesperación, que en esos días se arremolinaban como fumarolas nocivas por todo el Imperio y la ciudad..., si no ya por el taller.

Por fin llegaron las mujeres con hierbas y agua hirviendo: la tía Elizabeth y Lambeth con sus manos de cirujana. Grede le apretó la mano a Peter y dejó caer la cabeza de nuevo en la almohada.

—Trae a Johann —le dijo con la voz rasgada.

Mandó un mensaje con el jinete más rápido de los comerciantes y se retiró a velar en las escaleras. Rezó humildemente a Dios para que la salvara: que la conservara con vida y se llevara la del crío. Seguramente igual que había hecho su propio padre de sangre en su momento, comprendió con una perspicacia cruel. Bajó la cabeza, suplicante.

¿Qué derecho, qué derecho a dar vida tenía un hombre? ¿De qué le valían sus libros y sus herramientas, el trabajo de sus manos? Peter sintió que se le partía el corazón mientras iba de un lado a otro y solo oía los murmullos de las mujeres y el entrecocar de las ollas.

La idea le sobrevino con certeza: cuanto más se acercaban a las estrellas del Cielo, más lejos se elevaban sus pies de la tierra de Dios.

Por fin se abrió la puerta. La comadrona, con el delantal ensangrentado, se detuvo un momento para recomponerse. Cerró los ojos y, al volver a abrirlos, le puso una mano en el brazo.

—Ella sobrevivirá, pero el Señor se ha llevado de vuelta a la criatura.

Oyó a su vieja amiga llorar, con un llanto capaz de desgarrar el mundo, tras la

puerta pesada de madera. Hizo ademán de ir con ella pero la comadrona lo agarró con fuerza.

—No puede hacer nada, salvo dejarla con su pena.

No habría luto público por el nonato. Fust era de la opinión de que algo que pocos sabían debía llorarse en la intimidad de la casa; tal vez pensaba que una demostración de sentimientos mayor le haría venirse abajo. Costaba saberlo. Lo único que sabía Peter era que nunca había oído a una mujer arremeter a golpes contra un hombre como lo hizo Grede cuando Fust no le permitió colgar las coronas de duelo. A partir de ese día vistió de negro sin importarle lo que dijera su marido. Pasaba horas arrodillada en San Quintín en una penitencia de lo más desoladora, atenazada por la imagen de esa pequeña alma sin bautizar, sola en el limbo. La pena se extendió, sin nombre, por los maderos de la *Haus zur Rosau*.

Los hombres lloraban tras una máscara, como bien sabía. Ese año vio que a su padre se le aflojaba el cinturón y se le encanecía el poco pelo restante. Desaparecieron la panza, la sonrisa recurrente, las telas ornamentadas: en su lugar surgió un extraño, ojeroso y sombrío, con la mano en el grueso crucifijo que empezó a llevar al cuello.

No fue solo aquella pérdida cruel. Era todo el conjunto, le pareció a Peter: la sequía del comercio, el peso de todas las deudas de la Biblia y la certeza de que habría una guerra santa. Clavaron la bula papal en el pórtico de San Martín: el papa necesitaba a todos los hombres sanos que pudiera reunir para una cruzada. Ningún alma podía esperar librarse; quien vacilara sería encarcelado y excomulgado.

Fust, sin embargo, recibió la noticia con la misma apatía: como todo en esa época sombría. Apenas salía de la *Kaufhaus*, y ni siquiera pasaba por el taller para ver los avances. Aunque le dolía, Peter hacía lo posible por comprenderlo. Su padre ya había enterrado a una mujer y un hijo, y agachaba la cabeza ante la voluntad de Dios. Pero Este luego le había sonreído y le había dado a Grede, Tina y al pequeño Hans. ¿Por qué entonces aquella muerte, después de las otras, ejercía sobre él una fuerza tan brutal?

El viejo Lothar acabó yendo a ver a Peter para decirle que su padre apenas dormía ni comía.

—Hacedle entrar en razón, si puede, joven maestro. —Sacudió su cabeza leal y abollada.

Peter le suplicó a su padre que recordara que el Señor había salvado la vida de su mujer, y que ella volvería a él; para algunas heridas el único bálsamo era el tiempo.

—No me hables de la gracia de Dios —fue todo lo que contestó Fust.

El miedo a perderla, a perderlo todo —su negocio, sus libros, la libertad de las rutas abiertas—, había hecho mella en su corazón. Era como si todo lo que hubiera construido, todo lo que había conseguido, fuera de pronto frágil y amenazara con derrumbarse. Antes de eso siempre había habido un orden y un sentido pero el sultán había estrangulado con sus propias manos toda su existencia, y el mismo Dios le

había dado la espalda.

ILUMINACIÓN

34,5 manos de 65.

Finales de noviembre de 1453.

Ese noviembre desolador llegó a Maguncia un pintor que viajaba como esos artistas del pincel itinerantes que iban de una *Residenz* a un monasterio, de una casa patricia a una residencia ducal. Por supuesto, seguían escribiéndose nuevos manuscritos y pintándose sus márgenes. Aquel hombre, que era austriaco, se había alojado con el pintor Pinzler en el *Leichhof*, supo Peter. Al parecer esperaba conseguir trabajo en la nueva Biblia que estaban escribiendo los monjes de San Víctor.

Y en el *Humbrechthof* habían llegado por fin a la mitad. Ya no les quedaba mucho para empezar los Salmos, el libro que Gutenberg había elegido como final del primer volumen. El texto era demasiado voluminoso para ceñirlo a un solo tomo, de modo que lo dividirían en dos. Había llegado la hora, pensó Peter, que fue a ver a su padre y a decírselo en voz alta: la hora de pensar en la iluminación de los ejemplares que Fust tenía en mente.

Muy al principio, su padre les había contado que lo había visto en un sueño, una hilera de páginas impresas sobre un atril, y al lado un pincel: un pintor coloreando una decena de ejemplares con los mismos pájaros, hojas y flores coloridas. Igual que Gutenberg había conseguido un texto idéntico, Fust contrataría a un pintor para que decorase la Biblia con motivos idénticos. De entrada un puñado, para ver cómo se vendían..., y luego más, si los nuevos ricos querían comprar un ejemplar con todo terminado.

La belleza de la iluminación, si no otra cosa, siempre había ejercido cierta magia sobre el corazón de su padre. Peter rezó por que volviera a tener ese mismo efecto. Aquel pintor competía con los artistas locales del taller del cerezal que dirigía Weydenbach; era la oportunidad perfecta para ver los dos estilos. Fust, demacrado, viejo ya, se limitó a encogerse de hombros. No le interesaba el estilo local.

—Aunque creo que está bastante claro a quién vas a contratar —añadió desganado.

Los hijos de Pinzler, los hermanos de Anna, trabajaban en ese taller local. Peter vio los tarros de ungüentos y colas de ella, la cortinita a la cocina y el telar de la madre.

—No tiene por qué. —Cerró la puerta en su cabeza—. El que decide sois vos. Venga, hacedme ese favor —prosiguió, intentando engatusarlo—. Le diré a Klaus que arregle una cita para que vayas a echar un vistazo.

Fust ladeó la cabeza. Con lo delgado que estaba se parecía a Jakob, con la misma mirada cansada y belicosa.

—Mientras no invites a Gutenberg...

Peter lo miró detenidamente.

—No creo que haga falta.

Fust frunció los labios y asintió. Seguían doliendo, las palabras que habían tenido, los costes de la tercera prensa, los cuatro obreros nuevos; pero ante todo era el miedo, que Peter compartía con él: la sensación de que todo pendía de un hilo muy fino.

—Hay que airearse un poco —le dijo, y le rozó afectuosamente el codo a su padre—. Unos cuantos pinceles pueden hacer milagros.

* * *

Peter le envió una nota a Pinzler para concertar la cita. El pintor también podía sacar algo de todo aquello, le escribió. Lo que el hombre pudiera pensar de él no le importaba. Hacía nueve meses que había estado a punto de prometerse..., pero eso estaba olvidado. El Señor de los Ejércitos lo disponía todo: nada de aquello estaba en manos humanas. El libro corría sin más a una distancia nebulosa, tirando de él y de la cuadrilla. Hacía una semana que Mentelin había terminado las últimas páginas de Isaías, el libro donde hablaba de la salvación. Había que arrepentirse, o atenerse a la destrucción, ese era su grito. Quienes no tenían fe no sobrevivirían. La única misión de Peter era liderar y conducir a aquel equipo martilleante: tres prensas y seis cajistas, arrastrándose por aquel cruento mundo de pecadores. Allonar el camino, se dijo: la carretera del Señor.

El austriaco era delgado y ajado, estrábico de un ojo. Klaus Pinzler le estrechó la mano a Fust y los condujo a una mesa que habían despejado y acercado al fuego. Markus, el hermano de Anna, tenía el mismo cabello castaño que ella y una mirada inquisitiva y cautelosa. La tenía a su lado: Anna. Parecía mayor. ¿Cuánto había pasado..., un año, dos..., desde que había estado en esa casa por primera vez? ¿Cómo era posible que hubiese vuelto? ¿Cuál era la intención del Señor? Todo tiene su tiempo, se dijo Peter: «El momento en que se nace, y el momento en que se muere; el momento en que se planta, y el momento en que se cosecha».

—Ha sido muy amable viniendo hasta aquí con este tiempo. —Klaus le dejó a Fust la silla acolchada.

Un pequeño rubor pintó un arco por el flanco izquierdo del cuello de Anna. Peter le hizo una reverencia formal. Markus se inclinó y puso varias manos sobre la mesa.

—Según la tarea, vamos variando los tonos —les explicó mientras pasaba algunas páginas de la Biblia recién manuscrita.

Peter solo les había dicho que su padre estaba buscando un pintor para un libro. Esperaba poder mantener la misma vaguedad: aunque a punto estuvo de delatarse en ese momento.

El papel de la Biblia manuscrita era justo el mismo que estaban empleando en el *Humbrechthof*. El mismo lino color crema con idénticas líneas onduladas de papel verjurado y la marca de agua con la cabeza de buey: una figura puntiaguda que parecía más un zorro que un buey. El mismo, salido de los mismos moldes del mismo molino del Po: una intranquilidad, y luego una sospecha, lo atravesó por dentro. Miró con desconfianza a Markus, que estaba contándole a Fust que había sido el arzobispo Dietrich quien había encargado esa Biblia; también le habían hecho un salterio nuevo. «*Petrus Heilant*», pensó Peter: el escriba encargado de esa Biblia. ¿Qué posibilidades había de que el tratante de papel hubiera hablado, de que hubiera hecho algún comentario mientras vendía la misma mercancía al maestro y al monje? Sintió un hormigueo por la piel mientras veía los dedos del pintor repasar los colores vivos de los márgenes. El solo hecho de tener dos clientes grandes en la misma ciudad pequeña era ya notable; se dijo que tenía que sonsacar a Gutenberg.

Fust comentó que el trabajo que tenía pensado era una media docena de libros, iluminados más o menos igual. Estudió detenidamente los márgenes pintados. Peter lo vio inspirar el pigmento, abriendo las aletas de la nariz, su cuerpo animado por la belleza de la artesanía. Lo vio repasar las líneas con los dedos. Era aquello, más que otra cosa, lo que Fust el mercader le había legado, pensó entonces: por mucho que su padre adoptivo fuera un comerciante, había nacido y se había criado como artesano. Tenía un gusto exquisito.

Aquella Biblia manuscrita era hermosa: la caligrafía fluida y la decoración en la línea del estilo del taller del cerezal, con enramados cuajados de brotes y pájaros. Había flores naranjas y rojas sombreadas con blanco; abundaban las hojas de acanto, en índigo o verde. Era un estilo con gracia, sereno, aunque para él —y para su padre y Anna, creía Peter—, también demasiado manido y recargado con dorados.

—Ahora entiendo por qué su reverendísima aprueba vuestro trabajo. —Fust esbozó una sonrisa enigmática.

Peter miró sin querer a Anna, que tenía también los ojos puestos en él; por un instante sintió el torrente que desataron. Sabía que, de haber estado a solas, ella habría desdeñado ese trabajo. No sin lástima, claro, pues sus hermanos trabajaban allí. Pero en más de una ocasión le había oído despreciarlo como superficial y rimbombante, copiado sin más de un muestrario. Repetitivo, idéntico: igual que esas letras metálicas que le había enseñado.

Todo lo que le había ofrecido. Y todo lo que ella había rechazado. Peter bajó la mirada.

Su error había sido pensar que era igual que él: nacida del barro pero capaz, de

algún modo, de desprenderse de él. Sintió que seguía mirándolo, como un picor. Tenía el rostro tenso: muy consciente de ser el foco de su atención, como un hilo tendido de un lado a otro de la mesa que se le cosiera a la piel. Volvió a levantar la vista y la tensión se quebró. Anna apartó los ojos, sin poder aguantar su mirada.

Markus recogió las hojas. Peter preguntó como quien no quería la cosa cuántas páginas tendría la Biblia. Unas mil, le respondieron. Asintió, irritado por dentro: por tener que ver aquello y al mismo tiempo no estarle permitido presumir de las maravillas de su competidora recién impresa.

El austriaco tosió levemente y pasó a enseñarles sus papeles. Eran solo muestras, les explicó; los encargos se quedaban en las abadías y los castillos donde había servido.

—He coloreado de todo —dijo con una línea torcida por boca—. Libros de coro, cesiones de fincas, libros de horas..., y también Biblias. Tengo entendido que tienen una grande.

Fust frunció los labios y luego desplegó las hojas maltrechas. Se quedó un rato inmóvil, contemplando un extraño matorral reluciente. Las enredaderas del artista estaban plagadas de hojas picudas, en tonos verde plateado y verde pizarra. Al volver la página se encontró con el mismo follaje salvaje, al igual que en la siguiente. El hombre poseía un estilo insólito y de ensueño: Peter nunca había visto semejantes flores crecer de la tierra como surgían de esas páginas. Utilizaba menos dorado en las letras capitales que los de Maguncia; las formaba con dibujos salpicados de puntos. Aquí y allá introducía figuras —monos, santos— que eran más insólitas y menos efectistas. Los Pinzler observaban en silencio, y Peter sintió la acritud en el ambiente.

—Se ve que habéis tropezado alguna vez con ortigas. —Su padre chasqueó la lengua.

El pintor siguió con su triste mirada puesta en el hombre que, con suerte, habría de ser su cliente. Fust estaba escrutando los dibujos, visiblemente agrado, o al menos intrigado por aquellas líneas erizadas y retorcidas.

—Ortigas, así es. He intentado pintar de forma más realista. —El pintor extendió sus dedos, largos y finos como los de un ángel—. Pero no sé si lo he logrado.

—¿Seguís algún modelo, como los demás?

—Solo los de mi mente.

Fust levantó la cabeza y miró al austriaco.

—El último sitio donde estuvisteis fue en Würzburg, ¿no es así?

—Cierto.

—Y pintasteis una Biblia.

—Fui una de muchas manos.

—¿Y antes de eso?

—En Bohemia y luego en Salzburgo.

—Me gustan los hombres que se mueven.

El austriaco se relajó un poco.

—Es una vida interesante.

—Supongo que uno se entera de cosas —comentó Fust, que le hizo entonces una seña a Klaus.

El anfitrión se levantó y volvió con vino y copas.

Al menos en apariencia no había mucho que envidiarle al vagamundo. Tenía la cara curtida, con un destello de alerta animal en sus ojos bien abiertos.

—¿Y qué cuentan por ahí de Oriente? —preguntó su padre.

—Los herejes tienen rodeada Belgrado.

—Mal asunto. —Klaus frunció el ceño—. Escudos y estandartes. —Peter miró con compasión a Klaus—. La gente no quiere pintar otra cosa. —El padre de Anna hundió sus cejas morenas—. Lo que necesitamos para dar de comer a nuestras mujeres e hijos son cofres, altares, ventanas... —Hablaba con amargura.

—¿Y por el sur? —Fust siguió a lo suyo.

—Un tipo de Graz me dijo que tal vez me interesara saber que había visto llegar una montaña de manuscritos viejos en un barco veneciano.

—¿Desde Constantinopla?

—Sí, de supervivientes. Los griegos están huyendo. —El austriaco alzó la vista y miró a su alrededor—. Manuscritos de todo tipo, según tengo entendido. Lograron salvar algunas bibliotecas, por lo menos..., dicen que hay libros que ninguno de nosotros hemos visto.

—¿Qué clase de libros? —Fust se echó hacia delante.

—De medicina, geografía. Ptolomeo, Platón..., todo en griego.

El pintor encogió los hombros y esbozó un asomo de sonrisa. Fust se volvió hacia Peter; por primera vez tras muchas semanas, sus ojos cobraban vida.

El último que había rescatado cultura de Oriente había sido el cardenal De Cusa. Hacía doce años había navegado hasta Bizancio para llevarse tesoros de esos monasterios que ahora estaban aplastados bajo la bota del déspota. ¿Qué otras riquezas habían salvado en su huida? Cosas que solo los antiguos conocían, que pocos habían visto: salvo en el latín que habían copiado los árabes.

—Un rayo de luz —dijo pensativo Fust, que calló entonces.

Pasado un rato Klaus hizo una seña; ambos pintores arrastraron las sillas por el suelo al levantarse. Fust se puso en pie y les estrechó la mano.

—Es una elección dura —dijo, y los saludó con la cabeza.

Anna hizo una reverencia poco espontánea y luego todos se retiraron. Seguía teniendo la misma cintura delgada y la cabellera igual de larga y brillante. Peter se preguntaba si seguía cepillándose la cincuenta veces, como había hecho hacía tanto para él.

Frau Pinzler entró y sin mediar palabra les puso por delante tres jarras de cerveza. Su padre no se fijó en lo apretada que tenía la boca, ni en el cuidado que ponía en evitar los ojos de Peter.

—Me alegro de veros de vuelta, Johann —le dijo Klaus.

—Ha sido muy... iluminador. —Desde luego, pensó el hijo: un buen puñado de noticias.

—Parto y reparto. —El pintor cortó el embutido—. Ahora no nos podemos permitir grandes cosas.

Fust asintió.

—No podréis utilizar lapislázuli, ni azurita, salvo lo que podáis conseguir en Cornualles.

—Si sigue habiendo tan pocos compradores, dará igual. —Klaus le dio un buen trago a la cerveza—. ¿Cuándo nos necesitaría él?

Estaba claro el significado de ese «él». Fust miró de reojo a Peter.

—Es difícil saberlo. Dentro de uno o dos meses.

—Para entonces ya se habrá ido el austriaco. —Klaus sonrió, algo más relajado—. Aunque en cualquier caso —hizo una pausa—, lo lógico es mirar por los nuestros. No podía evitar lanzar miradas de reojo al hijo que podía haber tenido.

Esperaba poder llegar a un acuerdo con Markus: que hicieran allí la pintura y no donde Weydenbach, unas casas más abajo. Fust hizo un ruido evasivo.

—Me refiero a que sería una pena repartir los beneficios lejos de aquí —prosiguió Klaus.

—Cuando podríais guardarlos todos bajo este techo, queréis decir.

—No creo que a vuestro socio le importe.

A Fust se le endureció el rostro.

—Él no tiene ni voz ni voto en este trabajo.

—¿Vos conseguís lo vuestro y el viejo pecador lo suyo? —El guiño y el tono le eran muy familiares.

—No entiendo adónde queréis llegar.

Klaus se relamió los labios.

—Pues a que... compró una cuba de aceite de linaza la semana pasada, para un proyecto nuevo, dijo. —Miró a Peter y añadió—: No sé muy bien qué piensa hacer con eso..., con metal, para el caso... No sé si veis por dónde voy. —Hizo un pequeño movimiento con el dedo para demostrar que sabía lo de los espejos de peregrinos—. *Herr Gutenberg* no paraba de guiñar y de poner sonrisitas como hace siempre..., como si se trajera entre manos algo grande.

Lo que salió de la garganta de Peter fue incredulidad, en forma de un croar que apenas acertó a disimular con una risa breve. Fust no movió ni un músculo; al fin y al cabo era comerciante, muy diestro en fingir y disimular.

—Ese hombre tiene muchas ideas locas —se limitó a decir secamente.

Y luego bebieron algo más, mientras su padre dejaba pasar un intervalo cortés antes de levantarse.

—Os agradezco vuestra hospitalidad —dijo, y cogió la gorra de la mesa—, y las noticias.

Klaus se quedó observándolos con las cejas unidas cuando salieron. Los siguió

con la mirada hasta que Fust se hundió en el remolino de cuerpos del *Leichhof*, zigzagueando con una brusca eficacia por las calles oscuras y húmedas, la espalda muy recta y los labios apretados. Peter tenía que correr para seguirle el paso. El tonel de aceite sospechoso y la multitud emergente se alearon en su cabeza: se convirtieron en un lienzo reluciente de un maestro flamenco, con obreros atareados, bailarines desenfrenados y un bufón haciendo cabriolas. ¿Qué nueva locura andaría planeando Gutenberg?

* * *

Fust esperó hasta que estuvieron en su oficina con la puerta cerrada.

—Vas a contármelo todo. —Estaba firme como una roca, impertérrito.

—Sé tanto como vos.

La mirada del padre era de desdén.

—Entonces vaya capataz estás hecho. —Se volvió, irritado, y tiró la capa a un lado—. Se podría llenar un carguero con todo lo que no sabes.

—Yo no puedo controlarlo... Nadie puede —replicó Peter en voz calma.

—Tanto peor.

Fust estaba de mal humor, con las manos unidas tras la espalda. Se volvió hacia Peter y se quedó mirando la sala de transacciones.

—Tiene que ser algo para el arzobispo —dijo por fin, dándose la vuelta, su cara carente de toda expresión. El duelo le había dejado sus antes redondos carrillos tan flojos y colgantes como los de un sabueso—. Erlenbach está en Maguncia, ¿lo sabías? Anda olisqueando por ahí.

A Peter se le tensó la barriga.

—No sería capaz —le dijo, medio para sí, refiriéndose al maestro y no a Erlenbach, el hombre de armas de Dietrich.

Su padre sacudió la cabeza y lo miró con una mezcla de asco y pena en los ojos.

—Eres un necio si confías en él. Como yo lo fui.

Podía ser, pensó el hijo. Que Dios nos asista si tenéis razón.

—¿Qué anda haciendo Erlenbach por aquí?

Fust torció el gesto.

—Impuestos y más impuestos. Está ejerciendo una gran presión sobre el cabildo catedralicio.

Dietrich no podía limitarse a hacer un gesto de la mano y dejar seco al pueblo; para ello necesitaba la aprobación de los clérigos de su catedral. ¿Era posible que su gente no supiera aún nada sobre la técnica de Gutenberg? Que el Señor siga cegándolos, rezó Peter: que sigan escarbando como topes ciegos en busca de oro.

—¿Podría Jakob mantenerlo a raya?

—No es mi hermano quien me preocupa —respondió Fust.

—Tal vez sea solo una táctica de distracción.

A su padre se le pusieron blancas las aletas de la nariz.

—Una cuba de aceite. —Se quedó mirando pensativo a Peter—. ¿Cómo distraer con eso? —Se estiró los pliegues de carne que le colgaban del cuello y, cuando los soltó, la mano se le quedó redondeada con fuerza en un puño que reposó en los labios—. Tengo que irme. —Se le entrecortaban las palabras—. Cuando averigües algo, avísame. —Removió el puño ligeramente, como si estuviera agitando unos dados—. Si tengo que verlo, no respondo de mis acciones.

* * *

Al día siguiente Gutenberg llegó antes que Peter. Cuando este entró por la puerta, el maestro dio un brinco y se volvió. Para el capataz también fue una sorpresa encontrarlo sentado a la mesa que había estado ocupando; nunca había un alma antes del alba aparte de él y el chico que encendía el fuego. A Peter le encantaba el silencio de esas primeras horas, cómo se asentaba antes de que se congregara la cuadrilla. Pero en ese amanecer de invierno no fue así, cuando Gutenberg se levantó de un salto y fue hacia él blandiendo algo en la mano.

Peter apenas había dormido en una noche agitada y pegajosa en la que su mente se había sumido en un bucle de vaciar cubas adulteradas y llenarlas, vaciarlas y vuelta a rellenarlas. Y ahora llegaba aquel viejo réprobo, con una onda de felicidad en los labios, y le enseñaba unas hojas.

—Una mañana radiante, a fe mía.

El maestro agitó ansioso el panfleto. Cógelo, ábrelo, decían sus ojos, alábame, exclama.

—Una cuba de aceite. —Peter apartó la hoja—. «Un proyecto nuevo», «algo grande», del que nos han llegado rumores.

Gutenberg retrocedió y al cabo alzó los ojos, en los que la mirada ansiosa se había convertido en altiva.

—Os estoy salvando el pellejo.

No era un hombre que se dejase amilanar: le puso los papeles en la mano a Peter. Era un largo poema en verso, una de esas fruslerías que podían comprarse por unos peniques en la plaza. Uno épico..., no, una oda, en líneas apretadas que ocupaban muchas páginas: *La profecía sibilina*.

—Ripios.

—Una profecía solemne, en verso noble. —El maestro tenía un lado de la boca hacia arriba—. La sabiduría antigua de las sibilas.

—Tenéis pensado imprimir esto.

Peter miró la cara artera que tenía delante, y aquellos ojos caninos y resplandecientes. Al final iba a ser verdad que estaba loco...

—Una apuesta ganadora, me atrevería a decir. —La mirada tímida del maestro se ensanchó en una sonrisa—. Ideal para calmar a la gente en estos tiempos aterradores.

Siguió con su cháchara: las perspectivas eran increíbles, el texto estaba hecho a medida para los tiempos que corrían. Contaba la historia de la llegada de un rey pacífico, que aplastaría a los perros del infierno y salvaría a los creyentes del fuego eterno.

—¡Y encima el monarca se llama Friedrich! —le dijo guiñándole un ojo—. ¡Les va a encantar! —El fuego había vuelto a encenderse en su mirada—. Con todo lo que vendamos cubriremos los desembolsos.

El corazón estaba aporreándole los oídos. Al principio enmudeció. Ni siquiera el chalado de Gutenberg podía concebir semejante locura. Si Dietrich, en el tumulto de la reforma y la guerra, había arrinconado en su mente la empresa librera que se traían entre manos, solo necesitaba un recordatorio —ligero y hecho con tipos metálicos— para que le volviera todo el asunto en una riada.

—Lo pondría todo en peligro —protestó—. ¿Es que no tenéis ni idea de lo que desencadenaría un libro así?

—Sí, salvarnos el trasero, so necio.

El maestro tenía los labios torcidos; se adelantó para coger la profecía pero Peter la agarró con fuerza.

—Ya puestos, ¿por qué no anunciar nuestro negocio con el pregonero? —lo increpó Peter, deseando con todas sus ansias que el maestro recordara sus propias palabras.

Si los descubrían sería la muerte, el fin. Llevaba meses pensando solo en eso: en lo que Rosenberg, Dietrich y Erlenbach harían si descubriesen un taller de esas dimensiones delante de sus propias narices. Poco importaba que considerasen la imprenta una herejía o un arma útil. Podían verla, bien como algo que podían arrebatar y emplear, o bien como una amenaza para los *scriptoria*, cuyos beneficios mantenían bien alimentados los monasterios rurales que ellos luego esquilaban. Ambas cosas eran plausibles. Por increíble que pareciera, el arzobispo Dietrich aún no se había dado cuenta de lo que podía conseguirse con aquella técnica: de haberlo hecho, ya se habría abalanzado sobre ellos.

—En cuanto saquéis otro libro, caerán en picado sobre nosotros. Vendrán con toda su fuerza y...

Gutenberg lo cortó de golpe.

—¿Qué hace falta para que lo entiendas? El pozo se ha secado. La bolsa está vacía. Tu padre lo ha dejado bien claro.

—No podéis amenazar toda la Biblia por los treinta o cuarenta florines que puedan sacarse. —Era un arrogante lo suficientemente loco para ponerlo todo en peligro. Peter reunió todas sus fuerzas y su voluntad para evitarlo—. Ni usar este

papel... Es un milagro que todavía nadie se haya dado cuenta. —Avanzó un paso hacia él—. Nos descubrirán, tarde o temprano.

—No hables de lo que no sabes. —La sonrisa del maestro era burlona—. Su reverendísima está enfermo, muy grave. Una gran desgracia para él..., aunque no para mí, ni para el médico que ha traído desde Holanda dejándose una fortuna. —Resopló y puso cara de displicencia—. Tú límitate a hacer el trabajo por el que te pagan y déjame a mí los asuntos de Estado.

Alargó la mano para que le devolviera el panfleto.

Solo le llevó unos minutos garabatear una nota y enviarla a la *Kaufhaus*. Fust se presentó al cabo de un cuarto de hora. Desde la sala de composición no se veía nada, pero todos lo oyeron con claridad.

—Tenemos que ajustar cuentas, Johann.

Hubo una pausa; el maestro se tomó su tiempo para levantarse del sitio.

—Yo también me alegro de veros, amigo.

A continuación se fueron a la planta de arriba mientras los cajistas volvían a la tarea. Al minuto oyeron que el tono de voz subía y las acusaciones rebotaban contra los tablones de las paredes. «Sabotaje», «locura», escucharon. Y luego la voz irritada del maestro: «Por el amor de Dios, Johann, dejadlo estar».

—Por fin ha encontrado la horma de su zapato. —Hans ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa amplia.

Peter pensó en Anna, la de la Puerta de Hierro; en esos hermanos de Estrasburgo, los de los espejos y la peste; en el desdichado secretario de Maguncia al que Gutenberg había secuestrado hacía veinte años. Siempre había ido contra las normas y contra todo aquel lo suficientemente necio para ponerse en su camino.

Fust bajó con cara inexpresiva. Peter se hizo a un lado fingiendo tener que colocar unas líneas en la platina de composición. Comprendió, mientras se lanzaban acusaciones y alegatos en las escaleras, que su padre se negaba en redondo a prescindir de ningún miembro de «su» cuadrilla para ese nuevo trabajo.

Esa noche le contó a su hijo que también le había exigido la contabilidad con los ingresos y los gastos del taller de los últimos años. Le había dado todo el dinero que el otro le había pedido; no había razón alguna para que estuvieran sin dinero. ¿Adónde había ido a parar? Le gustaría saberlo. Si Gutenberg se empecinaba en seguir con aquella locura, tendría que pagar de su bolsillo todo el papel y la tinta que utilizase. Lo principal era que no interfiriese en modo alguno en el empujón final para terminar la Biblia.

—Asegura —dijo Fust con una mirada afilada en sus ojos azules— que habréis terminado dentro de seis meses.

Aquel hombre era capaz de prometer cualquier cosa.

Estaban a principios del Adviento, y quedaba una eternidad para la Pascua y mediados de verano. Cada cajista tenía que hacer todavía cinco o seis manos, a una media de un mes por mano. Y durante todo ese tiempo el taller seguiría siendo

vulnerable. Peter comprendió que tenía que mantenerlos a salvo; debía ingeniárselas para guardar a buen recaudo el secreto.

También él podía planear un subterfugio.

Le mandó a Keffer que produjera doscientos espejos de peregrino con el molde antiguo de Hans. Después fue a la repisa del maestro para buscar aquellas viejas páginas de muestra, los cánticos que compuso e imprimió para el pontifical del papa. Les faltaban una o dos semanas para empezar con los Salmos. Sería fácil imprimir unas cuantas páginas más, como si estuvieran haciendo de verdad aquel libro de oraciones papales que propuso Gutenberg en su momento.

No se lo contó al maestro. Tampoco era que este anduviese por allí para poder ver cómo vertían el metal y hacían aquellos distintivos para peregrinos. Como Fust le había prohibido utilizar obreros del taller común, había vuelto a la primera prensa que construyeron y que seguía en su establo. Haría la maldita profecía él mismo, gruñó..., o encontraría manos dispuestas a hacerla. Mientras Keffer se encargaba de los espejos, Peter no dejó que parara el flujo de páginas. Las historias que contaban en ese último invierno estaban repletas de augurios y lamentaciones: los libros de Daniel, Jeremías y Job.

Los tormentos que Dios lanzaba contra su fiel siervo atenazaban la mente de Peter. El sufrimiento y el aislamiento de Job eran colosales, épicos..., y aun así le tocaban la fibra sensible. La frase le venía una y otra vez como una vieja tonada, lo que decía el pobre siervo de Job cuando volvía con el relato de más tribulaciones: «Solo yo pude escapar para traerte la noticia».

APARICIONES

37,5 manos de 65.

Diciembre de 1453.

Las profecías empezaron a aparecer una a una, como copos de nieve aleatorios a lo largo del adviento. Al principio nadie les prestó atención. Era normal que los libros aparecieran así, un ejemplar aquí y otro allá: hasta que empezaron a acumularse en pequeños montones más llamativos.

Los primeros en fijarse, en el círculo de su padre, fueron los comerciantes de la *Kaufhaus*. Las esposas de Salman y Kumoff habían comprado cada una un panfleto a un golfillo que rondaba por San Martín. En sí, esa circunstancia podría haber pasado desapercibida. Pero lo extraño era el extraordinario parecido entre ambos, contó Kumoff, como los guisantes de una vaina, y además, el muchacho tenía más, y se decía que había otros a la venta en la *Schreibhaus*.

—Esgrimí que los escribas estaban tan necesitados como todo el mundo —le relató Fust.

Peter cogió el ejemplar que tenía su padre en la mano.

—¿Cuántos, y a qué precio? —quiso saber.

—A cinco monedas. Pero solo Dios puede saber cuántos... ¿Una veintena? ¿Cien? ¿Más?

La profecía ocupaba catorce páginas. Si Gutenberg había gastado una resma entera de papel, podía haber hecho varios cientos, calculó Peter, con ayuda de Keffer y Ruppel, a los que arrastraba a deshoras para trabajar en el *Hof zum Gutenberg*. No había tenido el valor de impedirselo cuando estos suplicaron su permiso, alegando que necesitaban el dinero extra que les ofrecía el maestro.

—Más le valdría controlar cuántos saca —apuntó Fust mordiéndose el labio.

Con todo, sería difícil que se resistiera a la tentación: no mientras creyera que podía sacar veinte o treinta florines.

—Podría habérselo enseñado —dijo Peter, que abrió el delgado poema.

—No se habrá atrevido.

No era de extrañar: se trataba de un trabajo tosco y barato, con los tipos mal entintados y las letras tambaleándose en las líneas. El que lo había compuesto ni siquiera se había molestado en justificar el texto. Había utilizado los primeros tipos que habían hecho, en su último aliento, y no para un manual latino, sino *auf Deutsch*:

en lugar de uves dobles, inexistentes en latín, había uves.

—Un desperdicio de papel.

—Al parecer están vendiéndose.

Peter lo dejó en la mesa.

—Tarde o temprano atraerá la atención hacia nosotros.

El aporreo de unos pies por las escaleras los hizo callar; llamaron con fuerza a la puerta. Fust estaba diciendo «Pasad», cuando Jakob asomó la cabeza. Clavó la vista al instante en Peter.

—Vaya, vaya —dijo entrando—, mira a quién tenemos por aquí.

—Lo mismo digo —dijo Peter, que se levantó y le tendió la mano—. Tenéis buen aspecto, tío.

—No puedo decir lo mismo de ti. —Jakob le dio un abrazo y luego retrocedió para escrutar a su sobrino—. Lo tienes explotado, Johann. Está hecho un saco de huesos.

—No está ni peor ni mejor que los demás.

Su hermano le señaló una silla. Todos estaban más delgados y endurecidos, pensó Peter: no solo en el taller, sino en toda Maguncia, gracias al sultán y su guerra. Jakob rechazó la silla. Seguía con los ojos puestos en su sobrino; se llevó la mano a una escarcela que llevaba bajo la capa.

—Espero que no sea por esto.

Sacó un panfleto y lo dejó sobre la mesa, y las aletas de la nariz se le ensancharon al ver a su gemelo al lado.

—Las cofradías no os están protegiendo para esto. —Miró a Fust—. Un año. —Tenía una expresión adusta en el rostro—. Hemos estado un año entero mordiéndonos la lengua... ¿para esto? Les di mi palabra de que nos ayudaría, protegí a ese ladrón y ¿esto es lo que recibo?, ¿una chorrada de una bruja?

Fust se pasó una mano por la cara para enjugársela.

—Siéntate —volvió a pedirle con voz de cansancio.

Obstinado, Jakob meneó la cabeza.

—¿Quién lo ha hecho? ¿Vosotros?

—Gutenberg —reconoció Johann Fust—. Pero le advertí de que no lo hiciera.

—No ha sido en el *Humbrechtshof* —se apresuró a aclarar Peter.

—Me da igual dónde haya sido. —Los ojos de Jakob parecían hielo alpino—. No le debo nada..., nada, ¿me entendéis? Siempre te he dicho que te traicionaría, que cogería lo que pudiera y os jorobaría a todos. Espero que te des cuenta de una vez por todas. —Las palabras rechinaron.

—Seis meses. —Peter se le acercó, apremiante—. Solo seis meses más, es lo único que necesito. Luego liberaremos la imprenta y Maguncia tendrá lo que se le debe.

El odio deformó las mejillas hundidas de Jakob.

—Lo que se le debe. —Resopló—. Una promesa muy bonita, esas imprentas que

pueden escupir oro. ¿Y cuándo las tendremos, si puede saberse? Cuando Erlenbach se las lleve a Eltville, supongo... —Golpeó la mesa con el puño—. Que Dios te maldiga a ti y a tus promesas, Johann.

—Te di mi palabra y no la voy a romper, Jakob. —Fust habló con frialdad.

—Y pese a todo dejas que te maneje a su antojo.

Fust no dijo nada; no tenía nada que decir. Encaró a su hermano, las venas del cuello saltadas.

—No podemos protegerte..., ni te protegeremos, si él actúa contra tus intereses y los nuestros.

Se quedaron un momento en silencio hasta que Jakob suspiró. Se tiró de la capa y se envolvió en ella como si fuera un sudario..., y por fin se sentó.

—Lo leerán como una invocación a la cruzada —le dijo sacudiendo la cabeza—. Tú sabes tan bien como yo que eso es lo último que quiere Dietrich. —Tenía los ojos hundidos, brillando bajo la sombra de la capucha.

—Sus esbirros andan por aquí —dijo volviendo la vista a Peter—. Y sus espías, por doquier. —Tenía una sonrisa amarga—. La archidiócesis tiene los ojos puestos en Maguncia. Solo Dios sabe lo que habrá prometido a todos sus curas para conseguir ese impuesto.

—De modo que es cierto. —Fust se recostó pesadamente en su asiento.

—Y ahora le pones esto delante de las narices. Ya no habrá forma, no habrá modo alguno de detener esa mano muerta.

Die Tote Hand, llamaban a ese puño silente y brutal: la Mano Muerta de la Iglesia que estaba eximida de pagar impuestos sobre todas las propiedades que poseía..., y que al mismo tiempo, implacable e invisible, exprimía tributos de quienes tenía bajo su control. Buscando, siempre buscando cualquier forma de succionarles la fuerza vital.

—Si tenéis intención de venderlos, será mejor que los metáis en un barco río arriba.

Peter reprimió la repentina urgencia de hacer una batida por la ciudad para reunir las huellas de aquella locura.

—En cualquier caso, el barco que manejo está bien gobernado. Seguro y con las escotillas atrancadas. —Un arca tan recia y ágil como cualquier cedro del Líbano. Miró a Jakob con ecuanimidad—. En cuanto al otro... ¿quién sabe? —Se encogió de hombros.

Jakob asintió y miró a Fust.

—Haré lo que pueda..., por ti, pero por nadie más.

* * *

Peter fue directo a San Martín. El día estaba despejado y muy frío. Las bocanadas de vaho se quedaban pendiendo en el aire; los mendigos se acurrucaban envueltos en sus harapos en la escalera de la catedral roja. Repasó sus zurroneos, sus cuerpos y sus cuencos, y entonces vio a un niño delgado en la esquina de la capilla privada del arzobispo, que estaba visiblemente aterido, apretándose con una mano la capa bajo la barbilla. En la otra sujetaba una hoja de papel en alto mientras gritaba con voz ronca:

—¡Llega el Rey de la Paz! ¡Para redimirnos y destruir al infiel!

Estaba mugriento y canijo. A saber de dónde lo habría sacado Gutenberg.

—Dame uno —murmuró Peter buscando una moneda en el bolsillo—. ¿Cuántos tienes ahí?

Los ojos se le fueron a un saco que tenía el golfillo a los pies. Este se llevó una mano a la oreja tapada y sacudió la cabeza, como si fuera duro de oído, y siguió gritando.

Peter dio media vuelta y apresuró el paso por delante de la casa de la moneda, remontó la calle y llegó a la de los remendones. Estuvo a punto de chocar con un hombre bajo, tan enfrascado iba en sus pensamientos. Se volvió bruscamente y levantó la vista para encontrarse la cara rubicunda de Petrus Heilant.

—Con prisas, siempre con prisas. —Heilant levantó una ceja trigueña. Iba abrigado con una cálida capa gris ribeteada con un cordón de un rojo muy vivo—. Cualquiera diría que tenéis que hacer un recado vital.

—Los negocios no esperan a nadie —terció Peter.

—Pero por Dios sí esperarán, ¿no?

Heilant tenía las mejillas rosadas por el frío; llevaba ceñido el gorro carmesí del cabildo catedralicio. Saltaba a la vista que ya no era un simple escriba.

—Voy rezándole por el camino. —Pese a todo, Peter se detuvo y le tendió la mano.

—Se os ve muy poco. —Los ojos de Heilant estaban velados de ironía—. Empiezo a pensar que incluso tratáis de mantener las distancias.

Peter forzó una sonrisa.

—Pues a mí me parece más bien que sois vos el que me ha dado esquinazo.

Heilant se regocijó y se llevó la mano a la gorra.

—Me queda bien, ¿no os parece?

Tan bien como siempre le había quedado a las almas lujuriosas. Peter puso cara de circunstancias y siguió sonriendo. De modo que Heilant, después de todo, había conseguido abrirse camino hasta un puesto bien remunerado. Uno no demasiado alto ni tampoco abyecto; al igual que Peter, había estudiado las cuatro órdenes inferiores de la teología.

—A ver si adivino. —Decidió tomarle el pelo—. Ni acólito ni ostiario.

Petrus Heilant jamás se rebajaría a ocuparse del altar ni a tocar las campanas.

—Lector —dijo Heilant con la voz entrecortada.

—Bien hecho. Por supuesto.

Peter le dio una palmadita en la espalda. La única otra opción habría sido exorcista: mucho mejor leer las lecciones en voz alta que poner la mano sobre un alma aterrada. Los ojos de su antiguo compañero le dieron un buen repaso, por su capa deshilachada y sus manos manchadas de tinta, hasta detenerse. Pareció retraerse en sí mismo cuando su mano fue directa al panfleto que llevaba Peter.

—Así que vos también lo habéis visto —dijo jadeando. La cara se le pintó de pronto de cautela: de no haberlo conocido mejor, habría dicho que estaba asustado.

El impresor midió cada palabra.

—Acabo de comprarlo. ¿Por qué?

Heilant se acercó más a él.

—Es muy extraño. —El aliento calentaba la oreja de Peter—. Es muy insólito..., impío. Ya he visto tres y... —Estaba susurrando— son todos iguales, exactamente iguales..., ni una letra cambiada, ni una errata..., idénticos.

Se quedó bien plantado en el sitio, agarrado al brazo del impresor. Su mirada era claramente de miedo. Peter la reconoció: la había visto antes en la cara de Anna Pinzler. Si años atrás no le hubieran contado cómo se hacían —en el mismo momento en que su mano rozó por primera vez esas líneas impresas—, también se le habría puesto la misma cara de miedo y asombro.

Tenía los ojos azules del escriba clavados en la cara.

—¿Cuántos hay, lo sabéis? —A Peter no se le ocurrió qué otra cosa preguntar. Heilant sacudió la cabeza y alargó la mano para coger el panfleto—. Aquí no.

El impresor lo apretó con más fuerza entre el costado y el brazo.

—Entonces venid a verme para que los comparemos. —A Heilant le había vuelto el color a la cara, aunque seguía habiendo repulsión en sus ojos—. No está bien. Nunca había visto nada igual; esto no lo ha hecho ningún escriba.

Con voz tranquilizadora y la mano firme como una roca, Peter le puso una mano en el brazo.

—Sí, los examinaremos. —Suavizó aún más la voz—. Tal vez la respuesta sea... de lo más banal. Mirad a Lauber, que ahora tiene un ejército de escribas propios. A lo mejor también utilizan un libro de patrones.

—Ojalá sea eso. —Heilant se persignó—. Pero tiene algo que me empaña el alma de miedo.

Cada uno se fue por su lado después de que Peter le prometiera ir a verlo lo antes posible. Recorrió la calle a toda prisa, pasando por delante del *Humbrechthof*, donde redujo el paso por un instante para asegurarse de que no se oía nada desde el muro exterior. «Por favor, Dios mío», rezaba. Dejó atrás San Quintín a grandes zancadas y subió luego la loma de la casa del maestro. Fue a la puerta trasera y llamó, la mano apretada con fuerza en el frío atenizador.

Lorenz parecía aturdido, como si lo hubiera arrancado del sueño, cuando por fin abrió. El maestro no estaba.

Pero ¿dónde demonios andaba? Peter maldijo y regresó sobre sus pasos.

¿Ganándose los favores de los hombres del arzobispo, sacándoles cuartos a mercaderes, a próceres, emborrachándose en algún antro con quien pagase las rondas? ¿Gorroneando cualquier otra tontería escrita para convertir el plomo en oro? ¿Dónde estaba cuando hacía falta, cuando lo necesitaba? Peter regresó al taller, helado por dentro. Se había ido: los había dejado para que resolvieran el caos que iba sembrando a su paso, como siempre.

* * *

—Dejadme ver. —Heilant abrió primero un panfleto y luego otro por la misma página. Peter repasó una *a* con el dedo e hizo lo propio con la *a* de la otra página—. Pues sí. Qué cosa más rara.

Esa noche había un bullicio inusitado en la sala comunal de la *Schreibhaus*. Al fondo se había congregado un nutrido grupo de desconocidos, en un revoltijo de túnicas oscuras; en esa época los caminos estaban llenos de delegaciones, le explicó Heilant. Peter miró hacia la barra donde servían comida y bebida y vio un panfleto huérfano a la vista de todos.

—Tenemos una pareja —susurró al oído de Heilant—. Vamos a por el trío, a ver qué pasa.

Se levantó y cogió el panfleto abandonado. Al lado había una bandeja para echar las monedas con una nota de puño y letra del maestro. Dejó cinco monedas y se estremeció.

—Aquí estamos. —Volvió a sentarse.

—Mirad esas líneas —Heilant hablaba en voz baja—. Idénticas, con las mismas pausas.

—Este es igual —dijo Peter a regañadientes.

—Es cosa de brujería. —Los ojos del escriba y lector estaban más abiertos que nunca—. Solo la mano de Satán puede crear tal simetría. —Se quedó mirando a Peter con sus gruesos párpados alzados, como un niño cogido en un embuste—. Ninguna mano humana puede escribir con tal precisión la misma línea doce veces.

Peter hizo como si se mesara la barba, pensativo, y miró por la sala.

—Se me ocurre que puede ser una especie de sello —susurró.

—¿Un sello? —Los gruesos labios de Heilant se separaron ligeramente; una mirada de desdén y burla atravesó sus ojos—. Venga, hombre, que esto es serio.

—Bueno, se parece al padrenuestro que hizo tallar De Cusa. —Peter pasó un dedo por la página, disimulando—. Está como en relieve, igual que esos sellos que hacen de madera.

Heilant lo estudió detenidamente.

—Yo no veo nada de grano. —Se humedeció los labios y levantó la vista con una

sonrisa escueta—. Esto no es con madera, seguro. —De pronto su mirada se volvió insidiosa—. Creo que sabéis mucho más de lo que queréis dar a entender.

—¿Que no es madera? —preguntó poco convencido Peter, con un nudo en el estómago.

—Vos coqueteáis con el metal, todo el mundo lo sabe. Y no solo para esos espejos.

Peter miró fijamente aquella cara flácida que tenía delante. No sería tan fácil despistar a Heilant. Bajó la voz y se inclinó amenazante hacia el monje.

—No deberíais decir esas cosas en voz alta. —Miró alrededor—. Y menos aquí.

El escriba retrocedió pero la animadversión asomaba en sus ojillos.

—Si yo fuera vos, tendría cuidado con esos juegucitos.

—No es ningún juego. —Peter se recostó en la silla—. Son órdenes muy estrictas. Guardaos vuestras opiniones para vos..., o tendréis que responder ante su reverendísima..., o el propio Rosenberg.

Heilant meditó por un instante. Pero no se había ganado su rango sin un filón de la astucia más interesada. Esbozó una sonrisa ácida.

—Entonces supongo que es bueno que responda ya ante ambos, ¿no?

* * *

Todas las páginas pasaban atadas con cordel por la platina de componer para que él las probara en la prensa. La noche que recibió la respuesta a la pregunta de Heilant estaba quitando letras equivocadas con una uñeta. Habían pasado varios días desde San Esteban, y ese año de tragedias estaba a punto de tocar a su fin. La amenaza de su antiguo compañero había sido ambigua. Pero no podía recurrir a ninguno de los socios: el único padre con el que podía contar era el Padre de todos.

Se levantó y salió al patio para ir al granero donde guardaban apiladas las manos terminadas. Cuántas noches había ido a verlas con Gutenberg y las habían arropado con el trapo encerado, como una madre a su bebé. Un dolor lo atravesó: ya no podía fiarse de aquel malnacido, aquel maquinador, al igual que tampoco podía esperar ayuda de Fust. Su padre era un dique roto, con un poder que se le escapaba y se dispersaba, mientras Gutenberg andaba desenfrenado y sin contención, un riesgo para todo el taller. Por lo menos la venda se le había caído de los ojos. Las imprudencias de cada uno le habían mostrado la debilidad propia: estaba solo en la misión de completar aquella obra.

Habían conseguido, al menos, imponerse a Gutenberg y convencerlo de que guardara las profecías restantes y las llevara fuera de la jurisdicción de Dietrich, hacia Colonia, río abajo. Desde ese día el maestro había pasado varias veces por el taller para ver cómo iban. Pero, amargado y con cara de malas pulgas, al final les había

hecho el favor de dejarlos en paz.

La nieve caía suave y silenciosa desde la negrura invernal; Peter se levantó y la contempló mientras iba cubriendo la oscuridad del *Humbrechtshof* con su suave manto blanco. Todo lo más que se veía eran unos cuadraditos dorados, el fuego jugueteando sobre el papel que habían puesto en las ventanas con la vana esperanza de que retuviera el calor. Ya no bastaba con cerrar los gruesos postigos de madera. Llevarían las hojas recién impresas al cobertizo en cuanto se secasen, pensó Peter mientras volvía sobre sus pasos por el patio. Un sonido como de tambores procedente del norte llamó su atención, pero, a pesar de aguzar el oído, no oyó nada más. Entró. Los doce hombres y los seis mozos estaban atareados; el reloj acababa de dar las cinco. Se agachó para sentarse al lado de Hans.

—Va a nevar toda la noche. Será mejor que los muchachos vayan a por más leña.

Hans dejó el componedor en la mesa y estiró dedos y manos.

—Mejor, así los espías se quedan también congelados en sus camas...

Le dedicó una mirada cómplice. Pero había hablado demasiado pronto: les llegó entonces el sonido de unos cascos que estaban lo suficientemente cerca ya para que Peter reconociera el sonido como el aporreo distante y bajo que había oído antes.

—¡Chist! —Pegó un brinco y salió de la sala principal, con sus largos brazos alzados hacia los prensistas—. Parad. —Se llevó un dedo a la boca para silenciar el trasiego y el traqueteo.

Todos a una, los hombres se detuvieron y aguzaron el oído, con los dedos contraídos y los músculos tensos, los cascos de los caballos cada vez más cerca. Al cabo de medio minuto estaban todos fuera, a un cuerpo de distancia del recio muro exterior, pisoteando la nieve hasta convertirla en hielo. Era poco habitual, por no decir otra cosa, oír una partida de jinetes por la ciudad justo cuando la oscuridad invernal cerraba las puertas.

—Cuatro jinetes —informó Hans con cara de póquer.

Peter arrugó el gesto. Les dijo que esperaran dentro y salió con Wiegand, a quien le ordenó que espicara por encima del muro.

—Sí, cuatro caballos —confirmó el muchacho al bajar—. Dos negros y dos zainos.

—¿De dónde vienen?

—De San Martín.

—¿Qué ropa?

—No he podido verlo.

Una tremenda sensación de miedo lo recorrió en el mismo instante que ambos oyeron con claridad un golpeteo suave pero rítmico en la puerta del patio.

—Rápido, guardad silencio y cerrad todos los postigos —ordenó Peter.

Arrastró los pies helados para ir a abrir la puertecilla que daba a la calle.

—¿Quién va? —preguntó en un bufido hacia el otro lado del roble recio.

—Jost, de parte de Fust —oyó en un susurro bajo—. Recado urgente para Peter

Schöeffer.

En cuanto recorrió el pestillo, entró una figura encapuchada: el capataz de su tío, Jost, que lo saludó con la cabeza.

—Acaba de llegar Erlenbach, os aviso. —Tenía la capucha tan echada hacia delante que apenas se le veía la cara—. Lo saben..., o eso dicen. —Una nube de vaho salió por sus labios sombreados—. Dice vuestro tío que lo escondáis todo.

Ya no se oía nada por la calle, ni indicios de por dónde se habrían ido esos caballos con sus jinetes.

—¿Aquí solo o...? —preguntó Peter.

Un mínimo encogimiento de hombros.

—Solo me ha mandado aquí.

Lo comprendió al instante. Por lo que a Jakob concernía, Gutenberg podía vivir o morir por su propia espada. Todavía estaba a tiempo de avisarlo: la idea revoloteó como un murciélago por su cabeza mientras le daba las gracias a Jost y volvía a colocar la tranca en la puerta. Todo aquello era culpa de ese necio, pensó. Lo único que importaba eran el *Humbrechthof* y la Biblia. Que Dietrich confiscara la profecía, así aprendería el maestro. Podía haber enviado a un muchacho pero, cuando iba a decidirse, dudó, y luego dejó que el hombre se retorciera en su propia soga.

Entró apresurado en el taller, ladrando órdenes. Keffer se dio la vuelta, lento como un hombre en melaza, pegajoso y dorado: todo se movía como en un letargo, igual que si el tiempo se hubiera decelerado.

—¡Los espejos, ya! —le gritó, y el prensista asintió y movió la platina por debajo de la plancha para luego sacar la pesada galera con las letras—. Al cobertizo —ordenó Peter, que fue adonde estaban Ruppel y Neumeister—. Estáis haciendo un salterio nuevo para el papa Nicolás —les dijo—. Sacad las *formes*, ahora, e id con Keffer al cobertizo. Yo os llevaré las páginas nuevas.

Mentelin y Hans lo seguían de cerca; eran los únicos que estaban al tanto de la situación y le habían ayudado a preparar el plan. No tenía que decirles que hacer. El primero era una llama roja al pasar a su lado con las hojas de muestras de los cánticos y unas cuantas nuevas de los salmos que colgaban como cortinas caídas de sus brazos extendidos. Se dedicó a extender algunas por las tres mesas y una junto a la prensa, como si acabaran de imprimirlas. Hans se atrincheró en la fragua, y Peter lo ayudó a llevar las galeras con los tipos de las páginas de los salmos que habían compuesto e impreso con el temor de que las necesitaran para ese fin. Sintió que le latía la sangre por la garganta, mientras el miedo y el riesgo le atravesaban el tronco, el cuello y los antebrazos. Todos se movían, en gestos entrecortados, eficientes, sin mediar palabra, las manos y las caras concentradas al máximo. Se sintió muy orgulloso. Keffer puso los moldes de los espejos sobre el banco de trabajo. Wiegand cogió la caja con los espejos que ya tenían hechos y los repartió por el banco como otros tantos naipes. Otros dos muchachos sacaron una olla llena de metal fundido de la forja.

Lo peor fue la cantidad de páginas que faltaban por secarse, casi seiscientas hojas

grandes que colgaban en hileras. «Que Dios nos asista», susurró Peter rezando por que la tinta estuviera medio seca. Con voz ronca le ordenó a toda la cuadrilla que volvieran en cuanto acabaran, porque aquello, aunque era una tarea costosa, no podía hacerse apresuradamente. Entre el pánico y la prisa, Peter les indicó que acercaran barriles y taburetes: no tenían doce escaleras. Las manos cortaban el aire como tentáculos, igual que cosechadores entre viñas: cogieron con delicadeza, doloridos, cada página, con tal lentitud que creyó que le estallaría el corazón solo de verlos, el oído puesto en la puerta. *Frau* Beildeck había bajado, asombrada por el extraño trasiego, y la cogió de su brazo rubicundo y le rogó que volviera a subir y controlara la calle desde arriba. Mandó a otro chico a que se escondiera en el portal del patio, con la oreja pegada a la madera, para oír la primera alarma.

Los dejó recogiendo y juntando las últimas páginas; los muchachos y los hombres empezaron a salir poco a poco, camino de los almacenes, con todos los montones impresos, uno siguiendo al otro como en una hilera de hormiguitas. Peter iba moviéndose como una lanzadera por el taller: primero por la sala de composición, donde escondió las páginas rasgadas de la Biblia que había en cada puesto de compositor; después revisó minuciosamente las tres imprentas y se agachó por debajo de una para recoger una página que se había caído. En la planta de arriba desclavó el gráfico donde apuntaban los progresos, lo plegó y cogió el montón de hojas — peligroso y revelador— con las notas y las páginas de la Biblia y se lo llevó afuera, al frío.

El camino entre la puerta del taller y los dos almacenes estaba despejado y pisoteado. Oyó un sonido amortiguado, o creyó oírlo, y sintió la bilis en la boca. Los hombres estaban con gesto serio, en un silencio absoluto mientras desfilaban, salvo por un ligero jadeo y el arrastrar de los pies mojados. Peter volvió a oír el sonido, posiblemente de pies, y no de cascos, de nuevo desde el norte, por la calle de los remendones, camino de la sinagoga..., o del *Mompasilier*, o incluso, pensó con una punzada de culpabilidad, hacia el *Hof zum Gutenberg*. Cogió bruscamente a *Ruppel* del brazo y le hizo gestos desesperados para que borrara las pisadas; al volver a por más páginas, los hombres fueron arrastrando los pies en un circuito irregular, aplastando la nieve pálida y despejada. Sus giros frenéticos y las bocanadas de vaho, sus bocas abiertas y jadeantes, eran una inversión, una perversión de las alegres escenas de invierno flamencas.

Después se oyó un ruido, y el claro rechinar de unas cotas de malla y unas botas de cuero pesadas que se aproximaban. Peter mandó callar a la cuadrilla con toda su fuerza. Se agachó, cerró el almacén y se levantó un momento con la cabeza hacia el cielo, la cara expuesta al hielo y la nieve.

—San Miguel, protégenos de los gobernantes de este mundo de tinieblas — susurró al manto del Cielo.

A continuación se movió a una velocidad inusitada para él en el taller, repasando a los hombres —que estaban a su cargo, Dios Santo—, mientras cada uno tomaba

posiciones, Hans y Mentelin agachados con trapos detrás de cada hombre, para quitar el aguanieve derretida que iban dejando desde la puerta.

Tenían un minuto, como mucho, antes de que llegaran los hombres del arzobispo. Peter los miró a todos con los ojos brillantes: fingían en las prensas y en las mesas de composición, con los tendederos vacíos salvo por un puñado de páginas que Mentelin había empapado. Se llevó los dedos a los labios, levantó la mano e hizo la señal de la cruz en el aire.

—Señor, ya están aquí —dijo una vocecilla, y entonces todos los cuerpos se pusieron tensos sin querer, en respuesta al aporreo de un puño metálico contra la puerta del patio.

Peter se dio la vuelta y vio el libro maestro, el remedo en blanco y numerado de la Biblia sobre su escritorio y, al pasar, la cogió, la tiró al suelo y le dio una patada para esconderla debajo. Al salir al patio le pareció todo revuelto y sucio. Hizo una señal para que abrieran las dos hojas del portal. Las bisagras chirriaron en protesta cuando las puertas se replegaron lentamente, y al punto seis hombres de armas se posicionaron a ambos lados del amplio arco. Se quedaron en posición de firmes, tres y tres, con la mano derecha en las empuñaduras, los ojos clavados al frente y las cabezas forradas de cuero, a la espera. De las sombras llegó el remilgado chacoloteo de unos cascos nerviosos. Entró un solo jinete, delgado, muy erguido, sobre un caballo negro que caminaba con paso altivo y volviendo sus ojos grandes. La cara de Erlenbach, el cruzado, el caballero de la orden teutónica, relució levemente en la luz blanca de la nieve recién caída.

—Traed antorchas —les ordenó Peter a los muchachos.

Se quedó plantado en medio del patio mientras se le acercaba el mano derecha del arzobispo. Por un momento le faltaron las palabras: estaba dividido, desgarrado entre una urgencia refleja y rígida por arrodillarse y la furia fría de aquella violación de su umbral.

—Señor —dijo por fin, sin inmutarse cuando tuvo la pierna embotada en el estribo brillante y afilado a la altura del cuello—. ¿Buscáis algún servicio aquí en Maguncia?

Tierra libre, ciudad libre, hombres libres, quiso transmitirle; inclinó la cabeza con gracejo a la par que languidez para demostrarle que no sentía deferencia.

El *Hofmeister* del arzobispo Dietrich lo miró desde arriba como si fuera una larva. Tenía la cara esquelética, apenas cartílago, con una nariz larga y mechones blancos sobresaliéndole de orejas y cuello, todo enfundado en cota de malla.

—Registradlo —ordenó, el rostro duro como el de una rapaz.

—¿Con qué derecho...? —empezó a decir Peter, pero el caballero estaba bajándose de la montura sin prestarle más atención de la que le habría dedicado a un chucho.

La punta de la vaina de la espada le arrastró al desmontar y rozó a Peter en el brazo.

—Traición. Y blasfemia.

El caballero torció ligeramente la boca. Pasó de largo, alto y con una pequeña chepa, la cota tintineando bajo la capa carmesí, hasta llegar a la puerta del taller donde ya habían entrado sus soldados.

Los miembros de la cuadrilla levantaron la vista, y las bocas se abrieron por el asombro, dispuestas igual que sobre un escenario. Peter no sabía cómo habían conseguido hacerlo sin ninguna indicación, cada uno en su rincón, encogiéndose, paralizados, mirando con una naturalidad muy conseguida. Se plantó al lado de la mano izquierda de Erlenbach y se llevó las manos a la cabeza, indignado y desdeñoso.

—Pero ¿de qué blasfemia habláis? ¿No veis que estamos haciendo un trabajo para vuestro señor?

El pico orgulloso que tenía por nariz se ladeó como el de un pájaro; el hombre lo miró con sus ojos amarillos, la cabeza ligeramente inclinada a un lado.

—¿Un trabajo para mi señor? ¡Ja!

Le hizo una señal con la barbilla a su capitán y los hombres se acercaron a las prensas y cogieron las hojas. Keffer levantó las manos y Ruppel hizo lo propio: con cara fúnebre, se quedaron mirando mientras dos tipos achaparrados y musculosos hurgaban en la platina de la imprenta de Keffer y cogían la *forme* y empezaban a golpear el metal con dos porras que se sacaron de los gruesos cintos.

—¡Dejad eso! —exclamó Peter pegando un salto, pero el caballero era más rápido y fuerte y lo retuvo con la garra mordiente de su mano izquierda—. ¡Es el libro! —El impresor se revolvió para zafarse de la garra, sin tener que fingir ya su horror—. El que Dietrich ha encargado, maldita sea. —Cuando se liberó, se fue hacia los soldados con la pila de hojas impresas—. Los Salmos, palurdos, ¡herejes! —le dijo cogiendo una página y prácticamente tirándosela a la cara a Erlenbach—. Los cánticos de Salomón y Moisés, como vos mismo los visteis con vuestros propios ojos hace dos años. —Tenía la cara a centímetros de aquella calavera arrugada—. No creáis que no recuerdo que estabais allí, con Rosenberg, en Eltville... No neguéis haber oído cómo Johann Gutenberg le ofreció este regalo para el papa.

El caballero lo miró altivamente y sonrió.

—Bonito cuento. —Sus ojos recorrieron sin piedad el espacio abierto del taller—. Todos los papeles, todos los pergaminos —ladró.

Los soldados se dispersaron en el acto; dos se fueron a la zona de secado, otros dos a la sala de composición, mientras los dos primeros le daban el golpe de gracia a la pobre *forme*, antes de descubrir el cordel y, de un feo tirón, cogiéndolo de una punta, tirar la galera entera al suelo con gran estrépito. Una especie de llama se encendió en el interior de Peter, fuerte y ardiente, y se adelantó para impedirles pasar a la habitación en la que guardaban los gruesos cajones con las letras, las componedoras con seis conjuntos de alfabetos, colocadas en perpendicular a otros tantos taburetes.

—No tiene derecho a destrozar este taller —aulló—. Ordéneles que paren. Este trabajo vale diez veces más que sus sucios pellejos.

Como en respuesta a una orden que ni siquiera había pensado aún, Keffer, Neumeister y Ruppel se posicionaron para bloquear los espacios entre las vigas. Como estatuas imponentes de ojos hundidos y espaldas anchas, la viva imagen del friso de la *Kaufhaus*.

Las botas enfundadas en metal dentado hicieron un extraño sonido cortante.

—Vaya —dijo Erlenbach acercándose. Los miró de arriba abajo, como divertido—. Así que creéis que esto es vuestro. —Sonrió con una torsión fea en sus labios inánimes—. Pero por lo que dice ese chatarrero de Gutenberg, es suyo. —Soltó una risa silenciosa, un mero carraspeo.

Se llevó la mano al cinto y sacó un papel, que desplegó y le lanzó, obligando a Peter a agacharse para recogerlo del suelo. Una hoja fallida, del Libro de Jeremías, vio al desdoblarla. Con todo, no mudó el gesto inexpresivo.

—Bonito trabajo —dijo Erlenbach casi regocijándose—, para ser unos mentirosos y unos blasfemos.

Peter rio con amargura.

—Entonces el mayor blasfemo es el papa. —Sacudió la cabeza, resopló y se fue a su mesa con lo que esperó que fuera una confianza absoluta—. Asumo que nunca habéis visto un salterio, o un pontifical.

Aquellos cretinos no habían estudiado más de un año de latín, dos a lo sumo, pensó. Puso la hoja junto a las de los cánticos y los salmos.

—Esto no son versos. —Erlenbach clavó en él sus ojos de cazador.

—Ni tampoco profecías..., ni blasfemias. Son solo una introducción, palabras de un prólogo al libro de oraciones, escritas por san Jerónimo. —Hizo un aspaviento de impaciencia—. Por Dios Santo, preguntadle a su reverendísima, o a Rosenberg, si no me creéis.

Una vena latía en silencio en aquella cara rígida y hundida; el viejo caballero miró a su alrededor. Su vista recayó en el montón con los espejos de peregrino.

—Supercherías —resopló torciendo los labios.

Peter se encogió de hombros y le dedicó su sonrisa más cruel y fría.

—Hay que tener contento al populacho, ¿no es eso?

Esa es la forma que tenéis de gobernar, malnacidos, aplastando, destrozando y consumiendo a quienes puedan objetar con nuevas bagatelas brillantes. «¿Acaso no son los ricos quienes os explotan?». Las palabras del apóstol Santiago le nacieron por dentro, y siguió sonriendo.

Qué odioso se antojaba entonces el poder que tenían, en contraste directo con el sople de esos hombres nuevos: el espíritu de renovación que fluía en aquel taller, en toda la ciudad y en su Biblia. ¿Acaso los pobres no tenían derecho al Cielo? ¿No debía ofrecer también el don de las Escrituras a sus fieles, con la esperanza de acelerar su propio camino? Peter sintió que se le hinchaba el pecho y escuchó su

propia voz, implacable y cáustica.

—No tenéis nada que hacer aquí. Os ruego que os vayáis y nos dejéis en paz.

Levantó una mano, y al punto una docena de hombres fornidos lo rodearon desde cada rincón. Erlenbach lo escrutó tras su máscara de arcilla, y Peter se sintió exultante... hasta que lo vio: sobresaliendo por debajo de la mesa, a tres pasos del pie del caballero, estaba el libro-maestro.

Se obligó a apartar la vista. Pero algo en su cara alertó a Erlenbach, que se movió y miró alrededor, casi olisqueando, como si él también notara que había algo raro.

Por unos interminables segundos de pavor nadie se movió ni habló. Los soldados llegaron de los tenderos como lavanderas, con los brazos llenos de hojas. Erlenbach se acercó a la mesa y tiró con la mano derecha todo lo que había encima: el tintero, las plumas, un montón de recortes de papel, los restos de media docena de espejos. El pie llegó a centímetros del libro cuando se volvió gruñendo:

—Insolente. Ya sabréis de mí.

Obediente, Peter inclinó la cabeza.

—Me alegro. Su reverendísima todavía no ha visto lo que estamos haciendo.

Y por el rabillo del ojo vio que movía el talón y casi rozaba el grueso tomo. Contuvo la respiración y se le hizo un nudo en la garganta. Tragó saliva y luego se adelantó para tenderle la mano.

El caballero se limitó a mirarlo con desprecio y volvió a ponerse los guantes de cuero y malla.

—Los hombres que me tratan como a un necio mueren. —Su tono era amenazante y tenso—. Gensfleish responderá por eso..., si no está cantando ya.

Se dio la vuelta y la larga capa se le enganchó con una esquina del libro, pero se soltó y le bailó por los pies mientras se retiraba, seguido de la tropa de soldados cargados con el infame expolio.



En cuanto se fueron Peter recorrió todo lo rápido que pudo los cien metros que lo separaban de la Quintinstrasse, atravesó el patio de la iglesia y llegó al *Hof zum Gutenberg*. Lorenz abrió la puerta. Tenía los ojos desencajados y el pelo cano revuelto.

—Se lo han llevado, joven maestro —dijo temblón.

Peter recorrió el pasillo y echó un vistazo por el estudio del maestro, donde los taburetes estaban volcados. Los montones de papel de la mesa habían desaparecido, así como los ejemplares de la profecía que el muy necio había conservado. La puerta al patio pequeño estaba entornada y una estela atravesaba la blancura hasta la puerta del establo. La abrió con fuerza, tanteó la hornacina en busca del yesquero y encendió una luz.

La imprenta no tenía puesta la tela protectora, que estaba tirada sobre la paja. Si había habido tipos en la platina habían desaparecido. De la palanca colgaba un trozo

de cordel. Se acercó a las mesas, la alta del maestro y la que estaba pegada a la ventana, donde él había cortado esos tipos hacía una eternidad. Habían vaciado la caja y se habían llevado los que guardaba el maestro en sus compartimentos, así como la componedora grande. Peter se preguntó por un instante cómo se la habrían llevado en un caballo, midiendo como medía casi medio metro cuadrado. Maldita fuera su estampa. Que Dios le enviase su plaga a ese necio arrogante y egoísta.

Wiegand y Lorenz estaban a su lado, boquiabiertos.

—Coged todo lo que no se hayan llevado. Meted en un saco todos los tipos que encontréis, los tímpanos y los componedores. —No podía dejar allí la imprenta a la vista de todos. Después le ordenó a Wiegand lenta y detalladamente—: Ve luego a buscar a Hans y dile que mande a todos los que hagan falta para trasladarla al *Humbrechthof*.

El muchacho asintió y Peter dio un último vistazo antes de ir a buscar al maestro.

El muy necio cantaríase antes incluso de que calentaran las tenazas: en el caso de que hiciera falta recurrir a la fuerza, a alguna clase de tortura. Lo más probable era que Gutenberg lo soltara todo de puro terror. Peter deseó tener cuerda de tripa o hierro de marcar: lo que fuera para cerrar esa boca orgullosa y floja.

Se detuvo un momento, indeciso. Tal vez lo habían llevado ante el arzobispo, aunque no había oído sonido de cascos que se dirigiesen al norte, hacia el vado del río que llevaba a Eltville o Aschaffenburg. Entonces tendría que estar en la residencia de Dietrich en Maguncia: dentro del *Höfchen* había calabozos, era algo sabido, donde confinaban a los malhechores antes de llevarlos al tribunal, al lado de esos jardines en los que titaban sus pavos reales.

La plaza de San Martín brillaba como si cada cristal de nieve ardiera por dentro. De entre las nubes deshilachadas surgía una luz extraña y difusa, de la luna y las estrellas cubiertas. No quedaban comerciantes en los puestos, que estaban cerrados y vacíos. Peter se dirigió a los fantasmales pilares del *Höfchen*. Maldijo con energía renovada cuando la nieve le caló el cuero endeble de los zapatos y deseó haberse puesto las botas..., y haber traído la antorcha y el puñal. A mitad de camino vio un movimiento en las sombras, un parpadeo; se detuvo y miró al otro lado de los charcos cambiantes de oscuridad y luz. No era el momento de que unos dedos de asesino o ladrón le rodeasen el cuello. Se escoró sigilosamente hacia la oscuridad más profunda de las sombras que arrojaban las mansiones. De entre las columnas del edificio asomó entonces una figura, que se dirigió hacia él lentamente desde la puerta del palacio de Dietrich. Alto y encapuchado, acechante casi, removiéndose, balanceando los brazos y pegando puñetazos al aire. En cuanto dio otro paso, Peter lo reconoció: percibió sus murmullos entre dientes, el arrastrar de las consonantes, un revoltijo sonoro, como de letras resonando contra el suelo. El malnacido estaría también rechinando los dientes, a falta de otro hueso que morder, otro cuerpo al que pegar con la porra insultante de su boca.

Gutenberg avanzó hacia él, con la cabeza gacha y la cara totalmente cubierta por

la capucha, resoplando como un Vesubio. Sin ver, envuelto en su propio drama; Peter salió de entre las sombras para cruzarse en su camino. De haber tenido una daga, podría haber asido con fuerza la determinación clara y severa de su empuñadura. En lugar de eso, enseñó los dientes y dejó que las palabras cayeran con desdén sobre la nieve.

—Os han soltado.

El otro alzó la cabeza como un resorte y los ojos le destellaron cual llamas cuando se echó hacia atrás la capucha. Su maestro —quien en otros tiempos había sido un mentor y un padre para él, *in loco parentis*— se le quedó mirando y soltó una risita ronca.


—Aparta de mi vista —le dijo con tal insidia en la voz que Peter titubeó por un instante.

—No. —Se recompuso y dio un paso hacia él—. Después de esto, no.

—Ni te atrevas. —Estaba que echaba chispas, totalmente fuera de sí, rabioso. La voz era poco más que un gruñido—. Estoy harto de interferencias. —Hizo un barrido con el brazo, como si quisiera apartar del camino a su capataz—. Te digo que te apartes de mi camino. No permitiré que nadie me pare.

Era una bestia salvaje, inhumana. Astado y peligroso, con la cabeza apuntando al suelo, dispuesto a cornear a todo lo que se le pusiera por delante. Allí acabó todo para el corazón de Peter Schöeffer: la admiración, la alegría que él había remedado, la causa común. Sintió que se le desplomaban las manos a ambos lados, esas que había levantado en un vano gesto de protección. No podía ya confiar en que no pisoteara lo que él consideraba más sagrado en esta vida. Gutenberg se limitó a ponerse bien la capa y a fulminarle con la mirada mientras pasaba dándole un empujón en el costado izquierdo: igual que los navegantes del Rin habían sorteado el Lorelei desde el principio de los tiempos.

Abadía de Sponheim.
Invierno de 1485.

—  partir de ahí supe que era un peligro para el libro.

—No podéis hablar en serio...

Tritemio se echa hacia atrás con mirada de reprobación.

—Era un lastre, eso estaba claro.

El sueño que está tejiendo Peter se rompe con esas palabras. El abad no ha dicho nada en horas. De vez en cuando se inclina para garabatear una nota, atento como debe estar todo buen escriba, en completo silencio..., tal vez temeroso de cortar el flujo. Hasta que al oír esas palabras severas, se revuelve.

—Esa es una acusación muy fuerte.

—Era un riesgo. Sé que puedo sonar... desagradecido. Pero después de aquella treta, ¿cómo, en nombre de Dios, podía ni yo ni nadie confiar en él?

En realidad tampoco el maestro llegó a confiar plenamente ni en Peter ni en su padre. Recelaba de todos; tenía la sensación de que las normas no valían para él.

Se quedan un rato largo sin decir nada. La habitación es una campana de madera, con el mundo en blanco al otro lado. Mientras el otoño se ha ido convirtiendo en nieve y hielo, piensa Peter, han charlado amigablemente, cada visita suya, más cálida que la anterior, hasta ese momento.

Tritemio se ciñe el cordón del hábito.

—Me recuerda —dice en ese tono ligeramente pomposo que reserva para la capilla— a lo que le dijo el ángel a Esdras. —Entrelaza las manos bajo su nariz con forma de pica—. ¿Lo recordáis? ¿Cómo le preguntó Uriel a Esdras quién podía «pesarme el peso del fuego, medirme la fuerza del viento o recordararme el día que es pasado»? —Deja caer las manos—. La respuesta es que ningún hombre puede. Esa es la moraleja. Si ni siquiera podemos entender tales cosas, ¿cómo vamos a comprender los caminos del Todopoderoso? —Hay una luz en él, la de la conversión reciente. Solo hacía dos años que se había ordenado y llevaba menos tiempo aún de abad—. Por eso nunca podemos saber si nuestras acciones cuadran con Su plan. Ni las mías, ni las vuestras..., ni las de Gutenberg.

La estima que siente por el colega crece por momentos. Creía que el abad solo se conducía por la ambición, pero aquella entereza revela un lado más profundo. El impresor se sirve una copa del vino claro que producen junto al Mosela.

—Esdras —repite en tono meditativo—. Recuerdo haber pensado al meterlo en la prensa que su aullido se parecía al nuestro. Un grito de incompreensión, de rabia por la destrucción de Jerusalén: justo cuando conocíamos la noticia de que el hereje había

asolado Constantinopla.

Los libros de ese profeta eran extraños, llenos de enigmas y visiones del apocalipsis. La pregunta que plantea Esdras sigue siendo igual de dolorosa que cuando este la formuló quince siglos atrás: ¿cómo, Señor, vamos a comprender la cruel destrucción de tu pueblo elegido?

—Pero recuerdo pensar también —dice Peter sosteniéndole la mirada al abad— que en las palabras de Esdras estaba la semilla para comprender el propósito del Señor con nuestra Biblia.

Tritemio levanta una ceja con poco pelo.

—Proseguid.

—¿Acaso no nos dice que todo ese sufrimiento del presente no es más que un preludio? «¿Pues no preguntan las almas de los justos en los sótanos... cuándo saldrá del suelo el fruto de nuestra recompensa?». Y entonces el ángel le contesta: «Cuando se alcance el número de vuestras semillas, porque Él ha pesado el mundo en una balanza».

Peter se queda a la espera, expectante. Si el hombre es rápido, comprenderá lo que quiere decir. Pero la cara del abad sigue nublada.

—Los números de justos y de semillas rectas deben crecer... hasta sobrepasar el mal. —Se inclina para terminar su argumentación—. La Palabra tiene que difundirse. A mi entender no había mejor manera de aumentar sus filas que la impresión de esa Biblia.

»De ahí que cualquier interferencia fuera una transgresión de la voluntad de Dios.

Tritemio le había contado que sabía latín, griego y hebreo; estudió en la universidad de Heidelberg. Está deseoso de agitar la abadía y volver a levantar el candil de la sabiduría benedictina. Pero es demasiado complaciente, está demasiado satisfecho con su propio ascenso. Peter lo ve sonreír, como si dijera: «Os pillé».

—¿Aunque —el abad extiende las manos— no se podría decir que su antiguo maestro también difundió la profecía? Un rasgo fundamental de los Evangelios es que lo importante está oculto. La verdad solo se muestra a los discípulos en los que confió Dios. —Espera a que Peter asienta—. No cabe duda de que era Su voluntad que se imprimiera, e incluso los esfuerzos del arzobispo para impedirlo. Porque, al fin y al cabo, debéis admitir que fue un éxito. El libro se hizo. Pese a los pecados de vuestro maestro, no quedó frustrado.

Se recuesta en su asiento, satisfecho con su argumentación.

—Un éxito —repite Peter. La palabra le amarga los labios.

¿Es el único que lo entiende?, ¿el único que comprende lo que se perdió con la caída de ese primer y extraordinario taller? La rabia se enciende en su interior, con la misma intensidad y ardor que años atrás, al pensar en todos los libros que no habían existido, en las obras maestras que podían haber hecho si Gutenberg no hubiese destruido aquella hermandad.

—El libro lo arrancamos de las llamas. No quedó nada de lo que podíamos haber

hecho, la grandeza que creía que alcanzaríamos.

El abad se ríe.

—Habláis como si tuvierais voz y voto en cómo se revela el mundo.

—Habéis citado los Evangelios, pero también dice san Marcos que el hombre tiene su papel: «Preparad el camino del Señor; enderezad sus sendas». —Se acuerda de Mentelin, cuando compuso a Isaías tantos años atrás: «Enderezad en el páramo una calzada a nuestro Dios».

Tritemio parpadea.

—Por supuesto. —Asiente—. El Señor obra a través de nosotros.

—Pero no somos meras herramientas sin juicio. —El impresor frunce el ceño—. Seguro que habéis leído las enseñanzas de Hugo de Lincoln.

Cómo se había elevado, con la misma edad que aquel monje bisoño, al pensar que Dios residía en todas las partículas del mundo creado..., y por tanto también en él.

—Sí, pero... —El joven vacila, y Peter nota que está haciendo sus cálculos, pensando que es mejor no parar al impresor, antes de conseguir la historia entera—. No sé, se me antoja presuntuoso pensar que completamos Sus misiones —dice por fin encogiéndose de hombros.

Completar..., o empezar, o seguir: el maestro habría dicho que había sido escogido en el instante en que llegó a ese mundo cruel.

—Lo único que digo es que si Gutenberg hubiera confiado en nosotros, habríamos sobrevivido.

—Puede ser. Pero... tal vez confiara más en Dios que en vos.

—No podéis juzgar hasta que no hayáis oído toda la historia.

—Pues entonces proseguid, por favor.

PACTO

49 manos de 64.

Enero-abril de 1454.

Pasó un día..., dos, y un tercero. Estaban a la espera de las represalias. Después medió una semana y seguían en las mismas. Peter, por supuesto, sabía el porqué. Pero en esos momentos se le antojó un milagro, una demostración, por dudosa y misteriosa que fuera, de los designios de Dios.

Su Biblia estaba protegida; Peter había creído que le preguntarían al menos por los avances del falso pontifical. Con todo, al ver que llegaba el año nuevo y el silencio se mantenía, apartó sus dudas y sus miedos. Pensó en todas las señales que ponían los judíos en las puertas de sus casas la noche que los ángeles exterminadores bajaron para asesinar a los primogénitos egipcios. La señal que los protegía a ellos no era tan visible pero estaba allí, no cabía duda: la Palabra de Dios quería ser culminada.

Gutenberg, por su parte, no se arrepentía de nada.

—No quiero oír nada al respecto —le dijo a Peter cuando este le insinuó con frialdad lo que les había costado la redada.

El maestro rechazó toda conversación sobre letras rotas o resmas de papel perdidas. Iba por la vida como si sus ropas brillasen y nadie pudiera tocarlas: como si la cadena que lo unía al mundo ordinario se hubiese partido. Se quedaba observando las prensas en funcionamiento, absorto y enfrascado en sí mismo, el mentón hacia arriba y el cuerpo tenso; por una vez se mordió la lengua. Tenía la mente en otra parte, resucitado en la gloria: ya andaba planeando el siguiente libro.

Peter lo observó, dividido por dentro entre la ofensa y una urgencia profunda que apenas entendía. En cierto modo eran muy parecidos: ambos transidos, y encendidos en su interior por la energía de aquella novedad que solo ellos dos entendían. Ambos resueltos y concentrados: llevaban casi cuatro años ocultos a la vista de todos. Seguían siendo intocables, se maravilló el joven: aunque los jóvenes siempre verán la trascendencia, y no la premeditación evidente a ojos más ancianos y sabios.

Llegaba de nuevo la época de ayuno: el mundo esperaba la cruzada. En los mercados y las iglesias, la gente se preparaba. Guardaban la poca comida que podían; los maridos les enseñaban a las mujeres los libros de contabilidad, los escondrijos, las llaves. Los escribas del mercado y los secretarios privados de los adinerados se

afanaban en sus pergaminos, anotando los inventarios de las casas de sus clientes y sus almas. Todos los ciudadanos de Maguncia habían cambiado dentro de esa muralla ruinosa que el consejo municipal había hecho un último esfuerzo por reparar. Eran nervio y hueso, pero decididos y fieros. Le demostrarían a Dios que había sido un error castigarlos. Cuando terminaban de trabajar, los carpinteros y los albañiles más jóvenes cogían sus hachas y sus espadas e iban a entrenarse en los terrenos pantanosos del *Bleiche*.

Fust también desempolvó un peto que había sido de su padre y antes de su abuelo. Le quedaba ceñido, aunque no tanto como le habría venido antes; su aire de bonhomía se había derretido junto a su exceso de peso. Si antes había acatado órdenes siempre —del arzobispo, el consejo o su socio—, ahora era un hombre sombrío con el ceño permanentemente arrugado. «Jamás esperé ver días como estos», decía, y se persignaba, aunque, por extrañamiento que pareciera, era a la vez optimista: decía tener puestas todas sus esperanzas en Dios.

Eso no significaba que no le viniera bien guardarse alguna. En San Silvestre, a su vuelta de Fráncfort, se había enterado de la redada del arzobispo. Sin mediar palabra, se fue a ver a Gutenberg. Tenía llave del *Humbrechthof*; había arrendado esa casa dichosa con su propio oro. No llamó, se limitó a presentarse allí como un guerrero caído. Aquella correría suya había sido todo pérdidas, le dijo. Tendría que pagar por tres resmas de papel, a cinco florines cada una. Su voz y su cara carecían de expresión. Como cristiano justo que era, le reconocería cualquier beneficio arrojado por aquellas páginas repugnantes.

El maestro miró en vano a Peter, que lo había acompañado. Le resultaba casi cómico verlo dirigir la mirada hacia él y apartarla luego, sin dejar de mover los labios.

—Alguien tiene que sacarnos de esto.

—Vos habéis cavado este hoyo, no yo —repuso Fust.

—¿Que vos no?

Su socio repasó la estancia con una mirada furibunda y se dio cuenta de que estaban todos los oídos pendientes de ellos. Medio apartados, como dirigidos a otra parte..., pero la necesidad de saber los conectaba y los agudizaba.

—Si no pagáis... —El maestro bajó la voz tanto que solo le entendieron los que estaban más cerca, Peter, Keffer y Hans—, tendré que andar mendigando por ahí.

Tenía los brazos extendidos, en su vieja parodia de súplica; en su boca se distinguía una especie de herida: «Soy yo quien mantiene esto en marcha. ¿Qué haces tú?», parecía decir su amargo cuerpo en forma de cruz. Fust se limitó a resoplar. Un rayo de rabia atravesó la cara del maestro.

—No olvidéis que no sois la única fuente de esta ciudad.

Fust arrugó el ceño y les ordenó que empaquetaran las hojas que tenía que entregar del primer volumen. Había contratado al austriaco para pintarlas. Peter asintió, sin querer mirar a ninguno de los dos. «Te lo ruego, Dios mío, dame solo

cuatro meses más», rezaba.

* * *

También Grede había cambiado: veía señales, augurios en cada pájaro, cada brote y cada grieta de la tierra que surgía en la primavera. Las tardes de sabbat caminaba con la cabeza cubierta, cuando en otros tiempos habría preferido quedarse en casa en el fuego invernal o el patio estival. Las criaturas de la tierra lo sabrían antes que los hombres, decía. Clavaba la vista en el horizonte en busca de las bandadas de pájaros arremolinadas que significaban que había llegado la primavera, y la guerra, allá lejos, al este del Rin.

—Cuando os hayáis ido —le dijo a Peter mirándolo a los ojos—, todos vosotros...

Sacudió la cabeza, en un gesto recriminatorio; cruzaron por unos tablones atravesados el arroyo donde se lavaba. Peter llevaba una gran cesta para las aneas y el sauce blanco que Grede quería recoger.

—¿Qué pasará? —le preguntó al ver que no seguía la frase.

Grede se sentó en un banco hecho con un tronco que miraba a la ciudad. Detrás tenían un seto espeso y la ladera del cerro del *Altmünster*. Se quitó el pañuelo y cerró los ojos, como para reunir fuerza del débil sol, antes de volver a abrirlos y quedarse mirando las tejas.

—Los hombres nunca piensan en todo lo que dejan atrás —dijo suavemente.

Se imaginó a todas las mujeres con niños de tamaños descendientes agarrados de sus faldas. Los vio en un fogonazo que intentó quitarse de la cabeza: la plaza del mercado, un amasijo despavorido de brazos y pelo propulsado hacia las escaleras de la catedral; los gritos y la sangre; las telas desgarradas, los manoseos, los empujones; un destello de dagas y lanzas afiladas.

—No van a dejar la ciudad sin protección. —Intentó adivinar lo que ocultaba Grede tras los ojos. Le habían salido pequeñas arrugas por las comisuras, como patitas de golondrina.

—¿Ah, no? —Su sonrisa era amarga—. No sois tantos; si hay guerra, os llevarán a todos.

Pese a la prohibición sabática, había jóvenes por el *Bleiche* blandiendo armas como molinetes y musculándose con martillos enormes.

—Pero cuando llegue la hora —entornó sus ojos oscuros—, será mejor que nos dejes a todos protegidos.

No la entendía.

—Haré todo lo que pueda.

Hizo ademán de darle una palmadita en la mano, pero la mujer la apartó,

impaciente.

—¿Qué les pasa a los hombres? —Grede volvió la vista a los muchachos, entre gruñidos y gritos, y luego al arroyo, a su ribera reluciente de verde, su rumor amable e incesante—. ¿Qué os pasa, por qué no hacéis caso a vuestros corazones?

Supo entonces por qué lo había llevado allí. En esa ocasión no había humo por encima del cobertizo de los tintoreros, ni hierbas ni juncos estivales, pies danzantes ni risas. Pero sentía por todo alrededor el fantasma de Anna.

—Eres cofrade. —Le clavó los ojos—. Y aun así le negarías toda protección de la cofradía.

—Yo no le niego nada. Fue ella la que me rechazó a mí.

—Pero luego intentó hablar contigo..., ¿o también vas a decirme que es mentira?

—No creo que debas preocuparte ahora por eso..., ¿no te parece, Grede?

—¿Y te preocuparás tú cuando yo muera? —Se puso roja de la rabia—. Nos hacéis esperar, nos dejáis y luego os negáis a cumplir vuestro deber cuando se os exige. Por vergüenza. —Se ciñó más la mantilla a la barbilla y le dio la espalda—. Cuando más os necesitamos, no estáis ninguno —medio murmuró.

Volvió a verla entre las sábanas ensangrentadas y sus negras ropas de luto.

—¿Y entonces tengo que casarme con ella para que le den pan y una paga de viuda? —Estuvo a punto de echarse a reír.

—Qué duro eres... —Lo miró como si no lo reconociera—. Qué duro te has vuelto dentro de ese taller. —Se mordió el labio y sacudió la cabeza—. Podría decir que no te reconozco. —Peter no respondió—. Hubo un tiempo en que dejabas ver tus emociones. —Lo miró con lástima—. La quieres, no lo niegues. Sigues queriéndola..., lo que pasa es que te has vuelto muy orgulloso.

* * *

Ese día el padre Michael dio el sermón como los demás domingos de la cuaresma, en esa ocasión sobre la caída en desgracia de la humanidad; sobre el castigo de Adán por creer no solo que era superior a todas las criaturas de la tierra, sino casi igual que Dios. Peter lo oyó sin prestarle atención. «*Imago Dei* —se dijo—: el Señor hizo al hombre a su imagen y semejanza». Algún día existirían hombres que, con la gracia de Dios y su propio esfuerzo, recuperarían la chispa divina que Adán perdió por culpa de su avaricia. ¿Cómo, si no, iban a comprender el significado de ese don: el poder que les habían dado para encarnar Su evangelio?

A las puertas de la Pascua, el *Humbrechthof*, aliviado ya del temor, resonaba con la música de los Salmos. Por el día componían esos versos para la Biblia y por la noche dibujaban una fuente para el nuevo tomo voluminoso que planeaban los socios. Un salterio de atril para la orden benedictina, dijo Peter, arqueando una ceja

sardónica: ¿por qué no miramos si esta vez podemos imprimir en color? Fust estuvo de acuerdo, agrado por el cambio, aunque no quiso que el tamaño de la edición superara el número de abadías donde tenía aseguradas las ventas. Peter volvió a trabajar codo con codo con el maestro, diseñando una nueva técnica para imprimir letras capitales en rojo y azul con unos moldes metálicos engranados. Pese a todo, no bajó la guardia. Podía ser que Gutenberg hubiera pasado página y se hubiera olvidado de la Biblia, y tuviera su creatividad puesta en otras tareas; a Peter, sin embargo, todavía le quedaban nueve manos por componer e imprimir.

Nick Bechtermünze diseñó la composición del cántico de liberación del rey David. Peter hacía lo posible por mantener vivo el caudal de páginas; arrimó el hombro y se encargó de una de esas tres manos. El primer salmo que compuso entero fue el cuadragésimo: «Yo puse mi esperanza en el Señor, y Él inclinó su oído y escuchó mi clamor». Sonrió por dentro.

Y así, como para demostrar cómo le escuchaba Dios, compuso páginas más hermosas de lo que ni su padre ni él habrían imaginado.

Cada verso de los salmos de David canta alabanzas: de ahí que la primera letra de cada verso sea grande, roja o azul. Tendrían que remedarlo con los tipos, dejando un espacio para escribirla luego a mano. Pero había un montón de huecos por página, demasiados para rellenarlos con madera. Hans se quedó mirando un rato al vacío, rascándose la calva. Empezó a fundir y a golpear. Al tercer día, en un visto y no visto, sacó una respuesta de las ascuas. Había vaciado un vástago liso y cuadrado del tamaño de la letra *eme*, pero un poco más corto que los tipos que usaban. Al ponerlo entre las letras dejaría un hueco, porque era demasiado estrecho para que se colara la tinta.

Peter hizo él mismo la página de prueba para asegurarse de que los huecos de los cuadrados metálicos bastaban. Compuso tres docenas de lombardas redondeadas, en carmín y azul celeste, y luego les enseñó la página a Mentelin y Hans. Se quedaron maravillados. Gutenberg también se emocionó: tanto por el ingenio de Hans como por esa belleza impresionante. El maestro soltó una risotada cuando vio los cuadrados espaciadores y le dio un codazo al viejo herrero.

—Qué pena que no tengas un hermano gemelo. Podría haberlo usado con la sibila.

Le sacó la lengua y le hizo una mueca burlona a Peter.

Había hecho una chapuza con la profecía, y ambos lo sabían. Aunque había reclutado a algunos hombres, probablemente él mismo había compuesto aquellas líneas: era lo suficientemente orgulloso y testarudo para intentarlo. Pero no era mejor componiendo que tallando; tal y como había dicho Hans, no habría podido tallar ni aunque le hubiese ido la vida en ello.

Pero quien no hubiese pecado, que tirara la primera piedra.

En cuanto empezó a componer los salmos, Peter se dio cuenta de que había calculado mal el número de líneas. La mano que había compuesto se quedaba media

columna corta; para su frustración, la mano siguiente ya estaba impresa y seca.

—¡Pardiez! —exclamó, y se pegó con el componedor en el muslo.

Mentelin, con sus ojos verdes entornados, se acercó para ver.

—Falta una docena de renglones —dijo Peter entre dientes—. Que Dios maldiga mi vista.

El dorador contó las líneas en voz baja.

—Expáñdelo todo y acaba antes la página. Con la ayuda de Dios, conseguirás alinearlos. Nadie lo notará.

Se quedaron dándole vueltas al asunto.

—En cualquier caso —dijo Mentelin volviéndose con una sonrisa relajada—, errar es humano..., perdonar, divino.

—Eso dicen.

—¿Y sabías que el credo musulmán prohíbe aspirar a una perfección que rivalice con la de Dios? —Siguió su amigo, con su cabeza rojiza ladeada. Tenía los ojos sosegados y las mejillas pecosas, serenas—. Por eso los artistas siempre se cuidan de introducir un error en cada libro o pintura.

—¿Qué error? —Llegó la voz del maestro.

Tenía los sentidos extraordinariamente agudizados para los sonidos del taller. Pese al bullicio, era posible que hubiese oído cómo se daba Peter con el componedor; asomó la nariz por la habitación.

—Faltan líneas. —Peter se encogió de hombros, amargado.

—¿De quién es la culpa? —No había en él rastro alguno de remordimiento; era pasmoso.

—Mía —se limitó a decir el capataz, y cruzó con su maestro la mirada por un breve instante. Este hizo una mueca pero se retiró.

Lo vio alejarse. Aquel hombre sería incapaz de reconocer algo así: jamás de los jamases admitiría un error. Desde que se lo había encontrado en la plaza apenas habían hablado, más allá de cosas relacionadas con el trabajo. Peter había osado desafiarlo, pedirle cuentas. Y en respuesta, el maestro lo cortó; su rechazo era su forma de reprenderlo. Sin admitir nada, retraído en sí mismo, más duro que un pedazo de hierro. Con el tiempo lo dejaría estar, igual que había hecho docenas de veces. Haría como si nunca hubiera pasado nada. Y jamás sacaría el tema, como si el dolor, la confianza traicionada, no hubieran existido.

Pero errar era humano.

Peter miró a Mentelin, que era todo amabilidad y piedad cobrizas. Qué duro se había vuelto, le había dicho su vieja amiga Grede.

—¿Y si el error no es intencionado —preguntó—, sino un accidente... de orgullo?

Se vio con horror en el espejo brutal y precario del maestro. Él también se había replegado en sí mismo: no había estado dispuesto a admitir su error.

Mentelin alzó la vista y le sonrió.

—Todos pecamos, Peter. Todos sin falta. Yo, él y tú incluidos.

* * *

Cogió la muestra compuesta, la enrolló y la ató con una cinta. Qué presuntuoso le parecía ahora ese salmo: «Yo puse mi esperanza en el Señor». Como si Dios le debiera algo a él o a alguien... Dio un paseo por los campos, donde se encontró con las primeras lilas del valle en deshielo. Allí estaba la tierra, resurgiendo, siempre bajo sus pies, un regalo verde que desenvolvían todas las primaveras. Recogió con cuidado las tiernas campanillas enceradas. Caminó durante horas, devanándose los sesos para encontrar las palabras correctas. Lo más que le salía era un: «Amor mío, ¿podrás perdonarme?».

Habría dado lo que fuera por ver su cara cuando lo abriese y comprender así si podía permitirse tener esperanzas. Aquel era su castigo: someterse a las consecuencias de su propio orgullo. No la presionaría para que le diese una respuesta. Pasó un día, otro; no podía comer ni dormir. Ponía las letras en las líneas, las quitaba, componía otra página, rezaba.

Al tercer día fue a la plaza porque era día de mercado. Parecía una estatua de lo rígido que estaba bajo los aleros de San Martín. Una mirada, se decía, con una bastará para saberlo. Grede se inclinó sobre las cebollas y los puerros; Anna iba detrás: su cabecita hermosa, una cesta en el brazo, envuelta en un chal verde. Las vio hablar, la chica con gesto serio, y entonces Grede le dio dos besos y la otra se despidió, mientras caminaba a paso rápido hacia la capilla donde él estaba apostado.

La vergüenza lo quemaba por dentro. ¿Saldría corriendo como un demonio disfrazado, un loco? ¿O se limitaría a encogerse y, cuando pasara, escabullirse? No tenía derecho a presionarla. Pero al pasar debió de sentir su presencia, porque volvió la cabeza y lo miró; en sus ojos se encendieron dos ascuas fieras, y luego el rubor pasó a las mejillas.

—Por favor... —le dijo Peter extendiendo la mano derecha.

Anna se llevó la mano al broche con el que se cerraba la capa.

—Quería... responderte. —Su voz era apenas un rasgueo.

—Si pudiéramos hablar, por lo menos...

—Aquí no. —Miró a su alrededor.

—Conozco un sitio —le dijo Peter, que se apartó de la columna y la cogió del codo, rezando por que lo siguiera para alejarse de la plaza.

Subieron por la loma que había pasada la iglesia de San Juan Bautista, camino del mercado de ganado, en ese ambiente pestilente y acre. Antes de llegar a la callejuela desierta que conocía, se volvió para verla andar con la falda de lino arremangada por encima de la paja y el barro.

—Este no es sitio para una dama —le dijo mientras buscaba donde sentarse.

—No temas por eso —dijo ella fríamente, y lo siguió por los puestos vacíos.

Encontró una caja de madera y le dio la vuelta para usarla de taburete. Cuando le ofreció la mano, Anna no se la cogió y avanzó con tiento, con la nariz arrugada. El hedor era asfixiante: a pieles, sudor, orín y estiércol.

Peter se maldijo; era un sitio horrible.

—Te mereces mucho más —le dijo, dándole una vuelta a un cubo y colocándolo al lado de Anna, que se encogió de hombros.

—He visto sitios peores.

Y entonces se quedó a la espera, con su carita ovalada y esos ojos oscuros más profundos aún por la palidez de su piel, amoratada por la fatiga bajo los ojos. Tenía los pómulos más señalados; cuánto había tenido que sufrir, pensó Peter.

Sus rodillas casi se tocaban.

—He sido injusto contigo, mucho... Dejé que mi orgullo acabara con todo.

No se movió; posó los ojos en su cara, como si quisiera asegurarse de su sinceridad o su falsedad.

—Nunca te contesté... Fue todo culpa mía. Estaba demasiado... hecho polvo, trastornado por tu rechazo.

—Pero no te rechacé a ti. —Tenía las manos entrelazadas sobre el regazo—. Era por lo que hacías, que me pareció una blasfemia. —Se tapó los dientes con los labios y apartó la mirada con el ceño fruncido—. Te lo habría dicho si me hubieras dejado...

—Significaba mucho para mí. —Sacudió la cabeza—. No podía soportar la idea de tu rechazo.

Anna soltó una risilla amarga.

—¿Mi rechazo? ¿Quién rechazó a quién? Tu padre no quería ni mirarme a la cara. Tu maestro..., en fin... —Sacudió la cabeza, con las aletas de la nariz hinchadas—. Me amenazó, no sé si lo recuerdas. Y tú... —Por primera vez lo miró con vehemencia a los ojos—. Tú... te fuiste, le succionaste la vida al mundo y la tiraste como si fueran harapos.

—Lo sé. —Era un desperdicio humano que no merecía su amor. No podía mirarla; tenía los ojos clavados en sus manos—. Fui un necio. Un arrogante y un burro. —Sacudió la cabeza y dijo en un susurro—: Creía que Dios me había elegido.

Alzó por fin la vista y vio la manera en que lo miraba, con lástima y cierta ternura. Anna alargó una mano y se la puso en la mejilla.

—Como todos.

Sintió una oleada de sentimientos precipitarse por todo su cuerpo: amor, desesperación, una aspereza sin palabras. Qué buena era, qué sabia, qué forma tenía de hablar, de sentir y conducirse con tanta gracia y modestia. No como él: quejoso y henchido de amor propio.

—¡Eres demasiado buena para mí! —exclamó, y sintió que se le partía el corazón al decirlo.

—Si eso fuera así, no estaríamos aquí cara a cara. —Lanzó una mirada elocuente a los excrementos y el barro y arrugó la nariz con muchos aspavientos—. Podrías haberme traído incienso por lo menos —dijo y, al verla ladear la cabeza e imprimir una sonrisilla fugaz en los labios, Peter supo que lo había perdonado.

—Tendrás incienso y todo lo que ansíe tu corazón.

—Solo tengo un deseo —le dijo acercándose y plantándole los suaves labios en su boca endurecida.

La cogió entre sus brazos, ligera como un corderito en mayo, su olor y su tacto, todo un festín tras meses de desierto. La besó en los ojos, la nariz, las mejillas, el cuello, alzándola y dándole vueltas, abrazándola con fuerza, apretándola contra él con tal fervor que oyó cómo le trinaba el corazón igual que un pajarillo.

LETRAS

Domingo víspera de San Juan Bautista.
23 de junio de 1454.

Esa tarde de la víspera de San Juan, Peter llevó a su futura esposa a dar un paseo al otro lado del *Bleiche*. En el horizonte se desplegaba un tablero de heno amarillo y trigo pardo, rodeado por las cintas verde oscuro de los setos del Altmünster. Las abejas bebían con voracidad de las flores que surgían de la tierra cocida. Anna alzó la vista hacia el convento.

—Por un tiempo pensé que yo también... —empezó a decir, pero Peter le cogió la cara y la besó suavemente, murmurando:

—Entonces habría tenido que tirar abajo la tapia.

Se cogieron de la mano y avanzaron por la hierba ondulada. Los edificios del convento no podían escalarse, pensó, eran una prisión para esas hijas sobrantes, para las jóvenes patricias que estaban enclaustradas tejiendo, cosiendo, horneando, rezando y confesándose a ese chupatintas de Heilant; ellos, en cambio, a partir de ese día todas las noches de San Juan recogerían juntos artemisa, para ganar fuerza para su viaje en esta vida.

Las plantas crecían a lo largo de un muro de piedra a los pies del monasterio. Iban guardando las flores en la cesta de Anna, que le enseñó entonces una dorada:

—Qué suerte. —Sonrió. La flor tenía cuatro pétalos, no cinco—. Mira, hasta la naturaleza puede sorprendernos.

—Solo Dios es perfecto. —Peter le cogió la florecilla de los dedos—. Mentelin me dijo hace tiempo que los artesanos musulmanes añaden un error en todo lo que hacen. —Rio levemente—. No debemos temer haber aspirado a demasiado. Hemos hecho tantos errores con nuestros tipos como cualquier escriba.

Anna le puso una mano en la mejilla.

—Entonces es lo mismo.

Peter fijó la vista en los sembrados ondulados y vibrantes.

—Espero que no. Siempre he deseado alcanzar la misma perfección con este nuevo arte que con el antiguo.

Anna entrelazó los dedos con los suyos y le acercó la flor a la nariz.

—Yo también lo espero. Pero, pase lo que pase, deseo que nunca perdamos nuestras manos, nuestro toque..., la cercanía con la Creación del Señor.

Salieron de los sembrados por una pequeña verja que daba a la calle detrás del monasterio. Desde allí arriba el río era un dedo ancho y perezoso que apuntaba al

norte.

—Bingen, Koblenz, y luego Colonia —le dijo, señalándole los lugares a los que irían—. Y de ahí a Róterdam y Ámsterdam. —Dibujó los futuros recorridos en el aire.

—¿Es el sermón de la montaña lo que oigo?

La voz vagamente burlona no estaba ni a un pie tras el muro. Su dueño asomó la cabeza, con su pelo trigueño y sus mejillas rosadas.

—Creo que eso es más bien vuestro terreno.

En aquella pendiente el escriba —confesor, lector y espía— estaba por una vez a la altura de los ojos de Peter y lo pudo mirar directamente. Era una lástima, pensó, pues los ojos eran el espejo del alma, y los de Heilant eran como vaho en un cristal. Al cabo de medio minuto apareció por la calle, con una sonrisilla en su cara redonda.

—Así que era cierto que teníais una luz escondida. —Le guiñó un ojo e hizo una reverencia con las manos delante de la amplia cintura—. El honor es mío.

—Petrus Heilant, Anna Pinzler —los presentó Peter—. Confesor del convento... y antes colega escriba. —Vaciló un instante en el «antes».

Heilant llevaba recogido el hábito veraniego en el cinto, dejando a la vista un sayo blanco. Se veía que había estado descansando entre los manzanos del extenso huerto de frutales.

Anna inclinó la cabeza píamente.

—¿Qué os trae por estas cumbres?

Heilant, con las manos entrelazadas, les dedicó una sonrisa irónica. Lo dijo con todo el doble sentido, sin duda. Cuán rápido los hombres asimilaban las maneras de su condición social, y él tanto como Heilant.

—San Bildnis supo escoger las mejores vistas —le respondió Peter—. Adoradas por todo hijo de Maguncia.

—Desde luego —corroboró Heilant.

—Aunque imagino que no las disfrutaréis por mucho tiempo, ¿me equivoco?

Lo provocaba con su laconismo. No le cabía duda de que el monje lo había delatado a sus superiores. Con todo, se sentía tranquilo, casi aliviado: el rumor estaba en la calle pero habían evitado lo peor.

—En vuestro futuro hay una parroquia, no me cabe duda —le dijo casi alegremente a Heilant.

—Podría ser. —Heilant lo miró de forma extraña—. Algunos tenemos que hacer lo que nos mandan.

—Yo no soy mucho más libre.

—¿Ah, no? —Heilant torció una ceja—. Os va bastante bien en vuestro taller.

Anna miraba a ambos, consciente de todo lo que no se decía, y Peter le apretó la mano.

—Me ocupo de mis asuntos —dijo en voz baja.

El mundo por fin lo sabría. Dentro de seis semanas la verdad de lo que habían

hecho deslumbraría a toda Renania.

—Muy lucrativo ese negocio vuestro. —La voz de Heilant era odiosa.

—Ya habéis hecho bastante. Dejadlo estar —le dijo secamente Peter.

—A no ser que no estéis informado... —Arqueó los gruesos labios en una sonrisa desafiante—. ¿No os habéis llevado tajada de lo último?

El monje era como una serpiente, esperando con la cabeza levantada en el camino tostado por el sol. Peter sacudió la cabeza y sintió la bilis en la boca; cruzó la mano de su amada por el brazo y se volvió para irse.

—Creía que, puesto que lo sabéis todo, habríais oído lo del encargo de Fráncfort.

El escriba estaba sonriendo abiertamente ya, con un brillo triunfal en sus ojos diminutos.

—¿Qué encargo? —le preguntó Anna, cuando Peter la cogió del brazo.

—Una indulgencia del papa. Para la cruzada. Ha encargado unas diez mil cartas. Me sorprende que no lo sepáis.

—Para financiar un ejército —susurró Anna.

Heilant asintió y Peter sintió el miedo de la chica. La frase le salió como una tenia de las entrañas:

—Entonces necesitará un ejército de escribas.

Dejó la cara inexpresiva mientras la idea calaba en su interior. La Santa Sede era muy capaz de ofrecer nuevas cartas de confesión; tenía sentido que utilizasen esos nuevos medios para recaudar fondos para la cruzada.

—De escribas metálicos, sin duda —dijo Heilant con su risa elocuente y obscena.

—¿Quién os ha dicho eso?

Heilant alzó la barbilla un milímetro apenas.

—Me han dicho mucho más de lo que imagináis.

Fust estaba en Calais, donde había ido a ver qué vendían los mercaderes ingleses; había dejado de comerciar con los ladrones venecianos que traficaban con el Turco y vendían sus botines en Brujas. Faltaban al menos dos semanas para su regreso.

—Pues decídmelo sin más rodeos. —Peter estaba allí parado, exhausto—. ¿A quién se las ha encargado Dietrich?

Heilant soltó una risa tan repentina y alegre que supieron que su regocijo era auténtico. Y entonces miró a Peter, con las lágrimas saltadas..., como si el impresor fuera un paleta, un ser que solo merecía su compasión.

—Venga, hombre, lo sabéis tan bien como yo...

* * *

Después de acompañar a su casa a Anna, que comprendiendo su urgencia lo dejó ir, volvió tras sus pasos hasta la calle de los remendones. Los postigos eran ojos ciegos a

ambos lados, indiferentes y achicharrados por el sol. Dobló por la Quintinstrasse, volvió a entrar en el callejón sin salida, introdujo la llave en el cerrojo y entró; atravesó el patio y abrió la puerta del taller.

Por dentro se colaban unas finas rendijas de luz que arrojaban franjas luminosas sobre la maquinaria. Las imprentas eran bestias acechantes, envueltas en sus gruesas telas protectoras: cuánto habían aprendido..., y no en menor medida sobre el polvo: cómo hasta una motita sobre la platina podía estropear la fuente.

Atravesó el pasillo que iba de la entrada a la sala de composición, cruzó por la larga zona de secado y volvió una vez más a su mesa: la del maestro. A su paso las mil doscientas hojas compuestas susurraron en los tendedores. Se detuvo y ladeó la cabeza para aspirar el olor dulce pero agrio de la tinta que aromatizaba sus noches y sus días.

Después de todo lo que habían hecho juntos... «Por favor, Dios mío, que no sea verdad».

Había golpeado, tallado y aleado tantos metales al lado del maestro... Había perfeccionado sus letras mientras el maestro perfeccionaba esas visiones en su mente. Imposible, pensó el capataz: ya lo había puesto en peligro una vez..., ni Gutenberg sería tan arrogante de volver a arriesgarlo todo de nuevo.

Peter abrió un postigo, se sentó y se acercó las hojas de prueba. Todas tenían un garabato marrón claro en la esquina inferior. Verificó el orden con el libro maestro y cerró los ojos. Qué poco les quedaba. La noche anterior había llevado la mano completa de los Hechos de los Apóstoles al almacén: ciento ochenta copias de cada pliego, cinco hojas que sumaban otras veinte páginas al Libro de Libros.

Se preguntó allí sentado cómo se atrevieron siquiera a empezar. Dios sabía que no tenían ni la más absoluta idea del esfuerzo que iba a costarles. Pero se había dispuesto así, y casi habían acabado; le había prometido a su padre que lo terminarían para la feria del otoño. Solo quedaban cuatro manos por componer, probar e imprimir, ochenta de las mil doscientas sesenta y dos páginas..., y luego los cuarenta ejemplares extra de las tres primeras manos, las que ya tenían hechas cuando Peter descubrió la forma más rápida de vaciar, y decidieron imprimir más. ¡Imprimir más! ¡Qué ansiosos y febriles! Ahora llevaba a los hombres más como bueyes que como otra cosa, con las cabezas gachas, subiendo pendientes. Día tras día los tampones de entintar siseaban, las imprentas gruñían y los dedos volaban de los compartimentos al componedor. Trabajaban como en un *sprint* hacia una visión resplandeciente: obcecados en llegar a la página final. El Apocalipsis. Sintió un escalofrío y volvió a mirar las hojas.

El pliego que tenía en la mano contenía varias páginas de ese libro final. Sintió que le escocían los ojos, levantó la cabeza y miró sin ver los tarros de metal y las grandes platinas de componer. Las grandes letras negras de su Biblia eran demasiado grandes para una pequeña indulgencia. ¿Podía haberle pasado desapercibido? ¿Habría sido Gutenberg capaz de fundir tipos nuevos? Era imposible que lo hubiese hecho él

solo: solo un hombre aparte de Peter sabía tallar y vaciar. Le vino un regusto acerado a la boca: Hans.

Hizo memoria de las últimas semanas. En contra de su costumbre el viejo herrero no había estado bromeando, alborotando o leyendo los posos de plomo que quedaban al fondo de las ollas. Lo había achacado a que estaba tan agotado como el resto. Pero se preguntó entonces si, en su fuero interno, no lo habría estado atormentando la verdad. Llevaba semanas sin mirarlo a los ojos. Se quedaba haciendo retoques hasta bien entrada la noche; u holgazaneaba cuando terminaba sus páginas, esperando en silencio a que Keffer limpiara su prensa. «Santo Dios —se dijo Peter una vez más—, no dejes que este mal se interponga entre nosotros».

¿Acaso ni Gutenberg ni Hans entendían lo que habían hecho? Aquello lo habían creado entre todos: todos para uno y uno para todos. Eran una cuadrilla, una hermandad; pensó en los Apóstoles de Cristo, reunidos para la última cena, y Judas saliendo a hurtadillas de la habitación. Dejó caer la hoja y se llevó la cabeza entre las manos. Tenía que contar los sacos de mineral y las hojas de vitela pero todavía era incapaz de afrontarlo. En lugar de eso buscó a tientas la lupa, la encontró y la puso sobre una línea impresa.

Allí, aumentadas, estaban sus propias letras. Se acercó para comprobar la perfección de cada borde, la firmeza de todas las líneas sesgadas. Era un escriba ante todo. Conocía cada contorno como la forma de su muñeca y sus huellas dactilares. Repasó detenidamente las dos columnas negras. No podía quedar ninguna letra que la presión de la prensa hubiera empezado a deformar. Buscó señales reveladoras: la mancha ensanchada de letras maltrechas, como damas convertidas en brujas con tobillos hinchados. Fue eliminando todos los signos que creyó indignos de la Palabra de Dios.

«Y si tu ojo te hace pecar, sácatelo y deséchalo», decía san Mateo.

Dejó la pluma y levantó la hoja para comprobar con la luz de la ventana si las líneas impresas coincidían por ambas caras, entrelazadas como un amante encima de otro bajo la luz estival. Se frotó los dedos ligeramente y sintió el dulce y fuerte mordisco de los tipos bien impresos. Y sí, por Dios, estaba orgulloso. «Tal vez el Libro disponga su propio fin», le había dicho Mentelin hacía meses. Peter inclinó la cabeza y se santiguó: «Dios lo quiera».

* * *

Esa noche se quedó a dormir en casa de su padre, en su antiguo cuarto de la planta de arriba. No podía pegar ojo con los demás, que no hacían más que dar vueltas y roncar. Y aun así no durmió; a las cuatro se levantó y se vistió. El aire era ya cálido antes incluso de que el sol saliera por encima de las colinas orientales. El calor del verano

caía con fuerza sobre ellos; tendrían que cambiar al horario nocturno, como habían hecho en los últimos dos años. Entró con sigilo en el taller, antes de que los muchachos empezaran a desvelarse. Pensó en otras mañanas lejanas, cuando era él quien avivaba la forja y barría el suelo. A las cinco la cuadrilla despertaría y sus pasos resonarían por la escalera.

Sin hacer ruido fue a tuestas hasta el banco de trabajo junto al gran horno de ladrillo y rebuscó entre las herramientas. Los cinceles y el puñado de punzones de Hans no estaban por ninguna parte. Los minerales estaban en su sitio, al igual que el papel, lo que significaba que todavía no habían empezado ni con el vaciado ni con la impresión: en el caso de que hubieran diseñado un alfabeto nuevo. Por la noche había intentado convencerse de que era solo una pulla amarga de Heilant. No había indicios de que Dietrich no hubiera recurrido como siempre a los escribas; Rosenberg, su vicario, podía haber empleado a la mitad de los secretarios de la archidiócesis. Los pies de los obreros resonaron como tambores por las escaleras. En la sala de composición Peter cogió su mandil de la percha y se puso la gorra de algodón para apartarse el pelo de los ojos. Cansado, se concentró en la composición de la página, parte de la carta de Santiago a las doce tribus.

Hans masculló un hola, cogió su componedor y empezó a trabajar. Mentelin se sentó entre ellos y propuso alegremente que ese día trabajaran a paso ligero. Peter se lo quedó mirando, confundido, y entonces lo recordó: les había dado medio día libre.

—Es verdad.

—Aunque por la pinta que tienes, tal vez estarías mejor en la cama... solo —dijo su amigo con una sonrisa.

Los tres cajistas más jóvenes rieron y Peter esbozó una sonrisa forzada. Le consolaba que al menos alguien se hubiera dado cuenta. ¿Era amistad verdadera, pues? De todo el equipo, el escriba de Estrasburgo parecía ser el único que siempre había comprendido su misión y su carga. Peter miró de reojo a Hans. Tenía gacha la cabeza tostada y llena de cicatrices, las mejillas hundidas mientras iba murmurando cada palabra; no miraba ni a derecha ni a izquierda. En otro tiempo habían sido amigos, pensó Peter con acritud.

Pasaron tres horas enteras en silencio, colocando letras en sus componedores. El reloj del campanario dio las ocho y Peter leyó la línea que tenía delante: «Hermanos, no habéis mal los unos de los otros. El que habla mal del hermano y lo juzga, habla mal de la ley y juzga a la ley». Se le humedecieron las palmas de las manos. Se quedó un momento pensativo y luego dejó bruscamente el componedor en la mesa. Se levantó y le puso una mano en la espalda a Hans.

—¿Podemos hablar un momento?

Hans parpadeó, paró el trabajo y lo siguió afuera, a la luz del día.

—Si hay algo que no me estés contando... —Peter miró la cara arrugada y nudosa del otro—, creo que tengo derecho a saberlo.

Hans suspiró, se rascó la calva y miró a todas partes menos a los ojos de su

capataz.

—No soy yo quien debe contártelo. —La incomodidad le contraía la boca.

Todo lo que los había unido parecía haberse disipado: igual que los granos de ese viejo cristal que Hans y Konrad usaban para cronometrar sus juegos estúpidos.

—No tiene nada que ver con nuestro libro. —Hans se relamió los labios; sus iris moteados tenían un cerco azul lechoso—. No lo perjudicará, Henne me lo juró.

Los ojos del viejo herrero estaban acongojados como los de un sabueso. Peter no respondió. «Por eso, amados hermanos míos, todos debéis estar dispuestos a oír, pero ser lentos para hablar y para enojaros». Eran las palabras compuestas en su componedor. Se dio la vuelta y regresó al taller.

Las tres prensas estaban en marcha: brazos fuertes bombeando, placas prensadas, hojas de papel subiendo y bajando. Los prensistas sudaban y gruñían con el esfuerzo, en una danza que seguía un ritmo fluido, cuando se apartaba para dejar que los entintadores untaran las *formes*. Aquel ritmo había hecho mella en todos: Peter lo vio en sus mejillas y sus ojos. Todos deseaban que llegase el sabbat, y no solo para rendir culto al Señor. Los doce estaban extenuados, como ajadas correas de cuero. Estaban ansiosos por acabar con el libro y descansar, aunque él sabía que el siguiente sería igual de grande y difícil.

Qué lejos quedaban entonces los primeros movimientos temblorosos de la palanca. Hasta Neumeister había alcanzado ya una velocidad constante. Cuando todo iba viento en popa, lograban hacer mil doscientas páginas al día. El grupo le provocaba una tremenda sensación de amor y orgullo, apuñalada por la amargura de aquella traición. Eran una hermandad nueva y fascinante, una cofradía sin reglas. Una orden sacerdotal secreta y desafiante como la de los primeros cristianos. Aunque supuestamente se encargaba de guiarlos, Peter sabía que era mentira: ellos mismos se guiaban..., y ahí residía el milagro. Cada hombre era su propio maestro. Cada uno poseía una destreza, inventada al vuelo, un papel que interpretar en aquella gran pasión. Solo en su imaginación podían los artesanos de los talleres de Maguncia soñar con trabajar con tanta independencia.

O eso había creído durante meses. Pero ahora comprendía el precio que tenía que pagar. Estaban solos, expuestos, completamente a merced de los poderes que los superaban. Gutenberg y Hans no solo habían traicionado al libro, sino a aquel estatus de hombres libres y pensantes: ese don precioso que se les había concedido al trabajar en la Biblia.

* * *

El muy malnacido lo tuvo en un sinvivir hasta pasado el mediodía. A cada hora que pasaba la verdad se reafirmaba: Peter era el cochero, nada más; su tarea era fustigar al

equipo y limpiar los excrementos. Dejó ir a los hombres tal y como les había prometido y luego les ordenó a los muchachos que guardaran las orzas con las tintas en el oscuro sótano de la casa de su padre. De cada estación aprendían una lección, tensándose ante la bofetada de las prisas. El año anterior no se les había ocurrido enfriarlas.

—Al parecer se ha levantado la liebre —dijo el maestro sin más preámbulos. Se había encontrado con Hans por las escaleras. Debía de pensar que tomaría su sonrisa avergonzada por una muestra de sinceridad.

—Así que es cierto...

—Es una maldita contrariedad, pero es inevitable.

Extendió las manos, como diciendo «pobre de mí», y sacudió la cabeza.

—Supongo que habéis esperado a que vuestro socio estuviera lejos.

Una rigidez empezó a asentarse en la cara del maestro y se le extendió por cuello y brazos, como un líquido fundido que se endurecía al enfriarse.

—Tú no tienes ni idea de los malabarismos que tengo que hacer.

«Ni vos», pensó ácidamente Peter.

—Yo lo único que sé es lo que nos queda por hacer.

Gutenberg se acercó al gráfico, que había cogido del comedor y había llevado de vuelta a su mesa.

—¿Te crees que eres el único que lo mira?

Repasó las columnas con los dedos: primero la de Peter y luego la de Hans.

—Dos semanas, tres como mucho —gruñó. Pasó los dedos por el resto de cajistas—. Y con esto, lo mismo, salvo por él. —Posó el dedo sobre el nombre de Mentelin, cuya mano final sobrepasaba las de los demás como un almiar al borde de un acantilado—. Para esto, otra semana.

—Y luego otras tres más para la recomposición —apuntó Peter de mala gana.

—Con dos imprentas hay de sobra. —El muy bastardo ni se molestó en volverse para mirarle a la cara—. Utilizaré la de Keffer para la carta.

—Para eso, dadle las llaves a Erlenbach.

¿Qué se creía?, ¿que los secuaces de Dietrich se fiarían de él sin más, que lo dejarían en paz, sin comprobar que el encargo avanzaba según sus planes? La idea de tener a todos esos chupatintas en su taller le daba ganas de vomitar.

—No hables de lo que no sabes.

Peter se le quedó mirando. Desde Navidades había vivido con miedo, esperando a que volviesen los soldados en cualquier momento. Pero ahora, con un vuelco en el corazón, lo comprendió. El maestro había sabido lo que se hacía todo ese tiempo: desde que Erlenbach lo había soltado. Había vendido su libertad por la indulgencia. Y ni aun así había tenido la decencia de decírselo: los había dejado retorciéndose sin más.

—Necesito la prensa de Keffer para hacer las pruebas del salterio —dijo secamente Peter.

El maestro, irritado, sacudió la cabeza.

—Hazlas con hollín.

Solo el Libro, y el amor que había depositado en él, lograron reprimir su rabia. Sintió la sangre palpar en los oídos y la cara. Los tipos del salterio eran suyos: más hermosos que cualquier cosa que pudiera crear ese cretino en toda su vida. La joya de la corona de todo lo que había aprendido y hecho, gracias a Dios, la medida de su maestría, su *Meisterstück*. Sintió la furia llamear en su interior, consumir el amor que había sentido y reducirlo a una sola pira humeante. Y pensar que incluso se había permitido enseñarle lo que había estado haciendo esas semanas, lo que había descubierto para mejorar su técnica... Había estado deseoso de enseñárselo, como siempre, igual que un gato que deja su presa a los pies de su amo. Una matriz más fuerte, forjada con una nueva aleación que había hallado, y que había creído que podría funcionar bien por su cuenta, en un artilugio para fundir una letra por vez. Pues Gutenberg seguía siendo el único, aparte de Hans, que tenía el ingenio para comprender.

Pero, en lugar de eso, el obstinado Gensfleisch hizo un gesto de desdén con la mano antes de llevársela al bolsillo de su guardapolvo.

—Esta es la prueba —dijo, y le lanzó un papel a Peter—. La verdadera prueba de todo lo que puede hacer mi imprenta.

Peter vio las letras: unas nuevas, diminutas pruebas de humo de ese alfabeto que Hans había estado creando a sus espaldas. Medían la mitad que su gótica negra, una auténtica bastardilla.

—Para los registros eclesiásticos y los consejos municipales, cartas y decretos.

La mirada en la cara del maestro solo podía describirse de triunfal. Y en sus ojos, pensó Peter Schöeffer, la codicia más evidente y descarada.

—Las matrices están listas. Necesito dos hombres para vaciar y limar.

Peter miró aquellos ojos lobunos.

—De modo que os da igual si terminamos para la feria o no.

—La guerra se acerca. —El maestro se encogió de hombros con gran parsimonia y solemnidad—. El arzobispo necesita tres mil cartas para el mes que viene. Hágase su voluntad.

Peter comprendió entonces la ambición de Gutenberg, su designio. Quería convertirla en una lanza, hacer de la imprenta un arma metálica: igual que el cañón que Mehmed II había extraído de las entrañas de la tierra.

Abadía de Sponheim.

Febrero de 1486.

En sí una carta de indulgencia no es algo deplorable. Grede solía comprarlas, al igual que Anna.

Decir sus nombres en voz alta le hace detenerse. Su adorable mujercita. La perdió demasiado pronto, así como a su primer crío. Su segunda esposa, Christina, es la madre de sus hijos. Y también ella las compra: deja las monedas en el cepillo de latón siempre que los delegados de la iglesia aterrizan como cuervos sobre las cuatro esquinas de la plaza del mercado. Coge el formulario impreso —en el que el cura rellena los huecos con su nombre y la fecha— y lo pliega con cuidado. Todos los cristianos esperan aligerar el peso de sus pecados y pagan esas sanciones a cambio del perdón de Dios.

—El problema era que lo había hecho a escondidas, y para el enemigo —dice Peter volviendo con el abad—. No había otra forma de verlo salvo como una traición..., y no solo a mí o a mi padre, sino a las cofradías que le habían cubierto las espaldas.

La carta que publicó el papa ese año era de las grandes: una indulgencia plenaria que garantizaba la redención total de los pecados. No era una carta normal, que valía para diez días o a lo sumo treinta. Purgaba el alma del pecador para siempre: no tenía límites; dejaba abiertas las puertas del cielo. Costaba un buen pico y reportó una buena fortuna a todos los que participaron en su distribución. Algunos pusieron en entredicho el verdadero objetivo, dice Peter: todos sabían que era una medida desesperada de la Santa Sede para recaudar fondos para la cruzada.

—Pero evidentemente las cofradías se lo tomaron a mal —le cuenta al abad—. El maestro les había prometido que Maguncia, y no el arzobispo, cosecharía los beneficios de la nueva imprenta.

Tritemio asiente pensativo.

—¿A cuánto se vendía?

—A dos florines.

El abad separó los labios, incrédulo.

—¿Había muchos ciudadanos de Maguncia que pudieran pagar ese precio?

—Eso mismo preguntó mi tío. —«El último saqueo a los pobres», lo había llamado Jakob—. Pero aun así tenéis que haceros una idea del terror que invadía al pueblo. La ira de Dios estaba avivada y la única esperanza que tenían era apagarla. ¡Expulsar al Turco! Lo oían todos los días desde los púlpitos y de boca de los vendedores ambulantes, veían que los próceres las compraban a espaldas e

intentaban imitarlos.

El hombre a quien el papa había encargado la recolecta en tierras germanas era Paulinus Chappe, cuyo territorio se extendía de Basilea a Colonia.

—Recordaréis que los arzobispos del Rin se negaron a pagar más diezmos para financiar a la Iglesia y, en concreto, la coronación del emperador.

El papa anuló, por tanto, el diezmo y ordenó a cambio esa gran colecta, de la que todo el que participó se llevó una parte, desde Paulinus y los arzobispos hasta los obispos y los mandamases de los cabildos y de los monasterios, que se encargaron de mandar curas y monjes a vender las cartas por las aldeas y pueblos.

—Y supongo que también los fabricantes. —El abad ladea la cabeza—. ¿Los escribas que las escribieron..., o el impresor?

—Así fue. —El abad se lo queda mirando, pensativo—. Entre tanto, las cosas en Maguncia estaban peor que nunca. El comercio fluvial había muerto, salvo por pequeñas transacciones de telas y vino. Los comerciantes apenas comían, y encima la Iglesia ejercía toda esa presión insoportable. Dos florines..., en un buen año se podían ganar en un mes, pero no en esa época. —Peter comprende por qué el consejo enloqueció—. Estrujaron a los que tenían menos medios: sabiendo, además, que ni la mitad de ese dinero llegaría a Roma.

El abad asiente.

—Las cosas nunca cambian.

—Creo que lo que más me duele —dice Peter en voz baja— es la forma en que los clérigos explotaron el miedo de la gente, cuando en realidad no creía en la cruzada.

—Es un misterio.

El abad vuelve a asentir. Habían pasado treinta años y la marea roja del Islam había avanzado mientras todo ese tiempo la Única Iglesia Verdadera se había quedado cruzada de brazos.

—De modo que tal vez entendáis por qué soy... tan escéptico..., y creo que podríamos hacer mucho más que esperar y barrer nuestra propia casa.

Tritemio suspira y cita a san Marcos:

—«Así que debéis mantenerse despiertos, porque no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa, si al caer la tarde, o a la medianoche, o cuando cante el gallo, o al amanecer; no sea que venga cuando menos lo esperáis y os encuentre dormidos. Esto que os digo, os lo digo a todos: “¡Manteneos despiertos!”».

—En fin. —El abad se incorpora y da una palmada. Al punto un acólito llega con leña y vino—. Decíais que Gutenberg sabía lo de la indulgencia desde hacía meses.

—Es muy probable, seguramente desde principios de ese año. —Al decirlo en alto vuelve a enfurecerse—. Debió de llegar a un trato con Dietrich cuando lo apresaron por lo de la profecía. Por eso lo soltaron. Es posible que los engatusara diciéndoles el dinero que la diócesis podía sacar con la indulgencia.

Tritemio está mirando fijamente a Peter, con unos ojos tan abiertos como los de

un búho.

—Pero cabe otra explicación —dice en voz baja. Ladea la cabeza tan lentamente y con una mirada tan introspectiva que a Peter le parece que va a empezar a darle vueltas—. Supongo que vos también habéis impreso muchas cartas de indulgencia, ¿no?

—Así es.

—De modo que sois bien consciente de los... arreglos... a los que uno tiene a veces que llegar con el poder.

—Eso no fue lo que hizo él.

El abad frunce sus labios pálidos.

—¿Quién sabe? Si estuviera aquí..., pero no lo está, y solo quedamos nosotros para dilucidar sus motivos. Sin duda tenía sus razones. —Peter menea la cabeza, irritado—. Todo el mundo lo presionaba. Sobre todo vuestro padre.

El impresor oye en la cabeza el rugido del maestro: «¿Qué más te hace falta para entender que no queda oro?».

—A veces el paso que a nosotros nos parece equivocado forma parte de un plan superior. —Tritemio asiente para sí—. Como aprendí aquí hace tres años. Yo no escogí este sitio..., me escogió a mí una noche en que me vi obligado a encontrar refugio en medio de una tormenta de nieve. —Le lanza una mirada elocuente al impresor—. Los caminos del Altísimo están velados de misterio. No todo es lo que parece.

—Entonces, ¿creéis que tenía una razón más... noble?

Tritemio ha suavizado su tono, más en su papel de confesor que de juez.

—Yo solo digo que la visión humana tiende a errar.

«Errar es humano», piensa Peter. Se levanta y va a atizar el fuego. Los rescoldos no están tan calientes como las ascuas que amontonaba para fundir los metales. Con todo, siente el calor en la cara. ¿Cuántos errores había cometido por el camino? Piensa en los errores al componer el Génesis, en las palabras serenas de Mentelin que lo ayudaron a ver que había sido injusto con una chica. Llevaba treinta años almacenando dolor y resentimiento por el maestro, ¿y para qué? Amontona las ascuas encendidas y luego las atiza hasta que sale una llama y, por primera vez, siente una chispa de duda.

Lunes antes del traslado de San Benito.

8 de julio de 1454.

Los líderes del consejo municipal se reunieron *ex camera*, en la trastienda del Mompasilier. Mejor para Jakob, pensó Peter, que así podría golpear con los puños las mesas destartaladas, gritar libremente e incitar a la acción a sus compañeros del consejo; en las cámaras de la *Rathaus* había amontonadas demasiadas riquezas del pasado patricio: gruesas cortinas de velvetón y martillos colgados, cristal emplomado con vistas al Rin. La trastienda de la cofradía olía a leña, conspiración y odio.

Estaban presentes Molsberg y Kraemer, de los abaceros; el jurista Humery había abandonado toda esperanza de liberar Maguncia del puño de Dietrich, y de paso, su puesto. Y mientras todo esto ocurría, el mundo seguía a lo suyo: los tintoreros teñían; el ganado mugía; los herreros lanzaban sus chispas. En su ignorancia, Peter subía a las murallas por la mañana temprano, en busca de fuerza para enfrentarse al día. Era ajeno a los movimientos del prodigioso engranaje que ronroneaba sobre Maguncia, las idas y venidas de fuerzas hoscas e indiferentes. No supo que había llegado la hora hasta que uno de los chicos de Jakob fue a buscarlo para que acudiera al Mompasilier.

Tenía que conocer las medidas del consejo, le dijo Jakob con los ojos brillantes. A continuación dio un trago a su bebida y se secó la barba. El pesado sello que llevaba en el dedo destelló con la luz del día que se colaba en la oscuridad de la estancia.

—Ya basta. Hemos esperado demasiado para cortar la cadena. —Remedó un cuchillo con la mano—. Hemos enviado a los alguaciles para que apresen a Rosenberg y que no promulgue esa indulgencia. Todo tiene un límite.

—¿Cómo? —preguntó Peter.

—Nuestro vicario general tiene que aprender a compartir. —La sonrisa de Jakob era cruel—. Ahora veremos quién toma a quién de rehén.

Los alguaciles apresarían a Rosenberg, que estaba de viaje por asuntos del arzobispo, dijo entre dientes. Habían preparado una celda en los sótanos de la *Rathaus*.

—Dios Santo. —Era una insensatez—. Qué locura.

—Locura, no. Lucidez por fin. El único lenguaje que entiende Dietrich es la fuerza.

—Lo enfureceréis. Es una afrenta. —Las protestas se le amontonaban en la lengua—. Y no solo contra Dietrich, sino también contra el papa. Dios mío, ¡es

traición!

—¿Traición? ¡Ja! ¡Es libertad! —Jakob dejó la jarra de cerveza a un lado y se levantó apoyando las manos en la mesa—. ¿Qué es una ciudad libre, si no? —Se inclinó, desmandado, y repasó la mesa con la mirada—. ¿Qué es la libertad, sino quitarle la soga al vasallo? ¡Levantarse y gritar «basta»! ¡No querrás que sigamos empobreciéndonos de por vida!

Tenía la cara desfigurada, como encendida por la sed de sangre. Horrorizado, Peter se sintió empequeñecer.

—Pero nos dejáis a su merced. A la ciudad entera. Solo Dios sabe lo que arrastraréis con vosotros.

—Tenemos campesinos muertos de hambre con garrotes, obreros con herramientas que llevan meses sin trabajo. Un buen ejército de hombres furiosos, y todo tipo de armas afiladas.

Peter vio en su cabeza a los jóvenes con picas y hachas del *Bleiche*.

—Entonces, ¿ese es vuestro plan..., provocar una guerra? —Su padre seguía lejos. El caballo y el barco más rápidos apenas lo habrían alcanzado con las noticias de la indulgencia—. Las murallas están agrietadas, son indefendibles. —Se le apareció en la mente la cara de Anna, y la de Grede, los niños..., el taller, y la Biblia—. Ya sabéis lo que pasó a las puertas de Estrasburgo.

Hacia seis meses Erlenbach había sitiado una ciudad fortificada vecina y había dejado morir de hambre a sus habitantes, como castigo por no pagar suficientes impuestos. A los mercaderes de Estrasburgo también les habían negado el tránsito libre por las tierras de la archidiócesis y no habían podido ir a vender sus mercancías a la feria de la cuaresma.

—La fuerza se combate con la fuerza. —Jakob lo miró con desdén—. Siempre has sido demasiado blando. Yo digo que usemos la fuerza, y luego ya tendrás tiempo de hablar. —Escupió en el serrín del suelo—. Tiene que pagar una parte de cada condenada carta a la ciudad. Eso es lo único que pedimos. Tenemos derecho; estamos concediéndole el privilegio de vender su porquería dentro de nuestras murallas.

* * *

Peter ni siquiera pensó en contárselo a Gutenberg. Pronto se enteraría a través de sus canales extraoficiales. En la mente de Peter la información serpenteaba como un hilo negro desde el *Höfchen* de Dietrich hasta las orejas cerúleas y entrometidas de los chupatintas del *Tiergarten* y la *Schreibhaus*, así como amigos de la juventud que el maestro frecuentaba en San Víctor. No tardó ni un día.

—Que le zurzan a tu maldito consejo —fueron las primeras palabras que salieron de la boca del maestro al día siguiente a mediodía—. Esos cretinos han apresado a

Rosenberg.

Qué ganas le entraron a Peter de reír. En su lugar, puso cara de incredulidad.

—¿Cómo?

Pero Gutenberg se limitó a gruñir:

—Para una vez que Fust podía habernos servido de algo... —Sacó los labios hacia fuera y se mesó la barba—. Tendré que ir yo a liberar al mentecato ese..., que el diablo se los lleve a todos. —Señaló con la mano a Peter—. Y tú te vienes conmigo para mantenerlos a raya. —Ni siquiera esperó a que se quitara el delantal—. ¡Muévete, muévete! Todavía podemos salvar la situación si somos rápidos.

Peter obedeció. Quedaban lejos los días en que podía dejar que aquel hombre fuese por ahí como un loco, arremetiendo contra todo. Pero el consejo no se plegó a ese deseo del maestro, para gran enojo de este. Los salones de la *Rathaus* estaban vacíos, así como las cámaras; el único que estaba en su oficina era Molsberg, hojeando unos papeles y, cuando Gutenberg entró como por su casa, vieron a un segundo hombre y a un tercero, ambos sentados de espaldas a la puerta, que se abrió de golpe. Eran su tío y otro consejero, el maestro molinero Heyt. La sorpresa en la cara enjuta y endurecida de Jakob se mutó rápidamente en odio.

—¡Soltadlo! —gritó el maestro avanzando.

Molsberg, fornido y calvo, con unos impertinentes en la nariz, se irguió tras su mesa. Llevaba la cadena de *Bürgermeister* mayor, una mole reluciente de oro alrededor del cuello.

—Vos no sois aquí nadie para dar órdenes.

—Este consejo no tiene derecho alguno a interferir en los asuntos de la archidiócesis.

—Ni tampoco vos sois representante del arzobispo, que yo sepa. —El mercader lo miró fríamente a través de los cuadraditos de cristal—. ¿Qué venís a buscar aquí?

A pesar de que sus clanes estaban unidos por casamiento, no se profesaban mucho amor. Molsberg era un hombre pragmático, sereno y pausado que, pese a ser patricio, no quería abandonar la ciudad y el comercio de la lana que habían creado sus antepasados.

El maestro avanzó raudo hacia la mesa.

—Lo que busco es haceros entrar en razón.

—¡En razón! —exclamó Jakob desde su silla—. Hay que tener valor para asomar por aquí esa jeta de embustero.

Fue como si las palabras, y quien las dijo, fueran puro vapor. Gutenberg no dejó de avanzar hasta que no estuvo apoyado y agarrado en el borde de la mesa de Molsberg.

—Su reverendísima caerá sobre vosotros con toda su fuerza. Es una locura, Reinhart, daos cuenta. Todavía podemos contener los daños..., si lo dejáis ir.

—Demasiado tarde.

—Podrías haberlo pensado antes de atraer las víboras al nido —intervino Jakob,

que estaba apostado detrás, a un lado, reluciendo como una cuchilla, y dirigiendo toda su fuerza contra un prócer que se negaba incluso a reconocer su presencia—. ¡Miradme! —aulló, y el maestro se volvió levemente, con los labios en un mínimo arco de burla—. Nos pedisteis nuestra protección, os dejasteis escudar por nosotros..., ¿y para qué? ¿Qué sacamos nosotros a cambio, me pregunto yo? ¿Dónde está la recompensa por un año de silencio?

Jakob avanzó hacia el maestro. El suspiro fue exagerado y teatral; el maestro miró a Molsberg de reojo y estuvo tentando de poner cara de displicencia, comprendió Peter.

—La recompensa llegará cuando acabemos —fue todo lo que dijo este.

—Y mientras, seguirán exprimiendo a Maguncia y la mitad de las ganancias acabarán en vuestro bolsillo. —Jakob, encendido por la furia, dio otro paso, su delgado y nervudo cuerpo en tensión—. Seguro que vos ya habéis sacado algo, que no habéis tenido que esperar —dijo con la voz cargada de amenaza.

Molsberg tenía la cara muy rasurada, su barbilla apenas una línea de carne sobre el encaje que le ceñía la papada.

—Desde luego. —Hablaban con calma—. ¿Por qué habrían de beneficiarse los arzobispos, los cabildos catedralicios y todas las manos avariciosas que tienen por debajo, y Maguncia no? —Miró a su pariente con recelo—. Nosotros también tenemos nuestros intereses. Entra dentro de lo razonable, como decís vos.

—Esta no es forma de... —empezó a decir el maestro, pero el presidente del consejo levantó una mano.

—No hay otra. Él se niega a pagar impuestos mientras a nosotros nos exprimen y exprimen, cada vez más. —El mercader patricio se encogió de hombros. No había mudado el rostro en lo más mínimo—. Y seguirá haciéndolo mientras pueda, pero esta vez él... y vos... habéis ido demasiado lejos. Tenemos que posicionarnos firmemente.

—Entonces dejadme que por lo menos hable con Rosenberg —propuso Gutenberg—, para intentar... suavizarlo, quizá...

Molsberg sacudió la cabeza.

—Quizá queráis reuniros con él —dijo cortante Jakob.

Gutenberg miró hacia atrás, por encima de él, hacia el sobrino del orfebre, que estaba callado junto a la puerta.

—Como tú veas. —Volvió la cabeza; su rostro era feo, al igual que sus palabras —: Si decides aliarte con tarugos, es cosa tuya. Lo demás pesará sobre tu cabeza.



Peter estuvo años preguntándose cómo llegó a enterarse el arzobispo de lo dicho por Gutenberg en esa cámara. La ciudad sabía que las represalias llegarían pronto, pero aun así nunca quedó muy claro por qué Dietrich escogió el curso que tomó.

¿Qué era lo que había enfadado más al arzobispo?, ¿que no hubiera tenido ni

siquiera la oportunidad de promulgar su nueva indulgencia antes de que esos falsos artesanos la arrastraran por el barro? ¿O el miedo a que esos bellacos pusieran sus manazas en su nuevo juguetito secreto: esa prensa impresora que se le antojaba ahora el medio más eficiente para acuñar oro?

Independientemente de la razón, el caso es que no golpeó con toda su fuerza bruta —con excomuniones o tropas—, como lo había hecho cuatro años antes. Fue un golpe más quirúrgico, y se apoderó de lo que tenía más valor a sus ojos: la prensa que seguía en el *Hof zum Gutenberg*..., y luego al propio maestro, una noche que andaba bebiendo con sus iguales en el Tiergarten.

¡Lo furioso que se habría puesto Gutenberg..., y el bochorno que habría pasado al alzar la vista de repente y ver a aquellos soldados y sentir luego el frío y basto metal de sus manoplas! Peter no podía ni imaginárselo. No habría montado una escena, no allí: se habría mostrado muy ofendido, altanero, con los ojos oscuros relucientes de rabia. Lo llevaron al *Höfchen*; una vez más, como en una pesadilla recurrente, Peter se enteró con un aporreo a la puerta del taller.

Al abrirla, Lorenz se abalanzó sobre él, temblando y desquiciado. Peter tenía que encontrar al maestro, le dijo el viejo sirviente. Debía encontrar una forma de solucionarlo. Se habían llevado la prensa vieja pieza por pieza. El capataz miró a su alrededor, a sus prensas rechinantes y sus acólitos sudorosos. Mentelin pasó a su lado, llevando una galera repleta ante él, como un cáliz. En cuestión de una semana el mundo había quedado patas arriba. Pero si iba a buscarlo, ¿qué probabilidades había de que también lo arrestaran a él y dejara todo aquello indefenso? Los hombres se reunieron en torno a Mentelin y Hans, y los oyó murmurar por lo bajo.

Hasta que no la vio desmoronarse antes sus ojos no comprendió Peter lo mucho que aquella hermandad lo había cobijado y apoyado. El taller había sido su guarida secreta, un monasterio a la par que el taller de una cofradía. Tenían sus rituales, sus oraciones que cambiaban con las estaciones. Que no se hiele, que no se derrita, que no se seque: tinta y metal, vitela y papel, plegándose a su voluntad. Habían dependido unos de otros, y la cosa se había mantenido así con vida durante años. Hasta que primero uno y luego otro se habían ido partiendo los eslabones que los unían. Pensó en Santo Tomás y sus dudas, en Judas Iscariote. ¿Qué hermandad podía sostenerse una vez perdidas la fe y la confianza?

Quedaban cuatro semanas para la feria del otoño: las cartas de san Pablo, Santiago, san Juan, la visión cegadora de la Revelación. Hans ya había empezado a componer ese último libro. Muy apropiado, pensó amargamente el capataz. Pero no podía permitirse flaquear. Le hizo una seña a Mentelin. Mientras se acercaba, pensó en todas las almas cándidas cuyas vidas dependían más que nunca de los hombres de Maguncia, en la pequeña Tina, en Hennchin, Grede y Anna. ¿Qué palabras de consuelo podía darle ella ahora?

—Tengo que ir a ver qué pasa —le dijo en voz baja—. Si me arrestan, encárgate, por favor, de terminar esto.

También había recibido una carta de su padre; gracias a Dios, Fust estaría pronto de vuelta en casa.

—No vayas solo. —Mentelin lo cogió del antebrazo—. Llévate refuerzos, por si acaso.

—Es que no puedo abandonarlo así —le explicó Peter con la más vaga de las sonrisas—, aunque me siento muy tentado.

Mentelin dibujó una breve sonrisa y volvió a su taburete.

Tendría que ir a ver a Jakob para pedirle un escolta, aunque probablemente le dijera que por él, el canalla podía pudrirse allí. Dos peones, cada uno pudriéndose en celdas separadas: qué inteligente, se vería tentado de responderle Peter. ¿La fuerza y luego ese callejón sin salida, eso era lo que queríais? No representa nada para ti, rezongaría Jakob. Ya, pero... Si Maguncia quería que las cosas avanzaran, Gutenberg tendría que hablar con el arzobispo. Alguien debía hablar con el inventor y convencerlo de que no había otra salida. «Como sabéis tan bien como yo», le diría a su tío: Johann Gensfleisch, conocido como Gutenberg, nunca hablará con vos.

* * *

Incluso a plena luz del día el diácono de San Martín dejaba las antorchas encendidas en el *Höfchen*. Unas pálidas llamas fantasmagóricas pendían de cada columna alrededor del largo claustro. El representante de Dietrich von Erbach en Maguncia, Konrad von Greifenklau, no podía recibir a la delegación, les informaron a Peter y a la pareja de guardianes de la ciudad que había llevado consigo. El portero se quedó mirando los *hauberks* y las espadas de los cintos.

—Esperad aquí —les dijo, y se fue por la galería abovedada.

Los arcos de mármol ritmaban la extensión del pasillo como costillas gigantes, las de un leviatán, tragándose a todo el que entraba; y esas paredes que parecían estrecharse conforme se desvanecían, reluciendo con una riqueza tan concentrada que mareaba los sentidos. Los colores estallaban desde tapices sin fin; los óleos relucían en sus marcos dorados. Siempre había sabido que los primeros botines de los barcos que atracaban en Maguncia eran para ellos, pero Peter nunca los había visto todos allí expuestos de esa manera.

El padre Van Holzhausen estaba dispuesto a escuchar lo que tenían que decir. El portero les cortó el paso a los guardianes.

—Debéis dejar las armas. Aquí no tenéis jurisdicción.

Peter asintió secamente y los escoltas, con el gesto torcido, dejaron sus cintos. Antes de llamar, les había ordenado que se mantuvieran pegados a él si ocurría eso. No pensaba arriesgarse; la captura ya había generado otra captura, una acción rotunda había engendrado la siguiente. La tensión en la ciudad era asfixiante.

Entraron en un salón donde una figura delgada se levantó de su asiento frente al fuego: un religioso anciano, con los huesos apenas cosidos entre sí para soportar la carga de sus pesadas ropas bordadas. De modo que aquel era el Viejo Pavo Real, como lo llamaban: reluciente en su carmesí pero ajado, con unas manos huesudas que parecían palos que sobresaliesen de aquel hábito caro. Más de ochenta, calculó Peter, tan delgado y enjuto que hasta en verano necesitaba un fuego.

—El Señor esté con vosotros —les dijo con voz atiplada. Avanzó lentamente hacia ellos, apoyándose en un bastón—. Me han dicho que era urgente.

—He venido a ver a *herr* Gutenberg.

—Ah. —Dos cejas como dos hilos se arquearon—. ¿Y vos sois?

—Peter Schöeffer, padre, su aprendiz.

El Viejo Pavo Real lo escrutó de arriba abajo, con los blancos pelos de las orejas erizados y sus labios flojos temblando mientras lo ponderaba.

—Entiendo. —Los ojos se le fueron a los guardianes—. Os gustaría hablar con él.

—Así es.

—Esta es la casa del Señor. —Levantó una garra disecada y señaló a los guardianes—. Vuestros hombres deben esperar. Aquí estáis seguro.

—Son tiempos tensos —se excusó Peter.

El cura le dedicó una sonrisa gris.

—Ni más ni menos que los años precedentes.

Le hizo una seña al portero y luego a Peter, y se volvió para regresar a su gran sillón. La habitación donde tenían al maestro estaba en una planta inferior, a la que se llegaba a través de unos arcos de piedra caliza calados de moho añejo. En cuanto bajaron la escalera empinada, oyeron un sonido amortiguado, y dos manos asomaron entre los barrotes, con una cara entre medias.

—Haré que os emplumen —refunfuñó el maestro antes de reconocer al hombre que iba con el carcelero—. Gracias a Dios —dijo entonces, apretando los dedos en las rejas de hierro empotradas en la puerta de madera. Las apartó al oír la llave en la cerradura y retrocedió, mientras la puerta se abría lentamente hacia dentro entre chirridos de bisagras—. Te has tomado tu tiempo.

Parpadeó repetidamente ante la luz nueva. Tenía los cabellos disparados en todas direcciones, como si hubiera pasado horas tirándose de ellos. Lo único que había en la celda cavernosa era un catre de madera y un cubo.

—Dé un golpe cuando termine —le dijo el guardia al cerrar la puerta.

El maestro se echó hacia atrás y Peter entró. La oscuridad era una manta viva que amortiguaba toda esperanza.

* * *

—¿Os encontráis bien? —Tanteó con la mano derecha la pared de piedra—. ¡Traed una luz! —gritó.

Al poco apareció un tímido haz desde un aplique que colocó el guardia en el pasillo para arrojar un vano resplandor sobre el banco.

—¡Una calumnia! —exclamó el maestro con tono cavernoso y severo—. Una calumnia y un crimen. Pensaba que habías venido para sacarme de aquí.

Se sentó en el banco y se subió la capa hasta la nariz.

—¿Os dan de comer? ¿Pasáis mucho frío? —El crudo y frío desamparo del lugar era tan pasmoso que Peter casi olvidó lo mal que estaban sus relaciones.

—Soy como un animal del pequeño zoológico de Dietrich —bufó el maestro.

—He venido para ver si necesitabais algo —dijo Peter con cautela.

—Lo que necesito es que me saquen de aquí. Si no has venido para eso, ya puedes irte.

—Seguro que sabéis cómo usar vuestra influencia con el arzobispo, dado que vuestra cercanía es manifiesta. —Peter no intentó ocultar su acritud.

—La culpa es de esos zoquetes con ínfulas —Gutenberg volvió la cara hacia él—. El gallito de tu tío y ese chaquetero.

—Vos, claro, no tenéis culpa de nada, como siempre. —Gutenberg calló y se limitó a apretar con fuerza sus finos labios—. Lo habéis puesto todo en peligro. —Si no hablaba entonces, no lo haría nunca—. Todo el Libro..., ¿para qué?

El maestro abrió los ojos de par en par al oír aquello. La cabeza se le removió como la de un muñeco; le cogió de la manga.

—¿No lo han confiscado? ¿No lo encontraron?

—Solo vuestra prensa.

El maestro respiró aliviado, bajando la barbilla hasta el pecho.

—Gracias a Dios.

«Gracias a vos, desde luego que no», pensó Peter para sus adentros. Gutenberg levantó la vista e intentó intercambiar una mirada con su capataz.

—Cree que yo me he confabulado con el consejo. ¡Yo! —Soltó una risa ahogada—. Le dijeron que había estado hablando con esos burros y decidió que estaba metido en el ajo.

—Pero es cierto que confabulasteis. —Peter lo dijo con toda intención—. Confabulasteis, y bien, contra el libro y contra nosotros.

—Si eso es lo que piensas, eres un necio.

—Es probable. Sobre todo si vos no fuisteis capaz de confiar en mí.

—Confiar... —El maestro volvió la cara hacia la pared—. ¿Qué bien ha hecho nunca la confianza? —Sacudió la cabeza, con su larga cabellera colgándole por los pómulos—. Solo los necios confían en las promesas. Ya te lo he dicho otras veces.

—Ni siquiera en vuestro propio capataz... —El dolor era más agudo de lo que había creído.

—Eres hijo de tu padre. Tus lealtades están claras.

Peter no respondió y se quedó oyendo el goteo, la respiración del maestro y el rasgueo lejano de las uñas de las ratas.

—Hice lo que tenía que hacer. —Gutenberg se puso en pie—. Puede que no te guste pero... —Se encogió de hombros—. He llegado demasiado lejos para que ahora prescindan de mí.

Alargó la mano y golpeó dos veces con fuerza la puerta de madera.

El carcelero giró la gran llave de latón. Peter salió; los dedos volvieron a rodear los barrotes.

—Preocúpate solo de acabarla —bufó el maestro, y los dedos desaparecieron.

* * *

Podían buenamente haberlo dejado allí. Eso opinó sin duda su padre a su regreso a Maguncia. Las serpientes estaban mejor en sus cestas y sin colmillos, dijo: y no solo por Rosenberg, también por Gutenberg. La cosa estaba equilibrada. Pero qué equilibrio, pensó Peter: una mezcla de elementos tan volátiles como tóxicos, que el más mínimo grano que se añadiera podría hacer que se quemara.

Si no cambiaba nada, la ciudad seguiría siendo el punto de mira del ojo constante y siempre abierto del arzobispo. Peter no quería ni pensar en lo que ese ojo podía iluminar y ver.

Llevaba la cuenta atrás de los días que les quedaban. Contaba las páginas que faltaban, pues ahora hacía los cálculos por páginas, en lugar de manos. Observó cómo Hans y Keffer vaciaban la nueva fuente más pequeña; cuando terminaban las páginas del día, los dejaba componer la dichosa carta de indulgencia del papa.

Habían pasado tres días. Es tu socio, le dijo Peter a Fust, que habló con Jakob y este a su vez con Molsberg; nada se movió.

—¿Dónde están sus dichosos libros? —preguntó por fin su padre, como si el examen de la contabilidad pudiera sacarlos de aquel callejón sin salida—. No me los ha enseñado, maldita sea su estampa.

—Bajo llave en su casa, seguro. —La cara de su padre estaba igual de cerrada—. Pero eso ahora mismo no es lo importante, ¿no?

—Para ti a lo mejor no. —La mirada de su padre era distante.

—El oro, eso es lo único que les interesa al consejo, a Gutenberg y a Dietrich.

—A Gutenberg el primero.

Fust se cruzó de brazos, de pie en el taller, rumiando en un día caluroso.

Peter suspiró y se restregó los ojos. Había una manera, dijo..., la única que se le ocurría. Cansado, expuso la precaria solución que había ingeniado. ¿Y si encontraban otra carta de indulgencia para imprimir, cualquier otro encargo? ¿Una segunda remesa de esa, o de otra, para otra diócesis? De ese modo los beneficios de la

segunda —que él mismo se encargaría de imprimir— podrían ser transferidos directamente al consejo municipal.

—Si podemos garantizarles que se llevarán la parte del arzobispo, tal vez cedan y liberen a Rosenberg.

—Puede ser —convino Fust.

—No se me ocurre una alternativa.

—Entonces el arzobispo soltaría a Gutenberg. —Fust esbozó una extraña sonrisa—. Y nos salvarías a todos.

—Lo único que importa es la Biblia.

—Y el salterio. —Fust miró la mesa donde Gutenberg había dejado las últimas galeradas—. Y así seguiréis los dos... —dijo el padre sacudiendo la cabeza. Tenía la mirada vacía, carente de todo sentimiento—. ¿Cómo pensabas hacerlo?

—Padre.

—Debería haberlo sabido. Pero ahora heme aquí: dado de lado y expuesto. ¿Tienes alguna idea del dinero que debo?

—¿Cómo voy a saberlo?

Fust arqueó una ceja y respondió con sorna:

—Pues yo tampoco lo sé. —Hizo una pausa antes de volver a hablar—: Dile que quedará libre en cuanto haya visto sus libros. —Había un asomo de algo, satisfacción, venganza, en su tono—. Te dejaré hacer otra carta, de acuerdo..., pero solo una vez que se saque de la manga el dichoso libro de contabilidad, como prometió hace meses.

—Dos semanas, tres como máximo, y la Biblia estará acabada.

—La Biblia, más que ningún otro libro, exige la verdad —contestó su padre.

—Cuando esté hecha y la vendamos...

Fust lo cortó:

—Tendremos que venderla dos veces para salir del hoyo en el que estamos.

* * *

Heinrich Brack había dejado de ser el prior del monasterio de Santiago. El abad era Lubertus Ruthard y el prior, Eberhard von Venlo. Brack no tenía duda de que esos hombres más jóvenes, ambos reformistas, acabarían con el monasterio. El anciano le dedicó a su visitante una sonrisa leve y contenida. Pasaría sus últimos días dedicado a la oración y la meditación.

Justo para eso, dijo Peter, había ido: para rogar su orientación.

Caminaron por la loma hasta un banco que habían instalado al otro lado del muro y desde donde había una bonita vista al este, al otro lado del Rin. En los días despejados, le dijo Brack, a veces llegaba a ver el sol reflejado en el campanario de

San Bartolomé, en Fráncfort, a unos cincuenta kilómetros. Se acomodó en silencio; ya no tintineaba a cada paso con los pesos de su cargo.

—Dentro de tres semanas, si Dios quiere, Gutenberg presentará allí nuestra Biblia.

—Así que está acabada. —Brack dibujó una cruz con su delgada mano en el aire brillante.

Peter sonrió. De modo que Brack lo sabía y lo había mantenido en secreto.

—Casi, si Dios quiere.

—¿Tenéis dudas? —Los ojos de Brack tenían un aire acerado en sus bolsas.

—Nunca las había tenido. —Peter clavó la mirada al otro lado del agua—. Me parecía tan claro el papel que teníamos. Ahora, sin embargo, no veo nada más que nubes.

El peso de tantos meses y años de mentiras y secretos se le antojaba insoportable allí arriba en esa loma erosionada.

—Es un prodigio que servirá para renovar nuestra fe. A mi entender, eso basta.

—Pero ¿no pidió Jesús que la discordia no entrara en su casa?

—«En cambio nosotros somos las chispas: saltamos por el aire tan solo para morir». —Brack sonrió.

—Padre, quiero confesarme.

El monje puso su mano derecha en la cabeza de Peter, que le contó entonces todo lo ocurrido: los subterfugios, el orgullo y la arrogancia, las cartas de indulgencia que, en lugar de salvación, traían conflictos...

Brack lo escuchó con los ojos cerrados y la cabeza inclinada. En el silencio que siguió, asintió, aún sin abrirlos, en íntima comunión con el Señor.

—Hijo mío, tus pecados son pequeños. Johann Gensfleisch es un hombre que quema la tierra y el mineral..., y a veces algo más.

Peter le contó que había una manera de acabar con la lucha y salvar el pellejo del consejo y del arzobispo Dietrich. Necesitaba más encargos de cartas, varios miles al menos. Le pareció estar mendigando.

Brack reflexionó.

—Creo que podría arreglarlo.

Peter le apretó la mano en señal de agradecimiento.

El antiguo prior sonrió alegre.

—Incluso en nuestro patio trasero las cuestiones eternas permanecen reveladas.

—¿Se refiere a por qué Dios acepta la duplicidad? —Peter sacudió la cabeza—. Uno también podría preguntarse por qué dejó que el Turco destruyera Constantinopla.

—Incluso Satán es parte de la creación de Dios..., y por ende, parte de Dios.

Entonces, ¿por qué no acababa con todos de una vez por todas?, preguntó. ¿Por qué no arrasaba el mundo entero y empezaba de cero, como ya había hecho en otra ocasión?

La visión humana era parcial, le dijo el benedictino. Solo Dios podía ver todo el

conjunto.

—¿Ve y bendice todo lo vil y todo lo noble?

Peter lo dudaba. En lo que le restaba de vida jamás aceptaría la traición del maestro como parte de los designios del Señor.

—Él nos da dones, por Su gracia. —La cara macilenta y ajada de Brack irradiaba sabiduría—. Y luego nos observa para ver qué uso les damos.

—¿Si servimos al Señor o a nuestro propio bien? —Peter no intentó ocultar su acritud.

Brack sonrió y le puso la mano en el antebrazo.

—No vivimos el suficiente tiempo en esta tierra, hijo mío, para juzgar.

Perdió la mirada entre los tejados y los campanarios de Maguncia, en las ruinas del antiguo castro bajo los viñedos y los huertos.

—También los romanos eran unos genios de la ingeniería. Inventores de técnicas maravillosas. Pero lo único que dejaron fueron piedras y escombros.

Abadía de Sponheim.

Marzo de 1486.

Durante largo tiempo creyó poder evitarlo. Peter los mantendría unidos mientras se distanciaban, mediante la fuerza bruta de su voluntad.

—No podía aceptar la idea de que el taller se dividiera.

Fuera de la abadía de Sponheim el invierno ha redoblado su asalto, como para castigar la temeridad de los azafranes y la esperanza. Una lluvia gélida golpea las ventanas en las que ve reflejado a un anciano, su cabello color peltre, y la espalda de un joven benedictino al que le dobla la edad y más. Le sorprende darse cuenta de que tiene casi los mismos años que el maestro cuando murió.

—Este altercado... —pregunta el abad—, ¿sucedió el mismo año que el papa declaró la cruzada?

El impresor sacude la cabeza.

—El verano siguiente. Los príncipes y el clero se reunieron en multitud de ocasiones durante meses pero no lograron ponerse de acuerdo.

Siempre ha tenido la sensación de que fue esa carta de indulgencia lo que destruyó el taller.

—Podría haber sido de otra forma si no hubiese sido por el Turco. —El abad vuelve a esbozar una sonrisilla—. Aun así, como he dicho, el libro estaba acabado, así como las dos cartas.

»No eran las indulgencias en sí..., sino lo que representaban. Mentiras. Engaño. Esa fue la brecha fundamental. —Peter va exponiendo metódicamente las cuentas de la traición—. Al principio Gutenberg ocultó demasiadas cosas. Pero lo peor fue que puso en peligro el Libro. Además, estaba dispuesto a desplumar a mi padre y las cofradías. Para él el fin siempre justificaba los medios, sin la menor consideración por quién pudiera llevarse por delante.

—Y vos estabais entre la espada y la pared.

Peter ríe amargamente.

—Lo más loco es que yo seguía albergando esperanzas. Tenía la creencia disparatada de que todo saldría bien, siempre y cuando llegásemos a la feria. —Sacude la cabeza—. ¡Estábamos tan cerca! Pensé que si conseguíamos aguantar, los ingresos servirían para rellenar los agujeros: sobre todo, ese abismo que había crecido entre ellos desde lo de la profecía.

Vuelve a menear la cabeza y se acaricia la garganta, en un gesto de ternura hacia su yo más joven.

—Me puse en la línea de tiro. A punto estuve de matarme para hacer esa segunda

carta, tallando todas las noches de esas últimas semanas.

Presionó con tal crueldad a la cuadrilla y a su propio cuerpo que apenas recuerda la explosión final. Eran auténticas máquinas trabajando a ciegas.

—¿No utilizaron los tipos de Hans? —preguntó sorprendido Tritemio.

—No quise darle ni esa mínima satisfacción. —Peter miró al abad a los ojos. El engaño engendraba engaño; en esos últimos meses en que se había sentido traicionado, también él guardó sus secretos—. Además, tenía mis razones. Unas mejoras técnicas en las que estaba trabajando, y me venía bien hacer un alfabeto más pequeño para probarlas.

El abad espera pero Peter no añade más. Hay cierta rigidez en el monje, que está sentado de cara a él, piensa el impresor. Es cordial pero algo en su actitud sugiere que por dentro es más crítico. Que así sea: todos los cronistas deben tamizar las historias que les cuentan.

Tritemio jamás vería la ciudad reluciente que habían construido, como la de san Agustín, en el interior de ese taller excavado en la tierra. Nunca sabría que había sido tanto una celda monástica como un templo para el joven que fue y todos lo que trabajaron con él. Peter se pasa una mano por la cara. Ya ha tenido suficientes barcos y carretas por ese camino embarrado del bosque; está harto de contar ese cuento sórdido. Sigue siendo doloroso..., no agradece el reconocimiento. Creía haberlos perdonado a ambos hace tiempo pero ahora comprende que siguen en su cabeza, esos dos padres, encerrados tan ciegamente en su pelea que no percibían la tormenta de fuego infernal que lanzaban sobre los de abajo.

Qué entusiasta, pero a la vez qué frágil había sido. Siente una punzada de lástima por ese joven adusto que se ofreció como cable conductor: la gotita gris para soldar.

Viernes después del traslado de San Benito.
12 de julio de 1454.

Liberaron a ambos rehenes tras regatear sobre la tajada que se llevaría Maguncia por cada carta de indulgencia impresa para la diócesis de Colonia. El único que quedó remotamente complacido con todo aquello fue Jakob. Gutenberg regresó con el cuerpo limpio y modales agresivos; le lanzó un paquete a la cara a Peter.

—Las cuentas, blanco sobre negro —le dijo, y dio media vuelta.

Ni una palabra de gratitud, ni siquiera de reconocimiento; Peter debería haberlo sabido. A ese hombre no se le podía dar una lección de humildad, más bien al contrario: se comportaba con brusquedad, ofendido. Cómo se atrevían a cuestionar su sinceridad, era todo lo que trasmitía su mirada altiva y su rápida reasunción del mando.

Cogió una hoja de la Biblia que estaba en la prensa, le encontró una errata y preguntó belicoso dónde diablos estaba su carta.

—Lista para la prensa —le respondió Hans.

Peter dio media vuelta y huyó. El paquete que tenía en las manos estaba cubierto de cera y llevaba delante y detrás aquel sello del extraño peregrino. Como si se le fuera a ocurrir a él espiar sus contenidos... Las deudas del taller, gracias a Dios, no eran una cruz que él tuviese que soportar. Ya bastante tenía con llevar la segunda carta y esas últimas manos.

Se apresuró a ir al Brand y asomar la cabeza por la *Haus zur Rosau*. Oyó el llanto de su hermanastra en cuanto Lothar abrió la puerta de la calle. Los gemidos llegaban por la puerta de la cocina, que daba al patio.

La espalda de Tina temblaba por los sollozos que convulsionaban su delgado armazón. No paró su llanto frenético ni cuando él se sentó a su lado en la escalera de la entrada.

—Ya está, ya está —intentó calmarla, y le pasó la mano en círculos por la espalda. Grede debía de haberla dejado allí para que se le pasara el berrinche; sin duda habría intentado sin éxito calmarla—. Tina, bonita, ¿qué te pasa? Dame las manos.

Volvió hacia él unos ojos asolados por el llanto, pegó un hipido, se sorbió la nariz y bajó el llanto a una frecuencia más baja y menos desquiciante. Peter le cogió las manos lánguidas y las emparedó entre las suyas.

—Vamos a ver, grandullona, dime qué ha pasado.

—*Cassius y Prinz* —dijo tragando saliva—. Padre dice que... —Respiró entrecortadamente y al punto volvieron los sollozos.

—¿Qué dice padre?

—Que los va a vender. ¡Ay, Peter! —Lloró, y se volvió entonces y le echó los brazos al cuello—. Dime que puedes impedirlo. ¡Es malo, y cruel, por llevarse a mis favoritos!

Chasqueó la lengua para calmarla y miró hacia los establos, al otro lado del patio.

—No puede ser todo culpa de padre. Tendrá una buena razón. —También a él se le escapaba el sentido de todo aquello, y le hizo encogerse de hombros.

No pensaba decirle que eran solo caballos, animales..., aunque al mismo tiempo el equipo más leal de Fust. Eran dos de los seis que tiraban de sus carruajes y carretas, y, cuando estaban en casa, pedían con sus suaves relinchos que les dieran manzanas de los puestos.

—A lo mejor encuentra una manera de poder quedárselos, o al menos poder ir a verlos —le dijo.

La niña se apartó: sabía que estaba mintiéndole.

Fust nunca se había visto obligado a vender ningún caballo en todos esos años. En alguna ocasión había tenido que arrendarlos, cuando las cosas estaban tirantes. Llevaba con él la carta con el libro de contabilidad del maestro. ¿Tan mal estaba la situación para que Fust tuviera que vender los activos de los que dependía su comercio? Peter sabía que los intereses sobre los préstamos con los que financiaba el taller ascendían a cincuenta florines al año: parte para los judíos, parte para los lombardos.

Desenmarañó con cuidado los brazos de Tina y la llevó dentro. Grede llegó cuando estaba echándola, como un hatillo, en el sofá.

—Ya está mejor —le aseguró, y Grede puso una mano fría en la frente de la cría.

—Duerme —le susurró.

Se quedaron mirándola un momento y luego salieron.

Grede colocó el mantel que llevaba en la mano sobre la mesa.

—¿Por qué no te quedas, anda? —Le sonrió lánguidamente—. Hace mucho que no comes con nosotros.

—¿Es verdad que va a venderlos?

—Sí, por mucho que le parta el corazón.

—¿Tan mal están las cosas?

Parecía agotada.

—Las carretas van muy ligeras de peso y el heno está muy caro. —Debió de ver cómo le asombraron aquellas palabras—. Ya encontraremos una forma. —Se le dibujó en el rostro una mirada atribulada—. No es la primera vez que paso por esto. —Se volvió y empezó a poner los platos—. Anda, hazme el favor de ir a buscarlo a la *Kaufhaus*.

En el Brand un grupo de violinistas ambulantes había atraído a una pequeña multitud. Era, sin embargo, una música estridente y desafinada. Se coló con cierto alivio en el silencio del salón de aduanas. A cada escalón que subía, gastados por el paso de innumerables pies, le asaltaban los recuerdos de todas las noches que lo habían mandado allí de niño. ¿Cuántas veces la primera mujer de Fust, y luego la segunda, le habían encargado ese recado? Con qué orgullo entraba en la *Kaufhaus* durante sus primeros meses en Maguncia: henchido, sorteando esos grandes montones, antes de subir a la oficina a cumplir su misión.

Fust estaba cerrando cuando llegó.

—Vaya, haciendo de emisario otra vez.

—Me ha mandado Grede, señor. —Peter sonrió levemente e hizo una inclinación.

Su padre se le quedó mirando largo y tendido, como si también estuviera ponderando los años pasados.

—Antes de irte tal vez quieras dejar esto.

Peter se sacó la carta de la cintura y se la dio. Fust la sostuvo en la mano derecha. Sin mediar palabra, volvió a girar la llave y Peter lo siguió. Cuando la hubo guardado en su caja fuerte y hubo cerrado el armario con una segunda llave, se volvió y se encontró a su hijo totalmente quieto y con la mirada clavada en él.

—¿Qué más? —La impaciencia asomaba en su boca entristecida.

Era mejor ahora que antes de que leyese el contenido de la carta, pensó Peter, por mucho que aquel distase mucho de ser el escenario que le habría gustado.

—Me gustaría volver a pedir vuestro permiso, padre. —Se había quitado la gorra y la retorció entre las manos—. Sigo queriéndome casar con Anna, con vuestra bendición. Si pudierais aceptarlo como mi elección...

—Si yo pudiera aceptarlo —repitió en voz baja Fust, que miró la gorra de Peter y luego su cara—. Mi opinión no ha contado mucho en los últimos años.

—Os obedecí. —Jamás conseguiría satisfacerlo—. Me quedé, como me pedisteis, y aprendí este oficio. Creo que he cumplido con vuestros deseos.

Fust respiró hondo y luego exhaló lentamente el aire. Estaban a un paso pero Peter sintió entre ambos una distancia cargada y afilada, llena de decepciones.

—Hace tiempo que me abandonaste —murmuró el padre adoptivo—. Tus elecciones, como tú las llamas, llevan siendo tuyas desde hace mucho..., o al menos más tuyas que mías.

—Esto no tiene nada que ver con él..., es cosa mía, es mi vida.

Fust se encogió levemente de hombros.

—No tengo poder sobre ti. Ya casi tienes treinta años, una edad en la que ya no se escucha ningún consejo.

—Os he escuchado durante más de la mitad de mi vida. —Peter sintió que se le hinchaba el pecho, con esa pesadumbre entre ambos colándose irremediabilmente en su interior—. Sigo escuchándoos y os ruego que penséis en mi felicidad.

La gran cabeza se hundió, y Peter vio las capas y capas de pérdidas sobre esos

ojos antaño brillantes.

—Te deseo lo mejor..., ya sabes que siempre te he deseado lo mejor —le dijo el padre.

—Pues entonces deseadme esto. Ya casi hemos terminado lo que emprendimos... juntos. Terminémoslo así. Dejadme quedarme a vuestro lado, cerca, y daros libros y nietos para honraros mientras pueda.

Fust cerró los ojos y buscó; rezó. Tenía la frente arrugada mientras esperaba a recibir, con la cabeza inclinada sobre el altar de lino del pecho en que reposaba su crucifijo.

—Ve, pues, con Dios. —Abrió los ojos—. Que te conserve siempre en sus manos, a ti y a los tuyos.

Alargó una mano hacia su hijo con una mirada ininteligible en la cara: agri dulce pero suavizada por el vínculo que siempre había existido entre ambos. La mano se quedó medio latido en el aire hasta que Peter se la estrechó.

—Siempre he deseado y he rezado por que estuvierais orgulloso de mí. Y eso nunca cambiará.

Una chispa curvó los labios grises de Fust, que, asintiendo con la cabeza, se le acercó y lo abrazó.

* * *

¿Qué sensación era esa que lo atravesaba, abriéndole en canal todas las venas bajo la piel? ¿Eso que le escocía por el contorno del pecho, le subía la sangre a las mejillas y le erizaba el vello de los brazos, allí parado como estaba con una mano levantada hacia esa puerta azul? El oro estival iluminaba la mirada azul, del mismo tono que aquellas yemas manchadas de los dedos de otros tiempos. Había olvidado que era capaz de sentir aquello, lo había confinado a una mazmorra helada. Pero mientras agarraba la aldaba lo reconoció: era felicidad.

El asombro se dibujó claramente en la cara estrecha y barbuda de Klaus Pinzler, que removió la boca por un instante, mientras contemplaba en el umbral al pretendiente largo tiempo desaparecido. Clavó los ojos en el ramo de margaritas que había recogido Peter en el campo.

—Me he demorado más de la cuenta —dijo este lentamente, queriendo que el tiempo se expandiera, que en aquel instante dilatado se disolviera el año que había transcurrido—. He sido un necio, pero espero aprender más sobre paciencia en esta casa.

Klaus sacudió la cabeza sorprendido y arrugó levemente el gesto.

—Sois un hombre con suerte. —Sus labios dibujaron una línea recta—. Más de lo que a mí me habría gustado.

De modo que Anna le había hablado de él... El padre se hizo a un lado y le abrió la puerta de su casa.

Tendría que haberle pedido la mano en ese momento, cuando la madre se unió a Klaus secándose las manos y escrutando con ojos ansiosos la cara de Peter y sus ropas de domingo. Pero, en su fuero interno, lo veía como una afrenta más a la hija. Eran tiempos nuevos y él, otro hombre. No podía pedirle la mano a su padre hasta que no le demostrara a Anna el respeto que merecía: que ella decidiera y que le entregara libremente su mano.

—Con vuestro permiso, me gustaría hablar con su hija —le pidió Peter.

Klaus miró a su mujer; de haber estado solo, se habría negado pero la madre asintió.

Por encima de ellos, bajando ligera la escalera, casi flotando, apareció Anna: no se la veía retraída, sino más bien reluciente, con el pelo moreno suelto. Sus padres se perdieron tras la cortina que separaba la cocina. Peter extendió los brazos cuando pisó el antepenúltimo escalón, y entonces se soltó de la barandilla y levantó el vuelo hacia él. Olió la vainilla de su pelo y el almizcle; sus labios acariciaron la suave pendiente de su mejilla. Con la sangre golpeándole por dentro, la dejó en el suelo con las manos en torno a sus costillas, la delicada jaula de su corazón. Al arrodillarse ante ella, las faldas le bailaban.

—Peter —dijo tendiéndole la mano, pero este no se levantó.

Se la cogió, en cambio, y la apretó contra los labios. Miró aquellos ojos grandes y brillantes y por un momento la emoción le impidió hablar.

—Levanta —susurró Anna con una sonrisa, y se inclinó para darle un beso en la cabeza.

Su roce, su respiración, la ligera presión de sus pechos, dispararon su deseo. La cogió entonces con fuerza de la cintura y la levantó en volandas.

—Si me quisieras, te convertiría en mi amada esposa.

La chica entreabrió sus labios rojos y un rubor pintó sus mejillas.

—Sí, ay, sí. —Sonrió, y entonces se estremeció de arriba abajo y se le saltaron las lágrimas. Apartó la mano para enjugárselas y luego se volvió para mirar hacia la alcoba donde esperaban sus padres—. ¿Padre ha dicho que sí? —le preguntó en un susurro.

Peter se levantó y volvió a cogerle las manos.

—Tenías derecho a negarte antes que nadie.

Una mirada de puro deleite iluminó el rostro de Anna, que se mordió el labio, como si volviera a ser una chiquilla; se le escapó una risita.

—Nunca sigues ninguna norma. —La sonrisa no se le borraba, y tenía relucientes los ojos negros.

—A partir de hoy solo las que tú me pongas. —Volvió a apretar los labios contra sus manos.

Le sonrió encantada y luego, recobrando la compostura, se alisó las faldas.

—Entonces esperaré arriba.

La vio flotar de vuelta por las escaleras. A continuación retomó los modales de antes, la formalidad y la gravedad, la manera de hacer esas cosas. Pidió el permiso, se lo concedieron y se publicaron las amonestaciones. Los padres acordaron los términos, pese a la modestia de la dote. Catorce días más tarde se encontraron de nuevo bajo el techo del pintor para sellar el acuerdo con un apretón de manos. Era época de cosecha y tendrían que esperar al menos a que recogieran el cereal. Pero, a los ojos de Maguncia, sus destinos estaban unidos, y por fin también sus cuerpos podrían unirse, después de todo ese tiempo.

* * *

Ocurrió en un campo de heno una noche de finales de verano en que el cielo lucía un intenso color azul, moteado por algunas estrellas madrugadoras. Los mangos de las horquetas sobresalían de los almiares en un corro que, según Anna, entretejía un encanto a su alrededor. Tenía el vestido salpicado de flores, aunque las que él más deseaba eran dos, le dijo retirándole la tela de los hombros. Ella se recostó en el montículo y arqueó la espalda con los ojos cerrados, mientras él le acariciaba los pechos con labios y manos. Tenía las piernas y las faldas enlazadas en sus caderas y, al besarse, sintió su fuerza, su energía, su juventud y su voracidad en la flexión. Le pasó suavemente la mano bajo la cabeza y se la levantó buscando por un momento sus ojos negros y nítidos.

—No te haría daño por nada del mundo.

Anna rio, atrajo la cara de Peter hacia la suya y le susurró:

—Ya nadie podrá hacernos daño.

Peter se sintió expandir y abrirse con una oleada de sangre, de una energía que inundó su cuerpo y el de la chica.

Cuando la penetró, Anna dejó escapar un grito pero casi al mismo tiempo echó la cabeza hacia atrás, abierta para él. Se apretó contra su cuerpo y rodaron en puro abandono, como las criaturas vivas que eran, excitadas, sin ocultar nada bajo el cielo despejado. Encajaban como dos piezas engranadas, roja y azul, y luego doradas, salpicadas por las estrellas: la sensación de libertad y abandono, cuando le sobrevino, no se pareció a nada que hubiera sentido antes. Nadie podía tocarlos ya; la acarició; paseó los labios por su cuello, su vientre. Anna apuntó su lengüecita a sus mejillas, a sus ojos cerrados y soñadores. Siempre había estado allí a su lado. Bajo sus ropas, su piel era tan blanca como la vitela fina que por fin ella había aceptado como el otro amor de la vida de Peter: esas letras metálicas con las que a partir de entonces lo compartiría.

Jueves después de san Bernardo de Claraval.

22 de agosto de 1454.

Dieron el acelerón final a ciegas, sus cuerpos bombeando en un movimiento memorizado. La última página en salir de la imprenta fue del profeta Ezequiel. Gutenberg acudió esa última noche a la puesta de sol para ver salir las ciento ochenta copias de esa página. Lo único que quedaba era agruparlas en libros e imprimir las instrucciones para la rubricación.

Peter sentía ya cómo iba desmembrándose todo: Keffer y Ruppel imprimieron la carta de indulgencia del maestro; a los Bechtermünze y otros mozos se les había despedido, al menos por unas semanas. Peter y Mentelin prepararon las instrucciones para rotular los incipits y los explicits en rojo, las líneas del prólogo, junto a indicaciones para su correcta ubicación en el texto impreso. El salterio esperaba paciente: todos los esfuerzos estaban puestos en la Biblia y la feria del otoño.

La noche avanzó y llegaron a la mitad del trabajo. El maestro estaba al lado de Neumeister, bromeando con los hombres mientras iban saliendo las páginas. Peter se levantó de golpe.

—Nunca piensa en nadie más que en sí mismo —le comentó a Mentelin, que asintió con los ojos clavados en sus líneas—. Mi padre debería estar aquí —le dijo a Gutenberg.

Era alucinante que un hombre que había vivido sesenta años siguiera siendo tan ignorante. El maestro era todo sonrisas; tenía el aliento cargado.

—Es cierto. Siempre vas un par de pasos por delante, Peter. Te debo una.

—Ya me la pagaréis —le respondió secamente.

Un mozo atravesó volando la oscuridad para ir en busca de Fust; después llegaron Lorenz y Keffer, que trajo rodando uno de los barriles particulares más preciados de Gutenberg. Sirvieron el vino y se repartió entre todos, salvo a los prensistas que accionaban la imprenta. Fust llegó restregándose las legañas y, cuando la última página estuvo lista, el maestro le hizo una seña al prensista de que parara. Ladeando la cabeza gris, señaló a su socio. Fust y Gutenberg tiraron de la palanca.

—¡Upa! —gritó el maestro, y ambos tiraron con fuerza y, de un gran esfuerzo, bajaron la palanca.

—Nunca creí que vería este día —murmuró Fust cuando el maestro despegó la página, visiblemente emocionado.

—¡Ay, hombre de poca fe! —Gutenberg rio. A continuación se dio la vuelta y

cogió unas copas, que repartió entre todos—. Bueno, muchachos —dijo levantando la suya en alto—. Lo hemos conseguido gracias a vosotros..., y a la protección del Señor. —Peter nunca le había visto los ojos tan encendidos. Fue entrechocando su copa con cada uno y se quedó un momento parado delante de Fust—. Que los bohemios y los holandeses muerdan nuestro polvo.

—Amén. —Fust estaba conmovido pero se contuvo, le pareció a Peter.

El maestro le habló entonces:

—No hay nada parecido en esta tierra.

Fue Mentelin quien propuso que brindaran por San Bernardo de Claraval, cuyo día acababa de pasar. Al fin y al cabo había sido la orden de los cistercienses la primera en enjaezar la creación de Dios para uso del hombre.

Levantaron las copas y Peter se preguntó si alguna vez subiría por ese camino montañoso hasta el gran monasterio sobre Eltville que le había descrito el maestro hacía años. Los hombres empezaban a balbucear, con la espita del tonel gira que te gira, y en medio de ese clamor exultante una sensación extraña y solitaria se le coló en el corazón. Se vio como un peregrino ermitaño subiendo por la cuesta empinada. Para Gutenberg habían alcanzado la cima: la altura vertiginosa, la novedad impresionante de esa Biblia que había parido; era todo suyo, el esfuerzo, la brillantez y el recorrido largo y agotador. Lo que Peter tenía por delante, en cambio, era una extensión y una bifurcación desde ese inicio monumental.

Contempló la cabellera alborotada del maestro, su larga barba trenzada, el centelleo de sus ojos moteados de dorado, y supo que era un momento que Gutenberg podía saborear, al igual que él debiera: pero sentía más bien un colapso en su interior, rodeado por sus compañeros.

Habían pasado tantas cosas entre la mitad y el final. Y le habían prestado poca consideración a lo que vendría después. Vio que su padre se despedía y se perdía por la puerta. Pensó entonces en Anna, y en el salterio que había acabado considerando propio, y que estaba esperándole pacientemente a que lo compusiera.

Hans estaba apoyado en la pared con una rodilla hacia arriba y un pie cogido por detrás. Les había dicho a todos que, en cuanto el libro estuviese terminado, cogería sus bártulos y volvería a Estrasburgo. Aunque las cosas habían cambiado entre ellos, Peter no podía imaginárselo: el taller sin la presencia precisa del gnomo de Hans. Era un siervo leal, de los que ya no quedaban, se dijo.

El herrero lo miró desde la otra punta de la habitación y levantó la copa. Peter se llevó un dedo a la gorra en respuesta. Hans se incorporó y aulló un «¡Eh!». El bullicio paró.

—Un brindis también por Peter. Manos Bonitas nos ha conducido por el buen camino —ladró, medio avergonzado.

El maestro sumó su voz ronca a los sonoros vítores.

—¡Reconozco que Peter Schöeffer es el mayor impresor con vida, salvo uno!

El maestro intercambió con su antiguo aprendiz un destello de calidez, justo antes

de que las risas estallaran.

Gutenberg le había dicho hacía menos de una semana que no debía despreciar nunca ese trabajo que le daba de comer, que había muchas maneras de convertir sus rejas de arado en espadas. Se regocijaba pensando en la guerra contra el Turco, le dijo el maestro: era un desafío para su inteligencia, el saldo del diablo contraatacado con su propia espada, brillante y templada.

Esa noche el maestro les dijo a todos que tendrían trabajo en Maguncia hasta que él exhalara su último aliento. Estaba claro que eso no les faltaría, irrumpió Ruppel. Gutenberg se limitó a reír. No serían obras tan prodigiosas, prosiguió, sino libros grandes y pequeños, en latín y en lenguas vernáculas, para príncipes y pobres, y para la Iglesia.

—Siempre y cuando no me atosiguen, claro.

Eso tenían que reconocérselo: a pesar de todo el poder que tenía Dietrich, nunca había sabido nada de su evangelio secreto.

Apartaron el vino y tendieron los pliegos a secar. Cuando estaban terminando, el maestro le puso una mano en la espalda a Peter y le dijo:

—Escoge tus hojas.

Lo conmovió que comprendiera esa necesidad que sentía: quedarse con la tinta más oscura y nítida, con la mordedura más limpia de la imprenta, guardarse para su ejemplar las hojas más perfectas que encontrara.

—¿Y vos? —le preguntó el capataz—. Puedo buenamente juntar dos.

—Espera un poco. —Distante y casi divertido, el maestro levantó una ceja escuálida—. Nunca se sabe qué lastre tendrá uno que soltar.

* * *

Anna supervisó en el taller de su padre el trabajo de pintura del extraño austriaco. Conforme iba acabando cada página de las que había seleccionado Fust, la tendía cuidadosamente para secarla, la marcaba y la volvía a plegar. Así, decía, atravesaba el Evangelio igual que se había imaginado hacer a Peter todos esos meses: versículo a versículo, capítulo a capítulo, libro a libro.

—La verdad es que estoy fascinada.

Puede que fuera esa iluminación hermosa, unida a su texto, lo que la ayudó a aceptarlo. Sí, eran unas letras artificiales, pero aun así seguían formando las mismas palabras. Era inútil oponerse: la impresión se expandiría e inundaría el mundo pese a sus reparos.

—Pero tal vez pueda seguir habiendo esmero en la tarea. —Lo miró intensamente. Rezaba a diario por no perder el contacto con las viejas costumbres atesoradas.

El día antes de que la caravana partiera para Fráncfort, trasladaron a la *Kaufhaus* el resto de ejemplares que Fust necesitaría. Habían reservado dos docenas para los clientes que querían el libro entero iluminado, rubricado y encuadernado.

Fust y Gutenberg estaban enfrascados en los bancos de la sala de impresión, mascullando como brujas: aquella veintena, y otras cuatro más, también eran a cuenta de los adelantos que hacía tiempo habían dilapidado. En total quedaban ochenta ejemplares para vender en la feria. Cada par de tomos pesaba doce kilos; qué mamotretos, pensó Peter mirando los enormes montones. Mil doscientas ochenta y dos páginas impresas: desde el umbral del taller parecían hogazas gigantes.

Cargaron en el carro de Fust doce ejemplares en papel y otros ocho en vitela. Por mucho que lo intentaba, Peter no lograba descifrar el ánimo de su padre. No había compartido sus pensamientos con él desde que le entregara la contabilidad. Pero todo saldría bien; Peter lo sentía en los huesos. Lo venderían todo y lograrían enderezar el barco de una forma u otra. Sin duda la alegría por haber terminado, y el amor, lo mantenían a flote. Todo estaba listo para seguir: Mentelin se quedaría en Maguncia para terminar los tipos del salterio mientras Peter acompañaba a los socios a Fráncfort.

Las copias que había escogido para su padre eran de la mejor calidad. Fust ni se fijó; se limitó a asentir cuando el carro estuvo cargado y le preguntó a Peter si podía ayudarlo a guardarlos. Había dispuesto que llevaran los barriles al salón de antigüedades de la *Kaufhaus*, en la primera planta. Hacían falta dos llaves para abrirla: una la guardaba Kraemer, de la cofradía de los abaceros, y la otra, su tío Jakob.

—Una bonita fortuna —dijo el tío mientras descorrían las gachetas como era debido.

—Sí —asintió secamente Johann Fust.

* * *

Doce de papel, a treinta florines cada una; ocho de vitela, a noventa: mil cien florines por ejemplares en bruto, sin pintar; otros cien si añadían la pintura y la encuadernación.

—Deberías quedarte con todo, porque es poco probable que vuelvas a ver un penique —le dijo su hermano.

—Chist —lo calló Fust. Miró a Peter, como si no quisiera que lo oyese.

Le desgarró al instante. Sintió una punzada familiar y enfermiza: la misma que llevaba años sin experimentar, desde que llegó por primera vez a Maguncia y entró en el taller de Jakob, un intruso, un huérfano que no merecía su confianza. ¿Cómo se

atrevían?, pensó Peter con la cara contraída. ¿Cómo osaba pensar Fust que no era de confianza? Debería coger a su amada y cabalgar hasta Fráncfort, y luego seguir cabalgando y desquitarse de esa lealtad sofocante de una vez por todas.

Kraemer desapareció sin decir nada; los hermanos Fust estaban mesándose la barba uno y rascándose la barbilla el otro.

—Nos vamos cuando claree —le dijo el tío a su sobrino.

Este miró a Fust.

—Me parece que sería mejor recibido en el barco.

Gutenberg había dicho que la caravana, pese a la guardia armada que llevaban, era demasiado insegura. Tenía pensado llevar los libros él mismo en el barco.

—No digas tonterías. —Fust puso mala cara—. Nunca dije que fuera tu culpa.

—¿El qué?

—Este jaleo —respondió Jakob.

—Ven, quédate un rato con nosotros.

Subieron a la otra planta y se sentaron uno frente al otro hasta que Fust se inclinó hacia delante.

—Necesito saber dónde vas a estar.

—¿Qué queréis decir?

—Necesitamos que alguien esté pendiente de los adelantos.

—Creéis que es capaz de robaros.

Asqueado, Peter sacudió la cabeza. Fust se alisó los pocos mechones que le quedaban de pelo blanco.

—No es que lo crea, es que estoy seguro.

Abrió el primer cajón, sacó un papel y lo desdobló. Con expresión grave y los ojos fijos en la cara de Peter, se lo acercó.

—Aunque lo vendamos todo, no habrá apenas beneficio una vez cubramos los costes. Suponiendo que sean los reales, que seguramente no lo serán. Tengo bastante claro que piensa endilgarme los costes..., y cortarme luego las alas.

Peter estudió las dos columnas manuscritas por el maestro. Gutenberg había anotado 7000 florines, de los cuales quinientos se habían recibido en función de adelantos, y ya estaban gastados. En los gastos había anotado 5000 florines, lo que arrojaba un beneficio neto de unos 1500 florines.

—Siempre supimos que los gastos eran muy elevados.

—¿Es que no lo ves? —Fust cogió la hoja—. Aunque realmente sacáramos ese beneficio miserable, yo solo me llevaría la mitad. Debo mil seiscientos solo en préstamos, más los intereses. Me ha desplumado, ¿no lo entiendes? —Dejó caer la cara, amargado, mirando el papel—. Tengo que apechugar con los costes de su mala gestión, y con todo el riesgo. Si consigo quedarme a cero, será un puñetero milagro.

Se le encendieron las mejillas al maldecir.

—Yo siempre dije que no había margen. —Jakob se adelantó, con el ceño fruncido—. Si fuera tú, le cortaría el grifo.

Fue una patada, un puñetazo en el estómago de Peter.

—Si cortas el grifo, el salterio no saldrá. —El padre lo miró fijamente con los labios apretados—. Es cierto. —Peter lo miró a su vez—. No tenéis fe..., ni paciencia ni fe. —Sentía algo precipitándose en su cabeza con un rugido—. La tinta apenas se ha secado..., ni siquiera hemos vendido el resto. Todo podría arreglarse..., si os esperáis. Ni siquiera habéis contado los ingresos por nuestra carta o el salterio.

—Ya lo oíste, igual que yo —replicó sombríamente Fust—, cuando nos dijo hace meses que no nos preocupáramos, que recuperaría mi dinero. —Tenía las orejas y el cuello colorados—. Ese no es el trato que yo firmé, y lo sabes perfectamente. Creo que planea pagarme con esta miseria y luego utilizar su parte para devolver el primer préstamo, mandarme a paseo y quedarse con el taller.

—Pues entonces tendrá que mandarme también a mí a paseo.

Se quedaron mirándose un buen rato.

—Me pregunto, sin embargo, si eso es del todo cierto —dijo Fust con unos ojos cada vez más enturbiados.

Peter se levantó.

—O confiáis en mí o no.

—Créeme: me gustaría.

—¿Qué os hace pensar que sería capaz de traicionaros?

Su padre suspiró.

—Eres incapaz de ver la verdad: te tiene obnubilado.

—Sois vos el que está obnubilado —le respondió su hijo, con la mano ya en el pomo de la puerta.

Fust rio amargamente.

—A él le importa un comino el libro y lo sabes. No ves cómo te utiliza... —Peter giró el pomo—. ¿Por qué crees, si no, que te hizo capataz? —Las palabras de su padre le llegaron en un arco por detrás—. No porque te tuviera en gran estima, eso te lo aseguro. Lo único que quería era amarrarte bien..., para luego lanzarte contra mí.

REVELACIÓN

Martes víspera de san Agustín.
27 de agosto de 1454.

El viaje empezó al borde del agua. Al otro lado del río Peter captó destellos de hebillas y broches, y un velo de polvo arremolinado por encima de la caravana, que esperaba paciente. En los días precedentes habían transportado las mercancías y los caballos por el Rin hasta Kastel. Subió al trasbordador que llevaba a los artesanos de Maguncia a la otra orilla. Fust y su hermano llevaban ya tiempo al otro lado, vigilando la cola de carretas.

Los guardias que Fráncfort pagaba para que los mercaderes de fuera llegaran a salvo a la ciudad eran lugareños: muchachos tostados y musculados sacados de los campos de la Renania. Pronto todos serían soldados rumbo al Bósforo. Pero en esos momentos, mientras escrutaban las colinas de alrededor, no hacían más que esperar con la mano en las armas. La recua se removió, los ollares sobresaliendo por encima de los ejes, que rechinaban cuando los caballos repicaban sus cascos contra el suelo impacientes por avanzar. El único color aparte del marrón de las lonas y las carretas era el rojo intenso. Había banderas de Fráncfort ondeando por doquier para amilanar a los salteadores de caminos: una divisa señorial, de la ciudad de los reyes, una corona sobre un águila blanca con las alas extendidas. Por toda la llanura del Hesse, montones de caravanas como la suya convergían en los caminos para la feria de las ferias, el mayor mercado del mundo.

Peter cabalgaba en una pequeña yegua arrendada, mientras que los hermanos Fust iban montados en la carreta de cabeza. Cada uno llevaba una prenda de su mujer, y encargos que cumplir. El grito se elevó justo pasadas las siete; toda la fila dio una sacudida y empezó a avanzar. Gutenberg se había adelantado por el río con las Biblias embutidas en barriles, amarradas a otros llenos de vinos del Rin y del Mosela. En años más prósperos Johann Fust también habría ido en barco pero, en las semanas anteriores y posteriores a la feria de Fráncfort, doblaban el precio de los pasajes y los peajes fluviales: tan solo una pequeña humillación más, otra fricción en la desgastada morada de su resentimiento.

En su avance, el repique y el golpeo de los cascos eclipsaba ese runrún interior. Peter sintió bajo él la energía del recio animal y aspiró los olores estivales de la tierra cocida y el sudor. Solo, con el azul cielo por encima y el cenagoso Meno a la derecha para orientarlos, se abandonó al campo abierto. Los sembrados a ambos lados eran de color pardo, ámbar o completamente dorados; pequeñas alquerías cosían contra el horizonte sus bordes verde oscuro. Vio la carretera serpentear como una cuerda por delante, colina arriba, hacia el valle y desaparecer a lo lejos en la calima. Se volvió en

la montura para mirar hacia atrás. La caravana avanzaba lentamente, como una gran serpiente, curvándose y retorciéndose. Seguía pareciéndole un milagro haberlo conseguido: que lo hubieran terminado. El Libro de Libros estaba acabado. Todo lo demás lo sobrepasaba, a él y a todos, quedaba en manos de Dios. Sintió que el miedo y el nerviosismo remitían. Le sobrevino una sensación de paz inaudita. Tenía tanta vida por delante: un nuevo día lleno de éxitos, así como su nueva existencia, un gran libro nuevo, y Anna a su lado.

Cabalgaron todo ese día asfixiante, parando solo para abreviar a los caballos y pagar los peajes. En Sindlingen el hermano del conde de Nassau se llevó su parte; en Hoechst los subalternos del arzobispo Dietrich hicieron otro tanto. Al pasar por delante de los tribunales del arzobispado, Peter sintió un borbotón repentino de júbilo. ¡Qué suerte había tenido de escapar de la vida de escriba eclesiástico! ¡Qué libertad tenía! La saboreó con ganas, la dulzura ilimitada del camino.

Se elevó un hurra entre los hombres cuando el campanario de San Bartolomé rasguñó con su aguja el horizonte del anochecer. La caravana tenía que parar y esperar su turno para colarse por una puerta prodigiosa cuyas antorchas brillaban en el agua del foso. Una vez dentro, los caballos pastaron y miraron con displicencia la gran masa de animales de los corrales y los molinos a la izquierda, y al poco estaban inmersos en el bullicio mareante de Fráncfort. Las melodías se entremezclaban con el rumor de miles de hombres y caballos; habían encendido todas las luces, que lanzaban sus halos color miel hacia el cielo violeta verdoso. Pasaron por callejones ribeteados por los pronunciados hastiales escalonados de las mejores casas, y una a una las carretas iban separándose hacia los alojamientos arrendados por las cofradías. La casa donde se hospedaban todos los años los Fust y los orfebres de Maguncia estaba justo detrás de la Römerberg, la plaza principal de la ciudad. Nadie sabía donde pernoctaba Gutenberg. Los francforteses abrían su ciudad dos veces al año: había en torno a cuatrocientas casas tras la muralla interior, todas hasta los topes de huéspedes, mercancías y comerciantes de los rincones más remotos del continente. Sin duda el maestro estaría alojado entre iguales, con algunos próceres locales, pensó Peter al pasar con la carreta por delante de la boca de la gran plaza. Aunque todavía ni siquiera había empezado, la feria del otoño ya se le antojaba más bulliciosa y grande que cuando la había visitado de pequeño. Sintió que la excitación se apoderaba de él al bordear la gran plaza: iluminada por doquier y aromatizada por el olor de las carnes asadas, era el fulcro de todo, donde se coronaban los reyes y los comerciantes rezaban por la salvación dos veces al año.

* * *

Gutenberg había instalado el puesto en la Mainzgasse, la calle asignada a los tratantes

de manuscritos de calidad. Los situaría entre la competencia como ovejas entre lobos, pensó Peter a la mañana siguiente cuando Lorenz lo condujo hasta allí. El maestro se había asegurado una buena ubicación en la arcada de una casa que daba a la calle. Así era como aquellos burgueses convertían sus casas en escaparates: abrían todas las plantas bajas al gentío que pasaba. Las mercancías más valiosas tenían un lugar de honor en la Römerberg: metales preciosos, armaduras, joyas y pieles. El amplio abanico del resto de mercancías estaba expuesto a ambos lados de calles y callejones, por todo el camino hasta la ribera. Allí, justo pegado a la muralla que ceñía Fráncfort del Meno, los compradores no tenían más remedio que pasar entre los tratantes de libros, que ofrecían códices así como hojas sueltas y pergaminos. Entre escribas y monjes, había puestos que vendían materiales del oficio, pieles, cálamos, pigmentos, aceites y papeles.

El aire de la mañana rasgueaba con fuerza alrededor: chirrido de goznes, tronar de postigos, golpeteo de martillos contra las tapas de las cajas. Peter extendió la tela carmesí y echó mano del barril que Lorenz le acercó rodando. Solo exhibirían una Biblia completa, dividida en dos volúmenes y recién encuadernada; al lado colocarían varias manos sueltas: el Génesis, los Salmos, el Evangelio según san Juan: ¿qué libros atraerían más a un corazón devoto... y al monedero correspondiente? Fust les había pedido que guardaran bajo llave los ejemplares que habían traído para vender en el puesto de Jakob junto a la *Haus zum Römer*. Ningún ladrón se acercaba a orfebres ni plateros, gracias a los alguaciles que enviaba el consejo de Fráncfort. El maestro también había llevado consigo una primera tanda de sus nuevas cartas de indulgencia impresas. Habían navegado a sus pies y sin duda le habían levantado el ánimo durante todo el camino de Maguncia a Fráncfort.

El hombre en cuestión llegó brincando cuando la campana dio las seis y media, con un fulgor inaudito en la calle.

—¿Lo ha visto alguien ya? —Barrió con la mirada a los vendedores cercanos que colocaban sus mesas y a los que estaban detrás, sumidos en la penumbra.

—No han tenido mucho tiempo para ello —repuso Peter.

—Estupendo. —El maestro asomó su sonrisa lobuna—. Pero tu aspecto deja que desear.

Le quitó la gorra y la guardó detrás del puesto. Peter cogió el bulto de terciopelo que le tiró. Gutenberg llevaba el mismo traje de siempre, el único que tenía, gris perla con pliegues magenta.

—Veo que vos os habéis peinado —dijo Peter sonriendo.

El maestro le guiñó un ojo y se alisó el desbarajuste enmarañado.

—Mis mejores galas. —De pronto todo se aclaró al perderse por la calle los caballos de tiro que bloqueaban la luz—. ¡Dios mío, estamos aquí! —exclamó Gutenberg, a quien se le dibujó una sonrisa súbita en la cara, antes de quitarse la capa y arremangarse.

—¿No os asusta... el arzobispo? —le preguntó al oído Peter, que volvía a tener

un amasijo de nervios en la barriga. Gutenberg se inclinó y revolvió las manos.

—Yo he pagado lo mío. —Le lanzó una mirada artera—. Pero aun así he tomado mis precauciones. Le mandé varias páginas a tu cardenal a través de nuestro viejo amigo el prior. —Respiró hondo y le guiñó un ojo.

Peter miró esas espaldas cuadradas y esa cabeza alzada: qué regio y orgulloso era aquel hombre.

—¿Que qué? —susurró.

—El primo de Brack está con De Cusa. —El maestro hablaba tan bajo que Peter tuvo que estirar el cuello para oírlo. Se meció hacia atrás y escrutó el puesto con su mirada intransigente. Volvió a su capataz esos ojos moteados de oro y relucientes—. Los curas locales responden ante Dietrich —sus caninos destellaron—, pero uno o dos cardenales ganan a un arzobispo.

Peter se sentó en el pequeño barril volcado. Increíble, aquel hombre era sencillamente increíble, pensó. Lo vio esperar; tal vez estuviera rezando. Su mano libre reptó hacia arriba para tirarse como siempre de la barba y los labios. En esos momentos, al final del camino, parecía como si también él hubiera salido del Pentateuco: erguido y digno, aunque maltrecho por los apuros. Tenía las cejas erizadas como crestas y las mejillas curtidas y tersas como vitela. El pelo, que era negro cuando se conocieron, se había tornado del color del granito.

Johann Gutenberg estaba en la semipenumbra, con el pecho hinchado, esperando a que el mundo se percatara. La calle estaba ya llena de frailes que buscaban pergaminos, pintores que querían comprar óleos y colores, escribas que necesitaban plumas y cálamos, y, por último, sus blancos: mercaderes más ricos que acudían para hojear los libros terminados de Basilea o Lovaina.

—Mil doscientas páginas en lino de Turín o la mejor vitela —pregonó—. El Libro de Libros, el mejor que podréis ver, y por una parte de lo que vale copiarlo.

Se frotó las manos con gran deleite cuando el primero, y luego un segundo y media docena más, se acercaron y empezaron a curiosear.

Las miradas eran siempre las mismas: perplejidad, un ceño fruncido, manos que tocaban la piel, la hoja de papel, un roce con la yema del dedo. Las preguntas, desconcertadas, cuando lo devolvían a su sitio.

—¿Qué manera de escribir es esta, pues?

—¿Qué instrumento ha troquelado esta piel?

—¿Quién ha escrito estas líneas?

El asombro de los ojos se convertía en incertidumbre y sospecha. Así y todo Gutenberg no parecía cansarse de responder.

—Es una nueva técnica para hacer letras —les explicaba.

Y luego seguía, *imprimere* o *impressum*, mientras la noticia empezaba a extenderse. Hacia las diez de la mañana se había formado una corriente continua no solo de comerciantes, sino también de clérigos del imperio entero, hábitos de todas las clases y colores, y luego los curiosos, los niños y los locos, que convergían todos

en una marea.

Al principio los demás tratantes no les dedicaron mucha atención, salvo para susurrar e intercambiar miradas breves. La visión de Gutenberg engalanado para cortejo y sus rebuznos parecían causar más diversión que alarma. Las primeras horas las pasaban muy ocupados, porque era cuando los compradores más avisados solían caer en bandadas. El taller alsaciano de Lauber hacía buen negocio con sus relatos de caballerías; otra esquina estaba reservada para el rutinario trabajo administrativo, con una larga cola impasible. Peter no había visto a los Hermanos de la Vida Común, hasta que un miembro de esa confraternidad de escribas se acercó para ver a qué venía tanto jaleo. Le vio pasar el dedo por las diminutas hondonadas que solo parecían notar los del oficio; los ojos se le ensancharon, sin poder evitarlo, para luego entornarse; supo exactamente lo que debía de estar sintiendo.

—La página está compuesta siguiendo la proporción áurea. —Peter se lo dijo con la idea de darle confianza. La pluma negra de la gorra del hombre se hundió abruptamente.

—El borde es como una cuchilla —comentó, blandiendo la pluma como si fuera un dedo mientras fruncía el ceño y sacudía la cabeza.

Gutenberg se había pasado la mañana rehuyendo las preguntas con vaguedades como: «Es un don de Dios, igual que la Tierra..., ¿y quién entre vosotros osa preguntarle cómo la hizo?». El secreto de la nueva técnica seguía bajo juramento: si acaso, ahora debían guardarlo con más secretismo aún.

Peter respondió al hombre con una evasiva:

—Sí, ciertamente las líneas están alineadas a la perfección.

El escriba lo escrutó, turbado, y Peter vio su propia alma reflejada como en un espejo. Qué cerca había estado de unirse a esa gran hermandad de los escribas. Pensó en París y en la abadía, y en la llamada sagrada a la que también él se sintió apelado antaño. Si no hubiera sido por su padre, y por Gutenberg, en esos momentos podía haber estado donde aquel hombre.

Un cura español se coló al lado del monje y empezó a pasar los dedos por los pliegos. Preguntó dos veces en latín y con un fuerte acento qué milagro era aquel.

Gutenberg sonrió y le dijo:

—¡Vos lo habéis dicho, no yo!

Le preguntó de dónde venía. De Granada, respondió el cura, aunque servía por entonces a un cardenal en Roma. Gutenberg parecía radiante cuando miró a Peter de reojo.

—Pues haced el favor de contarle sobre este milagro que habéis visto —le dijo, y le hizo una leve reverencia.

Antes de poder añadir más, un cura local se abrió paso a empujones con sus anchos carrillos manchados de asco.

—Un milagro —rezongó—. Blasfemia, querrá decir.

—¿Qué blasfemia puede haber en una copia fiel de la Palabra de Dios? —El

maestro le dio la espalda, desdeñoso.

—Esto es obra del diablo. Solo él podría hacer algo así. —El cura se inclinó, una raya negra sobre la mesa.

Un murmullo se elevó entonces entre el gentío que se apretujaba detrás, y la confusión pasó de una cara a la siguiente; en otros rostros Peter vio un miedo creciente.

—No tiene sentimiento —dijo el Hermano del Cálamo—, ni espíritu.

—Es un simulacro impío. —La cara pálida del cura estaba teñida de rojo; tenía las manos levantadas como si quisiera amedrentar algún mal que saliera de aquellas páginas—. ¿Quién os ha permitido esta dispensa?

El maestro se enderezó cuan largo era.

—¿Que quién lo ha permitido? —Escrutó al gentío con la mirada—. ¡El Altísimo! —La voz resonó al tiempo que levantaba los brazos, agarraba el aire y lo sacudía como sin duda le habría gustado sacudir el grueso cuello del cura—. Lo ha permitido un Dios que vos no podéis entender ni ver, si dudáis de ello. Miradlo, si alguien tiene ojos aquí: es un milagro, ¡un regalo del cielo! —Dejó caer la cabeza cana a centímetros del cura—. ¡Haced el favor de mirar en vez de retorcer ese rosario!

Peter intervino antes de que el maestro empeorara las cosas.

—Todas las copias son idénticas..., y con menos errores que las de los escribas. —Apretó levemente la mano que le había puesto a Gutenberg en el brazo izquierdo—. El papa lo ha pedido repetidamente, como bien sabréis. —Captó la atención del español—. El sentido no puede perderse de un texto a otro..., y si Dios quiere, la Palabra se difundirá así más deprisa.

El cura español volvió a mirar la Biblia, boquiabierto; se veía a todas luces que tenía el alma conmovida.

Gutenberg apoyó todo el peso de su cuerpo en las manos. Ojo, suplicó Peter: defender, no ofender.

—Blasfemia —dejó escapar la palabra por los labios como en un hilillo de hiel—. La única blasfemia es desdeñar lo que Dios en su sabiduría ha decretado. —Levantó un tomo de aquel libro enorme y fascinante—. ¡No os lo perdáis! ¡Lo que nos ha dado Dios para llevar su Palabra por todo el mundo! ¡Una técnica nueva, un milagro que hemos engendrado en Maguncia!

Miró de soslayo a Peter y le guiñó un ojo. Este tuvo que volverse para disimular una sonrisa.

Después dejó la Biblia en la mesa e hizo aspavientos con las manos para que la muchedumbre se dispersase.

—No hay tiempo que perder —gritó—. Si no vais a comprar, circulad. ¡Tengo libros que vender! —Abrió un tomo por los Proverbios—. ¡Acérquense, acérquense —chilló—, y toquen el milagro de Maguncia!

Un comerciante llegado de Cracovia aceptó sin rodeos el envite. Una copia en papel, señor, para pedir a los franciscanos por el alma eterna de su amada esposa

difunta. Y luego otro, de las tierras alpinas. El maestro sonrió de soslayo y se frotó las manos. Peter fue embolsándose los adelantos y anotándolos con nombres y condiciones. «Tendrías que haberlo visto», le diría luego a Anna.

Gutenberg nunca había sido comerciante pero el remolino de todas esas ventas lo intoxicó de plano. Volvió a despeinarse, con mechones que le sobresalían como rayos en todas direcciones. Cogía las hojas y las frotaba contra la tela gris de su casaca para demostrar que la tinta no se corría. Reía, carcajeaba, ronroneaba y bromeaba. De vez en cuando se volvía y se enjugaba la frente y apretaba el brazo de Peter.

—¡Pardiez! —exclamó cuando hubieron vendido veinte en tres horas.

Eufórico, besó las mejillas de su capataz y luego se giró para volver a chillar hacia el gentío que hacía cola. Era un embaucador y un artista del espectáculo, un actor, pensó Peter: su don residía tanto en sacar cuartos de monederos como en ingeniar máquinas nuevas. Una cosa no se consigue sin la otra, había dicho siempre.

* * *

A mediodía Peter se aventuró fuera de los puestos de libros para ver cómo le iba a Johann Fust. Dejó que el río humano lo llevara colina arriba, a través del hedor a pescado, aceite y resina, hasta el olor penetrante y acre y la humedad perruna de la lana sin cardar. Rodeó balanzas a solo unos pasos de la catedral: brillantes piezas de bronce plantadas en el suelo, con cadenas colgantes; al lado había montañas de cáñamo y lino. En las escaleras de San Bartolomé un cura sudoroso agitaba una pequeña caja metálica. En la otra mano tenía las indulgencias de Gutenberg.

—Perdón del papa y bendiciones para el Más Allá —le oyó decir en tono nasal.

Peter se rio para sus adentros y sacudió la cabeza. A pesar de todo, lo habían conseguido, pensó.

Se abrió camino por la espesa muchedumbre de la plaza, que se movía en todas direcciones como un banco de salmones que contonearan sus grasos cuerpos corriente arriba. No había visto tal afluencia de gentes desde que vivía en París. Se cruzó con los sombreros foráneos que adornaban las cabezas de mercaderes de Lodz y Praga, con los acentos norteños de los mercaderes hanseáticos, que trocaban sus arenques y sus pieles. Los nobles avanzaban enfundados en sus terciopelos y sus joyas en grupos escoltados por criados, muy coloridos, con los ojos brillantes, curioseando arneses de cuero y sedas. Los abades y los maestros de lo sagrado y de los estados seculares compraban lanas, metales y materias primas, mientras parlamentaban en sus hábitos oscuros. Peter pasó por delante de un puesto con pieles de zorro ártico y sables, y al instante pensó en Anna. ¡Qué variedad! ¡Qué gran abanico de mercancías suntuosas se vería tentado a comprar en esas dos semanas! Un emporio prodigioso, la feria de las ferias, el mayor espectáculo y circo del mundo. Los artistas ambulantes atraían

corros de curiosos, escupiendo fuego y tragando espadas, e incluso se contaba que a las puertas de Santa Catalina se podían ver animales traídos de Asia en jaulas.

Encontró a Jakob y a su capataz bajo las arcadas de la casa de los Römer, en un espacio abovedado tan reluciente que dañaba la vista. Por lo que parecía, toda Bohemia había puesto allí sus puestos de cuentas de cristal; los colores rebotaban y se reflejaban con destellos cegadores en el oro y la plata de los herreros de Maguncia y de todo el imperio.

—¿Cómo va? —le preguntó.

Jakob se limitó a gruñir.

—Es pronto para decirlo. —Su tío se le acercó al oído—. Aunque tengo entendido que vosotros habéis causado impresión.

Peter sonrió.

—No va mal.

—Ruega por que así sea.

Peter puso cara de hastío y se abrió el jubón dejando a la vista el monedero que llevaba bien sujeto a la cintura. Aunque la mayoría de las mercancías se vendían a crédito, habían pedido cinco florines de adelanto por cada libro. Su tío abrió la caja fuerte.

—¿Qué plan hay para esta noche? —le preguntó Peter cuando hubieron guardado el oro. Tenía ganas de verlo todo, desde la casa de apuestas a la taberna flotante, y no precisamente con Gutenberg ni Fust.

—Yo voy a cenar con el consejo de Fráncfort. —Jakob hizo una mueca de disgusto—. Aunque tengo la impresión de que me van a comer a mí de cena.

Había llevado quinientos florines en una caja fuerte para entregárselos a los próceres de Fráncfort a los que Maguncia debía dinero. Las manos de su propia cofradía estaban tan vacías como el tesoro de la ciudad, debido a la escasez de minerales. Le dedicó a su sobrino su típica mirada de halcón.

—Alegraos, tío —le dijo—. Vos y Gensfleisch sois los únicos que manejaís fortunas en esta feria.

Peter puso rumbo al este a través de la plaza, camino de la casa cuya planta baja albergaba el mercado de telas. Su padre siempre había dicho que desde la *Haus zum Lauberberg* se veían los hastiales rosas de la *Haus zum Römer*; pensó entonces en que ciertamente Dios era muy misterioso. De haber sido justo, esa casa todavía pertenecería a los Fust y no al consejo de Fráncfort. Su padre adoptivo habría nacido en ella si sesenta años atrás su abuelo no la hubiera vendido y se hubiera mudado a Maguncia. Qué bajo hemos caído, bromeaba Fust a veces, aunque en parte lo decía en serio: y nunca con más razón que aquel año, en esa incierta feria del otoño.

Al pasar por la fuente, Peter distinguió la espalda del peletero de Cracovia y corrió para alcanzarlo. Tal vez no quisiera un simple libro, le dijo, sino uno encuadernado y decorado con bellas pinturas. El comerciante lo miró de arriba abajo.

—Depende del precio. —Tendría que hablar con Johann Fust, le dijo Peter; justo

se dirigía a verlo. El comerciante relajó el gesto—. Ah, Fust. Eso está bien, lo conozco.

Cuando aparecieron su padre andaba en conversaciones con un mercader genovés. Tenía el rostro serio pero lo suavizó en cuanto los vio.

—¡Vroclaw! —exclamó, y se levantó para darle un sentido abrazo al de Cracovia—. Creo que te debo varios tragos de *brandy*.

El polaco sonrió afable.

—Es temprano todavía, pero no diré que no. Te veo muy delgado —le dijo el comerciante mientras les servían los *schnapps*.

—Por culpa del sultán —gruñó su padre—, de esos ladrones de los turcos.

Se sentaron, bebieron y hablaron del comercio mientras Peter los escuchaba. Ese año no habían llegado por el Mediterráneo ni las telas, ni las especias ni los pigmentos que Fust solía comprar e intercambiar por tejidos de Inglaterra y Brabante. Se había visto obligado a vender las existencias con las que contaban, bastante magras, por lo demás.

Realmente eran escasos los rollos que tenía de tela, así como su oferta en piedras: solo un poco de ámbar y lapislázuli de Cornualles. Tampoco, se dio cuenta Peter entonces, había olido aún ese aire viciado y asfixiante a especias —el clavo, la canela, el jengibre— que había acribillado su naricita hacía muchos años. De hecho, en el pasaje de las telas el bullicio brillaba por su ausencia. Las calles, en cambio, bullían, y había otros puestos atestados. Todo parecía boyante y palpitante, aunque subyacía una vacuidad. A los comerciantes del norte no les iba mal pero, más allá del encaje flamenco, las pieles rusas, las sardinas, los quesos y los jamones, había un hueco donde tendrían que haber estado los productos del flanco oriental de Europa.

Cuando el polaco se fue, tras encargar una Biblia iluminada, Peter sacó todos los avales que había recibido.

—Esto debería ayudar. Tenéis que venir a ver cómo se venden.

Fust se humedeció un dedo y hojeó el montón. Veinte, le dijo Peter, a treinta cada una: y serían más en cuanto encontraran compradores para los ejemplares iluminados.

Fust agitó las aletas de la nariz.

—Todas de papel —dijo secamente—. Ninguna de vitela.

—Gutenberg dice que se venderán mejor entre los príncipes.

Fust resopló.

—Eso será si podemos permitirnos quedarnos.

La feria se terminaba en dos semanas, y los príncipes, los arzobispos y los duques de toda la Cristiandad no llegaban hasta al cabo de otras dos. Decían que era posible que incluso apareciera el emperador en la Reichstag de Fráncfort para romperles la crisma y conseguir reunir los ejércitos para la cruzada.

—No creo que tengamos alternativa —respondió Peter.

Fust lo miró como si fuera un extraño.

—Ah, ¿ahora me dices cómo hacer mi trabajo?

—Hay que estar donde está el dinero —murmuró en voz baja Peter, con el optimismo de la mañana hirviéndole por dentro.

—Él seguro que se queda. Y de paso recolectará los pagos por las cartas, de eso no te quepa duda. —Fust sacudió la cabeza y alargó la mano para coger un rollo de brillante seda verde—. ¿Me harías el favor de quedarte en el puesto mientras hago unos recados?

—Solo tengo una hora.

—Para relevar a tu maestro, supongo. —La mirada de su padre era inexpresiva y severa—. Él también tiene sus negocios, intereses que recolectar de todos sus bonos..., mientras yo tengo que mendigar para reunir los intereses de su deuda.

Abadía de Sponheim.

Marzo de 1486.



tritemio levanta la vista y dice:

—La vi una vez, vuestra Biblia. —Se levanta y repasa las hileras de libros con una mano sobre la espalda cansada—. Quedaría bien en cualquier estantería. —Sonríe con cierta melancolía.

—Tendría que haber traído la mía para enseñárosla.

Después de la feria Peter había pasado varios meses rubricando su ejemplar, y le había encargado a Anna que embelleciera con su pincel la primera página de cada libro de la Biblia. La tiene en un atril en su bonita casa de Fráncfort, donde está inmerso en ese mercado creciente que han acabado siendo los nuevos libros.

—Entonces, ¿se vendieron todas? —pregunta el abad—. Y el emperador..., ¿también se hizo con una copia?

—Se propagaron como la pólvora. Esa primera semana no pararon de llegar compradores, que a su vez se lo contaban a otros. —Peter ve al maestro congelado eternamente, una estatua con un brazo extendido y una Biblia monumental debajo del otro—. Fue impresionante..., aunque el Reichstag posterior fue más exitoso aún.

Piccolomini, el emisario del emperador, el futuro papa Pío II, fue en persona a ver su puesto. «Milagroso», dijo maravillado mientras veía las páginas del Evangelio según San Juan.

—Nos encargó manos y las enviamos al Wiener Neustadt para que las viera el emperador.

—Eso debió de entusiasmar a Gutenberg.

—¡Estaba más feliz que una perdiz! —Peter no puede evitar sonreír.

Fue realmente un triunfo. Se le aparece un recuerdo como conservado en ámbar: la noche en que les pidieron al maestro y a él que cenaran a la mesa del arzobispo. Gutenberg se acomodó como si tal cosa entre secretarios, emisarios y escribas; al fin y al cabo, era un patricio de rancio abolengo. Los hombres se inclinaban con respeto mientras él hablaba con conocimiento de estrategias, negociaciones y cruzadas. En un par de ocasiones miró fijamente a su antiguo aprendiz, al otro lado de las velas. «¿Lo ves?», parecía decir su expresión iluminada y divertida. Por supuesto Peter veía algo que nadie más podía percibir igual: el placer en los ojos del maestro, el reconocimiento tan merecido como largamente ansiado.

—Fue aclamado, como siempre habéis dicho —observa Tritemio.

—No podían criticarlo, y menos después de que el propio emperador hubiera visto aquellas manos. —Peter nunca olvidará el día que conoció a su emisario, el

príncipe italiano de ojos morenos y aterciopelados—. En esa primera semana de la feria del otoño estábamos en la cresta de la ola.

Suspira. Fuera, la niebla de principios de primavera se mueve por los troncos negros de los árboles.

—Si no me equivoco, luego hicisteis más Biblias. —El abad regresa a su asiento—. Los dos, tanto vos como él..., aunque por separado, ¿no?

El impresor asiente y mira los libros que ha ido trayendo a Sponheim, que no son Biblias, sino obras escolásticas, leyes eclesiásticas, del gusto de un fraile instruido: san Agustín, Tomás de Aquino, Clemente v y san Bonifacio. Se ven hermosos en esas hileras de cuero, pero no son nada en comparación con esos primeros tomos enormes que hicieron: la Biblia y el salterio. Esa verdad le quema por dentro.

Fueron los mejores años de su vida.

Esa feria, esos días embriagadores: su última alegría sin ataduras. ¿Dónde quedó ese fermento arremolinado de cuando sacudieron el mundo con sus propias manos? ¿Ese poder creativo que tenían? Ya es un anciano, un empresario y un tratante como los Fust. La mayoría de los libros que vende los hacen otros; él los empaqueta y los vende. Ninguno de los volúmenes que ha impreso ha rozado la brillantez ni la majestuosidad de esos dos libros que hizo con Gutenberg.

—El caso es que seguisteis sus pasos —apunta el abad.

Los ojos de Peter acarician el papel dentado de las páginas que sobresalen de cada estuche. Todos conservan la tinta igual de reluciente que el día que los imprimió, piensa. Es como si conservara su juventud —ferviente y cargada para siempre— entre dos tapas recubiertas de cuero.

—Creo que estaría orgulloso de vos —aventura el abad.

¿Lo estaría? ¿De verdad? ¿Lo habría permitido Peter, incluso de haber sido cierto? La ausencia y la vergüenza se le arremolinan de golpe, taponadas durante todo ese tiempo.

—Yo no estaría tan seguro.

Ni ahora podría decirlo con certeza: nunca llegó a comprender qué era lo que movía a aquel hombre, pese a conocerlo como nadie. La persona que había dejado una impronta imborrable en su vida seguía siéndole en cierto modo opaca e inaccesible.

—Fuisteis Sus instrumentos —dice el abad para reconfortarlo—. Como lo somos todos.

Peter mira a los ojos al joven. «Una espada prodigiosa», llamaba el maestro a la Biblia, levantándola por encima de su cabeza en aquel otoño, atronando y rebuznando. Era sin duda una fuerza de la naturaleza. Mandaba a freír espárragos a todos sus críticos: a los curas oficiosos y a los cofrades susceptibles, incluso al arzobispo. Se negaba a vacilar. Aquella era su verdadera talla, la fe prodigiosa que tenía: en Dios y en sí mismo. Era su grandeza, igual que aquello que habían hecho juntos fue también realmente grande: formidable. Con todo, la amargura de todos

esos años le ha impedido ver la verdad.

Tritemio está inclinándose hacia él y le roza ligeramente la mano con los dedos.

—Se os ve muy cansado. La capilla está abierta, por si queréis rezar.

Viernes después de la natividad de la Virgen.
11 de septiembre de 1454.



La primera semana es para los tratos, la segunda para las cuentas. Los mercaderes van de puesto en puesto con sus gruesos libros, sumando las deudas frente a las ventas. Cuando va bien, tan solo se truecan unas monedas, aunque siempre se intercambian un buen puñado de libaciones. Todo se basaba en la confianza, le había explicado Fust a Peter hacía años. La palabra de un hombre era su compromiso: todas las deudas se postergaban hasta la siguiente feria, o la otra.

La última noche caía poco antes de la festividad de San Mateo, el santo patrón de los contables. Para entonces el caudal de trabajo y vino había dejado a los compradores y vendedores con los carrillos chupados y ganas de volver a casa. El maestro se quedaba en Fráncfort para la Reichstag, con la esperanza de vender las Biblias restantes a los nobles. Fust le ordenó a Peter que se quedara también, para embolsarse los adelantos y asegurarse de que su socio no lo engañaba. El hijo no pudo por más que sacudir la cabeza y hacer equilibrios en la cuerda que se extendía entre ambos, más tirante que nunca. Gracias a Dios sus compañeros del taller habían llegado por fin, entre el tumulto y las revueltas. Keffer, Ruppel, el joven Götz e incluso Mentelin, a Dios gracias. Se encontrarían esa noche a bordo de la taberna flotante anclada a las puertas de San Leonardo.

Pero Fust les había pedido que antes se reunieran los tres para hacer disposiciones. Peter y el maestro se dirigieron a la *Haus zur Ecken*, donde se alojaban los orfebres, una vez que hubieron empaquetado las manos restantes en sus barriles. Cogieron el camino largo, a través del mercado del grano, para que Gutenberg parara a comprar ropa nueva. Esa noche tenía una cena de gala con el séquito del arzobispo, que le había dado cama donde poner su edredón.

Antes de llegar a la altura del *Mainzer Hof* se detuvieron atraídos por las luces y el gentío.

—Echemos un vistazo —le propuso el maestro.

Se acercaron entonces a unas grandes jaulas cubiertas con lonas oscuras de las que salían siseos y gemidos extraños. Un muchacho estaba azuzando con un palo largo algo oculto tras los barrotes y la lona. El dueño apareció apresurado y le dio un cachete, provocando los abucheos y las protestas del gentío.

—¡Pues suelten los cuartos! —les increpó el hombre.

Gutenberg se adelantó entonces.

—¡Por fin un caballero! —El maestro del circo sonrió. Los hizo pasar y se embolsó las monedas antes de levantar la lona. El mundo se oscureció—. Este de

aquí viene desde las Indias más remotas —susurró.

Aovillado en una esquina de la jaula, con su enorme cabeza apoyada en las patas, un gato gigante abrió un ojo indiferente. Tenía el pelaje dorado surcado de rayas negras; la cola era tan gruesa como las maromas del Rin.

—¿Cómo lo llaman? —preguntó Peter, atraído por la belleza del animal, imaginándose su velocidad. ¿Cómo le habrían echado el guante a semejante criatura?

—Tigre. ¡Atrás! —les advirtió entonces el hombre cuando el felino pegó un salto y les enseñó sus relucientes colmillos.

Tenía un pelaje suave y espeso en apariencia, pero dañado en algunos puntos. Al verlo acercarse Peter pensó que estaba mirando a través: y no lo veía a él, sino al bosque de donde había salido, antes de dar otra vuelta por la jaula y dejarse caer como un saco.

—También tengo un olifante —les contó el hombre, que los llevó embelesados hasta la otra jaula.

Jamás habían visto ni imaginado algo tan enorme: tan alto como la muralla de Maguncia, e igual de grueso, gris y protuberante, con una serpiente por nariz. Ocupaba todo el espacio de la jaula, apretado contra los barrotes, y parecía una antigüedad.

—Dicen que el Turco los utiliza para tirar de su cañón —les explicó, y Gutenberg soltó una risotada.

—No me extrañaría —dijo, y alargó la mano para tocar el grueso pellejo seco.

La criatura tenía grandes colmillos, ojos diminutos y unos hombros en cuesta que Peter podía imaginar enganchados a esos enormes tubos de hierro. Había creído que esos insólitos y exóticos animales de Oriente lo maravillarían, pero en cambio sintió una lástima inexplicable.

—Menudos bichos, ¿eh? —comentó el maestro cuando se iban—. No todos los días se ven bichos así, ni en Fráncfort ni en otra parte, ¿eh, Peter? —Sonrió y se crujió los nudillos—. Nosotros estamos ahora sacando todo el provecho de nuestra bestia negra, ¿no te parece, muchacho?

Le echó el brazo por el cuello y lo apretó hacia sí. Peter rio por el puro deleite de vivir en unos tiempos tan maravillosos.

—Y tanto —sonrió, y vio en su mente la vieja Biblia jorobada que Gutenberg había cogido prestada de San Cristóbal hacía dos años. El maestro apartó el brazo y siguieron caminando.

Su padre los esperaba en un salón grande. Jakob también estaba, aovillado en una silla, y Peter sintió que al maestro se le erizaba el vello.

—¿Qué es esto? —preguntó, pero Fust se limitó a hacerles una seña para que se sentaran.

—Os he pedido que vinierais para que dejemos las cuentas bien claras —dijo su padre quitándose los anteojos.

—Hemos vendido cincuenta, más las cien que os habían encargado.

El maestro se quitó la capa y apuntó a Peter con la barbilla, como urgiéndolo a recitar las nuevas ventas. Pero Jakob tenía los avales en la caja fuerte..., que Fust desplegó entonces en su gran mano.

—Ya lo sé pero de todas formas lo cuento, no nos adelantemos. —Los ojos de Fust miraron a uno y a otro por turnos pero Peter no pudo leer nada en ellos—. No es suficiente. —Su padre seguía hablando sin perder la calma—. No pienso echar la sogas tras el caldero.

—Lo conseguiremos —dijo bruscamente el maestro—. Por lo menos siete mil, tal y como habíamos calculado.

—Pero debéis descontar cinco mil de vuestros costes. —El padre torció la boca—. Lo que nos deja menos de dos mil para repartir..., y yo debo eso y más, por vuestra culpa. —Se le endureció el rostro mientras hablaba.

—Actuáis como si no fuéramos a conseguir nada más —intervino acalorado Peter—, cuando sabéis que llegarán más ingresos de nuestra indulgencia, y los adelantos por el salterio.

El mercader ni se inmutó; se quedó allí impassible e impertérrito. A Peter se le subió la sangre a la cabeza. Su padre ya estaba decidido.

—Johann. —El maestro se puso en pie y levantó las manos—. No nos precipitemos. Todavía no hemos empezado a embolsarnos lo que está por venir. El emperador llegará pronto... ¡Pensad en lo que eso supondrá!

—Vos y vuestras promesas. —Fust bajó la voz; le brillaban los ojos—. Me prometisteis el mundo entero y luego os pasasteis el rato maquinando a mis espaldas. El misal, la profecía, la indulgencia..., ¡y ahora el emperador, sin pedirme siquiera permiso! No me fío de nada que salga de vuestra boca.

—¡Hemos terminado el libro, y se está vendiendo! Por el amor de Dios, ¿qué más queréis que haga?

Gutenberg parecía perplejo. Realmente no entendía de qué podían acusarlo. Y nada de eso importaba, era todo polvo y ceniza, pensó Peter, pruebas que habían superado en el páramo que habían atravesado.

¡Lo habían conseguido! Habían llegado a la última página, a la Tierra Prometida. ¡La Revelación!..., o más bien el Apocalipsis. Una banda de metales le oprimió el pecho. Se acercó a sus padres con los puños cerrados.

—¿Qué queréis decir? ¿Que os retiráis? ¿Que no podéis esperar y no tenéis fe en ninguno de nosotros, en nadie del taller? —Vio los tipos de su salterio abandonados en la platina.

El maestro produjo otro sonidillo, una especie de exhalación que Fust se tomó por otro resoplido prócer. Se volvió hacia Gutenberg.

—Nunca habéis sido un socio en el verdadero sentido de la palabra. Habéis manejado lo vuestro con vuestras propias condiciones y nos habéis ocultado la verdad y vuestras locuras. Pensaréis que soy un necio por haber aceptado durante todos estos años, y los años por venir, que saquéis tajada mientras yo me quedo en la insolvencia.

Fust borró toda expresión de su cara cuando volvió la mirada a Peter.

—Hasta os habéis adueñado de mi hijo. —Se encogió de hombros como para demostrar que no le dolía—. Estoy convencido de que ese ha de ser vuestro propósito: pagarme con este beneficio miserable y luego darme la patada y seguir con Peter.

Jakob se removió, y su sobrino reconoció esa mirada de odio y desdén: el veneno que traspiraba Maguncia e infestaba a todo ser viviente.

—¿Cómo podéis pensar algo así? —masculló Peter.

—No iréis a... —Se le escapó a Gutenberg.

—Esta sociedad, por lo que a mí concierne, queda disuelta. Informaré al tribunal de que habéis utilizado mis fondos para vuestro propio beneficio. Es más...

El maestro no le dejó ni terminar:

—¡Calumnia! —rugió—. ¡Difamación vil y por la espalda!

—Los libros no mienten. —Su tío se levantó y entonces Peter entendió el papel de este: era tanto juez como testigo de la escabechina—. Lo habéis desplumado para engordar vuestro propio bolsillo. Johann es demasiado educado para llamarlo por su nombre: ha sido un robo puro, un desfalco.

—¡Un desfalco! —El maestro soltó una risa que pareció más una tos—. ¿Quién es aquí el ladrón, que roba lo que no ha tenido seso para entender? Esto no era ninguna sociedad..., en eso por lo menos os doy la razón. —Apuntó con el dedo a Fust—. ¿Qué habéis puesto vos? Ni cerebro ni trabajo duro, solo vuestro sucio dinero. Oro de mercader, y encima a regañadientes, mientras yo ponía solo todo el arte y el saber.

Se quedaron cara a cara, con los pechos hinchados, exudando odio, y toda la vida de Peter se replegó en la franja de aire entre ambos.

Fust se encogió de hombros.

—También me debéis el interés del primer préstamo. En estos dos años pasados he pagado doscientos florines.

—Os atrevéis a mentir y a manchar mi nombre —Gutenberg estaba hecho una fiera, agitando el pelo enmarañado—, cuando todo este tiempo habéis estado comiendo de mí como un buitre. Esto no era una sociedad, un encuentro verdadero y equitativo de dos mentes. Este trabajo lo he hecho yo... de principio a fin. —Sus ojos enloquecidos recayeron entonces en Peter—. No te quedes ahí parado... ¡díselo! Tú sabes la verdad. No le debo ningún interés..., me obligó a formarte. Y ahora creéis que podéis —dijo girándose para encarar a Fust— cogerlo sin más y ponerlo a trabajar en vuestro beneficio.

Peter era una herramienta, un pequeño saco colgado que, en su furia, se lanzaban el uno al otro.

—Ya está bien —zanjó su padre.

El taller, finiquitado: las imprentas, los minerales, los troqueles, los hombres; la hermandad, la orden que habían sido.

Pero Gutenberg todavía no había acabado. Como siempre, tendría la última palabra.

—Pensad en la Revelación, Johann —dijo en tono hiriente—, y en todos vosotros, los mercaderes de la ramera, cuando llegue la hora.

—¡Santo Dios! —exclamó Jakob poniéndose en pie de un salto.

—Escupo sobre vuestro oro..., nada vale comparado con todo el ingenio que me ha dado Dios para elevarme por encima de unos abaceros como vosotros. Que llueva polvo sobre vuestras cabezas. He llegado muy lejos por mis propios medios pese a todos los obstáculos que me habéis puesto. —Gutenberg cogió su capa—. Lo he hecho todo solo y no os debo nada, y ahora encima queréis arrebatármelo, ¡tendría que daros vergüenza! No os necesito, nunca os he necesitado. No necesito a nadie.

La tela del mundo se desgarró entonces con un leve rechinar. Peter oyó el portazo que dio el maestro al irse, dejándolo a él —el aprendiz de Gutenberg, luego su oficial y capataz y por último su igual— callado y con la vista puesta en su estela.

Lo había hecho todo él solo. No necesitaba a nadie.

El trabajo de las letras y la tracería de las ligaduras, la belleza de una línea bien proporcionada, no eran nada para un hombre como él. No le importaba nada ni nadie, solo su orgullo. Gutenberg estaba medio cauterizado por dentro. En ese momento Peter comprendió que siempre habría un adinerado al que desplumar, nuevos trabajos que mendigar, otros próceres, mercaderes y nobles a los que engatusar. Se levantó y cogió su capa.

Fust se le acercó pero lo detuvo con una mano. «Ay, hombre de poca fe». Vio en los ojos de Jakob ese resentimiento ardiente que convertía todo lo que tocaba en despojos. Oyó las lenguas afiladas de los arcángeles al verter las ampollas de veneno desde el cielo: «¡En una sola hora han sido consumidas tantas riquezas!».

Abadía de Sponheim.

Marzo de 1486.

La primavera está agazapada esperando para llegar. Hay una sensación erosionada de expectación en la tierra oscura bajo las ventanas del abad. Peter mira por el vidrio esmerilado. Así es la memoria, con sus grumos, sus puntitos y sus distorsiones, se dice. Tritemio espera paciente; por una vez no lo azuza.

—¿Terminó así sin más? —pregunta por fin.

—Lleva un tiempo desinflar un negocio —dice Peter dándose la vuelta—. Pero sí, todo acabó entonces.

Fust puso la demanda seis meses después, tras la feria de la cuaresma. Cada socio tuvo que comparecer y contar su verdad de los hechos bajo juramento.

—Pero la verdad nunca fue el fuerte de Gutenberg. —El cálamo sigue arañando pero el abad no responde nada—. Mi padre aseguró que se le debían dos mil florines, más los intereses, lo que no era del todo cierto. El maestro no pudo pagar..., o no quiso.

Peter sigue pensando que podría haberlo hecho con los ingresos de la Biblia y las indulgencias.

—Pero ni siquiera lo refutó. Ni siquiera apareció para la declaración jurada. Se largó sin más.

Tritemio alza la cabeza y busca la cara de Peter.

—Entiendo.

—Y así fue como se dividió el taller. Él se fue por un lado y nosotros por el nuestro. Cada uno teníamos tipos y algunas herramientas y máquinas.

—¿Por qué creéis vos que no lo refutó?

—Él sabía quién era el culpable. Creo que no quiso enseñar sus libros. Pero más allá de eso, sabía que mi padre tenía todo el derecho a sentirse traicionado.

—Al igual que vos durante todos estos años.

—Donde no hay confianza, no puede haber socios.

—Tampoco Fust confiaba en él.

—Es cierto. No fue capaz de ver, ni yo tampoco, que podíamos haber seguido trabajando en las mismas condiciones. —Una oleada de tristeza oprime el pecho del impresor—. Aunque para mí fue duro, claro.

Él ha seguido construyendo un imperio. El maestro dejó dos Biblias, algunas gramáticas y varias cartas de indulgencia, así como los tipos para una enciclopedia. Murió sin un hijo que lustrara su apellido. Por supuesto, al final debió de pensar que sería Peter quien seguiría llevando su llama.

—Cada uno escuchó su conciencia —dice con gravedad el abad.

—Veo que seguís defendiéndolo.

Tritemio deja la pluma en la mesa. Tiene cara pensativa.

—Vos sabéis lo que supone tener poder —dice lentamente—. Habéis dicho que da cierta... flexibilidad para conseguir que se hagan las cosas.

Peter asiente. Conoce los pasillos del poder, como Gutenberg en su momento. Una frase le ronda la cabeza, algo que el maestro dijo antes incluso de empezar con la Biblia: «Conozco las maneras de la Santa Sede. Para mi desgracia».

—El caso es que sigo preguntándome por qué creía que tenía que hacer esa carta con tanto secretismo.

—Había hecho un trato para salvar el pellejo.

—O lo habían acorralado. —Tritemio alza la barbilla—. ¿No es posible que lo hiciera para tener contento a Dietrich y desviar la atención del Libro?

—Si pensaba eso, podría habérmelo dicho.

La cara del abad se llena de compasión.

—Seguro que tenía un código distinto al vuestro o al mío.

—Lo que a mí me habría gustado —dice Peter con pesar— es que hubiéramos podido conservar el taller.

—Duró lo que pudo —esgrime el abad, que se encoge de hombros, apesadumbrado—. Yo diría que fue un milagro que durase tanto.

—Un milagro. —Peter cierra sus ojos cansados. Un milagro fue lo que hicieron, no lo que fueron. Y aun así... Los abre, sorprendido—. Duró el tiempo justo y necesario.

Se miran a los ojos. Se mantuvieron unidos, tal vez, el tiempo que llevó obrar el milagro: el tiempo que Dios designó.

—Puede ser que, como en un aprendizaje, el tiempo estuviese fijado de antemano. —El abad sonríe.

—Mis años de aprendizaje itinerante —dice el impresor. Siente que la emoción le inunda el pecho. Mira el mundo lozano y reluciente del exterior—. Me enseñó todo lo que sabía —dice con una sensación de enorme amor y pena elevándose de su cuerpo y abandonándolo por fin—. Y luego me dejó ir.

El abad asiente. Ninguno de los dos habla por unos instantes.

—¿No volvisteis a verlo? —pregunta por fin.

—Solo una vez, el día de mi boda.

Peter rebobina los años, consciente ahora de que en la escoria que había enterrado quedaban algunos destellos dorados.

Lo sorprendente no fue que Peter invitase a Gutenberg, sino que el maestro acudiera a la celebración. Para entonces el taller común había cerrado. Las familias y los artesanos siguieron a los novios en dos largas hileras desde la casa de Anna hasta San Quintín, con Johann Gutenberg, radiante en su nuevo traje verde, solo, al fondo del todo. Fust había encargado que dispusieran unas mesas en el Brand. Cuando

Gutenberg se acercó a saludarlos, ya habían terminado el festín y había empezado la música.

—Bueno, bueno, Peter —dijo con voz espesa, pues se había tomado ya unas cuantas—. *Frau Schöeffer*, que Dios bendiga su casa.

Esbozó su típica sonrisilla y dijo que una esposa tan linda podría haberle hecho flaquear en sus votos hasta a él. Y entonces sacó un paquete y se lo dio a Peter.

—Esto debería ser tuyo por derecho.

Peter lo abrió con cuidado.

—No me lo creo... —le dijo al maestro, que se limitó a reír.

El regalo era una edición recién encuadernada de un libro que nunca debió existir, salvo por la necesidad extrema que habían pasado. Cuatro hojas de cánticos impresos, encuadernados junto a los cantos de Moisés e Isaías escritos en la bella caligrafía de Peter: aquel viejo regalo ficticio para un papa.

—Un *unicat*, así que no lo pierdas.

El abad Tritemio está sonriendo con ganas.

—Un regalo único, sin duda. Como él.

—Ojalá hubiera tenido la inteligencia de habérselo agradecido debidamente en su momento.

—¿No lo hicisteis?

—No con tantas palabras.

Peter Schöeffer se levanta y se acerca a las estanterías, de donde coge un tomo al azar y lo abre por la última página.

—Todo lo que imprimo lo sello con esto. Creo que sabréis entender el significado.

Su sello de impresor es la rama anudada que heredó de Fust, con los dos escudos inclinados. Pero sustituyó los apellidos por dos letras griegas, la ji y la lambda, «Palabra de Cristo». Añadió también tres estrellas, como símbolo de la Trinidad: cada libro que imprime remite así a esa gran Biblia que hicieron juntos, así como al Evangelio según San Juan.

—«*In principio erat Verbum*» —murmura el abad. «En el principio fue el Verbo». Se acerca entonces con paso ligero al atril y hunde el cálamo para atrapar una última nota.

Peter lo observa, aunque su mente se ha ido ya desde ese último encuentro hasta otro día, aquel en que acabó realmente su aprendizaje.

Noviembre de 1455, una fría mañana desoladora: cuánto había esperado, con angustia, rabia y culpabilidad, a que llegara el maestro. Los testigos de Gutenberg y Fust estaban en forma de herradura en el gran salón de los frailes descalzos, frente a su viejo taller.

No acudió. Peter los ve a todos, suspendidos, esperando; seguía sin llegar. No llegó nunca. Su trabajo estaba hecho. Por un instante pasado y presente se amalgaman en su mente, mientras oye el rasgueo del cálamo, inscribiendo todo lo que habían

hecho y sido juntos en la clandestinidad.

Miércoles después de la natividad de la Virgen.
11 de septiembre de 1454.

Había un corto paseo hasta los muelles de Fráncfort. Peter dejó atrás a los hermanos Fust en el barrio de los orfebres y caminó a ciegas hacia la noche. En la Römerberg quemaban las montañas de basura. Un humo acre se elevaba hacia los cielos, y Peter se subió la capa para taparse la nariz. Sus pies dirigieron al cuerpo por la entrada a la calle donde tan brevemente habían disfrutado de su gran triunfo. Estaba todo lleno de serrín de las cajas vaciadas. Por la pequeña arcada de la puerta de San Leonardo vio los mástiles que cabeceaban en el Meno y se estremeció. Todavía no estaba preparado para encarar a sus compañeros. En su lugar, empujó la puerta, apartó la cortina de terciopelo y entró en la iglesia.

Los cirios votivos arrojaban una luz roja por la nave, mientras que los muros de piedra bloqueaban todo sonido. Se puso de rodillas en la primera banca. Sobre su cabeza veía por doquier historias bíblicas escritas en las vidrieras de cristal. Delante, a la derecha de un pequeño altar, había una alta talla de San Sebastián, cosido a flechas y desplomado contra sus ataduras. El dolor que experimentaba Peter no era como el del santo, sino más un desgarró en el corazón, que tanto tiempo había tenido atado a esos dos caballos desbocados, cada uno tirando hacia un lado.

Posó la mirada en la Biblia de la parroquia que estaba encadenada al púlpito de roble. Era un tomo grueso; el cierre al que estaba fijada la cadena estaba lustroso por los años de roce. Seguiría allí anclada hasta que el hierro se oxidase o el cuero se cuartease. ¿Había habido cadenas mil años antes, cuando Benedicto había atendido la orden de Dios de que pusiera por escrito Su palabra? No lo creía. Pensó entonces en los ejemplares acabados de su Biblia, que partían en esos momentos hacia sus diversos destinos. El monasterio de San Jakob recibiría uno, así como el anciano Widder; había visto la copia pintada por el austriaco que había llevado Fust a la mansión de los tratantes en el Brand. Widder tenía pensado regalarla a los franciscanos. Se había imaginado a esos curas descalzos recitar algún día de ese Libro, sus voces surcando la calle de los remendones hasta el *Humbrechthof*. Ya nunca sucedería; habían destruido el taller. Inclino la cabeza y oró.

Se imaginó las ciento ochenta copias de la Biblia almacenadas en toneles afianzados en barcos —o convoys o caravanas— expandiéndose más allá de la Renania. Las vio avanzar con paso fatigoso, pero con convencimiento, por el mundo. Como olifantes, pensó: grandes bestias obcecadas sacadas de Oriente que se extendían por la tierra, con su pesada carga trascendental.

En la taberna flotante había también toneles, sujetos a popa y proa, de los que manaban los vinos del Rin. Encontró a los miembros del taller reunidos en torno a una mesa, Keffer con su barba boscosa, Götz, Ruppel y su querido amigo Mentelin.

—¡Ah del barco —gritó Keffer—, nuestro temerario líder! —Brindaron por él—. ¡Lo conseguimos, por todos los diablos!

Incluso Ruppel el callado sonrió. Mentelin le sirvió vino en la taza.

—Por Hans y Konrad —dijo Peter levantándola—. Y por todos vosotros. Vuestras han sido las manos que han mezclado, tallado, vaciado y conseguido lo que hemos logrado.

Patalearon contra el suelo y vociferaron. Las manos que sujetaban las tazas estaban romas y endurecidas, y por un tiempo habían sujetado también el propio cielo. Igual que Anna con su pincel, las suyas habían asido el punzón y el cálamo. Añoró entonces a su amada y su hogar. El bullicio del barco se hizo cada vez más estridente y, mientras los otros cantaban, acercó la cabeza a la de Mentelin.

—Mi padre ha dicho basta —murmuró—. Se acabó..., el taller, el salterio, todo.

El dorador le puso una mano en el hombro y le dijo, apretándoselo:

—Supongo que las cosas siguen su curso. Gutenberg sería capaz de poner a prueba la paciencia hasta del Señor.

El maestro debería haber estado ahí por derecho, festejando con sus obreros. Nunca había habido un prócer como él, que se arremangara, maldijera, bromeara y bregara con los minerales y los metales codo con codo con ellos. Maldita sea. Cuando más se le necesitaba, no estaba. Si hubiera sido un poco más honesto, si hubiera mostrado un poco de confianza... Pero no...

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó Mentelin en voz baja a Peter.

Este lo miró fijamente a sus ojos verdes.

—Siempre he rezado por no tener que elegir.

Sintió que su alma se estremecía ante la necesidad de seguir adelante solo.

El barco cabeceaba con el movimiento del río y los vapuleos de los borrachos. Mentelin estaba asintiendo con una mirada de verdadera preocupación cuando Peter sintió una mano en la espalda. Se volvió y vio la ancha cara ebria de Petrus Heilant. No pudo por más que reír.

—Tendría que haberme imaginado que os encontraría aquí —le dijo Heilant, que siempre acababa cruzándose en su camino, como una especie de ángel oscuro a su lado.

—No tenemos nada que confesar pero, si queréis, sois bienvenido a uniros a la celebración —le dijo secamente.

Heilant miró a la cuadrilla, con la mirada desenfocada, y empezó a hablar arrastrando la voz.

—Jugad ahora —pareció decir, y luego añadió—: Ya os arrepentiréis.

Lo que siguió se lo tragó el estruendo. Peter se llevó una mano a la oreja y Heilant le tiró del codo. A regañadientes el impresor se levantó y lo siguió por la pasarela hasta un sitio más tranquilo en el muelle.

—Has jugado un juego muy inteligente —le dijo su antiguo compañero. Tenía las mejillas coloradas y le costaba respirar; había engordado—. Siempre supe que estabais metido en esto. —En su tono había un asomo de reproche, como si una parte de él desease que hubiera compartido el secreto.

—He seguido mi conciencia —dijo Peter.

—Aun así. Esa Biblia que vendéis... —Los ojos de Heilant eran dos gotas de tinta ilegibles.

Peter no contestó. Los cielos ardían con el brillo de las estrellas; el hombre que tenía ante él era un burócrata, un hombrecillo con grandes delirios de poder.

—Dudo que su reverendísima lo permita durante mucho tiempo.

—Él la ha utilizado para sus cartas..., y la empleará también para su misal.

—Sus cartas y su misal. A eso me refiero.

—La Biblia no es suya. —Ni tampoco del obispo ni del papa, sino de Dios—. A Dietrich no le quedará alternativa —continuó tranquilamente Peter—. Cuando vea que los cardenales y el propio emperador la alaban, no tendrá más remedio que aceptarla.

Por fin Heilant se quedó mudo, callado ante la verdad de la maniobra de Gutenberg.

Peter observó la marea humana que pasaba, algunos hacia las tabernas flotantes y otros hacia las casas de apuestas y los burdeles, obreros corrientes que buscaban disfrutar del momento. Podría haber sido yo si Dios lo hubiese querido así, pensó de repente.

—Las cosas no pueden seguir así. —Arremetió contra el secretario del arzobispo—. No podéis mantener encadenada la palabra, ni siquiera la Biblia.

La bebida dibujó en la cara de Heilant una sonrisa burlona más ponzoñosa aún de lo que pretendía.

—Es una crisis pasajera, eso es todo. —Se encogió de hombros—. No os dais cuenta de que a todos se los lleva la corriente.

—A los vuestros, tal vez, pero no a los míos.

La cara de Heilant se tensó.

—La Providencia dirá.

Peter sonrió.

—La prueba ya ha llegado.

—Vos siempre habéis creído tener una especie de pacto privado con Dios —le dijo el secretario con malos ojos.

Por supuesto. ¿Cómo no creerlo? ¿Cómo, si no, él, Peter Schöeffler, hijo de un pastor, iba a comprender su vida? El mundo se había abierto sin más, cada vez más

amplio, y su vida había avanzado y se había desplegado año tras año: del campo a la ciudad, de las aulas a la academia y la abadía, las paredes de cada una sucediendo un espacio más abierto y amplio que la anterior. Hasta verse por fin en aquella catedral con los brazos extendidos y ese libro extraordinario entre las manos.

EPÍLOGO

Peter Schöeffer se convertiría en el primer gran impresor del mundo, con una producción de casi trescientos volúmenes bajo la firma de Fust & Schöeffer, incluido el *Salterio de Maguncia* de 1457, considerado por muchos el libro más bello jamás impreso. Tras la muerte de Fust en 1466, Peter se casó con la hija de este, Christina, y estableció una dinastía de impresores que duró cuatro generaciones. Inventó el negocio editorial y fundó el acontecimiento que hoy conocemos como la Feria del Libro de Fráncfort. Murió en 1503 a la avanzada edad de casi ochenta años.

* * *

Johann Gensfleisch, conocido como Gutenberg, fue reconocido inmediatamente como el inventor de la imprenta de tipos móviles. Si bien nunca firmó un solo libro impreso, el éxito de la Biblia Latina propició el encargo de otra por parte del obispo de Bamberg; en 1465 el nuevo arzobispo de Maguncia, el sucesor de Dietrich, le concedió asimismo el título de *Hoffman* (caballero de la corte). Se cree que hasta su muerte en 1468, a la edad de setenta años, produjo un gran número de bulas papales, calendarios y cartas de indulgencia en una sociedad mercantil que incluía a impresores como Heinrich Keffer o Berthold Ruppel. Su último trabajo fueron unos tipos nuevos para una enciclopedia religiosa, el *Catholicon* de Balbus, que se cree que fue terminado por otros impresores tras su muerte.

Johann Fust prosperó como mercader y tratante de libros, vendiendo los productos de Fust & Schöeffer por toda Europa occidental, una vez disuelta su sociedad con Gutenberg el 6 de noviembre de 1455. Cuando en 1453 exhibió una Biblia impresa en París, fue duramente criticado por los escribas, que acusaron a la firma de vender por debajo del mercado. En un viaje posterior contrajo la peste y murió en París en 1466 con unos sesenta y cinco años. Varios años después Peter Schöeffer y Konrad Henkis, el segundo marido de Grede, donaron una copia de las *Cartas de San Jerónimo* de la firma a la abadía de San Víctor de la montaña de Santa Genoveva, donde accedieron a decir una misa a perpetuidad por Fust.

* * *

Jakob Fust murió en combate en 1462, cuando las facciones feudales de Maguncia se internaron definitivamente en una guerra civil. Como *Bürgermeister* (alcalde), dejó al consejo municipal en una lucha perdida por quién sería el sucesor de Dietrich como

arzobispo. El vencedor, Adolfo de Nassau, no tardó en convertir la otrora ciudad libre en vasalla de la archidiócesis, arrebatándoles el poder a las cofradías y la soberanía al consejo. Muchos, incluidos los tres hombres que hicieron la primera Biblia impresa, perdieron sus hogares y sus negocios. Con el tiempo se rescindieron las órdenes de Nassau, y a Gutenberg se le concedió el título de miembro de la corte, mientras Fust y Schöeffer mudaban su imprenta a la *Haus zum Iseneck*, en la plaza del Brand.

* * *

La caída de Maguncia llevó a los oficiales que trabajaban en esos dos talleres rivales a refugiarse en otras partes del mundo. El arte de la imprenta se expandió como la pólvora: al cabo de una década la practicaban Johann Mentelin en Estrasburgo, Heinrich Eggestein en Bamberg y más tarde Heinrich Keffer en Basilea, así como los hermanos Bechtermünze en Eltville; seguirían sus pasos igualmente, entre otros, Johann Neumeister, Berthold Ruppel, Albrecht Pfister o Konrad Sweynheim, que diseminaron el saber secreto desde Alemania hasta Italia, Suiza y Francia. Más de 250 impresores establecieron talleres entre 1450 y 1500, un periodo conocido como la época de los incunables: la «edad de cuna» de los libros impresos.

* * *

Juan Tritemio publicó el relato de sus conversaciones con Peter Schöeffer en dos crónicas: el *Chronicon Sponheimense*, de alrededor de 1500, y los *Annales Hirsaugienses*, circa 1514. Su obra *De laude scriptorum* (Elogio de los escribas) fue impresa en Maguncia en 1494, se cree que por Peter Schöeffer o su hijo Johann.

* * *

El papa Nicolás V murió en marzo de 1455, y con él toda esperanza de una cruzada contra los turcos musulmanes. No se reclutó ningún ejército, pese a las vehementes exhortaciones de Eneas Silvio Piccolomini, el antiguo emisario del emperador Friedrich III, que fue nombrado papa, con el nombre de Pío II, en 1458.

* * *

Quedan cuarenta y ocho ejemplares de la «Biblia de Gutenberg», completa o en partes, de los 180 que se cree que se hicieron. En las colecciones de algunas bibliotecas se cita generosamente a los editores como «Gutenberg; Schöeffer; Fust»; en la mayoría no. La última vez que salió a subasta, en 1987, un comprador pagó 5,4 millones de dólares solo por el Viejo Testamento.

A GRADDECIMIENTOS

Esta novela no podía haberse escrito sin la ayuda de expertos cuya erudición y consejo fueron cruciales para mi comprensión del funcionamiento de las primeras imprentas. Estoy especialmente en deuda con la doctora Lotte Hellinga, antigua conservadora de la Biblioteca Británica, y Paul Needham, director de la Biblioteca Scheide de la Universidad de Princeton, por su paciencia inagotable con mis dudas. La doctora Monika Estermann, editora del Archivo para la Historia del Libro (Archiv für Geschichte des Buchwesens) de Fráncfort compartió conmigo sus inestimables conocimientos, al igual que el doctor Wolfgang Dobras, director del archivo municipal de Maguncia, y el doctor Stephahn Füssel, director del Instituto de Estudios del Libro de Maguncia (Mainzer Institut für Buchwissenschaft) de la Universidad Johannes Gutenberg. Vaya un sentido agradecimiento también para el personal de la Wissenschaftliches Stadtbibliothek de Maguncia y los bibliotecarios del Museo Gutenberg.

Si bien me he basado en la ingente labor investigadora de eminentes estudiosos de Gutenberg producida durante casi un milenio, la interpretación de los hechos es mía. He seguido en gran medida el magistral estudio de 1992 de Guy Bechtel *Gutenberg, une enquête*, y las percepciones del historiador del arte Eberhard König, entre otros. La bibliografía con las fuentes y con imágenes está disponible para su consulta en www.gutenbergsapprentice.com.

Durante gran parte de mi vida he recibido la inspiración de formidables maestros de las artes tipográficas. Tuve la suerte de formarme como aprendiz de impresión tipográfica con el encargado de la antigua fundición de tipos Mackenzie & Harris de San Francisco, el difunto Lester Lloyd, y con los dueños de la Yolla Bolly Press de Covelo (California), los difuntos James y Carolyn Robertson. Este libro está dedicado a estos maestros impresores, que dejaron una impronta imborrable en mí y me llevaron directamente a Johann Gutenberg y Peter Schöeffer. Peggy Gotthold y Lawrence Van Velzer de Foolscap Press me ofrecieron su apoyo a cada paso del proceso, así como material impreso a mano para ediciones especiales de la novela. Las contribuciones de lectores avezados como Vonnie Madigan, Katherine Maxfield y el North London Writers Group han sido indispensables, y he sido bendecida con unos editores excepcionales como Marion Donaldson de Headline y Terry Karten de Harper, así como con unos agentes fantásticos en las personas de Simon Trewin, Dorian Karchmar y Annemarie Blumenhagen. Mi madre y mis hermanos defendieron este libro desde el principio, pero es a mi marido y a mis hijos a quienes les debo mi mayor agradecimiento, por el amor y la paciencia que han tenido durante esta larga caminata por el mundo medieval. *Vivat biblus.*



Alix Christie es una de las autoras revelación de novela histórica en Estados Unidos. Nacida en San Francisco, es periodista y tipógrafa. Aprendió el arte de la impresión tipográfica en California. Colaboradora en prestigiosas publicaciones como *San Francisco Chronicle*, *The Guardian*, *Washington Post* y *Salon.com*, obtuvo su MFA en el Saint Mary's College de California, bajo la supervisión de Michael Chabon y Susan Straigh. Actualmente vive en Londres y escribe sobre libros y arte para *The Economist*.